AGUSTINA BUERA



# Los atardeceres que perdimos

Planeta

AGUSTINA BUERA

# *Los atardeceres que perdimos*

AGUSTINA BUERA

# *Los atardeceres que perdimos*

Planeta

Buera, Agustina
Los atardeceres que perdimos / Agustina Buera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9151-9

1. Narrativa Juvenil. I. Título.
CDD A860.9282

© 2025, Agustina Álvarez Buera

Todos los derechos reservados

© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: abril de 2025

ISBN 978-950-49-9151-9

Primera edición en formato digital
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

# Índice de contenido


Portada

Portadilla

Legales

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Agradecimientos

# Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Comienzo de lectura

*Para mi abuela Nina y mi abuelo Nino.*
*En la tierra son un regalo inmenso.*
*Y voy a mirar al cielo cuando los extrañe.*

# *Capítulo 1*

## Matilda

La transpiración me cae por el cuello, la frente y por debajo de la nariz. Siento la humedad calando por cada parte de mi ser. Hace calor. Demasiado calor. Suelto la valija un instante para secarme con la mano las gotas que resbalan por mi cara. Creo que tengo una colita de pelo en mi cartera. Meto la mano con la esperanza de encontrarla rápido. Como siempre, fallo.

—Dios —susurro—. ¿Dónde mierda está?

Cansada de revolver todas mis pertenencias sin éxito de toparme con la colita de pelo que estoy casi segura que guardé, me rindo y me hago un rodete improvisado que se intenta mantener con el mismo pelo enroscado. Mi cuello pareciera que suspira de alivio. Me coloco la cartera sobre el hombro, tomo la manija de la valija de nuevo y sigo andando por el aeropuerto. Tengo que esquivar a una familia numerosa con una cantidad de bolsos y valijas impresionantes. Mis ojos se topan con un padre abrazando a su hijo, quien parece que hubiera guardado toda su vida en esas dos valijas y en ese bolso gigantesco. A lo mejor es alguien que parte para no regresar. Escucho a una pareja discutir mientras caminan con paso acelerado. Llego a distinguir que la mujer le reprocha haberse olvidado el pasaporte y alcanzo a escuchar que él le dice que pensaba que lo había guardado ella.

—¿Podés caminar más despacio?

Freno y cuando me giro me encuentro con Finn trotando, su pelo castaño pegado a la frente. Veo que se sacó el buzo. Sabia decisión. No sé cuánto estará haciendo de sensación térmica pero es infernal en comparación a la temperatura que dejamos en Nueva York.

—Matilda, no me podés abandonar. No solamente porque sería increíblemente irrespetuoso e insensible, sino porque además no sé ni media palabra en español. Sin vos estoy entregado a la perdición absoluta. —Veo un poco de pánico en el celeste de sus ojos. Sonrío un poco.

—No te rías. —Frunce el ceño—. A partir de ahora somos inseparables, a donde vayas yo iré con vos. Pegados como si fuéramos dos piezas de velcro.

—Velcro.

—Velcro —sentencia.

Asiento una vez y reanudo el paso. Finn me alcanza hasta ponerse a mi lado. Veo la puerta de salida y acelero los pasos. Quiero salir. Quiero llegar. Necesito aire fresco aunque algo me dice que voy a chocar contra una pared de calor. No me importa. Quiero ver la ciudad. Estoy ansiosa. Finn lo nota.

—Matilda, me voy a desgarrar un gemelo.

—No te recordaba tan quejeso.

—No te recordaba con tanto estado físico.

Vuelvo a frenar y le doy con mi puño en el brazo.

—Auch —dice mientras acaricia la zona golpeada—. Tampoco te recordaba tan violenta.

Ignoro por completo a mi mejor amigo. La puerta automática se abre ante nosotros y la ciudad de Buenos Aires aparece en todo su esplendor. Aspiro. Dejo caer mis párpados. Vuelvo a mirar. Sonrío.

—Llegamos —digo con todos los dientes a la vista.

—Bueno, casi —me corrige Finn—. Para mí llegar va a ser cuando pase las puertas del hotel. Y me pueda dar una ducha. —Levanta un brazo y se huele—. Doy asco.

—Vamos a tomarnos un taxi hasta el hotel, nos bañamos, comemos algo, podemos dormir un rato y luego nos encontramos con Tito. Nos espera para cenar. —Me acerco hasta la vereda. A la salida del aeropuerto de Ezeiza es imposible que no encuentres un taxi—. Vas a amar a mi abuelo.

El taxista nos ayuda a guardar las dos valijas en el baúl. Nos subimos a la parte de atrás y le pedimos por favor que ponga el aire. Bueno, yo le pido. Finn solo sabe decir hola, ¿dónde está el baño?,

por favor y gracias. Todo en un muy precario español. El taxista prende el aire y la radio al mismo tiempo. La voz que sale por los parlantes nos cuenta la temperatura. Treinta grados. Y solo son las nueve de la mañana. El locutor agrega que este va a ser un verano caluroso. Le traduzco a Finn.

—Mi cuerpo no está hecho para soportar estas temperaturas —se queja mientras se recuesta en el asiento del taxi.

Como era de esperar el taxista nos pregunta de dónde somos, a qué venimos y, como casi siempre nos pasa, si somos novios.

—No, no somos novios. —El hombre levanta ligeramente las cejas—. Somos amigos. Ambos vivimos en Nueva York, pero yo en realidad nací acá. A los 15 años me mudé a Estados Unidos con mis papás y desde entonces intentamos venir cada verano para visitar a mi abuelo. Él es de Nanai, en realidad, pero vive en Capital desde que nos fuimos.

—¿Nanai? —Lo vi fruncir un poco el ceño—. No conozco. ¿Cerca de qué está?

—En Mar del Plata. Para que te ubiques, queda cerca de Chapadmalal.

El hombre asiente y me dice que se lo va a anotar para ir a visitar, que él con su familia suelen ir en el verano y a veces algunos inviernos.

—Me siento apartado de la conversación. ¿Qué le dijiste? —susurra mi mejor amigo.

—Le estoy explicando de donde soy —respondo en inglés.

—¿Te preguntó si somos novios?

Sonrío.

—Por supuesto que sí.

Después de casi media hora de viaje, aparece el hotel. Imponente. Enorme. Hotel Mancini. Mancini. Mi apellido. En realidad, uno de mis apellidos. Mis papás decidieron que use ambos apellidos. Matilda Allen Mancini. Pero no les voy a mentir, casi nadie me dice así. Para todo el mundo soy Matilda Mancini.

El taxi frena frente a la entrada. No somos los únicos. Taxis negros y amarrilos y autos de diferentes gamas y colores se

acomplan en la entrada. El taxista se baja para ayudarnos a bajar las valijas. Le doy un billete de cincuenta dólares.

—Disculpá, no tuve tiempo de cambiar a pesos.

—No pasa nada. —Sonríe—. Muchas gracias señorita. —Le devuelvo la sonrisa y me desea un buen día mientras se sube al auto y acelera.

—Creo que por más que siga levantando la mirada nunca voy a llegar a ver el final del hotel. —El comentario de Finn hace que suelte una carcajada.

—No seas exagerado.

—Creo que es más grande que el de Nueva York. —Nuestros pies avanzan hasta la puerta. El sol ataca nuestra piel y mi rodete amenaza con desarmarse. Dónde habré dejado mi colita—. A veces me olvido que sos millonaria.

—Técnicamente hablando, yo no soy millonaria. —El aire acondicionado del hotel nos abraza cada centímetro de piel ni bien entramos. Gracias Dios—. Mi familia lo es. Esta fortuna es de mi abuelo.

—Pero sos la heredera de todo esto. —Cuando dice *todo esto*, Finn se refiere a la cadena de Hoteles Mancini.

Mi abuelo proviene de una familia de italianos que escaparon de la guerra y desembarcaron en la costa atlántica. Mi bisabuelo empezó a trabajar de lo que encontraba, hasta que un día terminó como botones de un hotel. Cuando mi bisabuela falleció, mi abuelo no tenía quien lo cuidara después de clases así que acompañaba a su papá al trabajo, y entonces se enamoró profundamente del mundo de la hotelería. Solía pasar bastante tiempo escondido en la recepción, fingiendo que atendía llamadas y tomaba reservas, y a veces, abría la puerta con un porte ajeno a su edad. Los huéspedes estaban encantados con su carisma y les hacía gracia la cordialidad de aquel niño que hablaba como un adulto.

Una noche, mientras padre e hijo volvían caminando a casa, mi abuelo confesó un sueño que le daba un poco de vergüenza decir en voz alta.

—Papá, te quiero contar algo. —Mi abuelo jugaba nervioso con sus manos.

—Dime, hijo —respondió en ese español salpicado de acento italiano.

—Algún día, voy a tener mi propio hotel. Va a llevar nuestro apellido, así todo el mundo sabe que es nuestro: El Hotel Mancini.

Mi bisabuelo era un hombre tosco, según lo que me contó mi abuelo Tito. Un hombre de pocas palabras y menos sentimientos. Pero cuando el sueño de su hijo llegó hasta sus oídos, no pudo evitar sonreír con dulzura, revolverle el pelo y decirle con mucho cariño:

—Espero llegar vivo para verlo.

A partir de esa noche mi abuelo trabajó y trabajó. Ahorraba cada peso, cada centavo. Toda su vida parecía destinada a un solo propósito: abrir un hotel. En su cerebro no cabía lugar para nada más. Hasta que conoció a mi abuela Carmen. Y ya saben como funciona a veces el amor. Lo absorbe todo como una esponja haciendo desaparecer todo menos a esa persona que parece dueña de tu ser. Mi abuelo en un principio casi se había olvidado que quería tener su propio hotel, pero mi abuela alimentaba sueños. Digamos que Tito terminó con el botón del pantalón desabrochado de tanto alimentarse de las motivaciones de Carmencita, cómo él la llamaba con devoción.

Tito siempre recalca que si no hubiera sido por Carmen el hotel nunca hubiera existido. Mi abuela estuvo en los momentos más complicados y tambaleantes, en esos que nadie quiere estar. Estuvo en los momentos donde se descorcha el mejor champagne. También en las noches en que los problemas se van a dormir con uno. Carmencita manejaba los hilos invisibles y estaba siempre que quemaban las papas.

El primer hotel lo abrieron en Mar del Plata. Era chico, humilde pero cómodo. No era la gran cosa pero era un inicio, y eso fue todo lo que necesitaban, porque a partir de ahí fueron escalando, subían escalón tras escalón. Cada vez más grandes, más lujosos. A los pocos años ya tenían tres hoteles en la costa argentina. Uno en Mar del Plata, otro en Pinamar y el tercero en Villa Gesell. Diez años después de haber abierto su primer hotel, ya tenían una cadena que recorría varios puntos del país. Hoteles de cinco estrellas. Córdoba,

Santa Fe, Capital, Neuquén, Bariloche y Salta. Y ahora los Hoteles Mancini son internacionales. Miami, Madrid, París y Nueva York. Ese último lo dirige mi mamá quien nunca dudó de seguir los pasos de su padre.

Mi bisabuelo solamente llegó a ver el hotel de Mar del Plata. Hay una foto en la que un Tito joven y sonriente es abrazado por su padre, un hombre robusto y poco acostumbrado a sonreír. Me encanta esa foto. Y a mi abuela también le fascinaba.

—Bienvenidos al Hotel Mancini, ¿cómo puedo ayudarlos? —la recepcionista nos sonríe con amabilidad.

—Hola, tengo una reserva a nombre de Clotilde Micaela.

—¿Clotide Micaela? —repite Finn en voz baja. Le pego una patada disimuladamente en el tobillo—. ¿Podrías dejar de pegarme? —sisea.

—¿Podés cerrar la boca?

—No entiendo por qué le dijiste otro nom…

La mujer deja de teclear cuando mi mano viaja a la boca de mi mejor amigo para evitar que termine la oración.

—Perdón, no sabe cuándo callarse.

Se ríe con delicadeza y sigue su búsqueda. Mi mano no abandona la cara de Finn.

—Señorita Clotilde, dos habitaciones. Acá están sus tarjetas. Por la mañana es la limpieza, en caso de que no la requiera puede colocar el cartel en el picaporte para avisarlo. El desayuno es de siete a once de la mañana. Cualquier inquietud puede llamar a recepción. Espero que su estadía sea de lo más agradable y supere sus expectativas.

—Gracias… —Entrecierro los ojos para leer su nombre—. Marina. Gracias, Marina.

—El placer es mío.

Libero la boca de Finn y agarro mi valija.

—¿Se puede saber a qué vino la censura? ¿Y por qué le diste un nombre falso?

—¿Sabías que para trabajar en Mancini es obligatorio saber inglés? Entendía cada palabra que salía de tu boca. Y no suelo decir que soy una Mancini cuando vengo a un Hotel Mancini. Suelen ser

abrumadores y asquerosamente amables. Prefiero mentir y fingir ser una huésped más.

—Tiene sentido.

Llegamos al ascensor y marco el último piso.

—Entonces tuviste que pagar por las habitaciones.

—Si.

—Matilda… —Sé qué va a decir antes de que termine de hablar. Que no es justo que yo pague todo. Lo que no entiende es que a mí no me molesta. Ni un poco.

—Pensalo de esta manera: yo pagué estas habitaciones, esa plata ingresa en las ganancias del hotel, ganancias que terminan en los bolsillos de mi familia. Es decir, vuelve a mí. Así que no quiero que te preocupes por esto. Es como si me estuviera pagando a mí misma.

—Tiene sentido —repite pensativo.

Las puertas del ascensor se abren.

—Tu tarjeta. —Estiro la mano y se la entrego—. Nos vemos a las ocho para cenar.

—Ocho, genial. —Toma la tarjeta, las puertas del ascensor se abren y se aleja por el pasillo.

—Finn, a las ocho —grito.

—Sí, sí. —Revolea la mano en el aire mientras sigue caminando —. Nos vemos en unas horas.

Lo veo poner la tarjeta en el lector, abrir la puerta y perderse en el interior de la habitación.

Uno, dos, tres…

Me llega una notificación al celular. Sonrío y revoleo los ojos.

**Finn: ¿ESTÁS DEMENTE? ¡ESTA HABITACIÓN ES DEL TAMAÑO DE MI DEPARTAMENTO!**

**Matilda: Disfrutala y no te quejes. No te traigo más de vacaciones.**

# Finn: ¡¿CUÁNTAS PERSONAS ADULTAS ENTRAN EN ESTA CAMA?!

Bloqueo el celular y me lo guardo en el bolsillo del jean. Camino hacia mi habitación. 205. Me voy sacando la ropa mientras avanzo. Mi rodete ya se rindió y mi pelo cae por mi espalda. Lo tengo horrible por las horas arriba del avión. Me veo en el espejo del baño. A veces me gustaría cortarlo bien corto. Por encima de los hombros. Pero nunca junto el valor suficiente para hacerlo. Me saco el corpiño y la bombacha, enciendo la ducha y me meto. Dejo salir un suspiro de satisfacción cuando el agua tibia me refresca y relaja al mismo tiempo. Tiro la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Estoy feliz. Me gusta estar acá. Soy de acá, aunque no viva en Argentina, aunque para muchos no sea considerada de este país. Cuando mis pies tocan suelo argentino, es como si los metiera en una corriente eléctrica y me cargara de una energía que solo puedo conseguir acá.

Cierro la ducha, me envuelvo en la toalla y salgo del baño. Me agacho frente a la valija para buscar la ropa interior, una remera un poco hecha mierda que hará de pijama y una crema corporal. Una vez que hidrato mi piel, me visto. Vuelvo al baño y me peino frente al espejo. Tengo la mirada cansada Fueron nueve horas de viaje. Estoy agotada. Y el calor no ayuda. Me termino de desenredar los nudos de mi pelo, me lavo los dientes y me lanzo a la cama exageradamente grande. Finn tenía razón. Toco el control que baja las cortinas automáticamente y me sumerjo en la oscuridad. Cierro los ojos. Los abro. Estiro la mano hasta la mesita de luz y agarro el celular. Pongo la alarma a las seis de la tarde. Me acomodo sobre la almohada y me duermo con una sonrisa en la cara. Se siente bien volver.

# *Capítulo 2*

## Valentino

### *15 años atrás.*

Las olas del mar mojan mis pies. Vienen y se van. Indecisas, persistentes. El viento me revuelve el pelo, me tapa los oídos. Aspiro el aroma salado. Acepto el sol en mi piel. Siento su presencia antes de darme la vuelta. Siempre fue así. Como si nuestros cuerpos estuvieran unidos de una forma que no podemos explicar con palabras.

—Mati. —Le sonrío sin dientes, más con ojos que con boca.

—Valen. —Ella me muestra todos los dientes. Mi boca imita la suya sin darme cuenta. Repito, hay algo entre nosotros que es imparable.

Sus ojos hoy están más verdes que celestes, aunque sería injusto de mi parte querer definir el color. Nunca me decido por alguno de los dos. Suelo decirle que sus ojos son caprichosos. Ella suele reírse y decir que no son caprichosos, sino indecisos. Su pelo rubio y largo vuela para todos lados por culpa del viento, que es más fuerte cuanto más se acerca a la orilla. Tiene puesto un short que pasa tranquilamente como bermuda y un top naranja; llegan a verse los breteles de su malla color azul.

Intento no mirar tanto su cuerpo pero me cuesta. Mucho. Pasó un año desde la última vez que nos vimos y ya no es la misma Matilda que se fue al final del verano.

—¿Te crecieron las tetas? —le pregunté hace un mes cuando llegó. Tenía puesto un vestido que me desafiaba a no mirarla. Ella bajó la mirada hacia sus pechos, como si tuviera que corroborarlo.

—Qué perspicaz. —Acompañó sus palabras con un golpe a mano abierta detrás de la cabeza—. No se opina de los cuerpos ajenos, nabo.

—Qué mano larga que sos —siseé.

—Qué lengua larga tenés.

Abrí la boca y se la saqué.

—Asqueroso. —Hizo una mueca de desagrado.

Un mes pasa increíblemente rápido cuando estás de vacaciones. Las reglas del tiempo son otras cuando tus días se componen de levantarse, desayunar y pasar todo el día en la playa. Con Matilda somos inseparables. Hasta que el sol no se va, no nos separamos. Y aún con la luna en el cielo buscamos planes para seguir juntos un rato más. Por supuesto que todos mis amigos se burlan y me dicen que es mi noviecita de verano. Yo los mando a cagar. No pienso así de Matilda. Es mi amiga.

Nuestras vidas están conectadas desde antes de que naciéramos. Mi abuela Lila iba al colegio con su abuelo Tito. Ambos se casaron y tuvieron hijos. Lila tuvo a mi mamá Andrea. Y Carmen, la esposa de Tito, quedó embarazada de Esmeralda al mismo tiempo. Así que Andrea y Esmeralda siguieron con la tradición y fueron compañeras desde el jardín hasta el último día del secundario. Pero la mamá de Matilda no se quedó en Nanai, se fue a estudiar a Capital Federal. Para ese entonces, su abuelo ya estaba instalado en el mundo de los hoteles y su hija quería seguir sus pasos, así que estudió algo referido a eso. Pero la amistad de nuestras madres fue a prueba de tiempo y distancia.

Cada enero Esmeralda, Darío y Matilda vienen a Nanai para visitar a los que quedaron acá. Así fue como verano tras verano nos fuimos haciendo cada vez más amigos. Yo le enseñé a andar en bici, a nadar sin flotadores, a saber lo que significan los colores del banderín que ponen en la playa, a hacer pulseras de hilo encerado para que luego se pusiera un puesto en la playa y las vendiera. Y aunque Matilda es dos años más chica, también aprendo de ella. Me enseñó cómo desinfectar una herida cuando me caí de la bici y me raspé, a tirarme de cabeza de manera correcta a la pileta; también a encontrarle el gusto a recorrer la playa y juntar los caracoles que

nuestros pies pisaban; a coser, aunque era un desastre. Con Matilda, aunque nos vemos una vez al año, crecimos juntos. Es mi amiga. No la puedo ver como nada más que eso. Una amiga.

—Me parece injusto que mi último día esté así de hermoso. No me dan ganas de irme —dice a metros de mí.

—Vos nunca queres irte.

—Eso es verdad. —Se coloca a mi lado. Mi piel se eriza. Por el viento, supongo—. Pero me ayudaría más si lloviera. No me daría tanta pena despedirme del mar.

—El mar no se va a ir a ningún lado, el año que viene va a seguir acá.

Deja salir un suspiro y puedo palpar la pena que le da tener que volver a la ciudad. Matilda repite hasta el cansancio que ella pertenece entre la arena y las olas, que su lugar en el mundo es donde esté el mar. Más de una vez me dijo lo mucho que me envidia porque yo puedo visitar la costa cada vez que quiera. Yo le respondo que cuando sea más grande puede venir a vivir acá. Hospedaje nunca le va a faltar.

Se saca el top, se desabrocha el botón del short y sale corriendo hacia el mar. Siempre hacia el mar.

Tengo que levantar la mirada al cielo para no mirarle el culo. Fueron treinta días un poco difíciles para mi cuerpo repleto de hormonas. Puedo atravesar un día más. Tomo aire. Me saco la remera, la tiro sobre la arena y corro hacia ella. Siempre hacia ella.

—Dios, Matilda. —Aprieto la mandíbula—. ¡Está helada!

—Nunca no está helada, Valen. —Tiene razón.

Hay poca gente en la playa, no es de las más turísticas. A ella le queda lejos de la casa de sus abuelos pero agarra la bici y en quince minutos llega. A mí me queda a siete cuadras de casa así que vengo caminando. Matilda siempre dice que vale la pena el viaje en bici porque existe una tranquilidad que no hay en las otras playas, en las que las personas parecen hormigas y es imposible encontrar un espacio libre donde sentarte con tranquilidad a tomar sol.

La veo zambullirse, atravesando una ola. Mi corazón late un poco más rápido hasta que la veo resurgir a la superficie. Jamás le tuve

miedo al mar, pero me pone nervioso lo poco que Matilda le teme. Hay que tenerle respeto.

—¿Te vas a meter o vas a ser como mi abuela que solo se sumerge hasta los tobillos y el resto del cuerpo se lo moja con ayuda de la mano?

Entrecierre los ojos. Ella hace lo mismo. Nado hasta donde está y me pierdo debajo del agua.

—¿Valen? —la escucho llamarme. Aguanto la respiración—. No es gracioso. Salí, dale. —Mis pulmones empiezan a arder. No salgo—. ¡Valentino!

Me impulso hacia arriba y no tiene tiempo a reaccionar antes de que la empuje hacia abajo, hundiéndola. El mar parece que quiere jugar con nosotros, nos lanza de un lado a otro, y de vez en cuando nos presiona hacia abajo. Cuando yo salgo a tomar aire ella se venga, hundiéndome de nuevo.

—Me rindo —exclama mientras intenta tomar aire por la boca. Le sonrío con pereza—. Te odio. Borrate esa sonrisita porque te ahogo, eh.

Mientras nos mecemos hablamos de lo que fue el verano, de la cantidad de helado que comimos de Conos&Helados y de las películas que no llegamos a ver pero que las sumamos a nuestra lista cada vez más larga de películas pendientes. Fue un buen verano. La voy a extrañar, como siempre que llega el final. Salimos del mar y temblamos un poco. El sol ya se está yendo, al igual que ella.

—¿Tenés toalla? —pregunta una vez que nuestros pies tocan la arena seca, que automáticamente se nos pega ahí donde nuestra piel está mojada. Creo que ese es el único aspecto negativo de la playa: tener arena por todas partes cuando te vas.

—Las dejé sobre la mesa de la cocina.

—No perdés la cabeza porque la tenés pegada.

—Graciosa que sos. —Me agacho para agarrar la remera y me la pongo sobre el torso mojado. Matilda me mira y un poco resignada hace lo mismo.

—Dios. —Se sacude para que le suba el short—. Es como pisar el agua con las medias puestas pero mucho peor.

El cielo se encuentra naranja y azul. Sin darnos cuenta nos quedamos unos minutos compartiendo un silencio cómodo con la mirada donde el sol se esconde detrás del horizonte. Despego los ojos sólo para verla. Tiene los párpados cerrados y la calma tiñe su cara. Y por primera vez en todo el verano siento como si la represa que contiene mi atracción por Matilda hubiera sido sacudida, como si un ladrillo se hubiera desprendido. Mantengo a los otros firmes.

—El sol es diferente acá —dice con los ojos aún cerrados, mientras los últimos rayos dorados besan su piel bronceada. Aparto la mirada y la fijo en el agua, que brilla ante el sol. Igual que Matilda.

Nos quedamos hasta que la noche insiste en llegar.

—Me tengo que ir, si llego tarde mi mamá me va a matar.

—No me gustaría que Esmeralda te rete por mi culpa.

—Mi mamá te adora —dice como si le molestara—. Seguro que si le digo que me atrasé por tu culpa no me dice nada.

—Te voy a extrañar —admito en voz alta.

—Más que yo imposible —sonríe; es una sonrisa triste.

La acompaña hasta la puerta. La casa de Tito y Carmen tiene dos pisos, un patio gigante y una pileta que usamos hasta el cansancio. Cuando llegamos a la entrada los brazos de Matilda vuelan hacia mí y me envuelven con cariño. La estrujo, no quiero que se vaya. Once meses es demasiado tiempo. Nos miramos aún abrazados.

—Ojalá me pudiera quedar.

—Podés intentarlo. Escondete cuando se estén por ir. No te van a buscar para siempre, en algún momento se van a cansar. Yo voy a estar esperando afuera y, cuando vea al auto irse, entro a buscarte.

—¿Y qué te hace pensar que vos sí vas a poder adivinar mi escondite?

Su pelo revuelto por las olas le enmarca el rostro y llevo un mechón rebelde detrás de su oreja.

—Algo me dice que nunca tendría problema en encontrarte.

Sus ojos indecisos como el mar parpadean con una luz diferente. Me mira con ternura, pero también con algo más. Extraño cuando todavía tenía la represa entera, firme. Pero no me tengo que

preocupar por mucho tiempo porque es ella quien desarma el abrazo.

—Creo que no te tuve que haber ahogado tantas veces —responde como si le quisiera sacar peso a mis palabras.

—Mandales un beso a tus papás y a tus abuelos —le digo cuando mete la llave en la cerradura.

—Y vos mandale un beso y abrazo a tus papás, a Juanita y a Lila. Dios, como la voy a extrañar a esa mujer y sus medialunas. —Sonríe antes de girar el picaporte—. Decile que me espere con una docena calentita el próximo enero.

—Le digo.

—Chau, Valen.

—Buen viaje, Mati.

Antes de que pueda analizar lo que está pasando, me abraza con fuerza, su cabeza en mi pecho.

—Te quiero —dice bajito.

—Y yo a vos —respondo—. Un montón.

Entra a la casa y escucho la voz de Darío preguntarle dónde estaba, que se hacía tarde y todavía tenía que terminar de armar el bolso. Yo me quedo parado unos segundos sin saber muy bien por qué, hasta que me resigno a caminar hasta la casa de mi abuela Lila, que está a solo unos metros de distancia. Ah, sí. Nuestros abuelos también eran vecinos.

Destino, no hay otra explicación.

Camino triste, porque para qué voy a mentir, odio las despedidas.

Y además, sin saberlo, aquel adiós iba a durar décadas.

# *Capítulo 3*

## Matilda

Son las ocho y cuarto y estoy esperando a Finn. La puntualidad no es lo suyo. La cena con el abuelo Tito es a las nueve, y le dije a mi mejor amigo que nos veíamos en la recepción del hotel a las ocho sabiendo que iba a llegar a las ocho y media. Es la única forma que encontré para no matarlo. Son las ocho y veinte cuando dos piernas aparecen en mi campo de visión; subo la mirada hasta encontrarme con los ojos celestes de Finn. Su pecho está algo agitado.

—Llegás tarde.

—En realidad… —Mira el reloj de su muñeca—. Llegué diez minutos antes de lo que esperabas. —Entrecierro los ojos y él me sonríe con todos los dientes—. Soy plenamente consciente de tu truco, Mati. —Pongo los ojos en blanco y me levanto del sillón.

—Y también sos consciente de que es la única forma de hacer que llegues a tiempo.

—Por eso jamás te reproché que me mintieras con tal descaro.

Caminamos hacia la salida, con el brazo de Finn cómodo sobre mis hombros y mi mano cerrada en su cintura.

—Estoy emocionado por conocer al famoso Tito.

—Cuando salimos a la calle, el aire caliente nos empapa la piel—. Y no sé por qué, pero al mismo tiempo estoy algo, ¿nervioso? Quiero caerle bien. Sé lo importante que es para vos.

—Le vas a caer excelente, es casi imposible no adorarte. —Finn sonríe mientras me abre la puerta del auto negro que nos espera para llevarnos al restaurante. De la empresa, claro está.

—Estás hermosa. —Bajo la mirada hacía mi vestido negro sin mangas y que termina por encima de las rodillas. Lo acompañan

zapatos de taco también negros y una cartera de un celeste casi blanco. Me fijo en mi amigo. Camisa blanca, pantalón de vestir negro, y zapatos a juego.

—Vos estás más o menos. —Hago una mueca con la boca y la nariz. Finn me empuja el hombro con la mano y revolea los ojos. Yo le pego en la mano. Su respuesta es un golpe cortito con sus dedos sobre mi nariz. Nos miramos fijo por unos segundos, sin movernos. Sonríe con la intención de disculparse.

—Mati, hermosa, perdón. No era mi intención pegarte tan fuerte. —Sube ambas manos y trata de poner cara de nene bueno.

Le doy un golpecito corto y seco detrás de la cabeza.

—Merecido —dice mientras se acaricia la cabeza.

El resto del viaje nuestras manos se mantienen pegadas a nuestros cuerpos.

La noche de Buenos Aires nos abraza, nos envuelve, nos susurra que salgamos a divertirnos. Hace calor, es enero, la gente florece por todos lados. Las calles abarrotadas de brazos tirando de manos y de piernas entrando y saliendo de locales, bocas riendo y ojos atrapados en las luces de la ciudad. Veo pasar a dos amigas que se ríen con violencia mientras esperan que el semáforo les deje cruzar. La más bajita tiene una risa tan estruendosa que salta sobre las bocinas y el ruido incesante del tráfico. Sonrío contra la ventanilla.

—Llegamos, señorita Mancini —indica el chofer.

Giro la cabeza hacia la ventanilla de Finn. El restaurante está presentándose ante nuestros ojos. Pienso en Amelia, como siempre que veo uno. Finn se gira y sé que está pensando en nuestra amiga también. Extrañarla se volvió un hábito, nos acostumbramos a su ausencia, pero eso no significa que no nos gustaría tenerla cerca. La vimos hace unos meses, cuando fuimos a pasar el verano a París. Se dejó crecer el pelo, casi le llega a la cintura. El encuentro implicó un abrazo instantáneo que nos cortó la respiración a ambas, sus labios me sonrieron, sus ojos marrones lo intentaron pero había salpicaduras de nostalgia en sus iris. Había regresado a Francia hacía ya tres años y cada vez que la veía tenía que aceptar que si bien mi amiga era feliz con la decisión que tomó, eso no quitaba la

melancolía de lo que pudo haber sido mojando su rostro. Ella nunca iba a Nueva York.

—No puedo ir. Tengo miedo de no volver —me había susurrado una noche en su casa en el medio del campo. Yo asentí con la cabeza. Esa ciudad poseía un magnetismo con nombre y apellido que le hacía tambalear todas sus convicciones.

Salgo del auto con la mano de Finn como ayuda. El nombre del restaurante cuelga gigante sobre nuestras cabezas, *Don Mario.* Nos abren la puerta y nos preguntan si tenemos una reserva.

—Mancini, Lorenzo.

—Siganme por acá por favor.

Mis pies quieren correr pero controlo las ganas de salir disparada al encuentro con mi abuelo. Ya estoy sonriendo, ansiosa porque mis ojos lo vean. Lo extrañaba tanto. Mi abuelo vive entre mis costillas, cerca de mi corazón. Por supuesto, al lado de mi abuela Carmencita. Cuando era chica ir a Nanai era la mejor época del año. Tachaba los meses del calendario y pensaba que el tiempo se burlaba de mí yendo tan pero tan lento. Diciembre era el mes más caprichoso. Pero cuando enero llegaba sabía que significaba un mes de la sal del mar, los abrazos de mi abuelo y las anécdotas de mi abuela.

Mi sonrisa se desliza, mis comisuras se derriten. Porque enero también eran los helados con Valentino. Mi corazón se entristece ante el recuerdo de mi gran y hermoso amigo. Mi primer mejor amigo.

—¿En qué pensás? —susurra Finn a mi lado.

—En que esta mesa está lejísimos —respondo divertida. Finn me mira serio por unos segundos, pero cuando quiere indagar un poco más y volver a preguntar, llegamos a la mesa donde abuelo Tito nos espera con una sonrisa en el rostro.

—Pero si es la luz de mis ojos —dice Tito mientras se para con dificultad de la silla y abre los brazos invitándome a un abrazo de enero. Me achico un poco para estar a su altura y lo abrazo con amor.

—Abuelo —susurro.

—Matilda —su voz sonríe.

Lo aprieto un poco más antes de soltarlo y hacer las presentaciones correspondientes mientras nos sentamos.

—Abuelo, él es mi mejor amigo —señalo a Finn y luego señalo a mi abuelo—, y él es el famoso abuelo Tito.

Sus manos se estrechan y los ojos de mi abuelo pasan de Finn a mí. Me observa divertido y yo ya sé lo que va a comentar antes de que su lengua arme las palabras.

—Lindo tu mejor amigo, eh.

—No sé por qué lo decís así. Es mi mejor amigo.

—¿Lo es? —dice en un tono bañado de sospecha.

—Lo es.

Finn sigue nuestra conversación sin entender ni media coma.

—¿Qué está diciendo? —me pregunta bajito.

—Que con esa cara tu vida debe ser bastante fácil —dice mi abuelo en un inglés bastante precario pero que hace ruborizar los cachetes de mi mejor amigo.

—¡Abuelo! —exclamo divertida. Finn se lleva el vaso de agua a los labios. Mi abuelo sonríe satisfecho.

—Entonces, no es tu novio —continúa.

—Esa palabra la entendí —comenta Finn.

—No, Tito, no es mi novio.

—¿Y hay alguien esperándote allá?

—No, tampoco.

Asiente un par de veces, con sus ojos en los míos y luego con un gesto llama a la mesera. Yo pedí unas pastas con salsa rosa y mi abuelo obligó a Finn a compartir una parrillada para dos.

—Me lo vas a agradecer —exclamó en español y automáticamente lo traduje.

La cena se vio envuelta en dos idiomas, gestos, risas, silencios que encontraban su lugar mientras comíamos, susurros cuando alguno quería decir algo vergonzoso, pausas que existían cuando Finn esperaba que le tradujera lo que mi abuelo había dicho y viceversa. Mi panza estaba llena y mi pecho feliz. Mis ojos no podían dejar de observar a mi abuelo, la forma en la que sus arrugas se acentúan cuando sonríe, cómo sus manos tiemblan ligeramente cuando cortan la carne, las manchas de su piel, su pelo blanco como

la nieve, su cuerpo algo encorvado. Un sollozo se instala en mi garganta, mis ojos se humedecen. Y sin pedir permiso, una preocupación se instala en la boca de mi estómago. Tengo un mal presentimiento que no puedo ahuyentar. Apoyo los cubiertos y lo miró fijo mientras en su precario inglés le intenta explicar a Finn qué son los alfajores.

—Mati —dice Finn—, creo que si no pruebo un alfajor puedo llegar a morir de tristeza. Lo necesito. —Me mira con desesperación —. Lo necesito para poder seguir con mi vida. Quiero el que tenga más dulce de leche.

Y si no estuviera con un agujero en la panza me hubiera reído por la forma en la que pronuncia dulce de leche. Mi abuelo lo hace, con la boca abierta, la cabeza hacia atrás y dando una palmada en el aire. Finn lo mira extrañado. Vuelve a decir dulce de leche y eso hace que mi abuelo se ría aún más. La escena hace que algunos comensales se giren a vernos.

—Está bien, me parece que no sé pronunciar dulce de leche — admite Finn divertido con su mirada en mi rostro—. ¿Mati? ¿Qué pasa?

Eso hace que mi abuelo me preste atención. La seriedad y la preocupación tiñen cada centímetro de mi cara. Él sonríe, pero es una sonrisa apretada, triste. Mi agujero se agranda como si alguien estuviera desgarrándolo con sus manos.

—Tito, ¿qué pasa? —pregunto bajito, mis lagrimales intentando no colapsar.

—Mi hermosa Mati, siempre tan perceptible —sus ojos brillan.

—Abuelo —suplico, mis manos agarran las suyas.

Ocurre algo extraño. Alguien pone en pausa el mundo. Todo, pero absolutamente todo se congela. El mesero con las copas de vino se deja de mover, la señora de la mesa de al lado no termina de llevarse el tenedor a la boca, la pareja que está entrando se queda abrazada, Finn a mi lado me mira con el ceño fruncido pero no parpadea. El mundo aguanta la respiración, como yo, ante la espera de que mi abuelo, mi adorado Tito, diga lo que necesita decirme. El motivo de por qué estamos realmente acá. Mis manos aprietan las suyas diciéndole que acá estoy, que siempre voy a estar para él, que

lo amo, que puede decirme lo que sea. Su pulgares me miman. Una lágrima se adelanta a sus palabras y se arrastra por mi rostro.

—Me estoy muriendo.

El mundo suelta el aire y vuelve a moverse a mi alrededor. Pero ahora es mi turno para que cada músculo se paralice. Siento que hasta mi sangre deja de circular. Mis pulmones no se inflan con el oxígeno. Mis dedos se aferran a las manos de mi abuelo, inamovibles. Lo único en movimiento son las lágrimas que surcan mi piel.

—Matilda, ¿qué está pasando? ¿Qué dijo? —Finn a mi lado suena desesperado pero lejano, como si me encontrara bajo el agua y él me hablara desde la superficie. Siento que me toca el hombro, requiriendo mi atención, pero no puedo moverme. Estoy anclada a la mirada de mi abuelo, que mantiene esa sonrisa triste.

—Te quiero pedir un favor. Un último favor.

Abro la boca para hablar y el llanto encuentra su camino, un sollozo me sacude antes de que pueda articular palabra. Mis hombros tiemblan, mis labios se rehúsan a ser lo suficientemente fuertes para hablar, pero lo logro. Apenas veo por las lágrimas.

—Lo que sea, abuelo. Lo que sea.

—Quiero morirme cerca del mar.

Asiento una vez, intento contener el llanto, me arde el pecho, Finn apoya su cabeza en mi hombro y me abraza por la cintura. Cierro los ojos. No suelto a mi abuelo. Los vuelvo a abrir. Su rostro está decidido. Y si bien no me lo pregunta ni tampoco me lo pide, sé que también me está pidiendo que lo acompañe en sus últimos días. No quiere irse de este mundo solo. Me levanto sin soltar el agarre de nuestras manos. Solo lo hago cuando mis brazos lo envuelven en un abrazo. Él sentado, yo parada. Y aunque para los ojos de los demás pueda parecer un simple abrazo nosotros sabemos que estamos pactando un acuerdo.

—Abuelo, por vos iría hasta el fin del mundo —le susurro.

—Mi nieta, mi Mati —me abraza.

Me incorporo para observarlo.

—¿Cuánto?

—Dicen que en el mejor de los casos tres meses. —Asiento una vez, presiono mis labios para frenar el llanto. Eso es muy poco tiempo, es hasta absurdo. Parada lo veo a Finn. Niego delicadamente con la cabeza y su rostro se rompe en pedacitos. Me entiende sin que tenga que decir absolutamente nada.

—Mati… —dice con pesar mi nombre.

—Sabía que ibas a necesitar a alguien —dice mi abuelo. Me giro para observarlo desde arriba.

—¿Por eso me pediste que traiga a un amigo? —Sacude sus hombros y yo sonrío un poquito, hundida de adoración por este hombre.

—Las penas duelen un poco menos cuando las podés compartir con alguien más. No quería que estuvieras sola. —Se para y lo vuelvo a abrazar. De la nada siento unos brazos que me apretujan. Finn.

—Me sentía muy solo ahí sentado sin ser abrazado y sin abrazar.

Y mientras ese extraño encuentro de brazos sucede, me doy cuenta de dos cosas. La primera es que mi vida está a punto de cambiar para siempre. O bueno, eso creía, pero la verdad es que todavía me encontraba lejos de saber cuánto. Dios, si hubiera sabido lo que me esperaba donde las olas susurran. Quien me esperaba. Y de lo segundo que me doy cuenta, es de lo rápido que cambiaron para mí los eneros y los abrazos de mi abuelo Tito.

# *Capítulo 4*

## Valentino

Chiflo una vez. Nada. Me vuelvo a llevar los dedos a la boca y chiflo con más fuerza. Frunzo las cejas. ¿Dónde está? Insisto una vez antes de gritar su nombre por encima del ruido del mar.

—¡Ringo!

Y funciona. Empieza a correr hacia la orilla con la lengua colgando de la boca, su pelo negro empapado. Suspiro resignado sabiendo que voy a tardar una semana en sacarle toda la arena de encima y que si no lo peino ya mismo, después va a ser imposible sacarle los nudos. Se sienta enfrente mío y me escupe la rama que minutos antes le lance.

—Buen chico. —Le acaricio la cabeza y detrás de las orejas con ambas manos. Su cola se mueve sobre la arena y la esparce por todos lados. Sonrío ante su emoción y con un gesto en la cabeza le indico que nos vamos. Se terminó la playa por hoy—. Necesito un café —le digo. En realidad necesito dos cafés. O un litro entero. Apenas pegué un ojo anoche. En realidad hace meses que vengo durmiendo horrible. Muchas cosas en la cabeza, supongo.

El amanecer me besa la espalda mientras camino hacia el cemento de nuevo. Todas las mañanas me despierto a las seis y salimos a correr con Ringo por la orilla. Hay algo terapéutico en que tu día comience viendo salir el sol. En invierno me despierto más tarde, pero en pleno verano si no me despierto antes de las siete no llegó a verlo salir. Es un sacrificio que vale la pena. Camino un par de cuadras hasta que veo un edificio lila y lleno de flores. Hay solo tres afuera, vacías. Adentro también está vacío, lo sé sin entrar porque todavía no son las ocho.

—¡Juana! —grito hacia la parte de atrás del café, donde se escuchan utensilios chocando entre sí y una voz murmurando algo por lo bajo. Algo se cae, porque se escucha un estruendo y una puteada—. ¿Todo bien allá atrás? —pregunto mientras me acerco.

—Tu hermana va a terminar incendiando el café un día de estos —exclama Fausto, atrás de la barra en el salón principal—. A veces pienso que Lila te lo tuvo que haber dejado a vos, alguien con paciencia —esto último lo dice un poco más alto y con su cabeza dirigiéndose a la cocina.

—Te escucho, Fausto —le contesta mi hermana.

—Es la idea, Juana, es la idea…

Pongo una mano en la puerta y me encuentro con caos en cada esquina de la cocina. Platos encimados, harina salpicada por todos lados, como si una bolsa gigante hubiera explotado. Hay potes de dulce de leche abiertos, algunos llenos y otros vacíos. El olor a medialunas recién hechas hace rugir mi estómago. Mis dedos se acercan con disimulo para tomar una…

—Ni se te ocurra Valentino.

—No entiendo —digo mientras me llevo una medialuna a la boca —. ¿Tenés ojos en la espalda?

Mi hermana se gira. Sus ojos marrones me miran con furia, y puedo notar que también están cansados. Su pelo castaño está atado de una manera caótica. Y por supuesto que está lleno de harina. Tiene dulce de leche en un costado de la boca y su delantal violeta está repleto de manchas. Me quema con la mirada.

—¡Valen! —exclama mientras se acerca y me saca la medialuna de la mano—. Están contadas, calculadas. No me desorganices. —Pongo los ojos en blanco y busco alcanzar mi medialuna—. No, no me revolees los ojos. Es mi primer verano al mando del café y sabés lo que significan enero y febrero. Caos. Turistas. Mucha, mucha gente. Y eso quiere decir que tengo que hacer el doble de todo, por lo tanto tengo que despertarme más temprano porque sino no voy a llegar a estar lista para el primer día de la temporada y… —Le agarro los hombros y busco su mirada.

—Respirá, Juana. —Tomo aire y ella me imita. Sonrío. Le saco la medialuna. Me pone mala cara—. Vine a ayudarte —le digo mientras

busco un delantal y me pongo a tirar los recipientes de dulce de leche vacíos y barrer un poco.

—¿Viniste a ayudarme?

—Bueno, y a tomar mi café matutino de siempre.

No hablamos durante los próximos treinta minutos, ella cocinando y ultimando detalles, yo atrás de ella limpiando y ordenando lo que va dejando tirado. Se deja caer en una banqueta que tiene en la esquina de la cocina. Le tiro un repasador que le cae justo sobre la cara. Con un bufido se lo saca y comienza a limpiarse las manos.

—Tenés una mancha gigante de dulce de leche al lado de la boca.

—Habrá sido mientras rellenaba los alfajores de maicena —se pasa el pulgar húmedo con fuerza.

Me acerco hasta quedar a su lado. Las ganas de cuidarla y protegerla de absolutamente todo aparecieron el día que me dijeron que iba a tener una hermanita y nunca más se fueron. Al contrario, incrementaron a la par de su edad. Cuando yo estaba en quinto año ella recién comenzaba primero. Había unas chicas que la molestaban y se burlaban de ella porque usaba aparatos. Le decían cosas horribles y para ser sincero no tenían mucho sentido, pero Juana no podía pensar eso a los doce años, no podía darse cuenta que ese grupo de chicas también tenían inseguridades y las compensaban criticando a otros. Juana no quería ir al colegio, todas las mañanas se despertaba llorando y le suplicaba a mamá que la dejará faltar. Todas las mañanas fallaba en su objetivo.

—Amor, no te puedo dejar faltar todos los días.

Mi mamá había ido a hablar con los directivos más de una vez, pero su respuesta era siempre la misma:

—Ya tuvimos una reunión con los padres de las chicas y también hicimos una con ellas. Marcela fue suspendida tres días. No hay mucho más que podamos hacer, expulsarlas no es una opción.

Yo me sentía igual de impotente que mis papás, sin saber qué hacer para que el maltrato parara. No podía ir y pelearme con nenas de doce años teniendo diecisiete. Entonces hice lo único que podía: estar para Juana, hablar con ella y hacerle entender que no tenía

nada malo usar aparatos y que esas chicas no entendían nada. Aunque no salíamos al mismo horario,nos esperábamos para volver juntos y le preguntaba cómo había sido su día. A veces no tenía ganas de hablar pero era importante para mí que ella no se sintiera sola, que supiera que tenía alguien para hablar.

El primer año fue el más duro para ella pero a principios del segundo ya tenía un grupo de amigos que se había armado con chicos un año más grandes que ella. Había uno en particular que me ponía nervioso, siempre tan pegado a ella. Juana juró y juró que no le parecía lindo y que no le interesaba de esa manera. Después dio con él su primer beso.

Es por eso que cuando la veo, mi lado protector se infla como un chaleco salvavidas que quiero sacarme para ponérselo a ella.

—Va a salir todo bien.

—Eso no lo sabés, podría terminar siendo un desastre.

—Lo sé porque te conozco. Vos podés. Y prometo venir a ayudarte los fines de semana si me necesitás.

—Gracias, pero no creo que haga falta. Más manos a veces termina siendo lo contrario a ayuda.

—¿A qué hora llega Delfi?

—Delfi tendría que estar acá en… —se fija en el reloj de la pared — quince minutos.

En eso se escucha la puerta de entrada.

—Buenos días. —No la podemos ver, pero sabemos que Delfina está sonriendo.

—Bueno, pero si son mis hermanos favoritos —exclama cuando pone un pie en la cocina.

—Dios —suspira mi hermana—. Menos mal que llegaste.

—¡Che, estoy yo acá! —grita Fausto mientras entra también a la cocina. No es tan grande para que haya cuatro adultos en simultáneo.

—¡Y nos encanta tenerte! —respondieron Juana y Delfina.

Su amigo no le responde y atina a agarrar una medialuna.

—Yo no haría eso si fuera vos —susurro. Me mira desconcertado y se voltea para encontrarse con mi hermana que está con los

brazos cruzados y niega con la cabeza. Le hace una seña con el dedo.

—Baja esa medialuna.

Fausto asiente y muy lentamente la vuelve a apoyar en la bandeja.

—No sabía que había reunión —exclama Delfina mientras se ata su pelo largo negro azabache.

Delfina y Fausto son amigos de Juana desde la secundaria. Sus únicos amigos. Los conozco desde hace más de diez años y de alguna forma se transformaron en familia.

—Les deseo toda la suerte del mundo soportando a mi hermana este verano. La van a necesitar —digo divertido.

—Ya estoy curado de espanto —responde Fausto mientras sale de la cocina y se para delante de la máquina de café. Mi hermana dice por lo bajo "muy gracioso, Valen, muy gracioso" y Delfi se ríe—. ¿Café solo o cortado? —me pregunta Fausto mientras prepara la máquina.

—Solo.

—¿Noche difícil?

—Noches. –Asiente y en silencio prepara mi café. Me lo entrega y se apoya sobre la mesada. Me observa. Le doy un sorbo al café y junto las cejas.

—¿Qué?

—Tomás me contó.

—Ese hombre no sabe guardar un secreto.

—Es mi hermano, nos contamos todo.

—¿Lo amenazaste?

—Le dije que si no me contaba le iba a decir a mamá que fue él quien rayó el auto.

—Eso fue hace diez años —puntualizo. Fausto sonríe y se encoge de hombros.

—Mamá amaba mucho ese auto.

—Tomás es un hombre de treinta y dos años.

—Vos también y acá estás, sin habilidades comunicativas.

Escapo de su mirada y bajo los ojos hacía mi mano que sostiene el café.

—¿Por qué no nos contaste? Sé que somos los mejores amigos de tu hermana, pero también somos familia. Y además, todos amamos a Tito —una pausa—. ¿A qué hora llega? —niego con la cabeza.

—¿Eso no te lo dijo tu hermano?

—Ambos sabemos que Tomás no es el ser humano más atento del mundo.

Tiene razón.

—En una hora. De acá me voy al aeropuerto.

—No puedo creer que vaya a volver—dice Fausto.

Y yo tampoco.

Hace una semana me llamó Esmeralda para contarme que Tito estaba muriendo y cuál era su deseo: volver a Nanai, el pueblo que lo vio crecer. Tenía sentido que también fuera el que lo viera morir. Me pidió el favor de si podía ir a buscarlo al aeropuerto y ayudarlo con la instalación. Viajaba con un enfermero, Eugenio creo que se llama. Acepté sin pensarlo dos veces. A Lorenzo Mancini le debía absolutamente todo.

Cuando me lo contó sentí las lágrimas amenazando salir, pero hacía tiempo ya que llorar era algo imposible en mí. El enojo lo bañaba todo a tal punto que me costaba permitirme algo que no fuera ira. Pero un pedazo de pena se instaló entre mis costillas. Adoraba al abuelo Tito. Hacía ya muchos años que se había ido. Más específicamente cuando Carmencita falleció. Recuerdo que le había contado a mi abuela que era demasiado doloroso permanecer en la misma casa donde habían vivido centenares de momentos. Los recuerdos lo ahogaban.

Un silencio se hace lugar. Sé lo que quiere preguntar. Sé lo que todos quieren preguntar.

—-¿Y de Matilda sabés algo?

—Lo último que supe es que está en Nueva York, como hace quince años.

—Técnicamente eso no es verdad. —Se pone una bandana sobre su pelo rubio, su mirada algo acusadora—. Una vez al año vuelve.

—Pero nunca viene acá.

—Su abuelo, la razón principal por la cual regresa, no vive acá hace catorce años.

Apoyo la taza sobre la mesa. Cruzo los brazos.

—¿Qué es lo que realmente querés preguntar? —Me mira con la representación de la inocencia en su cara.

—¿Estás enojado con ella?

—No.

—¿No?

—Por supuesto que no, ¿por qué lo estaría? —Eso parece sorprenderlo—. ¿Pensabas que la odiaba o algo así?

—A decir verdad…si. Cuando se mudó fue como si hubiera dejado de existir. No la volviste a nombrar. Como si jamás hubiera sido tu amiga.

—Éramos chicos. Se fue a la otra punta del continente y simplemente dejamos de ser amigos. Eso es todo.

—Esta información hubiera sido útil una década y media atrás. Todos pensábamos que la odiabas.

—Bueno, me alegra informar que no.

La puerta se abre por tercera vez esta mañana. El primer cliente. Delfina sale de atrás con una sonrisa radiante.

—Buen día, acá le dejo la carta. Mi nombre es Delfina, cualquier cosa me avisa.

—Y esta es mi señal para irme —le digo a Fausto, el asiente.

—Chau, Juana —grito para que me escuche. Asoma la cabeza.

—¿Podrías no gritar cuando hay clientes? —dice entre dientes.

—Podría, ¿pero entonces cómo te molestaría? —me tira un repasador que atrapo en el aire.

—Andate antes de que salga y te mate —le tiro un beso como respuesta. Saludo a Fausto.

—Mandale un beso a Tito de mi parte— me susurra en respuesta.

Salgo a la calle. La ciudad está mucho más despierta que cuando entré al café. El sol brilla, el calor empieza a aumentar. Ringo levanta la cabeza.

—Vamos a casa —le digo. Se para moviendo la cola, le acaricio la cabeza.

# *Capítulo 5*

## Matilda

—Lo sabías y no me dijiste.

—Mati…no me correspondía contártelo. El abuelo me hizo prometerle que iba a dejar que te lo cuente él.

Camino por la habitación del hotel. Mi equipaje espera paciente que llegue el momento de irnos. El sol se asoma tímido, los primeros rayos tiñen el piso del dormitorio. Son las cinco de la mañana acá en Argentina. Allá son las tres. Mi mamá bosteza cada dos segundos.

—Me pidió que lo acompañe a Nanai —pausa—. ¿Sabías eso?

—No. Pero lo supuse.

—¿Cuándo vas a venir vos? —No hacía falta ni que me dijera que iba a venir, lo único que no sabía era cuándo iban a llegar. Esperaba que pronto, los necesitaba.

—Con tu papá estamos terminando de definir quién va a quedar a cargo del hotel. Supongo que en un par de días estaremos por allá. Con suerte en una semana.

—Está bien —digo bajito. Se escucha un bostezo del otro lado.

—Amor —la ternura empapa su voz—. Tenés a Finn, pero no te olvides que en Nanai hay un montón de personas que te quieren y van a estar para lo que necesites. —Digo que sí con la cabeza aunque ella no me pueda ver, me dejo caer sobre la cama excesivamente grande y el rostro de Valentino se reproduce sin pedir permiso.

—Los extraño. Los necesito.

—En unos días vamos a estar todos juntos, te lo prometo.

—¿Vos cómo estás? —le pregunto mientras me acuesto, mis ojos en el techo.

—Destrozada. Triste. Siento como si alguien hubiera retrocedido el tiempo y ahora ya no soy una mujer de sesenta y dos años, sino una nena que necesita a su papá. —Las lágrimas amenazan con escaparse de mis ojos. Quiero abrazarla—. Pero tengo la ventaja de saberlo hace más tiempo con vos, así que digamos que estoy en la etapa de la aceptación. Aunque siendo honestas no hace que duela menos. Nada hace que duela menos.

—Te amo. —El nudo en mi garganta me arde, me lastima. No quiero ponerme a llorar con mi mamá del otro lado del teléfono.

—Te amo mucho más. Ya quiero estar allá para abrazarte.

—Somos dos. Descansa, y mandale un beso a papá.

Corto la llamada y me incorporo con mi vista hacia la ventana. Me paso la mano por el pelo y trato de no romper en llanto. El dolor punzante de perder a mi abuelo se multiplica como los pedazos de un vidrio estallado al saber que eso también significa que mi mamá va a perder a su papá. Siento que no hay escapatoria y que donde sea que vea solo puedo encontrar dolor.

No dormí en toda la noche. Cuando regresamos al hotel, Finn no me quiso dejar sola. Vino a mi habitación, pusimos un capítulo de *How I Met Your Mother* y antes de que llegáramos al final el peso de lo que acaba de suceder en la cena me impactó por todo el cuerpo. El agua me nublaba la vista. Finn me abrazaba y me acariciaba el pelo.

—¿Querés que lo hablemos?

Negué con la cabeza.

—¿Querés que pidamos helado?

Volví a negar.

—Quiero dormir. —Finn asintió con una sonrisa triste, fue hasta mi valija, sacó mi pijama y me lo lanzó.

—Voy a cambiarme a mi habitación y vuelvo, ¿si? —dije que sí con la cabeza, sin poder articular una palabra de dos letras.

Media hora después mi mejor amigo roncaba a mi lado y mis párpados se rehusaban a mantenerse cerrados. ¿Cómo podía dormir sabiendo que mi abuelo tenía el tiempo escapándose de él? Antes de despedirnos me dijo que quería irse al otro día. Había sacado tres pasajes para el primer vuelo. Finn podía acompañarme unos días, a

lo mejor hasta que llegaran mis papás, pero no podía quedarse hasta que yo volviera. Tenía un casamiento dentro de un mes y la recta final siempre es la más estresante. Mi mejor amigo es planificador de bodas. Más específicamente, es el planificador de bodas de Nueva York. Su agenda está a reventar. Y puedo entender porque le va tan bien. Es bueno en lo que hace. Presencié con mis propios ojos el resultado de que Finn planifique tu casamiento. Más de una vez lo catalogaron como hada madrina.

Yo por otra parte no tenía ningún compromiso esperando en Nueva York. Al menos no urgente. Antes de viajar hice entrega del último vestido de novia que me habían encargado y me había dejado la agenda de enero vacía sin saber que iba a tener que cancelar mi citas de febrero también. En el local tengo a Stefania, Lola y Sam que me ayudan con la confección y las citas y todo básicamente. Sin ellos no podría sobrevivir ni una hora. En el auto de regreso llamé a Stef. Después de que me dijera cuánto lo sentía y que estaba para lo que necesitara, nos pusimos a hablar de trabajo. Lo que necesitaba en ese momento era ordenarme.

—Tranquila, Mati. Hacé lo que tengas que hacer allá. Acá nosotros nos vamos a encargar de dejar todo organizado para cuando vuelvas. Vamos a avisar a las novias que no estás pero que igualmente pueden pedir cita y venir al local a tomarse las medidas y ver muestras de tela. Además hay varios vestidos listos para usar. Nos vamos a arreglar.

—Gracias —suspiré. Stef era un ángel caído del cielo.

—Es lo mínimo que podemos hacer. Cualquier cosa llamanos. Te queremos.

Un ronquido hace que regrese a la habitación del hotel. Finn tiene un brazo por encima de su cabeza, el otro sobre su panza, la boca abierta y una pierna colgando de la cama. Parece muerto. Lo estaría envidiando un poco. Los primeros rayos se filtran, me acarician la piel. Y mientras el sol se manifiesta también lo hace el hecho de lo que significa. Un día nuevo. Un día menos.

# *Capítulo 6*

## Valentino

Entro a la cocina para cambiarle el agua a Ringo. Lo escucho jadear en la entrada, agotado del ejercicio matutino. Le agrego comida al recipiente porque no sé cuánto voy a tardar en buscar a Tito al aeropuerto. Incluso avisé en el trabajo que seguramente llegaría pasado el mediodía.

Apenas apoyo los recipientes en el piso, Ringo se tira de cabeza a tomar el agua. Le doy una palmadita en el lomo y me dirijo al baño. Soy un asco de sudor y arena. Me fijo la hora. Me tengo que apurar si quiero llegar al aeropuerto puntual.

Me meto en la ducha, tiro la cabeza para atrás y cierro los ojos unos segundos. Me esfuerzo porque ningún pensamiento cruce mi mente, necesito no pensar en nada al menos lo que tarde en bañarme. Ayer pude dormir cinco horas, todo un logro para mí. Me paso el shampoo rápido y con un poco de violencia. Agarro el jabón y me refriego a las corridas. Salgo casi corriendo, con la toalla alrededor de la cintura. Me pongo mis boxers y agarro lo primero que encuentro tirado en el piso. Una remera lila que tiene escrito *El café de Lila.* En la espalda tiene la silueta de unas lilas en blanco, haciendo juego con el nombre que está enfrente. Me tiro abajo de la cama porque sé que mis jeans tienen que estar ahí. Nada. Dejo salir un suspiro de fastidio y rebusco en mi placard. Ahí están. Me los pongo mientras agarro un par de medias limpias y me pongo unas zapatillas de tela verde. No me gasto en verme en el espejo. Nunca me importó mucho el tema de la ropa. Si me va, entonces me sirve.

Troto hasta el comedor, el pelo húmedo mojando la espalda de la remera. Con billetera y llaves de la camioneta en mano me despido

de Ringo, que está muy plácidamente durmiendo en el piso de la cocina.

—No me extrañes, ya vengo. —Ringo levanta la cabeza, me mira un instante y se vuelve a dormir.

Cierro la puerta de casa de un portazo y bajo los escalones de a saltos. Me subo a la camioneta roja que era de mi papá. Pensar en él me amarga la sangre, me endurece el pecho. Me abrocho el cinturón, pongo primera y salgo despedido hacia el aeropuerto. No quiero hacerlo esperar ni medio segundo a Tito. Prendo la radio y dejo que la música sea mi compañera de viaje.

Miro la hora una vez más antes de entrar al aeropuerto. Ya debería haber llegado pero no lo encuentro. Y es en ese momento, cuando mis ojos buscan a Tito, que me planteo la posibilidad de que no haya venido solo. Tiene sentido que alguien de su familia lo acompañara, ¿no? A lo mejor vino con su hija, Esmeralda. Me respondo a mí mismo: no vino con ella, justamente fue la razón por la cual me pidió el favor de buscarlo.

Personas salen de la puerta de desembarque, acompañadas de valijas. Algunas siguen de largo, otras se abrazan con otros que, como yo, las están esperando. De golpe hay mucha gente, mucho ruido, mucho movimiento. Estiro el cuello con la esperanza de encontrar a Tito más rápido. Espero que me reconozca, en caso de que sea él el primero en verme y no al revés. No encontrarlo me pone ansioso. ¿Me habré equivocado de puerta? Estoy a punto de sacar el celular para fijarme cuando aparece. Aparecen.

Matilda camina abrazada al brazo de su abuelo. Vienen hablando de algo que la hace reír. Y no puede ser que escuche su risa con tanta claridad en el caos del aeropuerto. Pareciera que su risa encuentra el camino despejado, sin obstáculos, hasta mis oídos. Mi panza se tensa. Mis comisuras tiemblan. Tito sonríe ante la imagen de su nieta riendo y le palmea la mano que está anclada a su brazo. Estoy tan feliz de verlos que no me doy cuenta de que hay una tercera persona con ellos. Un hombre alto, pelo castaño, ojos celestes. Algunas mujeres, y hombres también, se voltean para observarlo en detalle, él ni se da cuenta. A decir verdad tiene una cara de cansancio que le hace competencia a la mía. Tiene una valija

de cada lado. Y creo que también lleva una mochila en la espalda. Frunzo el ceño. ¿Quién es?

Mientras mi mirada sigue anclada a Matilda me doy cuenta de que Esmeralda me mintió sin compasión. *Tito viaja con su enfermero, Eugenio.* Claramente esa mujer no es el hombre que me había mostrado por fotos.

No me vieron todavía, así que avanzo un par de pasos en su dirección. Me gustaría saber por qué estoy tan nervioso, me salta el corazón dentro del pecho, trago saliva un par de veces y con las uñas rasco la piel de mi pulgar, la inquietud manifestándose. Estoy casi enfrente de ellos. Matilda y Tito siguen hablando como cómplices, sin prestarle atención al resto del mundo. El hombre desconocido me mira al pasar, pero entonces frena y vuelve a mirarme. Deja colgar la cabeza un poco y algo similar al reconocimiento tiñe su cara. Abre un poco los ojos y quiere tocarle el hombro a Matilda, pero tiene ambas manos ocupadas. Pasa un grupo de personas entre nosotros antes de que Matilda levante la mirada y sus ojos de color incierto me encuentren.

Dios, hace tantos años que no los veía. Los extrañaba.

Mis pies no esperan mi permiso para acercarse. Mi cuerpo está ansioso por tenerla más cerca.

Tito sigue la mirada de su nieta y puedo ver una expresión de satisfacción en su cara.

—Esta era la sorpresa de la que te hablaba en el avión —le dice bajito pero igual lo escucho.

—Valentino… —la voz de Matilda es caramelo en mi estómago. Le sonrío y extiendo mis brazos. Matilda no duda ni medio segundo en acortar la distancia y lanzarse hacia mí. Mis manos se cierran en su espalda como un candado. La aprieto contra mí y hundo mi cara en su cuello.

—Matilda.

Su agarre es más fuerte y puedo sentir cómo su corazón trota junto al mío. No la quiero soltar pero entonces siento unos golpecitos en la mano. Levanto la mirada y me encuentro con Tito y una mirada pícara. Con mucho esfuerzo me despido de Matilda para abrazarlo a él. Tengo que agacharme bastante para que el abrazo

funcione. Me palmea dos veces la espalda y esa es la señal para que lo suelte. Me mira por unos segundos y me da unos golpecitos en el cachete.

—Estás alto, eh.

—Algo crecí en estos últimos años.

—Y pensar que yo te tuve en mis brazos —dicho eso, los estira y niega incrédulo—. Me siento un viejo.

—Sos un viejo, abuelo —agrega Matilda.

—Modales, Matilda, modales. —Tito la apunta con el dedo.

—¿Este es Valentino? —El hombre equipaje habla por primera vez. En inglés. Lo único que entiendo es mi nombre. Los ojos de Matilda se agrandan. El hombre se ríe—. Es lindo. Ahora te entiendo —agrega. Nuevamente no entiendo ni una palabra pero Matilda le pega una piña en el brazo que lo hace soltar una valija.

Una bola densa se instala en mi pecho. La confianza entre ellos es palpable y la duda de quién es este hombre aparece. Pero esta vez no la dejo descansar en mi cabeza sino que la verbalizo.

—¿Y él es…? —digo en un tono que reconozco podría ser más amable. Pero es que mi mente está atando cabos y precipitándose y ninguna respuesta me gusta. ¿Es su novio? ¿Su esposo? ¿Su amigo con derecho?

Tito sonríe divertido pero no responde.

—Mati puede responder eso —tararea. Mi mirada cae en su rostro expectante. El hombre a su lado observa sin entender qué está pasando. Me acerco a Matilda, le agarro la valija y comienzo a caminar hacía la salida sin esperar una respuesta a mi pregunta.

—Tengo la camioneta estacionada pero solo puedo dejarla quince minutos. —Matilda asiente una vez y dice algo en inglés que lo hace también asentir al hombre que todavía no sé cómo se vincula con ella.

Hacemos dos pasos antes de que Matilda vuelva a hablar, esta vez en español.

—Es mi mejor amigo. Se llama Finn.

No sé por qué pero siento alivio. Mi cuerpo se relaja. Ni siquiera sabía que no estaba relajado. Decido no detenerme a analizar mi

reacción. Cuando me giro me encuentro a Tito mirándome. Levanta ambos pulgares y sonríe. Frunzo el ceño sin entender.

Salimos al calor atroz. La temperatura incrementa a medida que avanza enero. Cada día un poco más caluroso que el anterior. Pongo las tres valijas y la mochila en la parte de atrás de la camioneta. Tito se sienta en el asiento de copiloto con ayuda de Matilda, quien ni bien termina de abrocharle el cinturón a su abuelo, se sube a los asientos de atrás, al lado de su amigo. Finn no parece estar manejando demasiado bien el clima marplatense. Veo por el retrovisor cómo no para de abanicarse con una mano y sacudirse la remera. Matilda se ríe y le vuelve a hablar en inglés. Finn la fulmina con la mirada y eso hace que ella se ría aún más. Me pongo el cinturón e intento sacudirme los celos que despertaron en mí. No tienen lógica. No tengo derecho a sentirlos. Y además si me detengo a pensar tiene todo el sentido del mundo que en estos quince años Matilda haya estado con hombres, tenido citas, algún que otro novio. Es en ese preciso momento que me entero que no me gusta para nada imaginarme a Matilda con otro hombre, así que decido no volver a proyectar esa imagen en mi cabeza.

Sacudo la cabeza mientras pongo en marcha el auto. Tito carraspea a mi lado. Lo miro. Señala con la cabeza los asientos de atrás. Miro a Mati y Finn. Ella se acomodó sobre el hombro de su amigo y cerró los ojos. Noto las ojeras. Vuelvo a mirar a Tito. Y la mano hace un gesto que me indica que no le dé importancia. Mis comisuras suben. Me guiña un ojo y con eso pongo el auto en movimiento.

Sé el camino a la casa de Tito de memoria.

Es un viaje corto pero mis pasajeros se quedan profundamente dormidos. Finn incluso ronca como un tractor; supongo que había que compensar la belleza excesiva con algo. Tito es el único despierto, y sé que está expectante por ver el mar. Decido tomar la ruta que lo bordea, aunque sea la más larga. Y él me mira agradecido mientras giramos a la derecha.

Tito ve el mar después de casi quince años. Bajo la velocidad intentando estirar este reencuentro la mayor cantidad de tiempo posible. Sus ojos marrones no se despegan nunca del celeste del

mar. Están anclados. Sus labios felices. Mi mirada viaja de la calle a su cara. Y es entonces cuando lo encuentro con los párpados cerrados, una mano en el pecho. Ni tengo que preguntarle en quién está pensando. Carmen. Carmencita, como él le decía. Mi abuela siempre me decía que el amor que tenían era ese que buscamos desesperados y pocas veces podemos encontrar. Especial, único, atípico, escurridizo. Por eso cuando ella murió él no pudo soportar seguir acá. Ese amor que compartían, que se profesaban, lo perseguía en cada esquina. Tito vuelve a abrir los ojos pero esta vez su mirada está en el cielo, buscándola a ella.

Llegamos a su casa y apago el motor. Atrás siguen durmiendo como si estuvieran muertos.

—Perdón por no avisarte que venía. Quería que fuera una sorpresa para ambos —susurra Tito, la mirada fija en su nieta.

—¿Esmeralda sabía? —pregunto.

—Fue ella quien me dio la idea de no decirles nada a ninguno de los dos. —Por supuesto. Me lo tuve que haber imaginado.

Aprovecho que estamos casi a solas para hacerle la pregunta más importante.

—¿Cómo te sentís, Tito? —Se encoge de hombros y chasquea la lengua.

—Me siento bien. Igualmente los médicos me explicaron que aunque no me sienta mal, tengo que tomarme las cosas con calma. Así que se cancela la maratón de cincuenta kilómetros que planeaba correr.

Una carcajada vibra en mi pecho, pero poco a poco se apaga. Me gustaría llorar pero no puedo. Me llevo la mano a la boca y apoyo el codo en la ventana del auto. Pongo mi atención en el lado opuesto a Tito. Me parte el corazón verlo. La mano de Tito me consuela como puede y me siento una mierda. Yo debería consolarlo a él. No soy yo quien está muriendo.

—Es la vida misma —susurra.

—La vida es una mierda.

—Si, a veces lo es.

Por unos segundos nos quedamos mirando el frente de su casa. Madera blanca, dos pisos, una puerta roja chillón. Sé por mi abuela

que Tito contrató a alguien para que la mantuviera en buen estado, para que la limpiara y le diera un poco de uso, mínimo una vez a la semana. En esa misma conversación con Lila, le pregunté por qué Tito no la vendía y me dijo que él nunca jamás iba a deshacerse de ella.

—¿Vos cómo estás?

—Estoy… —Harto. Exhausto. Durmiendo mal. Triste. Enojado. Decepcionado—... bien.

—Mentirle a un viejo… —niega con la cabeza—. ¿Cómo está Juanita?

Cierro los ojos y tomo aire. Juana lloró tanto los primeros meses que creo que si hoy en día no llora no es porque haya avanzado en el duelo sino porque se quedó sin lágrimas.

—Mejor. El café la mantiene ocupada y eso ayuda.

Un bostezo hace que giremos nuestras cabezas hacía atrás. Matilda se estira y se retuerce. Abre los párpados en un aleteo, se los refriega e intenta entender dónde está. Pasan unos segundos hasta que reconoce la casa de su abuelo. Sacude a Finn, al principio despacio, casi amable, y luego la fuerza comienza a incrementar. Debo admitir que el hombre duerme con una profundidad admirable. Matilda lo sacude un par de veces más hasta que mi poca paciencia hace que toque la bocina. Finn se despierta sobresaltado con sus ojos expandidos y sus manos agarradas de los cabezales de los asientos.

—Gracias, Valen —mi nombre en sus labios me hace sonreír. Nuestras miradas se encuentran en el espejo retrovisor. Le guiño un ojo.

Matilda ayuda a Tito a bajar mientras yo le paso las valijas a un Finn todavía aturdido. El silencio entre nosotros es incómodo. Claramente él no sabe español y yo tengo cero conocimiento del inglés. Ambos suspiramos aliviados cuando Matilda se acerca a nosotros. Agarra una valija y se dirige a la puerta. Finn la sigue. Yo me acerco a Tito y le ofrezco mi brazo. Caminamos lento y cuando llegamos la puerta ya está abierta y su nieta le estira la mano para ayudarlo a subir las escaleras.

Finn aparece para acompañar a Tito hasta dentro de la casa y yo me quedo con Matilda en la entrada. Me doy el permiso de mirarla. Su pelo largo y rubio resplandece bajo los rayos del sol. El color de sus ojos hoy pareciera ser un poco más celeste que verde. Sus labios llenos. Me sonríe y sus cachetes suben con el movimiento haciendo que sus ojos casi desaparezcan.

Cuando éramos chicos me burlaba de su estatura. Solía apoyar mi brazo sobre su cabeza y eso la volvía loca. Me decía que ya iba a crecer, pero se ve que eso no pasó.

—¿En qué estás pensando? —pregunta curiosa.

—En que puedo seguir descansando mi brazo sobre tu cabeza.

—No es mi culpa que seas gigante.

—Tampoco es mi culpa que midas un metro cincuenta.

—¡Mido un metro sesenta y tres! —exclama indignada—. Acá el desubicado sos vos, ¿cuánto medís? ¿Dos metros?

—No sé, dejé de saber mi estatura en el momento en que dejé de ir al pediatra.

Nos miramos sin decir nada.

—Te extrañé —mi boca pronuncia esas palabras sin que le dé permiso. La mirada de Matilda se escapa de la mía. Se mira los pies unos segundos antes de volver a mirarme.

—Siento que debería disculparme por jamás haber pasado a visitar. —Muevo mi mano en señal de que no se preocupe, pero ella niega con vehemencia—. No, en serio. Quiero pedirte perdón. Pasaron un par de años hasta que empecé a venir sola. Y cuando venía con mis papás el viaje era exclusivamente para visitar a mi abuelo, así que venir a Nanai no era una opción. —Toma aire y vuelve a esquivar la mirada—. Pero cuando crecí y empecé a viajar por mi cuenta pude haber venido a visitarte. A visitarlos. Pero sentía que después de tantos años ya no tenía nada que hacer acá.

—Mati, está bien. —Le pongo una mano en el brazo, ella me mira —. Te fuiste teniendo quince años a otro país. Ambos éramos muy chicos para mantener una amistad con una distancia tan grande. Yo estaba terminando el secundario y viendo qué hacer de mi vida y vos te estabas adaptando a un nuevo país. Es entendible lo que pasó, no te castigues. —Mi mano sube y baja por su brazo en un

intento de hacerle entender que está todo bien entre nosotros. Realmente lo está.

—Siempre le pregunté por vos.

Frunzo el ceño, sin entender a qué se refiere.

—A mi abuelo —continúa—. Le preguntaba por vos. Quería saber cómo estabas. Él todas las veces me respondía que seguías igual que siempre. No me daba mucha información pero me dejaba tranquila saber que estabas bien.

Me imagino que lo único que sabe es que ahora el director del Hotel Mancini Mar del Plata soy yo. No tiene ni idea de la conversación que tuve hace catorce años con su abuelo, que se puede resumir en dos oraciones dichas por Tito: "Vas a hacer una licenciatura en turismo y hotelería. Al mismo tiempo vas a empezar a acompañarme a trabajar y ver qué es lo que hay que hacer y cómo".

Así fue como me adentré a un mundo que solo conocía como espectador. No era mi plan, no era con lo que había soñado cuando era chico, nunca me había planteado trabajar como director de un hotel. Hasta ese momento el café de mi abuela parecía la única opción. Pero la vida juega a sorprenderte de vez en cuando, intentando dejar en claro que es caprichosa y que uno puede creer que sabe a dónde se dirige cuando en realidad no tenemos ni la menor idea.

Quiero preguntarle qué más sabe pero entonces Finn la llama desde adentro. En inglés.

—¿No sabe nada de español?

—Ni una sílaba —sonríe.

—Vas a tener que enseñarle lo básico al menos. Hola, por favor, perdón, gracias y chau.

—Muchas erres. Muero por verlo luchar para decirlas.

Se empieza a girar para caminar hacia adentro y no quiero que se vaya así que digo lo primero que se me viene a la mente.

—Juana me va a matar si se entera que te vi y no te dije que pases por el café.

Matilda se congela.

—¡Juana! —Se lleva la mano a la frente—. Debe estar enorme.

—Es solo tres años más chica que vos.

—Pero para mí siempre va a ser Juanita.

—Mañana podés pasar a desayunar. Le va a encantar que vayas.

Asiente con una sonrisa y me la contagia. Nos sonreímos como dos idiotas hasta que su amigo vuelve a gritar una oración larguísima en inglés. Matilda se ruboriza un poco. Le sonrío de lado.

—Agradecé que no sé inglés.

—No te das una idea lo feliz que me pone tu incapacidad de entender otro idioma que no sea el español. —Suspira, de alivio quizás—. Me tengo que ir antes de que me asesine. —Señala con el pulgar detrás de ella—. Gracias, Valentino. Por todo.

—Un placer, Matilda.

—Decile a tu hermana que mañana voy.

—Le digo.

Y con eso me sonríe por última vez, entra a la casa y cierra la puerta. Me gustaría moverme. Tengo cosas que hacer. Ir a mi casa, cambiarme, ir a trabajar. Pero no puedo seguir funcionando con normalidad cuando soy consciente de que Matilda está tan cerca, a cuadras de mi casa, a pocos kilómetros de donde trabajo, a minutos del café. Se siente mal retomar mi rutina con ella acá.

Me gustaría que fuéramos chicos de nuevo y que su llegada significara treinta días de vacaciones donde nos las vamos a pasar pegados el uno al otro, obligándonos a meternos al mar frío, comiendo helado hasta empacharnos. Me gustaría salir a andar en bici por la tarde, las mallas todavía húmedas; ir a los juegos del centro y que todo sea una competencia de vida o muerte; quedarnos hasta la madrugada viendo películas alquiladas con pochoclos recién hechos; despertarnos temprano y desayunar juntos antes de ir a pasar la mañana en la pileta de sus abuelos. Ella tenía una habitación en la casa de mi abuela y yo tenía una en la de su abuelo. Fue el verano en que tenía quince y ella trece. Mi mamá me dijo que Matilda se podía quedar siempre que quisiera pero en la habitación de huéspedes, que solo usaban mis amigos ocasionalmente. Quiero aclarar que jamás dormimos en la misma cama. Antes de que cada uno tuviera su propia habitación, yo tiraba un colchón al lado de mi cama y cuando nos quedábamos en su casa usábamos la habitación que tenía dos camas. La casa de Tito y

Carmen era mucho más grande que la de Lila, sobraban habitaciones.

—¡Mi papá me dijo exactamente lo mismo! —me dijo la misma tarde en que hablé con mi mamá mientras caminábamos por el local de alquiler de películas, viendo cuál elegir—. Me explicó que lo mejor era que empezáramos a dormir en habitaciones diferentes. Le pregunté por qué y empezó a tartamudear tanto que me dio pena y lo liberé del sufrimiento.

Me subo al auto y el sonido del portazo me despierta de mi viaje en el tiempo.

Ya no somos chicos.

Que Matilda esté acá ya no significa lo mismo.

Nosotros no somos los mismos.

Ella no está acá por vacaciones.

Pero realmente me gustaría venir mañana, tocar su puerta e invitarla a tomar un helado.

# *Capítulo 7*

## Matilda

Cierro la puerta y me quedo unos segundos apoyada contra ella. Asimilando, creo. No sé. Lo único que sé es que claramente estaba concentrada porque la voz de mi mejor amigo me hace saltar del susto. Me llevo la mano al pecho y mis ojos bien abiertos lo ven apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—¿Te asusté? —Sonríe, pícaro.

—¿Y a vos qué te parece? —respondo mientras mi pulso se tranquiliza. Camino a la cocina y cuando pasó por al lado de Finn entrecierro los ojos sin lograr entender del todo a qué se debe su expresión.

—¿Qué te pasa en la cara? —le digo mientras abro la heladera. Vacía, claro. Tendría que hacer las compras. Me giro para verlo. Tendríamos. Cierro la puerta y me giro del todo.

—Mi cara está bien, gracias por preguntar.

—Decilo —digo apoyada en la mesada de la cocina, mis manos sobre el borde.

—¿Qué cosa? —se hace el desentendido. Le sale pésimo.

—Lo que me querés decir.

—¿Yo? —se señala y me doy cuenta que está intentando no reírse a carcajadas. Yo lo miro estoica.

—Sí, vos. —Me cruzo de brazos.

—No sé de qué hablas, no tengo nada para decirte.

Pasan unos segundos con nosotros mirándonos. Nuestras expresiones son opuestas. Me imagino qué es lo que va a decir pero quiero estar segura. La cortina de la cocina se tambalea con el

viento. La luz baña el piso, baila a la par de la cortina. Lo miro fijo y él sonríe aún más.

—Es lindo —dice al fin y yo dejo caer mi cabeza hacia atrás. Un sonido gutural se escapa de mi garganta. Me llevo las manos a la cara—. ¿Qué? —continúa, y se para a mi lado—. Es verdad, tengo dos ojos, puedo ver y sinceramente es hermoso. Ahora te entiendo.

—¿Qué es lo que entendés? —Abro un poco los dedos para espiarlo por el hueco.

—Que hayas estado enamorada de él.

—¡Tenía quince años!

—Y doce, y trece, y catorce… —tararea como si estuviera cantando, y con cada palabra ladea la cabeza.

—¡Era chica! —exclamo un poco a la defensiva y un poco avergonzada también. Aunque no sé muy bien el motivo.Finn ya sabía de mi pequeño, minúsculo, insignificante enamoramiento por Valentino.

—No te pongas así. A mi también me hubiera conquistado con esos dos ojazos que tiene. Y ese pelo, te dan ganas de hundir las manos en él.

Levanto las cejas.

—¿Querés que arregle una cita entre vos y Valentino?

—Lamentablemente no funcionaría. Ninguno habla el idioma del otro —dice con pena.

—Qué lástima —me burlo.

Escuchamos unos pasos pausados. Unos pies arrastrándose.

—¿Qué hablan tanto ustedes dos ahí? —la voz de mi abuelo llega antes que él. Los médicos le dijeron que tenía que tomarse las cosas con calma. No le indicaron reposo absoluto pero no tiene que sobreexigirse. Algo complicado para mi abuelo que a veces se olvida de la edad que tiene. Y la enfermedad que tiene.

—Abuelo, ¿qué hacés parado? ¿Necesitás algo? —Se acerca lentamente hacia la heladera. La abre. Frunce el ceño. La cierra—. Iba a ir ahora con Finn a hacer las compras. ¿Te traigo algo en especial?

—Jugo multifruta. Y unas medialunas.

Saco papel y lapicera y comienzo a hacer una lista.

—¿Algo más? —digo mientras mi mano se mueve sobre el papel.

—Helado.

—Helado. —Levanto la mirada hacia mi abuelo—. ¿De qué?

—Dulce de leche y tramontana.

—Perfecto. —Arranco el papel y me lo guardo en el bolsillo del jean. Miro a mi mejor amigo y después por la ventana, al sol demedia mañana—. Deberíamos cambiarnos, ponernos algo que no huela a avión. —Finn asiente y se dirige hacía las escaleras. Estoy a punto de hacer lo mismo cuando unos dedos me frenan.

—¿Te puedo pedir algo más?

—Lo que sea, abuelo. —Apoyo mi mano sobre la suya.

—¿Las medialunas pueden ser las de El Café de Lila? Está a pocas cuadras.

—Por supuesto —le sonrío. Al parecer no voy a tener que esperar hasta mañana para visitar a Juana. Adoro a esa mujer hermosa.

—Gracias, corazón. —Se desprende de mi agarre y se pierde en el pasillo que da a su habitación, la que originalmente era de Valentino cuando se quedaba a dormir después de una maratón de películas. Le dejamos esa habitación porque lo recomendable es que no suba escaleras, y porque sabía que no iba a querer dormir en la que alguna vez había compartido con mi abuela Carmencita.

Mis ojos se empañan ante el recuerdo de mi abuela. Tan dulce, tan atenta, tan amiga.

Tuve mi primera menstruación acá, en su casa. Salí del baño con mis cachetes ardiendo. No estaba del todo segura de lo que era pero algo sospechaba. Me había quedado unos minutos viendo la mancha roja oscura en mi bombacha.

—¿Abuela? —dije bajito, la vergüenza tiñendo mi voz.

—¿Sí, cielo? —se escuchó su voz desde el comedor. Caminé hasta encontrarla en el sillón con un libro en la mano, los lentes casi cayéndose de su nariz.

—Creo que tuve un accidente. —Mis manos estaban nerviosas, inquietas.

Mi abuela cerró el libro y lo apoyó sobre la mesa ratona, se subió los lentes y me analizó por unos segundos con esos ojos que eran un reflejo de los míos. No hizo falta que le dijera mucho más antes

de que asintiera un par de veces y me mire con dulzura. Fue conmigo al baño y me explicó lo que era la menstruación. Algo me habían dicho en el colegio pero de forma muy superficial, como si pensaran que conocer sobre nuestros propios cuerpos no fuera tan vital. Pero mi abuela Carmencita fue la que me mostró cómo se pone una toallita, la que me dijo que cuando creciera podría usar tampones si así lo quisiera. Me habló sobre los dolores menstruales, que los pechos se pueden sentir más sensibles, y que es normal tener antojos.

Horas más tardes Valentino me había ido a buscar para ir a la playa. Tito fue quien le abrió la puerta.

—Hola, señor Tito —escuchaba su voz desde la cocina donde estaba terminando de desayunar con mi abuela—. ¿Puede venir Matilda a la playa?

El pánico me atropelló. No podía meterme al mar con la toallita. Pero al mismo tiempo no quería decirle a Valentino que estaba menstruando. Me sentía atrapada. Pero entonces mi abuela me guiñó un ojo y se acercó hasta la puerta.

—Hola, Valen.

—Hola, Carmencita. —Valentino usaba esa voz melosa y excesivamente respetuosa que hacía que todo el mundo lo adorara. Adulador era su segundo nombre. Resistí poner los ojos en blanco.

—Matilda se está sintiendo un poco mal de la panza. —Enterré la cara en mis manos muerta de vergüenza—-. Pero si querés, podés pasar y hacerle compañía.

Mi cabeza se levantó como un látigo. Mi abuela se echó hacia atrás para encontrarme sentada en la cocina y vi cómo se encogía de hombros, como diciéndome ¿Que querías que le dijera al pobre chico?

Escuché la puerta cerrarse y por un instante pensé que a lo mejor se había ido, que no le parecía tan divertido quedarse en un día soleado encerrado conmigo. Entonces entró a la cocina con esa mirada que a veces creía que solo me pertenecía a mí. Me quedé prendida a sus ojos, verdes. No cualquier tono, no. Eran como la cáscara de las manzanas verdes. Tenía el pelo castaño claro, casi

rubio revuelto por el viento, ondulado por naturaleza. Y su piel bronceada debido a las horas bajo el sol.

—¿Te sentís mal? —Se desplomó a mi lado y me robó una de mis tostadas con mermelada.

—Un poco.

—¿Querés que veamos una peli? —dijo con la boca llena. Se llevó mi vaso de jugo de naranja a la boca—. Podemos ver esa de amor que querías ver el otro día. No me acuerdo el nombre.

—*The Notebook.*

—¡Esa! —Se terminó la tostada y el jugo. Levantó la mesa rápido y comenzó a limpiar los platos, vasos y tazas que habíamos usado con mis abuelos. Me acerqué hasta él y agarré un repasador para ayudarlo a secar.

—Me hacés quedar como una pésima nieta.

Su risa me hizo feliz. Siempre me hacía feliz.

Terminamos de dejar todo limpio y ordenado antes de irnos a la pieza que hacía de cine. Mi abuelo nos había colocado un proyector para ver películas. Estábamos fascinados, nos pasábamos horas enteras viendo una detrás de otra. Teníamos una lista pegada a la pared con películas que habíamos visto, y sus puntuaciones, y otra con películas que queríamos ver.

—¡La puerta se queda abierta! —gritó mi abuela. Me puse roja al instante. Valentino intentó no reírse de mí, pero falló.

Nos acomodamos en la cama, nuestras espaldas contra el respaldo, nuestras piernas estiradas. Buscamos la película en la computadora, conectamos el proyector, Valen bajó la persiana para quedarnos a oscuras y le dio inicio antes de acostarse de nuevo.

Ese día nos lo pasamos tirados viendo películas. Yo estaba un poco paranoica así que iba cada dos por tres al baño para corroborar no haberme manchado.

—¿Estás bien? —me había preguntado la tercera vez que le pedí poner pausa para ir al baño.

—Sí, sí. Creo que ayer comí algo que me cayó medio mal —me excusé.

Cuando se hizo de noche me dijo que tenía que irse a casa, lo estaban esperando para cenar. Me saludó con un beso en el cachete

y me dijo que esperaba que mañana me sintiera mejor, así podíamos ir a la playa o andar en bici.

Fue cuando estaba acostada a punto de dormirme que me di cuenta que Valentino sabía que no me dolía la panza. Estaba desayunando cuando entro a la cocina. Pero igualmente se quedó a mi lado durante todo el día y vimos un montón de películas románticas y nunca me presionó para que le cuente qué era lo que realmente estaba pasando. Él solo se quedó conmigo. Y puede ser que esa noche me haya ido a dormir con una sonrisa estúpida en la cara.

# *Capítulo 8*

## Valentino

Siete pares de ojos están puestos en mí. Atentos, expectantes. A veces me sobrepasa la situación. Todas estas personas esperan mis órdenes, que les diga qué hacer, que les indique el camino. Tomo aire antes de dejarme caer en la silla que se encuentra en la punta de la mesa. Detesto las reuniones. Creo que es la parte que menos me gusta de mi trabajo.

—Como bien saben estamos en temporada alta, lo que significa mucha gente. Pero esto no tiene que afectar a nuestro nivel de atención. Al contrario. Quiero que cada huésped se sienta especial. Necesito que nos concentremos en los detalles. Cumpleaños, aniversarios, fechas especiales. Lo que sea que los trajo a Mar del Plata, y lo más importante: que la razón por la cual eligieron nuestro hotel se justifique.

Siete personas asienten y algunas toman notas. Tomó aire y miro a Sofía, la encargada del equipo de redes.

—Quiero que presten mucha atención a las quejas que pueden llegar a dejar en los distintos portales. Si alguien comenta en una publicación de Instagram que tuvo un problema con la reserva y le dieron la habitación incorrecta, quiero que le respondan el comentario y sigan la conversación por privado. —Los brazos repletos de tatuajes de Sofía se mueven ligeramente mientras teclea en su computadora mientras me escucha sin mirarme—. Y que le den una cena gratis, una sesión de spa, una noche extra, lo que sea. Error nuestro, recompensa para el huésped. Esa es nuestra política, y con tanto flujo de personas los errores aumentan, así que necesito que estemos atentos a eso y seamos expeditivos y resolutivos.

Una mano se alza y le doy la palabra con el mentón.

—¿Cómo está Tito? —pregunta Manuel y todos dejan de hacer lo que estaban haciendo para posar sus ojos en mí. Atentos. Intrigados. Esperanzados también. Carraspeo una vez y miro los botones de la camisa.

—¿Se va a poner mejor? —Sofía se me adelantó y me hubiera gustado que no lo hiciera porque detesto tener que ser portador de malas noticias.

—El panorama sigue siendo el mismo que la semana anterior. —Me fue imposible disimular que algo había pasado cuando llegué desencajado a la oficina, y cuando empezaron a preguntarme por mi padre, tuve que decirles que se trataba de Tito. Puedo ver en sus caras que les apena la situación. Tito es un hombre querido y respetado por todos. Hace décadas que no pisa este hotel, pero casi el noventa por ciento de las personas que trabajan acá lo conocen de cuando eran chicos, o sus padres lo llegaron a conocer en el caso del personal más joven. Es casi imposible ser de Nanai y encontrarte con alguien que no sepa el buen hombre que es Lorenzo Mancini.

—Mi mamá está tan triste —dice Manuel—. Cuando le dije se puso a llorar y me contó de la vez que se le había pinchado una rueda del auto y Tito la ayudó a cambiarla.

—Mi hermano mayor siempre me cuenta la misma anécdota —agrega Lautaro, el encargado del sector de limpieza—. Estaba enamorado de una compañera del colegio y Tito lo encontró sentado en la plaza con un ramo de flores —algunas risas irrumpen en la sala de reuniones—. Lo vio medio cabizbajo, así que le preguntó qué era lo que le pasaba. Y mi hermano le contó sobre esta chica pero que no se animaba a decirle que le gustaba. Entonces Tito se sentó a su lado, lo tomó del hombro y le dio el valor que le faltaba para ir y decírselo. —Todos nos mantenemos en silencio aunque ya sabemos el final de la historia—. Ahora mi hermano está casado con esa chica y tienen tres hijos. Uno llamado Lorenzo.

De repente la sala se llena de anécdotas que tienen a Tito en ellas. Alguien que se raspó el codo y Tito le limpió la herida y le puso una curita. Alguien que rompió bolsa en el medio de la calle y Tito apareció con su auto y fue al hospital más cercano sobrepasando la

velocidad permitida. Alguien que se quedó sin trabajo y Tito le abrió las puertas de su hotel ofreciendo una oportunidad.

La puerta se abre y aparece Carolina, mi asistente. Y mi mejor amiga junto con Tomás. Con un gesto silencioso me indica que me necesita. Es hora de dar por terminada la reunión que se transformó muy rápidamente en una conversación de café.

—Bueno —comienzo, las voces se van callando de a poco—. Eso sería todo por el momento. Cualquier problema que surja saben que la puerta de mi oficina siempre está abierta. Que tengan una buena jornada.

Salgo de la sala y Carolina me sonríe.

—¿Qué pasó? —pregunto un poco más alarmado de lo que quería.

—Tu hermana está al teléfono.

—¿Mi hermana? —Desde que recibí esa llamada ocho meses atrás le tengo pánico a los teléfonos, a las llamadas inesperadas.

—Exacto. —Me extiende su celular con una mirada que me tranquiliza un poco, pero no del todo. Hasta que no escuche a Juana decir que todo está bien no me voy a relajar.

—¿Por qué te llamó a vos? —digo mientras tomo el celular de Caro.

—Dice que intentó llamarte pero que no respondías. Le expliqué que estabas en reunión. Me dijo que era *urgente.*

Mi corazón se acelera.

—Tranquilo —me calma—. Dijo urgente, no malo.

Me llevó el celular a la oreja e intrigado la saludo.

—¡Al fin! —es lo primero que dice—. Creo que si quisiera contactarme con el presidente de la nación sería más fácil.

—Estoy trabajando.

—Y yo también —contraataca—. Pero esto no podía esperar.

La impaciencia comienza a crecer cada vez más.

—¿Qué no podía esperar?

—Adivina quién está en el café.

Me quedo quieto en el lugar. Ni siquiera me había dado cuenta que estaba moviéndome. Cierro los ojos con fuerza, tiro la cabeza hacía atrás y me paso la mano arrastrándome la cara.

La puta madre.

Matilda.

El problema no es Matilda en sí. Yo le dije que se pasará por el café, que fuera a saludar a mi hermana. El problema es que no pensé en las consecuencias. A veces me cuesta pensar con Matilda cerca. Y se me adelantó. Pensé que iba a tener esta noche para sentarme y hablar con mi hermana. Mierda.

Juana se debe estar preguntando qué hace la nieta de Tito en Nanai. Y le podría mentir, pero no quiero hacerle eso, menos cuando en algún momento le voy a tener que contar sobre Tito. Que le queda poco tiempo, que se está muriendo. Esperaba tener algo más de tiempo y lo más importante poder hacerlo en persona. Juana lo adora. Esto la va a destrozar. Pero no puedo decírselo por teléfono en medio de una jornada. Voy a tener que omitir la verdad por ahora.

—Sí, fui a buscar a ella y a Tito hoy a la mañana al aeropuerto —digo con cuidado, sin dar información de más. Un grito de emoción salta de la boca de mi hermana.

—¡¿Tito está acá!?

—Sí —respondo e intento ocultar la pena que me invade cada vez que pienso en por qué volvió.

Caro me mira con los labios juntos y los ojos un poco tristes.

—¿Cómo no me contaste? —me reprocha mi hermana.

—Quería decírtelo en persona. —Me llevo la mano a los ojos por la lamentable excusa.

—Nos vimos ayer…

—Escuchame, tengo que seguir trabajando. —La corto porque no quiero mentir pero tampoco puedo decirle la verdad ahora.

—Está bien, está bien. Solo te quería decir que Mati estaba acá. Y que está hermosa. Muy pero muy linda. Despampanante. Bellísima.

—Juana… —digo en tono de advertencia porque la conozco y puedo entrever sus intenciones.

—¿Qué? —responde haciéndose la tonta—. Estás soltero y además solo estoy diciendo lo que mis ojos ven. Matilda siempre fue

una chica muy bonita pero la verdad es que estos años la hicieron más hermosa de lo que era, aunque yo creía que eso era imposible.

Vuelvo a pasarme la mano por la cara y dejo salir el aire, exasperado. Caro suelta una risita a mi lado.

—¿Terminaste? —le pregunto.

—Sip.

—Genial, tengo que continuar con mi día. ¿Necesitás algo más?

—No, solamente llamé para decirte lo linda que se encuentra Matilda. Y bueno, de paso, ya que estamos hablando de la belleza y todas esas cosas…¿Quién es el hombre alto de ojos celestes que no caza una palabra en español?

—Chau, Juana —su risa es lo último que escucho antes de cortar.

La mirada de Carolina me penetra.

—¿Qué? —escupo algo molesto. Camino hacia mi oficina con ella siguiéndome.

—No, nada.

Silencio.

—Hablé con Tomi. —Pongo mis ojos en blanco. Abro la puerta de mi oficina y me siento en mi silla. Caro hace lo mismo con la silla de enfrente.

—Dejame adivinar, hablaron de Matilda.

—Qué inteligente.

—¿Tengo que indagar o me vas a decir lo que hablaron?

—Depende, ¿vas a cambiar esa actitud o vas a seguir así de irritable?

—Perdón, estoy con muchas cosas en la cabeza.

—Lo entiendo. —Su mirada se ablanda—. Lo de Tito nos tomó a todos de imprevisto. Estos meses vienen siendo una mierda eh.

—Es raro —respondo ignorando la última parte y a lo que sé que se está refiriendo. Mi mamá. Mi papá.

—¿Qué cosa? —pregunta.

Camino en silencio hasta la cafetera que tengo instalada en la cocina. Hago dos tazas de cortado, le entrego una a Caro y me quedo parado, apoyado sobre el escritorio. Mi mirada está más allá de la oficina, viendo a todo el mundo trabajar. Escucho que suenan teléfonos, puertas que se abren, una impresora en funcionamiento.

—Cómo nos pasamos la vida siendo conscientes de la muerte. Desde que somos chicos escuchamos hablar de ella, a veces nos toca de cerca a temprana edad, a veces a medida que vamos creciendo. No le podemos escapar a la muerte. Sabemos que es inevitable, que a todo el mundo le llega. Que uno se va morir. Lo sabemos. Y de igual manera, cuando la muerte se hace presente, nunca estamos listos para ella.

Caro le da un sorbo a su café, digiriendo las palabras, su mirada hacia el ventanal que da a la ciudad, al mar.

—Supongo que es porque no importa cuánto hablemos de la muerte, cuántos duelos ajenos presenciemos, nada se le acerca a vivirlo en carne propia. Nada te puede preparar lo suficiente para la muerte de alguien que querés, que amas, que aprecias. —Me regala una sonrisa diminuta y cálida antes de continuar—: Nunca estamos listos para decir adiós, Valen.

Terminamos nuestros cafés en silencio, con nada más que el ruido ambiental de la oficina de fondo. Carolina tiene razón, nunca estamos preparados para despedirnos para siempre de las personas que amamos. Me parece injusto tener que volver a vivirlo para corroborarlo.

—Mandale un beso de mi parte —dice Caro mientras se levanta de la silla y se pasa las manos por el pantalón negro de vestir.

—¿A quién? —pregunto algo absorto.

—A Matilda.

Se está por ir cuando mis palabras la detienen.

—Al final no me dijiste qué hablaste con Tomás —señalo.

Una sonrisa traviesa le surca la cara.

—Solo hablamos de cuánto tiempo vas a tardar.

—¿En qué? —frunzo el ceño.

—En besarla —se encoge de hombros, como si no hubiera dicho nada importante. Como si no estuviera hablando de mí besando a Matilda. Como si fuera un hecho que no tiene lugar a no suceder.

Sin agregar nada más sale de mi oficina dejándome solo. En realidad, no del todo, porque sus últimas dos palabras rebotan por las paredes de mi cerebro y una duda que no tuvo lugar durante décadas se instala caprichosa en mi mente.

# *Capítulo 9*

## Matilda

Juana me observa como si fuera un extraterrestre. Y Delfina desde lejos lo mira a Finn como si se lo quisiera comer, con tan poco disimulo que mi mejor amigo ya me preguntó quién es esa chica que no nos saca los ojos de encima.

—Es Delfina, la mejor amiga de la hermana de Valentino.

—Me perdí.

—Date tiempo —le dije palmeando su hombro.

—Es linda —agrega al pasar.

—¿Delfi? Es preciosa.

Juana va y viene. Me mira de reojo, cada vez que pasa por mi lado, como queriendo asegurarse que realmente estoy acá.

Ella también es preciosa. Cuando era chica sus compañeros del colegio estaban embobados con ella, le mandaban cartas anónimas confesando su amor. Y por esa misma razón algunas chicas eran malas y cuando se puso aparatos comenzaron a burlarse de ella. A Valentino le destrozaba verla tan triste, sin ganas de ir al colegio. Me acuerdo que ese mismo verano Juana comenzó a sumarse más a nuestros planes. No la quería dejar sola.

Juana vuelve a aparecer con una bolsa de papel, el aroma de medialunas recién hechas me hace babear. No hay nada como unas buenas medialunas recién salidas del horno.

—¿Querías algo más? —pregunta Juana tan dulce, sonriente.

—Por ahora creo que vamos a estar bien —miro detrás de Juana para encontrarme por quinta vez con la mirada de Delfina, quien finge terriblemente mal que no nos está observando. Más bien que *no* está observando al hombre que tengo a mi lado—. ¿Delfi? —la

llamo. Gira su cabeza hacia mi en una pésima actuación de sorprendida. Se señala el pecho como si hubiera muchas Delfinas en el café. Asiento con la cabeza y le digo que venga con un gesto. Cruza la puerta de la cocina hasta llegar al lado de la Díaz menor.

—¡Matilda! —estira los brazos al costado, su voz un poco elevada —. No sabía que estabas acá. ¿Qué te trae al café?

—Pensé que me habías visto entrar. —Niega con la cabeza—. Ah, entonces me confundí. Juraba haber visto una chica idéntica a vos con los ojos clavados en mi amigo. —Hago un gesto con la cabeza en dirección a Finn.

Los cachetes de Delfina se tiñen de rojo a una velocidad increíble. Juana a su lado se ríe y le palmea el hombro antes de irse y seguir atendiendo a los clientes. Finn se encuentra completamente absorto, mirando su celular.

—Yo…yo no estaba…en realidad… —las palabras salen alborotadas de su boca.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Bueno, y con Juana. —Señalo con mi pulgar hacia mi derecha, apuntando a mi mejor amigo—. No sabe nada de español.

Puedo ver cómo suelta el aire aliviada y se ríe nerviosa. Agarra un trapo y lo pasa por la barra limpiando algunas manchas de café. Me doy cuenta que quiere preguntar por Tito, por cómo está él. En un pueblo chico es casi imposible tener secretos y sería ingenuo de mi parte asumir que nadie sabe la verdadera razón por la cual regresé.

—¿Tito? —pregunta al fin.

—Feliz de estar acá —pausa—. A pesar de todo. —Agarro la bolsa repleta de medialunas—. Gracias por esto, me las pidió específicamente.

Juana aparece justo en ese momento.

—Mi abuela siempre cuenta que Carmencita pasaba sin falta a primera hora y compraba media docena para ambos para desayunar. Creo que tu abuelo era un adicto.

Intento sonreír pero no me sale. Mis labios tiemblan, un nudo se instala en mi garganta, mis ojos se llenan de lágrimas. Intento no

pestañear para no llorar. Juana me mira preocupada, me acaricia el brazo con delicadeza.

—Mati, ¿estás bien? —pregunta con dulzura, como si no supiera. Y se me ocurre que quizás no sabe. Finn levanta la vista del celular y cuando me ve la cara sé que su expresión relajada cambió a una más alarmada.

—Si, si —mi voz sale algo estrangulada—. Gracias de nuevo. Mandale un beso a Fausto de mi parte.

—Le mando —dice mientras mis pies ya se dirigen a la salida.

—¿Qué pasó ahí dentro? —me pregunta Finn una vez que estamos afuera. No respondo, sigo caminando hasta que llegamos a la esquina. Lejos del café.

Le doy la bolsa a Finn, y es entonces cuando dejo escapar las lágrimas. Mi pecho se alivia ante la liberación de mi llanto. La mano de mi amigo sube y baja por mi espalda. El agua lo tapa todo. Hablar con Juana de mi abuelo como si no se estuviera muriendo fue una tortura y al mismo tiempo la envidié profundamente. Me gustaría ser ella y poder hablar de él sin el peso de saber que su tiempo se está agotando. Quisiera poder hablar de mi abuelo sin ponerme tan pero tan triste.

Finn me abraza mientras con la otra mano sigue sosteniendo las medialunas. Nos mantenemos así hasta que me calmo, hasta que puedo volver a respirar sin sentir que me ahogo.

—¿Vamos?

—Vamos, mi abuelo debe estar esperándonos para desayunar. —Apunto a las medialunas.

—No te quería apurar ni nada —comenzamos a caminar, el brazo de Finn descansa sobre mis hombros—, pero necesito que lleguemos lo antes posible a tu casa.

—¿Por? —Levanto la cabeza para mirarlo.

—El olor me está aniquilando.

—Bienvenido a tu perdición. Una vez que las pruebes no vas a poder parar.

Minutos después estamos los tres sentados. Hice café para Finn y para mí. Mate para mi abuelo. De la docena de medialunas no quedó ninguna. Yo me comí tres. Mi abuelo solamente una. Me dijeron que

la enfermedad disminuye el apetito, por eso es importante que esté atenta a que cumpla con todas las comidas, además de los suplementos que lo ayudan a cubrir los nutrientes, minerales y vitaminas. Las otras ocho fueron devoradas por Finn.

—Esto es lo mejor que alguna vez probé —dijo con la boca llena, apenas terminaba una ya comenzaba otra—. No puedo creer que no exista esto en Nueva York —finalizó algo indignado.

—Bueno, tenemos los *croissants…*

Su cabeza giró como un látigo.

—Te pido que no le faltes el respeto de esa manera a las medialunas, Matilda.

Mi abuelo se ríe cada vez que escucha a Finn pronunciar la palabra medialunas.

Cuando el desayuno a media mañana termina, mi abuelo anuncia que sigue algo cansado del viaje, y Finn lo acompaña hasta la habitación. Yo me queda limpiando la cocina.

—¿Cuándo vienen tus padres? —pregunta cuando vuelve y me ayuda a secar las cosas que usamos en el desayuno.

—Hablé ayer con mamá. —Abro la puerta del mueble de la cocina para guardar las tazas. —Me dijo que en unos días. Tenían que terminar de organizar un par de cosas del trabajo. No quiere dejar el hotel a merced de cualquier persona. Quiere venir con la tranquilidad de no tener que volver hasta que sea el momento de hacerlo.

—Voy a intentar quedarme hasta que lleguen —se apoya contra la mesada, sus piernas cruzadas, al igual que los brazos sobre su pecho—. Pero no te puedo prometer nada. Tengo ese casamiento que te comenté. Si pudiera reemplazarme lo haría. Si pudiera clonarme lo haría. No quiero dejarte sola —agrega, apenado.

Me seco las manos con el repasador y me acomodo a su lado. Respiro un par de veces antes de responder.

—No te preocupes. Sé que tenés trabajo, como también sé que si pudieras quedarte más tiempo lo harías. Además mañana llega Eugenio. —Es el enfermero de Tito. No tenía sentido hacerlo viajar el mismo día que nosotros. Hoy es para acomodarnos, llenar la heladera de comida y dejar las habitaciones listas.

—Lo sé, pero Eugenio no es tu mejor amigo, no es lo mismo. Apenas pueda me tomo el primer avión con destino a Argentina.

Me incorporo y lo abrazo con fuerza. Él me devuelve el abrazo. Todo sería el triple de complicado y doloroso si no lo tuviera conmigo. Mi amigo, mi hombro para llorar, los brazos que me atrapan cuando me estoy por caer, las manos que me ayudan cada vez que pueden.

—Te adoro —susurro contra su pecho.

—Y yo a vos, Mati.

—Gracias por acompañarme.

—No hay nada que no haría por vos.

Nos quedamos en ese abrazo por unos segundos más. Solo se escucha el sonido del mar de fondo y alguna que otra bocina.

—¿Cómo dijiste que se llamaba la amiga de la hermana de Valentino? —Desarmo el abrazo y lo miro fijo. Levanto un dedo y lo sacudo.

—Ni se te ocurra, Finn.

Alza las manos y sonríe con una inocencia que no le queda ni un poco.

—Un hombre ya no puede hacer preguntas hoy en día.

Le doy con el repasador en el brazo y cuando intento darle por segunda vez lo esquiva. Estoy por darle una tercera cuando sale corriendo a su habitación.

—Finneas Wilsen, borrá esa idea de tu cabeza ya mismo —grito mientras se escapa por las escaleras. Y lo digo completamente en serio, más cuando escucho su carcajada proveniente del piso de arriba.

# *Capítulo 10*

## Valentino

Apago la computadora, agarro mis cosas y salgo de la oficina diciendo un par de "hasta mañana". Afuera sigue siendo de día gracias al verano. También sigue haciendo un calor asqueroso. Me arremango las mangas de la camisa mientras tomo el ascensor hasta el estacionamiento. Cuando me subo al auto espero unos segundos antes de arrancarlo. Me pregunto qué tan raro sería si me paso por la casa de Tito. Solo para comprobar que todo esté bien, que no necesiten nada. Me respondo a mí mismo que sería rarísimo. Me rio solo mientras giro la llave y el motor se enciende.

Subo el volumen y tarareo la canción que suena de fondo, mis dedos acompañando el ritmo contra el volante. De a poco el sol se empieza a esconder, resistiendo, como si no quisiera despedirse del mar.

La veo antes de llegar. Su pelo largo marrón revoloteando por el aire, sus manos abrazando sus rodillas, sus ojos preocupados y su boca algo fruncida. Se para cuando ve mi auto. Ahora está abrazando la *tote bag* que tiene colgada del hombro. Su expresión sigue igual. Mi corazón comienza a latir más rápido, el escenario de que le haya pasado algo siendo el causante. Ni siquiera gasto tiempo en guardar el auto en la cochera. Me bajo rápido y pongo mis manos sobre sus hombros.

—¿Juana? —Mira hacia el cielo una vez y cuando baja su cabeza puedo ver que está conteniendo el llanto. La preocupación aumenta.

—No está bien —dice intentado no llorar.

La puta madre. Dejo caer mis manos a su costado, tomo mucho aire y lo suelto. Saco las llaves de mi bolsillo y abro la puerta. No

hace falta que le diga que entre.

—¿Qué pasó hoy? —digo un poco molesto. No tengo la paciencia para esto.

—Lo encontré rodeado de vómito, Valen. Pudo haberse muerto. —Me freno en mis pasos y me giro para verla.

—Ya hablamos de esto. No quiere saber nada con ir a un centro de rehabilitación.

—A lo mejor alguien que lo cuide…

—Vos y yo ya sabemos cómo terminó el único intento que hicimos.

Abro la heladera. Hay menos comida de la que me gustaría. Dejo salir un suspiro. A lo mejor mañana encuentre un hueco para ir al supermercado.

—¿Te querés quedar a cenar? —pregunto mientras mi cabeza sigue metida buscando opciones de comida que puedo hacer con lo poco que tengo.

—Depende, ¿qué vas a hacer? —Salgo de la heladera para verla sentándose en la mesa de la cocina. Cierro la heladera cuando su primera lágrima se desliza. La borra de un manotazo. Hacía mucho que no la veía llorar. Lo odio.

—Odio que llores por esto —le digo abrazándola—. Te dije que puedo encargarme por completo. No tenés por qué involucrarte.

—Tengo veintisiete. No podés tratarme como si tuviera doce —su voz se rompe un poco.

—Lo sé, pero verte llorar me destroza. Perdón.

Juana termina el abrazo, agarra un pedazo de papel del rollo de cocina y se suena los mocos. Está intentando no llorar, me doy cuenta.

—¿Qué le pasa a Tito? —pregunta cambiando de tema pero no haciéndolo uno más agradable.

Juana sabe poco y nada. No quería abrumar con los detalles. En realidad, no fui sincero del todo. Le dije que estaba enfermo y delicado, pero no le conté la verdad.

Me recuesto sobre la silla, mis manos uniéndose en mi regazo, mi cabeza dejándose caer un poco, mis ojos en el techo, dejo salir el aire por la boca de forma bruta. Existen cosas que mientras más las

hagas más fácil se vuelven. Pero esta no es la ocasión. Es más, creo que cada vez es un poco más ardua que la anterior. Más dolorosa.

—Se está muriendo.

Mi hermana no pestañea, no abre la boca, no mueve ninguna parte de su cuerpo. Mis ojos recorren su rostro en busca de algún indicio de reacción. Nada. Parece congelada. No llora, no grita, no putea, no se levanta y se va. Nada.

—¿Cuánto tiempo… —su voz se quiebra—. ¿Cuánto tiempo le queda?

Uno mis labios en una mueca llena de lástima.

—El mejor panorama serían tres meses. —Asiente una vez. Dos. Cuatro. Seis. Y de repente el asentimiento se convierte en un llanto calmo, casi silencioso, contenido. Es cuando la sujeto entre mis brazos que su llanto se rompe otra vez pero ahora sobre mi pecho.

—Nunca pensé en decir esto—murmura sobre mi camisa—, pero agradezco que la abuela ya no esté.

—Lo sé.

—Tito es como de la familia.

—Lo sé.

—Qué mierda.

—Lo es.

—Otra vez —murmura. La abrazo más fuerte. Sé perfectamente a lo que se refiere. Otra muerte más. Tan cercana.

—Lo sé.

Rompe el abrazo por segunda vez. Vuelve a sonarse los mocos.

—Sos un asco para consolar personas —dice con el ceño fruncido y los ojos rojos.

—No hay nada que te pueda llegar a decir que te haga sentir mejor. Creeme, lo intenté. No existen palabras que hagan de toda esta situación menos mierda. —Su expresión se transforma en una de lástima, su mano viaja hasta mi brazo.

—Vos lo adorás a Tito. —Llevo mi mirada hacia el piso; tengo miedo de ponerme a llorar enfrente de Juana. No quiero mostrarme débil. No cuando me necesita.

—¿Estás aguantando el llanto? —pregunta un poco molesta—. Valen, podés llorar conmigo. Soy tu hermana. Si no podés llorar

conmigo, entonces ¿con quién?

No digo nada pero cierro los ojos por un instante.

—Me enoja que hayas tardado tanto en contármelo.

—Perdón —digo mirándola.

—Pero lo que más me enoja es que no me hayas dejado estar para vos.

Suspiro.

—¿Cómo estás, Valen?

—Bien.

—¿Cómo estás, Valen? —repite un poco más seria.

—Para la mierda. —Esto no debería estar pasando. En menos de un año otra pérdida parece injusta. Es injusto.

—Somos dos. —Sonríe con sutileza.

Me paro y vuelvo a abrir la heladera. La necesidad de mi cuerpo de moverse, de estar haciendo algo, intentando distraerse. La verdad es que no estoy mirando nada, solo estoy ahí, con una mano sobre la puerta y mi cabeza en el frío.

—¿Sabés? Estoy casi segura que cualquier persona que haya conocido a Tito debe estar triste con esta noticia. Dios, a mi me afectó más de lo que pensé que podría hacerlo. —Escucho que se para. Mi cuerpo todavía está queriendo esconderse dentro de la heladera—. Pero algo me dice que para vos Tito siempre fue alguien especial.

No me muevo. No digo nada.

—Si no fuera por Tito, nunca la hubieras conocido a ella.

Mi mano se tensa, mi espalda también. Todo en mí se pone rígido. Duro. Mis labios están sellados.

—De cierta manera él te regalo a tu persona favorita.

Mis párpados quieren tapar mis sentimientos, aunque siga oculto entre la comida de la heladera.

Siento su mano dándome unos golpecitos en los omóplatos.

—Voy al baño a lavarme la cara, que soy un asco —su voz se oye cada vez más lejos—-. Ah, y si queres podemos pedir unas empanadas, que ya vi que no tenés ni medio tomate en esa heladera. ¡Sos un adulto, hacé las compras, Valentino! —esto último lo dice casi gritando.

Me incorporo, cierro la puerta de la heladera y me paso una mano por la cara mientras la otra descansa sobre mi cintura. Las palabras que me dijo segundos atrás se empujan en un intento de llegar a mí.

Y a lo mejor sí. Tal vez Tito es tan pero tan especial para mí porque gracias a él Matilda llegó a mi vida. Gracias a él tuve una amiga de verano. Gracias a él descubrí lo que significa que te guste alguien. Gracias a él conocí a una de las personas más importantes de mi vida.

Por supuesto que Tito es especial para mí.

# *Capítulo 11*

## Matilda

El segundo día que me despierto en la cama que era de mis papás cuando vacacionábamos no lo hago desorientada. Ayer había estado unos segundos intentando recordar dónde estaba, de quién era esta habitación, por qué hacía tanto calor si era enero. Hasta que toda la información cayó de repente. Estaba en Nanai, en la casa de mi abuelo Tito, quién se va a morir en tres meses o tal vez menos, no se puede ser exactos en estos casos. Fue entonces cuando me levanté con la angustia pegándome al piso, casi queriendo aplastarme.

Pero esta mañana es diferente. Ya sé dónde estoy y lo más importante el por qué.

Estiro los brazos por encima de mi cabeza y salgo de la cama. Bostezo todo el camino hacia el baño. Mientras hago pis hago un repaso mental del día de hoy. Eugenio, finalmente, llega por la tarde y es un alivio enorme saber que el enfermero que lo viene cuidando hace tanto tiempo puede acompañarnos en esta etapa. Nos conocemos de las veces que fui a visitar a mi abuelo. Eugenio es un hombre robusto de piel oscura, lleva el pelo rapado al ras, una barba prominente y tiene dos brazos que parecen ser capaces de partir una sandía a la mitad. Eugenio es como un vikingo, pero argentino. Y lo que es más importante: es extremadamente amable, atento y cariñoso con Tito. Lo trata con dulzura. Él también se encuentra afectado y me di cuenta apenas nos vimos hace unos días.

Bajo las escaleras más dormida que despierta. Huelo café. Seguro es Finn. Con un bostezo digo un buenos días poco entendible. Mi mejor amigo se da vuelta con una sonrisa que me

hace despabilar de golpe. Me entrega una de las tazas. La observo por unos segundos. Es verde lima y tiene margaritas pintadas por toda la superficie. La favorita de mamá. De repente la extraño. Mucho. Tengo treinta años, pero uno nunca deja de necesitar a su mamá. Suspiro dejándome caer en la butaca de la isla de la cocina. Finn me imita. Damos un sorbo con la mirada perdida. Espero a que hable. Sé que tiene algo que decirme, se le nota en la cara.

—Mati —rompe el silencio pausadamente—. Tengo una mala noticia. Bueno, no sé si mala es la mejor palabra. Pero si desafortunada. —Me llevo la taza a los labios y levanto las cejas para que continúe hablando—. No voy a poder quedarme hasta que lleguen tus papás. A menos que lleguen pasado mañana.

—No pasa nada —respondo. Aunque me gustaría tener a mi amigo, no estoy sola. Está Eugenio, en unos días llegan mis papás y sé que tengo a la familia Díaz ante cualquier emergencia.

—Odio estar haciendo esto, pero la novia entró en una crisis nivel quiso cancelar la boda. Me llamo el novio desesperado pidiendo por favor que regrese a Nueva York. Hasta se ofreció a pagarme el pasaje; necesita que hable con ella, al parecer soy el único al que va a escuchar.

Las novias que entran en pánico son más comunes de lo que uno pensaría. Con Finn hemos presenciado más de un casamiento cancelado. Mucho drama. Mucho llanto. Muchos insultos.

—Finn, no te preocupes. —Frunce el ceño, poco convencido—. En serio. Mis papás llegan en unos días y además no estoy sola. —Su expresión sigue siendo de duda—. De verdad, no te angusties. Allá te necesitan más. Andá y salvá ese casamiento. —Eso parece relajarlo. Se para y me da un abrazo gigante de oso.

—Apenas resuelva todo allá, vuelvo. Me siento una mierda por tener que irme.

—No lo hagas. Yo me sentiría peor si te quedaras.

La alarma de mi celular nos asusta a ambos.

—Tengo que darle el medicamento a Tito. —Termino la taza de café, lleno un vaso con agua, y agarro la pastilla matutina. Aunque estuviera Eugenio, también le daría la medicación. Llegamos a un acuerdo de que él estará para ayudar cuando haga falta y para las

tareas más delicadas, como bañarlo, pero no tiene que hacer todo Eugenio . Yo también quiero cuidar de mi abuelo. La mayoría de los medicamentos son vitaminas, suplementos. Su enfermedad lo lleva a comer cada vez menos y es primordial que no deje de adquirir los nutrientes necesarios. También tiene medicamentos que lo ayudan con los efectos secundarios. No se va a curar. Pero eso no quiere decir que deba sufrir.

Mis pies se dirigen al pasillo. Toco la puerta por costumbre aunque lo más probable es que esté durmiendo. Y tengo razón. Mi abuelo, mi querido Tito. Parece tan frágil, minúsculo. Se me encoge el corazón. Cuando era chica mi abuelo era como un superhéroe. Perdón, lo sigue siendo. Pero con la inocencia de mis años, yo creía realmente que mi abuelo era todopoderoso. Indestructible. No existía absolutamente nada que fuera demasiado para él. Por eso me destroza verlo así. Aunque ya los últimos años que vine de visita noté cómo la vejez carcomía su cuerpo, esta vez es diferente. Percibo cómo se está yendo, poco a poco. La forma en la que le tiemblan las manos cuando quiere cortar su comida hizo que de ahora en más ya se la entregue cortada, como si fuera chiquito. La primera mañana acá me vino a despertar con la vergüenza tiñendo su rostro.

—¿Tito? —No me miró a los ojos—. ¿Abuelo, qué pasa?

—Me hice pis —dijo avergonzando, tan bajito que casi no le entendí.

Bajé la mirada y noté una mancha que oscurecía su pantalón.

—No pasa nada. —Me levanté con los párpados casi pegados. Noto que son las cuatro de la mañana en el reloj de la mesita de luz —. Vamos a limpiarte y cambiar las sábanas. ¿Te parece? —Asintió, la cabeza baja.

Mi abuelo estaba volviendo a ser un niño.

Me acerco despacio, con miedo a despertarlo, aunque lo que tengo que hacer es justamente eso.

—¿Abuelo? —susurro. Se ve tan tranquilo. No sufre. Me lo dijeron muchas veces. Me lo dice él. No siente dolor. Eso me reconforta un poco.

—Abuelo, tenés que tomar el medicamento.

—¿Matilda? —dice más dormido que despierto.

—La misma. —Sonrío, aunque no me ve. Sus párpados siguen cerrados.

—¿Qué hora es?

—La hora de tomar el remedio.

Sus labios forman una sonrisa adormilada.

—Qué perspicaz.

Se incorpora con dificultad y apoya la espalda contra el cabezal de la cama. Le entrego la pastilla y luego el vaso de agua.

—Estaba pensando…

—¿Si? —pregunta mientras apoya el vaso en la mesita de luz.

—Que si hoy te sentís bien podríamos ir a dar una vuelta por El Café de Lila. A los chicos les encantaría verte. —Me digo a mí misma que tuve que haber sido más específica, no creo que sepa distinguir a qué me refiero con *los chicos*. Además del hecho de que de chicos ya les queda poco y nada.

Pero los ojos de Tito no me miran con confusión, todo lo contrario.

—Tu chofer nos dejó su auto. Bueno, tu auto en realidad. Yo no soy muy buena manejando, no confiaría en mí. Pero Finn es bastante bueno. —Veo que mi abuelo deja caer un poco su cabeza, curioso—. A ver, que no es un corredor de fórmula uno pero tampoco es un desastre. Esa soy yo. Tendrías que haberme visto la primera vez que me subí a un auto y me olvidé cuál era el pedal para frenar y aceleré hasta estamparme contra una hilera de tachos de basura. Finn no volvió a prestarme su auto nunca más. —Eso lo hace reír—. Me alegra que mis dotes para el manejo te hagan gracia. Entonces, ¿te sentís bien como para ir a dar una paseo por El Café de Lila?

Poco a poco su boca se transforma en una sonrisa que yo interpreto como un sí.

—Menos mal, porque Finn se va pasado mañana y ahí ibas a tener que conformarte conmigo. Bueno, tenemos a Eugenio también.

—Con vos acá me alcanza y sobra.

Pongo los ojos en blanco y finjo que sus palabras son demasiado llevándome una mano al pecho, como halagada.

—Basta o voy a pensar que soy tu nieta favorita. —Eso le arranca una carcajada. Mi pecho se infla de orgullo.

Se termina el vaso con agua y me lo entrega.

—Bueno, mejor empiezo a prepararme si no queremos llegar para cuando hayan cerrado. —Y con eso tira las sábanas y el acolchado fino de verano y pone los pies en el piso. Me mira como si molestara—. No serás tan lenta como yo pero casi, así que andá. —Me echa con la mano—. Cambiate.

—Avisame si necesitás ayuda. —Repite el movimiento con la mano; es como si estuviera espantando una mosca.

Finn está con un pie en el primer escalón cuando le digo que se cambie, que vamos a El Café de Lila. Levanta una ceja sin entender de qué estoy hablando.

—Lila. Café. Ayer. Medialunas. —Logro que su mirada se aclare por completo y comienza a subir los escalones de dos en dos.

—En cinco minutos estoy en el auto —grita desde su habitación.

Subo las escaleras con una sonrisa. Yo también estoy emocionada por ir a visitar El Café de Lila. Lo que desconozco es por qué.

# *Capítulo 12*

## Valentino

Las patas de Ringo van dando saltitos, su pelaje negro sacudiéndose con el movimiento. El sol todavía está tranquilo, no son ni las ocho de la mañana. Como es costumbre primero paso por El Café de Lila antes de ir a mi casa, darme una ducha y dirigirme al hotel. Es una rutina que nació desde que mamá se hizo cargo del café hace muchos años atrás, cuando mi abuela dijo que ya estaba demasiado vieja para hacerlo. En ese entonces íbamos con Juana antes del colegio. Pasábamos, nos robábamos algo para comer y nos despedíamos de mamá con un beso en el cachete. Ahora es mi hermana la que atiende el café y tengo a Ringo de acompañante.

La campana avisa que entro y mi hermana se materializa frente mío. Sus ojos parecen a punto de caerse de lo mucho que los abre. La miro con una ceja levantada. Su cara se contorsiona en una expresión algo perturbadora si tengo que ser honesto. Su boca hace algo extraño, no califica como sonrisa, y su mirada desborda locura.

—Hermano. —Abre los brazos tapando la vista y habla excesivamente alto. Tengo un poco de miedo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto despacio. Ringo se sienta a mi lado y pareciera que él tampoco logra entender qué sucede.

—¿No puedo estar feliz de verte?

—Nos vemos todos los días.

—¿Y? Igual me pongo feliz cada vez que te veo, Valen —casi grita mi nombre.

—¿Me dejás pasar?

—Sí. —Asiente con violencia, pero no se mueve ni un centímetro.

—Juana… —digo sin paciencia.

—Es que… —Su sonrisa diabólica se ensancha—. Adentro te espera una sorpresa. —Abre aún más los ojos cuando dice esto, como si eso fuera posible.

En eso una cabeza aparece por la puerta que da a la cocina. Esos ojos caprichosos que parecieran querer tener todos los colores del mundo, su pelo eterno rubio, su boca carnosa que se estira en una sonrisa. Sigo sin acostumbrarme a que esté acá. Me parece surreal. Levanta una mano y me saluda con emoción, yo levanto la mía casi en cámara lenta y le devuelvo el saludo moviendo un par de dedos. Vuelve a esconderse en la cocina y es ahí cuando veo a Tito sentando en una mesa junto a Eugenio, su enfermero, un mate de por medio. Camino hacia su mesa y le digo buenos días a Tito, feliz de verlo. Estiro mi mano para estrecharla con la del enfermero que, a pesar de tener esa apariencia de querer mandar a todo el mundo a la mierda, me sonríe con amabilidad.

—Buenos días, Valentino. —Tito mira a Ringo—. Y buenos días también a usted, señor.

Ringo ladra y mueve la cola. Yo le doy unas palmaditas en la cabeza.

—Qué sorpresa tenerte acá, Tito.

—Fue idea de Mati. —Le pasa el mate a Eugenio—. Me hubiera gustado venir antes pero… —Su pecho se infla de aire—. No todos los días son igual de buenos y supongo que el viaje me dejó un poco más cansado de lo usual. Ayer me la pasé durmiendo.

Nos miramos con Eugenio. Sin decir ni una palabra ambos coincidimos en que debe ser complicado para Tito tener que aceptar su nueva realidad y que debe estar en la etapa de negación. No lo juzgo ni un poco. No puedo ni comenzar a imaginarme lo doloroso, frustrante y desesperante que es percibir cómo día a día vas perdiéndote un poco más.

Miro hacia la puerta de la cocina. Está ahí. Andá a saber haciendo qué. No la puedo ver y pareciera que mi piel tira hacia ella. Tito tose ocultando una risa. Eugenio lo observa extrañado.

—Andá. —Me empuja el brazo—. Seguro que te quiere ver tanto como vos a ella.

Mis pies caminan sin protestar y no puedo evitar escuchar murmullos a mi espalda. Me giro para ver a Tito y Eugenio cuchichear, pero cuando notan mi mirada empiezan a hablar sobre el clima. Entrecierro los ojos y me brindan una sonrisa tirante. Sé que Tito le está diciendo algo a su enfermero, pero elijo ignorarlo y seguir caminando. Ansioso por verla.

—Buenos días —saludo cuando mis pies tocan la cocina. La imagen es… impactante. Matilda y Finn tienen unos delantales violetas puestos y están parados frente a una mesa llena de tapas de alfajores. Ella sostiene una manga a reventar de dulce de leche y Finn tiene un recipiente con coco rallado enfrente y a su lado una bandeja con el resultado final: alfajorcitos de maicena.

—Buenos días —responde Matilda. Finn lo hace en un pésimo español, pero valoro el esfuerzo. Quiero compensarle diciéndole buenos días en inglés pero me averguenzo de mi asquerosa pronunciación. Él se ríe bajito y Matilda lo fulmina con esos dos ojos suyos.

—Insistieron en que querían ayudar. —Fausto está de brazos cruzados apoyado en la otra mesa de la cocina. Supongo que está apreciando el descanso que le están regalando estos dos.

—La verdad es que son bastantes buenos, podríamos contratarlos —agrega Delfina. Fausto asiente.

—A Delfina le encantaría tener a Finn en estas cuatro paredes.

Todo integrante de la cocina gira su cabeza en dirección a Fausto. Este levanta las manos y sonríe con una inocencia que no le creo nada. Matilda se ríe por lo bajo y niega la cabeza mientras continúa rellenando los alfajores. Finn le dice algo en inglés, Matilda le responde y él le vuelve a decir algo y al final le guiña un ojo, lo que hace que Matilda revolee los ojos y le dé un golpecito en el bíceps. Tienen toda una conversación que no puedo entender. Me frustra sentirme apartado.

—¿Qué le dijiste? —le pregunto a Matilda mientras me apoyo de espaldas a la mesa, junto a ella. Cruzo los brazos y las piernas.

—Le traduje lo que dijo Fausto.

—¿Y él qué te dijo?

—Que a él no le importaría estar encerrado en un cuarto con Delfina tampoco. —Sonríe. Observo a Delfina y me doy cuenta de que quiere matar a Fausto por hablar de más. Él no se siente ni un poco intimidado.

Mi hermana entra algo acelerada, como suele suceder cuando está a punto de abrir. La verdad es que ninguno de los dos somos lo que se dice relajados. Quiero decirle que se relaje un poco pero tampoco me sale ser tan hipócrita.

—¿Seguís acá? —Me giro pensando que no se está dirigiendo a mí, pero cuando vuelvo a mirarla me doy cuenta que sí, esas palabras son para mí—. En quince minutos abro y no quiero más gente de la que necesito.

—Matilda y Finn están acá —aclaro.

—Matilda y Finn están ayudando.

Los miro. Son lentísimos. No sé hace cuánto estarán pero por ahora solo tienen ocho alfajores hechos. Señalo con la mano y levanto las cejas como remarcando la obviedad. Mi hermana no se inmuta, dejo caer mi brazo y revoleo los ojos.

—Vení —dice Fausto—. Te preparo tu café, no queremos que tu hermana te mate a diez minutos de abrir.

Lo sigo hasta la máquina y escucho que Mati se ríe bajito. La miro serio y ella hace como que se cierra la boca con llave.

—Un café para vos. —Fausto me alcanza el vaso y se apoya sobre el borde de la mesa—. Y uno para mí.

Los primeros sorbos son en silencio. Siento que Fausto me mira fijo. Pongo los ojos en blanco antes de acomodarme para verlo de frente.

—¿Qué? —escupo de mala gana.

—No sé si te va a gustar lo que tengo para decirte.

—Entonces no me lo digas.

—Eso sería ir en contra de mi naturaleza —responde ofendido llevándose una mano al pecho. Se ajusta el pañuelo, esta vez de color verde y le da otro sorbo al líquido caliente.

No agrego ni media palabra y sigo tomando mi café. A lo mejor cambia de idea y no me dice nada.

—El último verano que vino Matilda yo estaba perdidamente enamorado de ella.

Casi me rompo el cuello.

—¿Disculpame? —digo mitad hablando mitad riendo. Él se ríe también.

—Sí, estaba embobado. Me acuerdo de pedirle a Juana que le pregunte si tenía novio o si le gustaba alguien.

Ah, ahora entiendo a qué vino esa pregunta años atrás cuando estábamos Matilda y yo en la cocina poniendo una bolsa de pochoclos en el microondas y una Juana de doce años apareció con una timidez que rozaba la ternura. Recuerdo que le preguntó atropelladamente si estaba de novia. Matilda le dijo que no y le ahorró la segunda pregunta al agregar que ni siquiera le gustaba alguien. Después de eso mi hermana menor salió corriendo de la cocina.

—En fin, era chico, Matilda era la definición de mujer para mí y soñaba con que iba a ser mi primer beso y todas esas cosas que uno se imagina cuando la pubertad lo ataca. —Se encoge de hombros.

—Supongo que esto que me estás contando es por algo…

—No seas ansioso —me reta—. Una tarde, Delfi, tu hermana y yo estábamos caminando por la playa. Ustedes no nos vieron. Es algo que les solía pasar. Cuando estaban juntos no había nadie más, nada más. Estaban tirados sobre una lona, había música de fondo y creo que jugaban a las cartas. Vos te habías enojado porque habías perdido y ella no paraba de reírse. —Escucho con atención cada palabra, como si no lo hubiera vivido, como si no supiera de qué momento habla. Mi memoria es prodigiosa cuando se trata de los momentos que pasé junto a Matilda—. En eso tu hermana se volteó para verme y dijo algo que en su momento me puso celoso.

—¿Qué dijo?

Fausto sonríe, como si estuviera a punto de contarme un secreto que en realidad ya debería saber.

—Que Matilda le había mentido cuando le dijo que no le gustaba nadie.

No agrega nada más, le da un sorbo al café y en eso entra la primera cliente del día. Yo tengo la boca abierta y estoy harto de

quedarme sin respuestas y que la gente me diga cosas que me dejan pensando y pensando.

—Tomás me dijo que te haga acordar que hoy se juntan a cenar en su casa. —Se termina el café de un sorbo.

—No me olvidé. —Me había olvidado.

—Deja de mentir, te va a crecer la nariz. Y ya bastante grande es.

Otro cliente entra y eso es todo lo que necesita Juana para gritarme desde la cocina.

—¡Chau, Valentino!

—¿No era que no se podía gritar cuando había clientes? —le grito en respuesta.

Un repasador sale volando desde la cocina y mi hermana debe tener la mejor puntería de toda la Argentina porque no sé cómo pero termina estampando en mi cara. Fausto se ríe. Hasta que se lo revoleo en su dirección.

—Qué rencoroso sos —exclama.

—Chau a todos —digo un poco malhumorado.

—Adiós, Valen —la voz dulce de Mati lo envuelve todo—. Suerte en tu día. —Asoma la cabeza por la puerta y me resplande con su sonrisa.

Esa boca.

Dios.

—Avisame si necesitan algo —le recuerdo—. Tenés mi número, ¿no?

—Me lo pasó tu hermana recién.

—Genial. —Gracias Juana por adelantarte—. Cualquier cosa estoy a un llamado de distancia.

—Gracias, Valentino.

—De nada, Mati. —Y con eso vuelve a meterse en la cocina y yo decido que tengo que moverme. Me despido de Tito y Eugenio, que ahora están hablando sobre la playa.

Durante el resto de la mañana mi mente piensa pretextos para pasar más tiempo con ella. Cuando el reloj marca las doce y treinta y cuatro me doy cuenta que no tengo ni media excusa. Solo queda

esperar a que me necesite. Y ahí iré corriendo hasta la casa del abuelo Tito para ayudarla con lo que sea.

Mi celular suena una vez y veo por el identificador de llamada que es María. Nada bueno sale de estas llamadas. Suspiro y dejo que suene dos veces más antes de juntar el valor necesario y atender.

—María —digo amable. Ella no tiene la culpa. Nadie la tiene en realidad. Acá el único culpable es mi padre. Aunque, y esto es lo que más me enoja, tampoco puedo recriminarle a él. No. Mi padre está enfermo. Tengo que repetirlo constantemente para que no se me olvide.

—Valen, cariño —le tiembla un poco la voz. Si hay alguien a quien le gustan menos estas llamadas que a mí, es a ella—. Hoy encontré a tu papá dormido en la puerta, del lado de afuera. — Siento la ira circulando por mis venas, el agarre del celular se intensifica. Aprieto los dientes—. Ya sabes que yo siempre salgo a desayunar en mi galería, y eso hice, como todas las mañanas. Fue entonces cuando lo vi. Me asusté. No sabía si estaba desmayado o… —María no termina la oración pero yo sé lo que iba a decir. Muerto. No sabía si estaba muerto.

—Así que llame a la ambulancia, por las dudas. No sabía qué hacer, Valen.

Esa es la razón de mi falta de sueño, de que viva en un estado permanente de preocupación, de miedo. Me aterra que un día al atender el teléfono del otro lado me digan que mi papá murió, que lo encontraron sin vida en alguna esquina o en su propia cama, la misma que compartió durante décadas con mi mamá. El alcoholismo de Daniel Díaz es un problema que no sé cómo manejar; no sé qué hacer para mejorar la situación, qué decirle para que reaccione, para que de una vez por todas se dé cuenta de lo que está haciendo con su vida. Con la mía y la de Juana. Está destrozando lo poco que queda de nuestra familia con cada sorbo que toma. Quiero odiarlo. Hay días en que lo hago. Pero al final , siempre termino sintiendo pena por él.

—¿Dónde está ahora? —pregunto mientras cierro la computadora y con una seña llamo a Caro a mi despacho.

—Ahora mismo está durmiendo en el sillón de mi comedor. —María es un ángel, al igual que su marido Carlos. Me voy a asegurar de regalarles una estadía en el hotel con todo incluido—. Los médicos me dijeron que no había perdido la conciencia, no estaba en un coma alcohólico, solamente se había quedado dormido. Entre todos llegamos a la conclusión de que seguramente cuando llegó a la madrugada quiso entrar a la casa y al no poder terminó dormido en el piso de la entrada.

Me tapo los ojos con la mano. Caro se sienta en la silla enfrente mío y sé que no va a aguantar mucho más sin que le dé una explicación de lo que está pasando, así que tapo el micrófono del celular con la mano y articulo un "mi papá". Ella asiente y espera a que termine de hablar con María para que le avise que me voy a tener que ir. Como la semana pasada y la anterior y la anterior.

—Ya estoy saliendo para allá, María. —Me paro mientras junto mis cosas. Intento agarrar las llaves de mi auto y se me caen. Caro las toma pero no me las entrega.

—No vas a manejar en ese estado —determina. Saca su celular y llama a uno de los choferes—. ¿Simón? Voy a necesitar que lleves al señor Díaz a un lugar.

Un auto último modelo de color negro con las ventanas blindadas me espera en la puerta del Hotel Mancini. Simón me abre la puerta de los asientos de atrás.

—Buenos días, jefe —dice mientras se sienta detrás del volante.

—Simón, ya te dije que me tutees.

—Eso no será posible, señor Díaz. —Pone el auto en marcha y bajo la ventanilla. Necesito aire—. ¿Quiere que ponga el aire?

—No, Simón. Así está bien. —Asiente una vez mirándome por el retrovisor y no vuelve a abrir la boca en todo el camino. Ni siquiera para preguntarme la dirección, seguro que Carolina ya se la pasó. Menos mal que la tengo en mi vida.

Frenamos frente a la casa de María y Carlos. En el viaje me arremango las mangas de la camisa y me paso la mano por el pelo unas doscientas veces. No es la primera vez, y estoy completamente seguro de que no va a ser la última, que tengo que ir a buscar a mi papá a la casa de sus vecinos. Casi me rio mientras mis pies se

acercan a la puerta. Este es el mejor escenario, comparado con otros. Una vez me llamaron desde la estación de policía. Mi padre había ido a un bar y tomado, como era usual, mucho más de lo que su cuerpo podía soportar. Mi padre solía volverse un hombre violento cuando bebía y esa noche no fue una excepción. Un hombre sin querer le había derramado un poco de cerveza. Se disculpó al instante pero para Daniel no fue suficiente. Así que, tambaleándose, lo tomó por el cuello de la remera y le escupió en la cara, a lo que el hombre respondió con un empujón que casi tira a mi padre de sesenta y tres años. Antes de que la situación empeorara, Tomás salió de detrás de la barra, se disculpó con el hombre por mi padre y llamó a la policía. Cuando había llegado a la estación me encontré con mi mejor amigo firmando unos papeles y Daniel sentado mientras se tomaba un vaso con agua y una oficial le hacía un par de preguntas.

—Llegó borracho —me dijo Tomás. En ese entonces, no hacía mucho que había empezado a tomar cada vez más y más y todavía no sabíamos lo grave que se estaba tornando la situación—. Mi gente sabe que no tienen que servir alcohol a tu papá. Se trajo su propia petaca. —Me froté la cara con ambas manos. Estaba exhausto—. Me pareció más seguro que tomara ahí donde podía echarle un ojo que en otro bar, en el que seguramente le iban a servir alcohol y se hubieran cagado si le pasaba algo.

—Gracias.

—Tiene un problema, Valen —dijo alarmado y triste.

—Lo sé. —Desvié mis ojos hacia mi padre. Su pelo repleto de canas, sus ojos marrones perdidos. La oficial seguía hablándole, él asentía a veces y negaba otras. No sabía de qué hablaban o sí él entendía algo de lo que estaba pasando. ¿Seguía borracho?

—El hombre que fue agredido no va a presentar cargos.

—No puedo creer que le escupió en la cara.

Tomás me palmeó el hombro en señal de apoyo. La oficial se acercó hacia nosotros, mi papá le seguía detrás pero sin animarse a mirarme.

—¿Usted es Valentino Díaz?

—Sí.

—Su padre sigue alcoholizado, le recomiendo que lo lleve a su casa, lo hidrate bastante y espere a que el alcohol salga de su sistema antes de que se duerma para evitar que se ahogue con su vómito mientras duerme.

—Gracias, oficial.

Antes de irse me había entregado un folleto. Alcohólicos Anónimos en Argentina. Lo doblé y lo metí en el bolsillo trasero del jean. Tomás se despidió de ambos y se subió a su camioneta. Salimos de la estación, subí a mi padre de más de sesenta años borracho un jueves a las cinco de la mañana al asiento del copiloto y cuando entré al auto empecé a golpear el volante y a escupir un insulto con cada golpe. La frustración llenaba todo.

—Perdón, hijo, perdón. —El hombre al que admiraba lloraba a mi lado como un niño.

El rostro de María me saca de ese auto, de esa madrugada, del sonido de mi padre llorando. María y Carlos son unos años más grandes que mi padre, ambos jubilados.

—Sigue durmiendo —dice mientras entro a la casa. Carlos está sentado en la mesa de la cocina con un mate en la mano, la radio es lo único que se escucha, me saluda con un movimiento de la cabeza y se lleva la bombilla a la boca—. Intenté despertarlo un par de veces pero no hubo caso.

Entramos al comedor y ahí está, despatarrado en el sillón, en el cual no entra del todo. Mi padre es un hombre alto y algo robusto debido a toda una vida de deporte. Irónico que ahora se haga mierda el cuerpo cada vez que sale de la cama. Tiene la boca abierta, una mano colgando y la otra apoyada sobre su estómago. Uno de sus pies toca el piso al no encontrar espacio sobre el sillón y el otro descansa sobre el apoyabrazos. No sentir vergüenza ante la imagen de verlo en este estado es un desafío que nunca gano.

—Gracias, María. —Avance y me acuclillo al lado de mi papá. El olor a alcohol invade mis fosas nasales. Le doy unas palmaditas en la cara y recibo lo que sospechaba: cero reacción.

—Estuve diez minutos zarandeándolo— dice María detrás de mí. Suspiro.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Lo que necesites, Valen.

Cinco minutos después le apoyo una bolsa de hielo en el cuello a mi padre. Sus ojos se abren de golpe; mira desorientado al techo.

—Buenos días, Daniel —escucharme lo sorprende; sus ojos encuentran los míos; los suyos me miran todavía nublados, por el sueño o por el alcohol, no lo sé.

—Hijo…

—Levantate —mi voz es tan gélida como el hielo que todavía sostengo en mi mano—. Me parece que María y su esposo ya fueron lo suficientemente hospitalarios.

Está perdido, no entiende dónde está, qué hace acá o cómo llegó.

—Ayer cuando regresaste se ve que no pudiste entrar a tu casa. Te quedaste dormido en la entrada —le explico mientras lo incorporo y apoyo todo su peso sobre mí. María sonríe con lástima ante la escena y no la culpo. Ver a un hombre adulto en este estado da pena.

—No me acuerdo —murmura.

Me despido y les agradezco por tercera vez a los vecinos de mi papá. Si mi padre en vez de estar simplemente dormido hubiera estado en un coma alcohólico le habrían salvado la vida. Un escalofrío recorre cada nervio de mi cuerpo. Simón me ve salir de la casa sosteniendo a mi papá y sale del auto para ayudarme a sentarlo en el asiento de atrás. Me siento en el otro extremo y le pido a Simón que baje todas las ventanillas.

—Apestas a… —hago una pausa intentando descifrar cuál fue el elegido de anoche—... whiskey.

Juega con sus manos sobre el regazo, incapaz de mirarme. Quiero gritarle en la cara, que me mire y me jure que nunca más a tomar, quiero que Juana y yo le importemos lo suficiente como para que lo intente. Quiero a mi papá de nuevo conmigo. Pero hace un tiempo acepté que no hay nada que pueda decir que lo haga recapacitar.

Simón nos deja en mi casa a unos metros y Ringo nos recibe feliz, ajeno a la situación y la tensión que recorre entre nosotros.

Voy hasta la cocina, sirvo un vaso con agua y vuelvo a la puerta, donde Daniel se quedó parado con la mirada anclada al piso.

—Te vas a tomar esto y te vas a bañar. No soporto olerte. —Hubo un tiempo, al inicio, en que pensaba que hablarle con amabilidad era la respuesta. No tardé en descubrir que no.

—Perdón —le dice al suelo.

—No me sirven tus perdones. Agarrá el vaso. —Estiro mi brazo; lo agarra sin decir nada más.

Vuelvo a la cocina y saco un par de cosas para preparar el desayuno.

—Cuando termines vení a comer algo.

Mi papá se va a bañar, va a entrar en la habitación que estos últimos meses se transformó en suya, va a buscar el cajón donde tiene su ropa, vamos a tener una muy incómoda comida juntos y se va a quedar en mi casa hasta que no aguante más su propia piel y se escape para ver el fondo de un vaso, y luego de otro, y luego de una botella.

Media hora después, Daniel está bañado y se está llevando una tostada con manteca a la boca. Me encargo de llenarle constantemente de agua el vaso. Ya se tomó un café que lo ayudó a terminar de despabilarse. Ninguno habla. Ringo deja caer su cabeza sobre mi muslo, lo acaricio con cariño.

—Ese día llovía torrencialmente. Apenas se podía ver algo con la cantidad de agua que caía. Pero a tu mamá nunca se le escapaba nada, era tan observadora, tan atenta. —No lo miro, mis ojos están anclados a Ringo, mi mano mimando su cabeza. Ya sé lo que va a decir. Jamás me harto de escuchar esta anécdota, aunque a veces no quiera escucharlo a él—. Yo estaba intentando manejar, el limpiaparabrisas no servía para nada, estaba tan concentrado que casi choco cuando tu madre me tocó el hombro y me gritó que frenara, y eso hice. Pensé que había enloquecido cuando la vi bajarse del auto con ese temporal. Le grité que volviera a meterse al auto ya mismo, pero ella no me solía hacer caso. —Soltó una pequeña risa y yo contuve una sonrisa—. En fin, me terminé bajando yo también y ahí descubrí por qué casi se tira del auto en movimiento. —Como si mi perro supiera que estamos hablando de

él, lanza un ladrido—. Era una pequeña bola de pelos mojada, estaba a punto de cruzar la calle, se lo veía asustado. Ella no dudó ni un segundo. Se sacó la campera que llevaba puesta y lo envolvió en ella. Nos subimos al auto empapados y con un perro —hace una pausa. Le duele. Siempre le duele recordarla, cada minuto del día—. Nos miramos en silencio por unos segundos hasta que nos empezamos a reír. Y cómo nos reímos.

Ringo se acuesta sobre mis pies y yo me giro para ver a mi papá con los ojos vidriosos.

—Mamá era extraordinaria.

—Sí —su voz sale estrangulada—. Sí, lo era.

—Voy a trabajar desde acá hoy. Si me necesitás voy a estar en el estudio. Intentá dormir algo —digo mientras levanto la mesa.

—Gracias.

No respondo. Escucho que se levanta y se va. Me quedo lavando su taza por más tiempo del necesario. Mi mente intenta encontrar una salida. Una solución. Apoyo las manos sobre el borde de la mesada, dejando caer mi cabeza hacia adelante.

Hace ocho meses no solo perdí a mi mamá. Esa misma noche, también perdí a mi papá y no sé cómo traerlo de vuelta.

# *Capítulo 13*

## Matilda

Finn se va. Me jura que apenas pueda volverá, un par de días antes de que inevitablemente se tenga que volver a ir. No puede quedarse ininterrumpidamente hasta el final.

—No quiero que estés sola —susurra sobre mi pelo mientras nos abrazamos.

—En unos días llegan mis papás —repito por millonésima vez.

—Lo sé, pero igual quiero estar acá. Apenas tenga un hueco en la agenda me vengo.

Minutos después se está subiendo a un taxi negro con el techo amarillo. Lo saludo desde la puerta junto a Tito y Eugenio.

—Bueno —digo mientras entramos los tres en la casa—. ¿Qué van a querer almorzar? —pregunto y aplaudo con una sonrisa. Mi abuelo no lo piensa demasiado.

Me pongo un vestido azul marino que tiene unas flores diminutas de color blanco y unas zapatillas de tela negras, me ato el pelo en una colita alta y salgo a comprar los ingredientes necesarios para la receta. Papa, carne picada, cebolla y morrón. Queso tenemos en la casa.

Hay algo extraño en pisar las mismas calles que caminé de chica siendo una mujer adulta. Me veo a mí misma, con seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce y quince años, caminando o a veces corriendo estas veredas. Yendo a comprar el pan para el almuerzo del domingo, entrando al alquiler de películas con Valen, sentándome en el banco de afuera de la heladería con un cucurucho excesivamente grande o acompañando a mi abuela a hacer las compras, como estoy haciendo justo ahora, nada más que sola. De

repente el aire que inhalo es nostálgico, triste, melancólico. Recuerdo que yo quería crecer y poder hacer cosas de grande. Maquillarme, usar tacos, manejar, tomar alcohol, salir con chicos, ir a hacer las compras sola, tomarme un colectivo sin que me tengan que acompañar, dar mi primer beso, depilarme, poder cortarme el pelo como yo quisiera, elegir mi propia ropa, trabajar. Y ahora que puedo hacer todo eso y más, lo único que desearía es poder ser chica otra vez, al menos por un día. Que mamá me siente sobre sus piernas y me diga que todo va a estar bien. Quiero poder volver a saborear lo que es vivir sin responsabilidades.

La música de mis auriculares retumba en mis tímpanos y mis ojos no están enfocados en el frente cuando al doblar la esquina me choco contra alguien.

—Disculpame, venía distraída —digo mientras me agacho para agarrar la bolsa de la farmacia que se cayó. Somníferos. Mis cejas se juntan en el medio mientras vuelvo a meter los medicamentos en la bolsa—. Tuyo. —Es ahí cuando los ojos verdes esmeralda de Valentino aparecen.

No lo veía desde que nos cruzamos en El Café de Lila. Pero ese día no llevaba estas ojeras tan profundas, ni parecía tan agotado. Está vestido con una remera blanca suelta y unos shorts deportivos que dejan ver los músculos marcados de sus piernas. Tiene el pelo despeinado, como si recién se hubiera levantado. O bueno, por el aspecto que tiene, tal vez lo más acertado sería decir como si nunca se hubiera acostado. Ahora que lo miro más de cerca puedo detenerme a descifrar los tatuajes que le salpican diferentes partes de los brazos. No son muchos, pero podía ver siete. El que más me llama la atención es el del antebrazo izquierdo del lado de afuera. Un colibrí que le llega casi hasta el codo. Me encuentro con que quiero que me muestre uno por uno y me explique el motivo detrás, si es que hay uno. La yema de mis dedos cosquillea ante la mera idea de poder rozar los trazos que tiene dibujados sobre su piel.

—Hola, Mati —el tono de su voz llega a cada parte de mi cuerpo. Ya no es un adolescente de diecisiete años. Enfrente mío tengo un hombre. Un hermoso hombre. Y yo tampoco soy la chica de quince años.

—¿Problemas para dormir? —no lo puedo evitar. Necesito saber. Valen se pasa la mano por el cuello y yo como una idiota me fijo en cómo los músculos de su brazo se flexionan por el movimiento. Dios, esos brazos.

—Se podría decir. Sí —balbuceo sin hacer contacto visual. Entendido, no quería hablar del tema. Lo dejaría pasar. Por ahora—. ¿Estás de compras? —Apunta con el mentón a la bolsa de tela que tengo colgando del hombro.

—Sí, estaba por ir a la carnicería. Mi abuelo tiene ganas de almorzar pastel de papa.

—Tu abuela hacía uno que era para chuparse los dedos.

—No tengo dudas de que lo pidió por eso. Aunque dudo que me salga tan rico como el de ella —sonrío. Valen me copia.

Estamos los dos parados en una esquina con el sol picándonos la piel. Lo más sensato sería despedirnos y seguir con nuestros planes de sábado. Pero se ve que no quiero hacer eso.

—Estás invitado a almorzar. Si querés. Podés decirle a Juana también.

Valentino abre la boca y pareciera que está a punto de aceptar la invitación pero entonces es como si recordara algo y cierra los ojos antes de volver a hablar.

—No puedo.

Y eso es todo lo que me ofrece, no agrega una pobre excusa ni tampoco una decente explicación. No dice más nada. Me quedo en silencio un poco incómoda y para qué negarlo, medio avergonzada.

—Pero si me dejás, me gustaría acompañarte a terminar de hacer las compras. —Ofrece con una sonrisa que me llega al estómago—. Dame eso —estira la mano esperando que le pase la bolsa de tela. Se la coloca en el hombro izquierdo mientras su derecho camina pegado a mi lado.

Estamos a unas cuatro cuadras de la carnicería pero no pasamos ni medio metro en silencio.

—¿Cómo está Tito?

—Lo mejor que puede estar —suspiro las palabras—. Eugenio ya llegó y eso me relaja bastante, saber que hay un enfermero en la

casa por cualquier emergencia o por si surge algo que no sé cómo resolver. Me libera un poco de responsabilidad.

—Hicieron muy feliz a mi hermana con su visita el otro día. Gracias por eso. No sabés cuánto lo necesitaba —es la forma en que lo dice lo que me hace frenar mis pasos.

—Valen…

—Delfina me pidió, más bien me suplicó, que te preguntara si Finn estaba de novio. —No soy tarada, me doy cuenta del cambio de tema, pero como antes, decido dejarlo pasar por el momento.

—No. —Sonrío—. Finn no tiene novias.

—¿Sería un mal amigo si le mintiera y le dijera que está casado con cuatro hijos y un perro?

Suelto una carcajada, retomamos nuestros pasos y entramos a la carnicería. Sonrío al ver a Manolo con quince años más pero con ese mismo entusiasmo y amabilidad con el que lo recordaba.

—¡Pero si es la nieta de Tito! —Manolo es un hombre que no habla, grita.

—La misma.

—Buenos días, Manolo —saluda Valen a mi lado.

—Buenos días, Valen —hace un baile raro con las cejas antes de mirarme para luego guiñar un ojo. Valentino pone los ojos en blanco.

—¿Qué necesitas, Mati? —pregunta mientras afila un cuchillo.

—Carne picada.

—¿Cuánto?

Uh. ¿Será un mal momento para develar que no tengo mucha idea sobre la cocina? En Nueva York apenas hago unos fideos. Amelia se sorprendía constantemente de mi escasa habilidad culinaria. Sé cocinar tres platos y luego sobrevivo a base de deliverys o comer afuera. Pero por mi abuelo haría lo que fuera. Hasta un pastel de papa. Aunque no tuviera la menor idea de que estoy haciendo.

—¿Para un pastel de papa? —Me hubiera encantado no decirlo como una pregunta.

—Un kilo, Manolo —agrega el hombre que tengo a mi izquierda.

—Marchando.

—Cuando me dijiste que ibas a cocinar supuse que en estos años había hecho las paces con la cocina. Se ve que no —dice divertido.

—Una persona solamente puede carbonizar una cantidad de comida antes de finalmente darse cuenta que la cocina no es lo suyo.

—Podés pedirle a Finn que te dé una mano.

—Se fue esta mañana.

Una sombra de preocupación se manifiesta en las líneas de expresión de Valentino.

—¿Se fue? —Frunce el ceño, recorre mi cara con la mirada y se inclina un poco para verme de más de cerca.

—Tuvo una emergencia en el trabajo —me encojo de hombros—. Tengo a Eugenio y además antes de que termine la semana seguro llegan mis papás.

Valentino estira su espalda como un resorte y se queda en silencio, contemplando a Manolo anudar la bolsa donde se encuentra el kilo de carne.

—Acá tiene señorita Mancini. —Manolo me alcanza la bolsa con una sonrisa que eleva el bigote espeso que tiene.

—Muchas gracias, Manolo.

—Mandale saludos al abuelo Tito —dice con la expresión que ya me estoy acostumbrando a ver en las personas cuando me hablan de mi abuelo. Pena. Lástima.

—Le mando —respondo mientras salimos del local. Valentino me sostiene la puerta.

Valentino suma la bolsa de carne picada junto a las papas, morrones y cebollas que están dentro de la bolsa de tela que todavía lleva sobre el hombro. No veo que tenga la intención de querer dármela.

—Te acompaño hasta tu casa.

—No es necesario…

—Quiero hacerlo.

Y con eso caminamos hasta mi casa. Bueno, la casa de mis abuelos.

Quiero que las cuadras se estiren, que caminemos lo más despacio posible. No quiero despedirme de él. Y no tengo la menor

idea por qué no puedo decirle de hacer algo juntos, de ir a cenar y ponernos al día. Hay algo que me frena, aunque no es tan evidente puedo sentir un muro entre nosotros. Una barrera que marca ciertos límites. No sé quién levantó esa pared, sí él o yo, o ambos. Pero ahí está.

Tito está sentado junto a Eugenio en la galería de la casa. Hay una mesa entre ellos, dos vasos de agua y una taza con un saquito de té, que seguro le pertenece a Eugenio. Ambos nos saludan con la mano. Devuelvo el gesto y me giro para despedirme de Valentino, quien está ahorcando las correas de la bolsa y con la vista fija en la galería.

—Bueno, gracias por acompañarme —empiezo. Lentamente Valen deposita sus ojos en mí—. No hacía falta.

—Nos vemos, Mati. —Me entrega mis bolsas, se da media vuelta y se aleja con sus medicamentos para dormir en la mano derecha.

*¿Qué te mantiene despierto por la noche? ¿Qué es lo que te impide dormir?* Me trago esas preguntas que me raspan la garganta sin saber cuándo las voy a poder hacer.

# *Capítulo 14*

## Valentino

Estoy el resto del sábado amargado. Todo lo hago de mala manera. Mi padre sigue en mi casa pero no soy tan ingenuo como para creer que no va a irse de nuevo. Que no va a tomar de más de nuevo. Y como si lo de mi padre no fuera suficiente, ahora se suma el asunto de Matilda.

Es raro. Estoy feliz de que esté acá, me gusta verla en el café de mi hermana o cruzarla en la calle. Una parte de mí quiere acercarse hasta su puerta e invitarla a pasar el día en la playa mientras me cuenta qué fue de ella estos últimos quince años. Lo quiero saber todo, quiero saber como es su trabajo, cómo están sus papás, cómo es vivir en Nueva York, si hay días en los que extraña Argentina. Saber si me extrañó a mí como la extrañé a ella.

Pero al mismo tiempo no sé si la quiero cerca. Porque a ella no le puedo mentir, ni ocultar, ni tampoco puedo fingir con Matilda. Tarde o temprano le voy a contar que mi padre es un alcohólico que suele ponerse agresivo y aparecer dormido en la entrada de su casa. Voy a decirle que mi mamá una noche se fue a dormir y nunca más despertó y que ese es el principal motivo por el cuál me acuesto cada noche aterrado de no volver a abrir los ojos. Es cuestión de tiempo que le confiese lo mucho que me aborrece mi propio padre por lo mucho que me parezco a mi mamá. Y el problema es que no se si quiero que lo sepa. Necesito mantener a Matilda a una distancia que no me haga sucumbir y decirle todo lo que vengo padeciendo estos últimos meses. Ella tiene su propio monstruo en casa. Su propia lucha. Y además no busco que sienta lástima por mi. Lo odio.

Estoy poniendo la ropa a lavar cuando suena mi celular. Lo saco del bolsillo de mi short y lo pongo en altavoz mientras pongo a funcionar el lavarropas.

—Hola.

—¿No te parece que te estás excediendo de dulce? Pará un poco Valen —se burla Tomi.

—No estoy de humor Tomás. —La puerta del lavarropas es testigo de lo que digo cuando casi la hago giratoria al cerrarla.

—Te iba a invitar a que te pases por el bar un rato, que te relajes un poco.

—No puedo —repito las palabras que le dije a Matilda más temprano. No puedo porque me convertí en el niñero de un hombre adulto que tiene problemas con la bebida y me da terror dejarlo solo.

—¿Daniel?

—Daniel.

Tomás inhala y empieza el mismo discurso que suelta cuando hablamos de mi padre y su enfermedad.

—Tenés que llevarlo a un centro, Valen.

Me sirvo mi tercera taza de café. ¿O era la cuarta? Había entrado en un círculo vicioso con la cafeína. Como no puedo dormir por la noche me paso el día arrastrando los pies, quedándome dormido parado. Entonces tomo café para mantenerme lo más lúcido posible. El problema es cuando la luna aparece y la cafeína combinada con la ansiedad hacen la receta idílica para que solo obtuviera cinco horas de sueño, en el mejor de los casos.

—¿Así pasa lo de la última vez? —respondo de mala forma. Sé que mi amigo me quiere ayudar, pero a veces no soporto cómo todo el mundo opina sin saber lo difícil que realmente es. Como si la solución fuera encerrarlo en un centro de atención en adicciones y esperar a que los médicos hagan magia y lo transformen en el hombre que era antes—. Lo dejamos pensando que iba a estar cuidado y nos tuvieron que llamar que estaba sufriendo un coma alcohólico. Mi padre tuvo la libertad de salir del establecimiento e ingresar una botella de vodka. Y cuando les grité a todos que eran

unos ineptos lo único que me respondieron fue que no era una prisión y que no podían mantener a mi papá encerrado.

—Una mala experiencia no hace la regla.

—No puedo ingresarlo en contra de su voluntad, la primera vez lo hizo porque Juana le suplicó y le suplicó y llorando le pidió que lo haga por mamá. Y a mí no me escucha. Sé que si le pido que vuelva a ingresar a un centro lo único que voy a conseguir es que se siga alejando de mí. De nosotros. De esta forma al menos lo tengo cerca.

—Es que ahí está el problema amigo. —Rio sin humor ante las palabras de Tomás—. Vos no podés ser el responsable de un hombre adulto adicto al alcohol.

—Es mi padre —contesto, como si eso fuera motivo suficiente. Y lo es.

—Y vos sos su hijo. No tenés por qué estar pasando por esto, Valentino.

—No pienso decirle a Juana que se encargue de este desastre…

—No te estoy diciendo eso —dice tajante—. ¿Y si contratás a un cuidador?

—Lo habíamos pensado con Juana, pero no sé…

—Es una alternativa. Probá.

—Tengo miedo de que le haga algo. Se pone demasiado violento cuando está borracho —admito con vergüenza.

—Bueno, descarta a mujeres para empezar y después, Valen, estas personas están preparadas para cuidar a personas con la enfermedad de tu padre.

—Lo sé. —Me tiro en el sillón y me llevo la taza a la boca. Ringo se acomoda a mi lado de un salto.—. Voy a averiguar por cuidadores.

—Avisame si necesitás ayuda con eso.

—Gracias.

—Entonces…

—Entonces…

—¿Vos venir al bar hoy imposible?

—Preferiría no tener que pedirle a Juana que venga a cuidarlo. Intento evitar que lo vea así.

—Entiendo, entiendo. —Hace una pausa en la que sé está pensando alternativas—. ¿Y cenar mañana en tu casa? Le podríamos decir a Mati y a ese hombre alto lindo.

¿Por qué todo el mundo conocía a Finn como el hombre alto lindo?

—Me contó Fausto —agrega como si me hubiera leído la mente.

—A tu hermano le encanta el chisme.

—De tal palo tal astilla.

—Así no es como se usa ese refrán. —Tomás golpea la lengua contra su paladar.

—Mañana. Cena. En tu casa. Podrías hacer esos sanguches de carne que tan ricos te salen. Yo me encargo de llevar la cerveza.

—En ningún momento dije que sí…

—No necesito tu aprobación.

—Yo creo que sí la necesitás para organizar una cena en *mi* casa —respondo.

—Vos haceme el favor de no olvidarte de decirle a Matilda, que no puedo seguir siendo el único que todavía no la vio.

—Caro tampoco la vio —le informo.

—Más a mi favor entonces. Nos vemos mañana, amigo. —No espera a que le responda antes de cortar.

Me quedo mirando el celular por unos segundos sin entender muy bien cómo terminé siendo el anfitrión de una cena en mi hogar.

**Tomás: Recordatorio de que le avises a Matilda de la cena. No me hagas repetirlo. Mirá que me voy a enterar si no le decís.**

Y así de fácil mi mejor amigo acaba de lograr que invite a mi casa a la última persona que quiero que vea lo que escondo detrás de estas cuatro paredes.

# *Capítulo 15*

## Matilda

A veces una tiene que tomar esas líneas que definen sus límites y romperlas.

A veces una tiene que desafiarse, presionarse, exigirse.

A veces una tiene que hacer algo que la saca de su zona de confort.

A veces una tiene que arriesgarse.

A veces una tiene que hacer un postre.

La mesada de la cocina es un desastre. Eugenio está a mi lado, ambos observamos el intento de chocotorta que tenemos enfrente.

—Sé sincero, ¿la comerías?

—¿A juzgar solo por la apariencia? —Eugenio me mira con sus brazos cruzados a la altura de su pecho.

—Si.

—No, no la comería —responde con una mueca.

Un sonido de frustración nace en mi garganta, dejo caer mi cabeza hacia atrás y me paso ambas manos por el rostro.

—Es espantosa —admito en voz alta.

—Me hubieras pedido ayuda —dice mientras se agacha para observarla más de cerca.

—Pensé que era capaz de hacer una torta tan simple como poner una capa de galletitas, una de relleno, una de galletitas y así hasta el final.

—Al menos no está cruda —dice divertido.

—Muy gracioso, Euge. Delirante. —Imito la postura de Eugenio para escudriñar el fracaso de chocotorta.

El relleno, una mezcla a partes iguales de queso crema y dulce de leche, parece estar luchando por escapar entre las galletitas de chocolate. Es como si se estuviera derritiendo. Apetitosa no se ve, claramente, pero de sabor me tengo fe. Creo. No sé.

—¿Decís que si la pongo en la heladera tomará un poco más de consistencia?

Eugenio se incorpora y veo como una sonrisa lenta aparece en su boca.

—Hasta donde tenía entendido la heladera no era mágica.

Tomo la fuente con la abominación que hice y voy hacia la heladera. Eugenio abre la puerta por mí intentando no reírse demasiado.

—Vas a ver que todo lo que necesita es un poco de frío —digo no muy segura. No sé en que fallé, yo seguí la receta paso por paso, tal cual decía. Extraño a Amelia. Ella la hubiera hecho en quince segundos y seguro le habría agregado algún ingrediente haciendo que sea aún más rica que la original.

—Lo que importa es la intención. —Señala Eugenio a mi espalda. Cierro la heladera y me giro.

—Ya veo que intoxico a todo el mundo.

—Es probable.

—¡Eugenio! No me estás ayudando. —Levanta las cejas y reprime una sonrisa mientras alza sus hombros—. Me voy a bañar —miro la hora del celular—, que sino no solamente voy a llegar con un postre incomible, sino también tarde. —Dejo salir un suspiro y no puedo evitar tomarme los codos y mirar a la heladera. ¿Por qué no compré helado?

—Mati. —La mano de Eugenio descansa sobre mi hombro—. No te enrosques, es solo una chocotorta. No es de vida o muerte, no lo hagas parecer que sí.

—¿Pero y si no se puede ni comer?

—No se comerá y listo.

—Pero…

—Matilda, anda a bañarte. Es solo un postre. —Ahora ambas manos descansan sobre mis hombros y me mira fijo cuando lo dice.

Tiene razón. Es solo un postre. No tengo idea por qué estoy haciendo un drama de esto.

Salgo del baño con una toalla envuelta en mi cuerpo y otra en mi cabeza. Abro el placard y me quedo mirándolo sin mover mis manos. No sé qué ponerme. Tampoco sé por qué de pronto es importante cómo voy vestida a una cena con amigos. Y Valentino. También va a estar él. Los músculos de mi panza se estrujan, se contorsionan. Me agarro más a mi toalla y mis dientes se aferran a mi labio inferior. ¿Qué me pongo? Hace calor pero está para llevar un abrigo. Me digo a mi misma que no puedo seguir pensándolo como lo hacen mis clientas cuando se están probando un vestido de novia. Quince minutos después tengo puesta una pollera de jean tiro bajo que es increíblemente cómoda y una camisa blanca manga corta. Por último agarro un sweater finito que tiene rayas horizontales, alternando entre el azul marino y el blanco. En los pies me pongo unas sandalias negras. Me miro en el espejo del baño mientras termino de secarme el pelo. Tarea que me lleva demasiado tiempo y que siempre me hace pensar en que debería cortarlo de una vez. Antes de irme me pongo tapa ojeras, base, máscara de pestañas, un poco de rubor y por último *gloss*. Y es cuando me estoy pasando el labial que me quedo mirándome por unos segundos, congelada. ¿No es demasiado para una simple cena? ¿No estoy muy arreglada? ¿Muy maquillada? ¿Qué pensarán cuando me vean? Quiero agarrar el desmaquillante y arrancarme cada producto de mi rostro, correr hasta el armario y ponerme ropa de entre casa. Pero entonces cierro los ojos, inhalo y cuando dejo salir el aire me digo que no soy la que habla. Es mi ansiedad. Eso. Me estoy preocupando por algo que todavía no sucedió. Retomo lo que estaba haciendo. Me apruebo a mí misma con una última mirada en el espejo, tomo la cartera negra que dejé sobre la cama y bajo por las escaleras un poco más entusiasmada que minutos atrás.

Tengo ganas de verlos. A todos. A Tomás, a Carolina, a Fausto, a Delfina, a Juana. Y a Valentino. Mientras mis pies tocan la madera de los escalones pareciera que uno de ellos tiene el poder de transportarme al pasado, porque de golpe soy esa nena de 10 años que bajaba corriendo las escaleras cuando escuchaba el timbre que

indicaba que Valen la había ido a buscar. ¿Para qué? Eso era lo mejor. Jamás sabía qué íbamos a hacer, cuáles eran los planes de ese día. Y eso me encantaba.

Eugenio y Tito están comiendo en la mesa de la cocina, ambos levantan la vista cuando me ven entrar apurada, directo hacia la heladera. Cierro los ojos y junto fuerzas antes de abrir la heladera. Miro la chocotorta. Sigue igual. Rendida me agacho y la busco.

—¿Qué es eso? —pregunta mi abuelo suspicaz mientras apoya el tenedor en el borde del plato. Eugenio a su lado se mete un pedazo de pollo con una mueca de diversión en sus labios.

—Una chocotorta.

Mi abuelo estira su cuello como si verla de cerca le fuera a mejorar el aspecto.

—¿Y a dónde se va? —Sigue observándola.

—A la casa de Valentino.

—Supongo que vos vas también, ¿no? —Ahora me mira a mí y su expresión es dulce, algo pícara también.

—Sí. Es una cena con todos.

—Qué bien. —Pincha un tomate y se lo lleva con paciencia a la boca—. Me gusta que tengas planes, que salgas. No quiero que te quedes encerrada acá todo el día conmigo. Lo mismo va para vos, Eugenio —lo apunta con el tenedor.

—Yo estoy trabajando, Tito —responde él y le sirve más agua en su vaso. Tito le agradece, toma una sorbo y agrega.

—Puedo estar solo por un rato. No me va a pasar nada.

—Preferiría que no lo estés.

—Coincido con Matilda —agrega Eugenio.

—No quiero ser una carga —responde mi abuelo y a mi me parte el corazón. Apoyo la fuente en la mesa y me siento a su lado. Coloco la parte interna de mi mano sobre sus nudillos.

—Abuelo, no sos ninguna carga —le sonrío—. Lo único que sos es terco. Dejá que te cuidemos. —Tito asiente con la cabeza y yo le doy un apretón a su mano. Miro sus ojos marrones, la piel que los rodea arrugada, las canas llenándole el pelo por completo, el tamaño de sus hombros tan pequeños.

—¿Y como vas a ir hasta lo de Valen? —pregunta mi abuelo.

—Tomás me va a pasar a buscar en… —Estoy viendo la hora del reloj de la cocina cuando una bocina se hace escuchar. Me parece que la mano de Tomás se quedó pegada a la bocina porque dura más de lo que debería.

—Anda, anda. —Tito me palmea el dorso de la mano y me sonríe —. Pasala lindo y portate bien.

—Tengo treinta años —respondo.

—¿Y? Sigo siendo tu abuelo. —Le doy un beso en el cachete y estoy a punto de saludar a Eugenio cuando la bocina vuelve a sonar —. Por el amor a Dios, andate antes de que los vecinos le empiecen a gritar barbaridades. —Me río y saludo rápido a Eugenio. Estoy a punto de poner las llaves en la cerradura cuando Euge me grita desde la cocina.

—¡Te olvidás la chocotorta!

Casi.

—Gracias —respondo no muy agradecida cuando lo veo trotando con la fuente en las manos.

—Hubiera sido una pena que te la olvidarás —noto las gotas de diversión en su voz.

—¿Qué sería de mí sin vos? —Libero sus manos y él me abre la puerta.

—Ciento siete —agrega y yo no tengo la menor idea de a qué se refiere, lo miro con una ceja levantada.

—¿Eh?

—Ciento siete. Es el número para llamar a una ambulancia de emergencia, en caso de que intoxiques a todo el mundo.

Tomás vuelve a tocar la bocina y se puede escuchar cómo un vecino lo manda a cagar.

—¡Voy! —grito—. Llamame cualquier cosa —le digo a Eugenio, seria. Preocupada. Me doy cuenta que mi cuerpo se resiste un poco a irse, no quiere dejar la casa, no quiere dejar a mi abuelo. Cada segundo cuenta, cada día podría ser el último. Me da náuseas irme y haberme pérdido sus últimas horas en este mundo. Me quiero quedar. Quiero hacerlo. Y se ve que Eugenio nota eso porque su mirada se endulza y me pone una mano en el brazo.

—Prometo llamarte si es necesario, pero intentá relajarte y disfrutar con tus amigos. Te va a hacer bien.

—Gracias, Euge —me saluda con la mano y cierra la puerta.

Tomás se baja del auto y me sonríe con todos los músculos de la cara y corre hacia mi. No lo digo de forma figurativa. Literalmente corre. Sus mechones oscuros combinan con la noche, sus ojos marrones casi no se ven debido a la sonrisa. Por un momento temo por mi integridad física, porque este hombre adulto corriendo a toda velocidad con ese tamaño descomunal viene hacia mi y no pareciera dispuesto a frenar. Me va a llevar puesta y se me va a caer la chocotorta. Bueno, ahora que lo pienso…

Puf, todo el aire que tenían mis pulmones sale disparado por mi boca, siento los brazos de Tomi en mi espalda. Lamentablemente tuve los reflejos suficientes para un microsegundo antes de subir los brazos, dejando que la chocotorta flote sobre nosotros. Tomás se separa de mí y me saca la fuente de las manos.

—¡Estás enorme!

—Lo mismo digo. —Es incluso más alto que Valentino. Estoy segura que a veces debe tener que agacharse para pasar por las puertas. Tiene puesta una remera que le queda grande y aún así puedo notar sus brazos grandes. Es una montaña.

—Vamos, que nos están esperando —dice mientras camina hacia el auto. Es ahí cuando veo a Fausto, Juana, Carolina y Delfina en el asiento de atrás. Los cuatro estiran sus comisuras al tope y me saludan con emoción.

Apenas me subo al asiento del copiloto Carolina me abraza desde atrás, sus brazos cruzados sobre mis clavículas.

—Hola —dice con su cabeza metida entre los asientos de adelante, mirándome con cariño. Le devuelvo la mirada.

—Hola, Caro.

Y por favor. Carolina Hernandez es lo que te aparece cuando buscas la definición de sensual en un diccionario. Cuando era más chica me acuerdo de pensar que yo quería ser tan hermosa como ella, con sus ojos celestes, su pelo naranja, del color de un atardecer, la nariz respingada, y esas pecas que le salpican la piel. Además le habían crecido las tetas antes que a mí y eso solo había

aumentado mis ganas de cambiar de cuerpos. Y puede ser que tal vez tenía un poco de celos de ella. Existe la posibilidad de que una vez enganché a Valentino mirándole los pechos a Carolina y yo automáticamente bajé la mirada a donde *deberían* haber estado los míos y me encontré con un desierto. No podía culparlo, todos los chicos y todas las chicas se morían por Carolina. Así como también todos los chicos y todas las chicas se derretían por Valentino.

Siendo honesta me imaginaba que en un futuro iban a terminar juntos y creo que no era la única que lo pensaba. Y ahora que me detengo en ese pensamiento me pregunto si no estarán juntos. Podría ser, tendría sentido. Lo que no tiene mucho sentido es la quemazón que se despierta en el medio del pecho.

—Alguien que tenga la chocotorta —pide Tomás pasándola hacia atrás.

—-¿Cocinaste? —pregunta Fausto algo suspicaz, sus ojos marrones entrecerrados.

—Lo intentó —agrega Tomás.

—Che, no sean malos —me defiende la adorable de Juana y quiero abrazarla.

—Gracias —le sonrío y ella me guiña un ojo.

—Ponete el cinturón —me pide Tomás. Le hago caso—. Muy bien. Ahora sí, estamos todos. Vamos. —Arranca el auto mientras pone una canción que habla sobre adorar a alguien con tanto anhelo que caminarías sobre fuego por esa persona. Todos dentro del auto la tarareamos y cantamos las partes que sabemos.

Y cuando llegamos a la casa de Valentino me encuentro con mi corazón esperándome ya en la puerta. Se ve que mi corazón, mucho más vulnerable, más sincero, había llegado antes pecando de no poder disimular la excitación de volver a verlo.

# *Capítulo 16*

## Valentino

Esta mañana cuando desperté mi padre ya no estaba. Me sentí una basura cuando una parte de mí se sintió aliviada de que se haya ido; significa que puedo esconderlo de Matilda por un poco más, mantener el monstruo del alcoholismo dentro del placard, bajo llave. Me asquea sentir vergüenza de mi propio padre, pero lo hago, así como también me amargo de preocupación cada vez que no está en mi casa. Estoy siendo incoherente.

Extraño a mi mamá. Una risa ácida se derrite en mis labios. Ella sabría qué hacer, me aconsejaría, podría manejarlo. Qué crueldad que mi papá esté así porque justamente ella ya no está.

Me doy cuenta de que ya no estoy cortando la carne, lo estoy aniquilando, descargando todas mis frustraciones sobre la tabla de cortar. Dejo caer el cuchillo y respiro hasta que mi pulso se calma y puedo volver a escuchar algo más que mi sangre bullir. Mi psicóloga me dijo que es importante que identifique los momentos en que mis emociones toman el control y me sobrepasan. A veces, como ahora, puedo alejarlas como si fueran simplemente una mosca revoloteando a mi alrededor. A veces no cuento con esa suerte.

Tomo el mango del cuchillo, subo el volumen de la música y continúo con la tarea de cortar en tiras la carne. En una sartén con un poco de aceite se están cocinando los morrones (rojo, amarillo y verde) con la cebolla. Cuando termino de cortar, pongo las tiras en la sartén caliente. Dejo que la carne se cocine y me pongo a hacer la masa de los tacos. Aunque no sé si a esto se lo puede definir como tacos. Creo que no. Pero se parecen.

Los minutos corren mientras preparo la cena. Ringo entra y sale de la cocina, intenta robar un pedazo de lo que sea que encuentre sobre la mesada más de una vez, lo reto pero también le revoleo pedazos de carne que atrapa con destreza. Estoy terminando de poner la mesa cuando escucho la bocina. Ringo ladra enloquecido mientras gira sobre sí mismo y yo intento calmarlo sin éxito e insulto a Tomás por lo bajo mientras camino hacia la puerta

—¿Por qué no podés ser como el resto del mundo y usar los timbres? —me quejo apenas lo veo. Corrección. Los veo. *La* veo.

Matilda tiene puesta una pollera que debería tener unos quince centímetros más para que yo no sufra. Esa camisa le abraza las tetas y yo aprieto el picaporte de la puerta. Veo que en la mano tiene un sweater y ojalá hiciera frío para que se lo pusiera. Aunque eso no me ayudaría con mi mayor problema, que son esos ojos caprichosos, esa boca rebosante. Voy a romper el picaporte.

—¿Podemos pasar o la cena es acá en la entrada? —Caro me saca del trance y es ahí cuando me doy cuenta que todos están viendo cómo miro a Matilda. Incluída ella. Carraspeo y abro más la puerta, invitándolos a pasar. Pero Matilda no llega siquiera a poner un pie en la casa que veo pasar a Ringo como si fuera una bala.

—¡Ringo! —le chisto—. Abajo. Ahora.

—No me molesta —dice Mati mientras mi perro le da besos en la cara.

—Él sabe perfectamente que no se le tiene que tirar encima a las personas. —Ringo no parece tener la intención de despegarse de Matilda. *Te entiendo.* Ella le acaricia detrás de las orejas y él le responde con más besos.

—Ringo. Abajo. Ahora. —Esta vez me hace caso y despega sus patas delanteras de los hombros de Matilda, pero no sin antes pasarle la lengua una última vez por la cara, lo que la hace reír con ternura. Juro escuchar mi corazón latir.

—Perdón —me disculpo por mi perro que entra feliz a la casa, donde sabe que Juana y Carolina lo esperan para empalagarlo de mimos.

—Es hermoso —dice Matilda con la dulzura impresa en su rostro y entra finalmente a mi casa—. ¿Cuánto tiene?

Cierro la puerta y es ahí cuando tomo registro de lo que está pasando. Matilda. En mi casa. Matilda está acá conmigo. Quince años después. Nunca pensé que iba a volver a compartir una comida con ella. Sinceramente pensé que jamás la volvería a ver.

—Este año cumple tres.

—Es un bebé todavía —agrega mientras caminamos hacia la mesa cuadrada. Todos están sentados. De unos de los lados,Tomás, Delfina y Carolina. En el siguiente, Fausto le habla a Juana, sentada a su izquierda. Y después están las dos sillas restantes, pegadas, una para Matilda y la otra para mí. Me gustaría saber si lo hicieron a propósito, pero preguntarlo sería dar a entender que significa *algo* que nos sentemos juntos. No puedo hacer eso. No tengo catorce años. Sin embargo, no se me escapa la sonrisita que tienen todos cuando Matilda y yo tomamos asiento.

Son unos nenes.

—Sí —le respondo a ella, pero con la mirada en el resto de la mesa, parecen todos muy entretenidos en las salsas que hice para ponerle a la comida—. Sigue siendo un cachorro. La parte de los límites es el problema principal. A mi me cuesta ponerlos y a él respetarlos. Estamos trabajando en eso.

—Nadie dijo que la crianza es algo fácil. —Nos sonreímos y tal vez estoy enloqueciendo pero creo que durante toda la vida me mintieron sobre el paso del tiempo, porque cuando Matilda me mira como ahora siento que nunca se fue. No existe el tiempo en el que no nos vimos, no. Somos Matilda y Valentino. En enero ella viene a Nanai a visitarme, pasamos sesenta días anclados al otro, después ella se va pero al verano siguiente vuelve para que repitamos lo que hicimos el año anterior pero sumándole una o dos cosas nuevas. Sí. Si me mira así somos los Matilda y Valentino de cada verano. Pero entonces ella sale de la cápsula que me inventé cuando se gira para responder una pregunta que no escucho. Y ahí ya no puedo fingir que Matilda me conoce. No sabe en qué nivel me afectó la muerte de mi madre. Que se fue a dormir como todas las noches pero no despertó y eso me introdujo un miedo irracional a dormir. No sabe que mi papá es alcohólico y me avergüenzo de él, que si pudiera enterrarlo del resto del mundo, dinamitar cada botella de alcohol, lo

haría. No sabe que mi hermana está obsesionada con el café porque eligió ese camino para no tener que pensar demasiado en la realidad. Que es una mierda. No sabe que hubo un cambio de roles y ahora yo soy el padre de mi padre y también el de mi hermana. Que a veces siento que es demasiado. Todo depende de mí. Lo siento así. No puedo estar mal. Dependen de mí. No sabe absolutamente nada. No me conoce.

Podría decírselo ahora, todo. Es tentador. Matilda te invita a que le cuentes todos tus secretos. Ella es así. Confiable. Transparente. Me siento agua turbia a su lado.

—Supuestamente la semana que viene ya estarían acá.

Intento meterme en la conversación.

—¿Y tu mamá sigue casada? —pregunta mi mejor amigo, y sé automáticamente que están hablando de los papás de Matilda. Revoleo los ojos. Cuando éramos adolescentes, Tomás estaba enamorado de la mamá de Matilda. Y ahora que presto atención Mati de adulta se parece bastante a su mamá. Decido que lo mejor es no seguir por ese camino.

—Sí, como hace treinta y cinco años —le responde Matilda y le da un mordisco al taco no taco.

—Me rompe el corazón.

—Es momento de que lo aceptes y puedas seguir con tu vida. Mi mamá no se va a separar de mi papá, y aunque lo hiciera, dudo mucho que vos fueras su primera opción.

—Auch. —Tomás se lleva una mano al pecho.

La conversación sigue pero yo estoy en otro lado. Me pregunto si Matilda sabrá lo de Daniel. Lo dudo mucho. Nadie afuera de Nanai sabe. Con los papás de Matilda supe mantener una relación cordial, supongo que por cuestiones laborales, pero nunca estuvo la opción de llamar a Esmeralda ante cualquier inconveniente. Los Mancini y Díaz ya no somos tan cercanos. Lo último que la familia de Matilda sabe de mi familia es la muerte de mamá.

Matilda me mira y se da cuenta que mi cabeza está más allá que acá, que estoy pensando en otra cosa que nada tiene que ver con la conversación que ocurre en la mesa. Da miedo que quince años sin vernos no modifique su lectura sobre mí. Puedo ver la pregunta en

sus ojos pero intento esquivarla. No sé si quiero que sepa que mi papá es un alcohólico. No quiero sumarle más noticias de mierda, creo que con lo que está atravesando es más que suficiente.

Pero parece que me olvidé unas de las características más admirables de esta mujer: jamás se rinde.

# *Capítulo 17*

## Matilda

Hace un rato largo que Valentino está raro. Lo atrapo mirándome con el rostro desacomodado, como si quisiera salir corriendo y nunca más volver. Le respondo con mis ojos entrecerrados, mis cejas fruncidas. Me gustaría que nos pudiéramos comunicar sin tener que hablar, pero no estaríamos pudiendo. No como lo hacíamos antes.

Fausto está contando sobre un cliente que fue hoy a la tarde al café, Juana agrega algún que otro comentario para darle sustento a la historia. Pero es muy difícil hablar cuando Fausto está en medio de una anécdota.

—Era imposible hacerle entender que estaba permitido que la gente entrara con sus mascotas. —Estira la mano para agarrar la fuente con la carne—. El señor insistía con que era alérgico y que los perros no deberían estar en el café. Yo le repetía que las políticas del lugar lo permitían y que lamentaba su condición, pero no podía echar a los clientes con sus mascotas.

—Y es ahí cuando se puso interesante —murmura Delfina aprovechando que Fausto le dio un mordisco a su taco no taco, como lo llaman en esta mesa.

—¿Saben qué me dijo? —pregunta con la boca llena de comida; nadie responde—. Que en ninguna parte del mundo los perros tenían más derechos que los humanos, que en un país decente esto no pasaba, que habíamos perdido un cliente y me prometía que nunca más iba a poner un pie dentro del café.

—-¿Y qué hiciste? —le pregunto mientras me llevo a mis labios el botellín de cerveza.

—-Me reí en su cara y le supliqué que cumpla con la promesa de no volver.

Nadie en la mesa parece alarmado por la respuesta que le dio.

—¿Y él qué te dijo? —Fausto se encoge de hombros; el movimiento hace que se caiga algo del relleno de la comida.

—-Me mandó a cagar y se fue sin pagar.

—Detesto a los clientes que pareciera que entran a pelearse porque es el único tipo de interacción humana que pueden tener —bufa Juana—. A veces creo que solo buscan discutir, romper los huevos, mandar a la mierda a alguien, y eso es todo, porque hay clientes que te hacen cada planteo que no tiene ni pies ni cabeza.

—-Estoy de acuerdo, la atención al público no es sencilla —agrego, y les cuento que mi trabajo es diseñas vestidos de novia. Cuando lo hago, temo que les caigan los ojos de la cara a todos en la mesa. Carolina dice algo sobre que las novias no deben clientes fáciles, pero me concentro más en lo que comenta rápidamente Tomás.

—Juraba que ibas a decir que estabas en algo que ver con el mundo de la hotelería.

Sacudo la cabeza.

—Quería, o más bien necesitaba, algo que fuera cien por ciento mío. Y me gusta la moda, y quería diseñar y que eso que diseñara formara parte de un momento tan extraordinario como lo son los casamientos, así que me decidí por los vestidos de novias. Es impagable la sonrisa de una mujer que decide dejar de buscar porque ya encontró el indicado.

—¿Seguimos hablando de vestidos? —comenta divertida Carolina.

Durante quince minutos el tópico de la cena es mi trabajo, saciaron prácticamente todas sus dudas. Todo el mundo habló. Todos menos Valentino. Él parece haber perdido la lengua al principio de la cena. Los que no se pierden de nada son sus ojos, insistentes en observarme minuciosamente, como están haciendo ahora.

Parpadeo, pero no me entiende. ¿Qué pasa? Le intento preguntar, como hacíamos de chicos. Él frunce un poco más el ceño

y parpadea algo que yo no logro decodificar. *No te entiendo, perdón*, parpadeo una vez más y vuelvo mi cara hacia Caro.

—Hay demasiada tensión, muchos nervios, mucha exigencia y sobre todo: muchísimas expectativas. Es una combinación delicada. En cualquier momento puede estallar y volar todo por los aires— vuelvo a la conversación sobre casamientos, dejando de lado a Valentino por un instante. Ya voy a poder sacarle lo que está guardando.

—¿Cuál fue tu mejor experiencia? —A Juana le brillan los ojos. Me doy cuenta que le interesa de verdad. No sabía que le gustaba el mundo del diseño y la moda. O a lo mejor estoy interpretando mal y lo que le emociona es otra cosa.

—Mmmm… —Me llevo los dedos los labios y trato de hacer memoria—. Una vez tuve una novia que se iba a casar por segunda vez. Se llamaba Daisy y estaba cerca de los cincuenta. Había perdido a su marido en un accidente, él iba manejando y otro auto se lo llevó puesto. A la mujer que manejaba le hicieron un test y le dio positivo el de alcoholismo. —Valentino se acomoda en la silla y se concentra en la servilleta que sus dedos están arrugando con más fuerza de la necesaria—. Stef, Sam y Lola lloraban mientras Daisy nos contaba su historia.

—¿Son tus compañeros de trabajo? —rompe el silencio Fausto.

—Sí, son lo más.

—¿Finn trabaja con vos también? —agrega Delfina. Me da gracia lo poco disimulada que es para sacarme información de mi mejor amigo. Lo primero que me preguntó cuando me subí al auto fue si Finn no venía a la cena. Casi se descompone cuando le dije que había tenido que regresar a Nueva York por una emergencia en el trabajo.

—Finn es organizador de bodas. —Un *aaaaaah* colectivo recorre la mesa—. Retomando… Daisy era la prueba viviente de que podés encontrar dos veces ese amor que te hace querer atarte a la personas hasta el final. Daisy nos mostró que hay pérdidas que nunca dejan de sentirse, de extrañarse, pero que eso no te impide seguir viviendo. Creo que ese fue un día especial. Daisy es especial.

Cinco pares de ojos me miran casi sin pestañear. Los ojos de Juana húmedos, con sus manos hechas un puñito, apoyadas sobre su garganta.

—Tuvo un final feliz —siento la necesidad de agregar.

—Pero tuvo que pasar un infierno al perder a su marido. Y todo por culpa de una mina que no tuvo la decencia de no subirse a su auto si había tomado. Le arruinó la vida para siempre de la forma más egoísta posible. —Las palabras de Valentino son ácido que cae sobre el piso, chisporrotean un poco antes de hacer agujeros. Nadie se mueve. Nadie sabe qué decir. Pero puedo notar que todos saben algo que claramente yo no. Me doy cuenta por las expresiones de dolor y pena que pintan los rostros de cada uno. Menos el de Valentino. Su cara no dice absolutamente nada, sus ojos firmes en el movimiento de sus dedos que continúan jugando con la servilleta machucada.

—¿Traigo el postre? —El silencio es tan pero tan incómodo que me empuja a decir esas tres palabras que nunca pensé decir tan emocionada. Arrastro la silla y me comienzo a parar cuando la voz a mi derecha vuelve a hablar.

—Yo te ayudo.

Si el silencio de antes era incómodo, el de ahora es insoportable. No nos debe llevar más de dos minutos llegar a la cocina, pero soy plenamente consciente de cada paso que doy, de la ropa que llevo puesta, de que él está detrás mío, de que ninguno de los dos habla y de que huele demasiado bien. Los pensamientos suelen llenar la escasez de verbalización.

—No sabía que habías traído postre. —Abre las puertas del mueble de la cocina y saca un par de platos. Después abre un cajón —. ¿Qué es? —pregunta con la mano flotando sobre un juego de cubiertos—. Así sé que cubierto llevar.

—Chocotorta. —Me hubiera encantado que no se percibiera la duda en mi voz.

—Cucharas serán.

Por segunda vez en el día, tomo aire, abro la puerta de la heladera y tomo la fuente donde descansa mi penosa chocotorta, a la que ya empiezo a querer. Vivimos tantas aventuras juntas.

Me doy vuelta y cuando Valentino mira lo que tengo en mis manos lanza una carcajada. Tira la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que se lleva ambas manos a la panza. No sé si debería ser capaz de sentir cómo se acelera la circulación de mi sangre, cómo me tironean los músculos de la parte inferior de mi estómago, cómo me late el corazón. Pero lo hago. Verlo reírse así me estimula. Mi cuerpo me pide si por favor no puedo hacerlo reír de nuevo, mi cuerpo quiere volver a sentir lo que le genera la risa de Valentino.

—Qué amable de tu parte —digo mordaz, los cachetes acalorados.

—Perdón —su voz todavía tiene sobras de risa—. Pero es que es horrible, pobrecita.

—Estás siendo cruel. —Y por alguna razón me encuentro extremadamente sobreprotectora de la chocotorta. Solo yo puedo criticarla—. No podés juzgarla sin probarla.

Valentino deja caer sus manos sobre los huesos de la cadera, lo que hace que su remera blanca se estire y ajuste un poco sobre su torso y no debería estar mirándolo tanto, ni tampoco debería estar pensando en que quiero pasarle mis manos por el cuerpo.

—Entonces solo queda una cosa que hacer…

Terror. Eso es lo que siento cuando veo que agarra una cuchara y se acerca a mí.

—Si me dejás llegar a la mesa podés probarla junto a los demás —intento pasar por su izquierda pero se desliza para impedirme el paso. Chista tres veces, niega con la cabeza. Le divierte la situación. Básicamente le divierte molestarme.

—¿A dónde vas, Matilda? —su voz es un susurro íntimo, su sonrisa pecaminosa.

—Al comedor…

—Dijiste que no podía juzgar sin probar. —Señala la fuente con el mentón.

¿Por qué nadie nos viene a buscar?

—Y podrías hacerlo si me dejaras llegar al comedor.

—Pero yo quiero tener el privilegio de probarla antes. —Tiene la intención de hundir la cuchara pero yo le alejo la fuente. Frunce el

ceño mirando al vacío donde debería estar la chocotorta. Aprovecho su desconcierto para rodearlo y escapar.

—Te espero en la mesa —digo sin mirarlo, puedo sentir su mirada en mi espalda y yo no puedo evitar apretar los labios para evitar sonreír cuando percibo sus pasos detrás mío. ¿Moví mis caderas más de lo necesario sabiendo que él me estaba siguiendo? Puede ser que sí. Puede ser que no.

Apenas apoyo la chocotorta en la mesa, la conversación se enmudece.

—Tienen que probarla para juzgarla —la voz de Valentino se siente demasiado cerca de mi cuello.

Cuatro pares de ojos escépticos. Dudan. Los entiendo, yo también lo haría si fuera ellos. Pero como desarrollé un instinto materno hacia mi postre, no me gusta la crítica silenciosa.

—¿Quién quiere una porción? —no suena tan amable como me hubiera gustado, y a lo mejor mi imagen era un poco amenazante con el cuchillo en la mano.

Alguien toma un plato de la pila que está a mi derecha y me lo deja flotando enfrente.

—Yo, por favor. —Su respiración acaricia el costado de mi cabeza. Puedo sentir sus piernas cerca de las mías, su pecho a centímetros de mi cuello, su boca innecesariamente cerca de mi piel.

No sé en qué momento entramos en este juego y siendo sincera, tampoco sé muy bien a qué estamos jugando. Lo único que sé es que mis pulmones se inflan y desinflan más rápido de lo normal, que los músculos de mi abdomen se contraen, que siento calor cuando lo tengo pegado a mí. Mucho calor.

—¿Mati? —Odio lo alegre que suena, como si en su cuerpo no estuviera ocurriendo una revolución en estos momentos, como si él fuera inmune, como si a él no le afectara sentirme tan pero tan cerca. Odio sentir que solo a mí me pasa.

Le saco el plato de la mano, corto una porción y se la sirvo. Valentino no se mueve ni medio centímetro. Soy yo la que se mueve dos pasos a la izquierda y se gira para entregarle su plato.

—Gracias. —Su boca continúa con esa expresión perezosa, y como si no fuera consciente del fuego que siento en el medio del

estómago, despega sus labios y se lleva la cuchara a la boca, sin dejar de mirarme. Es como si hubieran tirado diez litros de nafta en una hoguera. Por el destello que ilumina sus ojos, puedo jurar que sabe lo que está haciendo. Lo que me está haciendo—. Riquísima. —El cuerpo de la cuchara se desliza por sus labios por segunda vez.

Dos pueden jugar este juego.

Sin pedirle permiso tomo su cuchara, la hundo en la chocotorta y la llevo a mi boca. Lo miro casi sin pestañear y por eso es que puedo ver cómo su cara se va desfigurando a una nueva expresión. Los ojos de Valentino no se pierden ningún movimiento de mi boca.

Es cuando mis pupilas gustativas reciben la información de que mi chocotorta no está nada mal que se me escapa un diminuto gemido, haciendo que mis párpados se entrecierren. Cuando vuelvo a abrirlos puedo ver al hombre enfrente mío con una mirada oscura.

—Bueno, ahora que ya la comieron dos personas y no se murieron, quiero una porción —dice Fausto mientras se para para servirse una porción. Me había olvidado que había más personas en la habitación. Carolina me mira de una manera que no puedo terminar de descifrar, Juana encuentra la situación comiquísima por cómo se tiene que tapar la boca con la mano, Delfi me guiña un ojo y Tomás parece no haberse enterado de absolutamente nada mientras estira su brazo larguísimo, agarra una cuchara y le mete un cucharazo a la fuente del postre.

—Increciblemente si está rica —sentencia con asombro. Pongo los ojos en blanco.

Después de varios comentarios positivos y varios platos repetidos mi cuerpo se termina de relajar. No maté a nadie, nadie terminó en el hospital con una intoxicación, no tuve que llamar a la ambulancia. Para vos, Eugenio.

—Tendría que ir yendo —anuncia Juana con un bostezo—. Mañana me tengo que levantar temprano.

—Yo también. —Delfi se levanta a la par de Juana.

—Somos tres. —Se estira Fausto, pero no se mueve.

—Cuatro. —Tomás empieza a juntar los platos y vasos de la mesa. Automáticamente todos comenzamos a ayudar.

—Yo llevo a Matilda. —Todos nos congelamos unos segundos. Miramos a Valentino, indiferente al escrutinio, sin entender de dónde salió eso.

—No tengo problema en llevarla. —Tomás limpia con una servilleta una mancha de dulce de leche en la mesa.

—Es tarde y su casa no te queda tan cómoda.

—Para ser honesto la casa de ninguno me queda muy cómoda —repone Tomás.

—Bueno, te ahorro una. —Valentino no parece dispuesto a rendirse.

—Si es mucho problema me pido un taxi…

—No —dicen los dos al mismo tiempo.

—La llevo yo —Y por el tono de voz es bastante claro que se da el tema por terminado.

Lo miro a mi amigo de la infancia, todavía con dos platos y un vaso en la mano, y quiero saber de dónde viene tal insistencia. No encuentro nada porque no me mira.

—Dejen todo en la cocina que yo ahora lavo —nos dice, y cuando estoy yendo a la otra habitación se acerca a mí, me mira por primera vez desde el episodio de las cucharas y continúa por lo bajo—. Vos no. —Me saca las cosas de la mano y le pide a su hermana que las lleve a la cocina. Juana lo mira con cara de fastidio y Valentino le responde con una sonrisita que hace que Juana bufe, revolee los ojos y finalmente lleve las cosas a la cocina.

—Gracias. —Le sonrio y ella gesticula un suerte mudo. Me tenso. Creo que estoy hace una hora tensa. Mañana me voy a levantar con una contractura en el cuello.

—Bueno… —comienzo a decir mientras me giro para poder ver a Valentino de frente. Pero me tengo que tragar mis palabras cuando veo su expresión seria, la tensión en su mandíbula, en la forma de sus cejas y sobre todo en el tono de su voz.

—Tenemos que hablar.

Sip, mañana no voy a poder mover el cuello.

# *Capítulo 18*

## Valentino

Matilda llegó hace cinco días. Y ese fue el tiempo que me llevó darme cuenta de algo que no me tendría que haber costado tanto. Le echo la culpa a la falta de sueño, a que en el medio tuve que atender la crisis de mi padre, a que me llevó dos días recuperarme de volver a verla.

El pecho de Matilda sube y baja y yo no soy tan decente como para no quedarme colgado en sus pechos. Dentro mío existen las ganas de poner mis manos sobre la tela de su camisa y que exploten los botones, poder verla desnuda, tocarla, saborearla. Mis ojos se resisten un poco a subir la mirada pero lo hago. Y cuando veo *esos* ojos es mucho peor. Me encuentro con ganas de besarla. Por segunda vez en mi vida. La primera fue hace quince años. Puedo sentir cómo la represa se sacude. Agua presionando, insistiendo en pasar. La contengo porque nada me dice que está bien besarla. No está bien quererlo. Se siente incorrecto, inapropiado. Desubicado. Así es como me siento. Increíblemente desubicado por siquiera pensarlo.

—¿Valen? —deja caer su cabeza un poco hacia un lado, intentando leerme. Me esfuerzo en enmascarar rápido cualquier indicio de lo que mi mente está pensando. Carraspeo con el puño en mi boca, que está seca. No sé cómo iniciar la conversación. Dios, qué incómodo. Tampoco me ayuda notar que es la primera vez que estamos completamente solos. En mi casa. Apenas llega ese pensamiento lo tiro al tacho de basura más cercano de mi mente. Nada de pensar en que no hay más de veinte pasos de acá a tu cama.

—Hablemos mientras lavo los platos. —Necesito hacer algo con mis manos.

Matilda me sigue hasta la cocina poniéndose a mi lado con un repasador, preparada para ir secando. Una sonrisa diminuta y dulce sale de su boca. Dejo salir el aire, agarro el detergente, la esponja y comienzo a fregar en un silencio que me presiona la garganta.

—Mi papá no está bien —digo tan pero tan bajo que tengo miedo de tener que repetirlo. Mi mirada fija en el vaso que no necesita que lo limpie con tanta dedicación. Matilda no dice nada y mi segundo miedo es que por alguna razón lo sepa. Pero no tendría sentido. Ella no sabe, no hay forma de que lo haga. Excepto que se lo haya contado Juana antes que yo, pero no lo creo. Pero cuando al fin la veo, me doy cuenta que no tenía idea, porque me mira con la cara desencajada y una preocupación palpable.

—¿Está enfermo? —Lo dice con un tono tan triste que quiero darme la cabeza contra la mesada por habérselo contado. La pasó bien, tuvo un buen momento dentro de tanta mierda, ¿y vengo yo a contarle esto? Me siento egoísta y sucio. Pero al mismo tiempo necesitaba contárselo.

—Se podría decir. —No estoy siendo claro y lo sé. Nunca es fácil decir las siguientes palabras—. Está teniendo problemas con el alcohol. —Sigo enjuagando, mis manos ocupadas, mi vista sin animarse a verla. —Bueno, esa es una manera amable de verlo. La verdad es que Daniel es alcohólico, así con todas las letras.

Más silencio y no sé si Matilda quiere darme el espacio para que termine de hablar o simplemente no sabe qué decir. No la juzgo. Hay situaciones donde el consuelo queda un poco insulso.

—Valen…

Nudos. Siento nudos por todo el cuerpo. En el pecho, en la garganta, en la panza, en la cabeza. Matilda parece estar cerca de llorar y eso me hace entrar en pánico. Pongo las manos bajo el agua para sacarme la espuma, me las seco rápido con el repasador que dejó Matilda sobre la mesada y la abrazo contra mi pecho. Mi barbilla descansa sobre su cabeza.

—Perdón —murmura sobre mi remera. La presiono con más fuerza, como si de esa forma pudiera exprimir la tristeza de su

cuerpo.

—No me pidas perdón —digo firme.

—Yo tendría que estar abrazándote a vos, no al revés —se ríe sin humor, apretando más su abrazo sobre mi cintura.

—Lo estás haciendo, Matilda. —Cierro los ojos. Una paz que no sentía hace ocho meses invade cada espacio de mi cuerpo. Siento cómo mis músculos se relajan, el aire llega a mis pulmones con más facilidad, no hay tanto ruido.

—No te mereces esto. Ni vos ni Juana. Primero lo de Andrea y ahora esto… —dice levantando su cabeza para mirarme. Tiene los cachetes húmedos, los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa en la boca—. Perdón por no haber estado para el funeral, Valen.

—No pasa nada, Mati —digo completamente sincero. Se escapa de su control. Matilda inhala y noto como se relajan sus hombros.

—Tu mamá era tan genial, Valen. Tengo el recuerdo de que quería ser como ella cuando era chica. Me gustaba su humor, que siempre tenía una sonrisa. Lo siento tanto, Valen. Es tan injusto que se haya ido.

Desde que mi mamá falleció, las veces que hablé de ella fue porque alguien más lo hacía, lo necesitaba. Mi papá, mi hermana, mis amigos. Necesitaban llorarla, decir lo mucho que la querían, lo mucho que la iban a extrañar. Y yo los escuchaba, los consolaba, intentaba hacerlos sentir mejor, aliviar un poco la pena, el dolor. Pero jamás me quebraba. Nunca frente a ellos. Me decía a mi mismo que no podía hacerlo, que tenía que ser fuerte. Si las personas que más amaban me veían débil, entonces ¿cómo iba a poder ayudarlos? Así que construí una burbuja consistente, inquebrantable. Podían verme a través de ella pero no podían alcanzarme. Ah, pero Matilda me hace querer explotar esa burbuja, quiero que me alcance. Y eso me vuelve egoísta. No quiero que tenga que consolarme o escucharme cuando ella también la está pasando mal. Cuando en su casa la muerte le acecha por los rincones.

—La extraño todos los días —digo al fin, mi voz baja. Seré egoísta por unos segundos—. No hay mañana que me despierte y no piense lo mucho que la necesito. A veces entro al café y me cuesta unos segundos recordar que no la voy a ver del otro lado del

mostrador, con esa sonrisa que le hacía aparecer las patas de gallos alrededor de los ojos. Ya no me va a preparar el café mientras me pregunta sobre cómo me fue en el trabajo el día anterior y si tengo la semana muy ocupada porque necesita que le ayude a configurar algo en la computadora —hago una pausa y me trago la piedra que siento en la garganta—. Se llevaba pésimo con la tecnología —el comentario hace que Matilda se ría; su pecho vibra sobre el mío. Desde que empecé a hablar su pulgar traza círculos sobre mi espalda—. Siempre me preguntaba por Ringo, como si fuera su nieto. Extraño lo cotidiano, lo que cuando mirás para atrás te das cuenta que era lo único que realmente importaba. Dios, cuánto la extraño.

A los doce años pensé por primera vez en mi vida que me iba a morir. Estaba en las profundidades del mar, muy pero muy lejos de la orilla. Y estaba solo. Matilda estaba con sus papás en la orilla, jugando con Juana, y mis amigos no habían ido ese día a la playa. El mar te exigía respetarlo. Y yo lo hacía. Pero a veces uno se equivoca y lo subestima o más bien uno piensa que es indestructible. Así que quise ponerme a prueba, sobrepasar mis límites, ver hasta dónde podía llegar, para después les contarles a mis amigos que me sumergí mucho más lejos que ellos. Con esa arrogancia avancé, luchando contras las olas, desafiándome sin saber que también estaba desafiando al mar. Y uno nunca debería competir contra la naturaleza.

Hacía rato que mis pies ya no llegaban a tocar la arena debajo, tampoco podía decir que nadaba porque el agua era al que me movía, yo solo procuraba mantenerme flotando. Una ola se formó ante mis ojos, tomé aire y me metí debajo de la superficie, esperando a que me pasara por arriba. El problema fue cuando quise salir. Otra ola me empujó sin clemencia. Volví a intentar llenar mis pulmones de aire y me encontré con otra pared de agua diciéndome que no. La desesperación hizo que se me prendieran fuego los pulmones. Necesitaba respirar y no podía salir de ese bucle donde constantemente el mar me empujaba hacia abajo. No fue tan difícil aceptar la muerte. Me iba a morir. Sin oxígeno no había forma de que pudiera sobrevivir por mucho más tiempo. Me dije a mí

mismo que lo iba a intentar una vez más, quizás la última. Con la poca fuerza que me quedaba partí el agua y saqué la cabeza, mi boca ansiosa por el aire. Mis pulmones me agradecieron de forma instantánea. Lloré de alivio durante todo el nado de regreso a la orilla.

Y así es como me siento mientras lloro sostenido por Matilda.

# *Capítulo 19*

## Matilda

Valentino está encorvado, su cabeza descansa parte en mi hombro y parte en mi omóplato derecho. Sus dedos largos se aferran a la parte baja de mi camisa y mi cuerpo soporta casi todo su peso. Sus hombros gruesos tiemblan levemente con cada sollozo, y se me achica el corazón. Lo abrazo más fuerte. Quiero que sepa que yo estoy acá para él, que puede dejarse sostener por mí. Lo haré las veces que sean necesarias.

Algo me dice que no pasa seguido el que Valentino se exponga así. Tal vez es por la forma en la que llora, como si nunca lo hubiera hecho. O puede ser que se haya desecho de una mano invisible que le tapaba la boca, prohibiéndole hablar de su mamá, de lo mucho que le cuesta seguir sin ella en este mundo. Sus ojos se fueron quebrando como vidrio mientras hablaba de ella y eso solo pudo incrementar mi necesidad de abrazarlo. Mi mano sube y baja por su columna.

—Valen. —Mi corazón llora al escucharlo sollozar.

—La extraño tanto —sus palabras son más agua que otra cosa.

Los platos, cubiertos y vasos sucios están olvidados sobre la mesada de la cocina. Ringo aparece ante el llanto de Valentino y se sienta mirando con curiosidad nuestros cuerpos fundidos en un abrazo que inició porque yo lo necesitaba, aunque ahora me pregunto si él no lo necesitaba más.

Poco a poco deja de llorar, su respiración se tranquiliza. Llevo mis manos hacia los costados de su cabeza y la saco de mi hombro para poder verlo a la cara. No estaba preparada. Jamás voy a estar preparada para afrontar el rostro de Valentino desbordado de

tristeza. Las lágrimas están tatuadas en su piel, su nariz está roja, la iris verde de sus ojos casi transparente, el fondo blanco irritado. Utilizo ambos pulgares para borrar las lágrimas; quiero hacerlas desaparecer para siempre. Valentino deja caer sus párpados, parecía agradecido ante el tacto y lo afirmo cuando gira su cabeza para darme un beso en la parte interna de la muñeca.

—Gracias, Matilda. —Ese gracias abarca mucho más de lo que yo puedo dimensionar.

Ringo ladra y con su pata delantera le da un golpecito en la pierna a Valentino, quien deja de mirarme para prestarle atención a su perro. Le hace un mimo y le es inevitable sonreír con ternura cuando Ringo le da un lengüetazo en la mano. Valentino vuelve a acariciarle la cabeza antes de dirigirse a mí.

—Tengo que llevarte a tu casa. Es tarde.

—Puedo pedirme un taxi…

—De ninguna manera —dice con determinación. Su mano derecha todavía está en mi cintura, mis manos bajaron a su pecho —. Yo te llevo.

—Bueno, pero dejá que termine de lavar los platos.

—No.

Cuando vas creciendo te rendís ante la pérdida de ciertas cosas. Una de ellas es la ternura. Cuesta encontrarla en la adultez. Pero Valentino deja caer sus labios sobre mi frente, y sin saberlo me hace un regalo que no es tan fácil de conseguir. Lo guardo con cuidado para no perderlo.

—Le pongo la correa a Ringo y vamos —es lo último que dice antes de pasarme un mechón de pelo por detrás de la oreja y adentrarse en el comedor. Ringo lo sigue entusiasmado porque sabe que está a punto de salir.

Me quedo con los pies anclados al piso de la cocina, observando cómo Valentino se termina de secar las lágrimas y le acaricia la cabeza a Ringo mientras le pone la correa.

Valentino está de rodillas ante Ringo, le agarra la cara con sus manos, le sonríe y le deja un beso en la nariz. Mis comisuras se levantan, incontrolables, reaccionando a la ternura de lo que ven mis ojos.

—¿Vamos? —me habla mientras se incorpora. Ringo ladra y da un par de vueltas—. Sí, vos también venís. ¿Tenés todo? —dice dirigiéndose a mí.

—Sip.

—Yo me pondría el sweater si fuera vos —señala la mano en la que sostengo la prenda y no lo cuestiono antes de decidir ponermelo.

Paso las manos por las mangas y una vez que ambos brazos pasan los levanto para meter la cabeza. Por un microsegundo mi cabeza queda tapada por el sweater, mis brazos alzados, y se ve que eso llama la atención de Ringo, que corre hacia a mí y me salta encima. Intento no perder el equilibrio pero tengo mis extremidades superiores atrapadas y cuando intento sacarlas ya es muy tarde.

Pero antes de caer al piso, unas manos agarran con fuerza mi cintura y mi panza se estrella contra una pared cálida y musculosa. Poco a poco mi visión se despide del azul marino del tejido y se encuentra con el verde de los ojos de Valentino. Es la segunda vez en la noche que pienso que está excesivamente cerca. No me muevo. Creo que tampoco respiro por miedo a que deje de haber espacio entre nuestros pechos. Su mano termina de deslizar el sweater hacia abajo, mi pelo queda atrapado durante un instante ínfimo, antes de que la misma mano se deslice por mi cuello y lo libere. Mi piel explota ante el roce. Desafortunadamente *necesito* respirar aire profundamente y eso provoca que mis tetas lo rocen por debajo de sus pectorales. Cierro los ojos y suplico que no se note que mis pezones están erectos. Valentino baja la cabeza y mira donde nuestros cuerpos entran en contacto. Yo también lo hago.

Nuestros zapatos están pegados. Mi pelvis no encaja con la suya por la diferencia de altura, pero mi panza si lo hace. Siento sobre mis clavículas cada vez que sus pulmones toman aire. Y mi boca está muy mal ubicada, a centímetros de su cuello. Huele bien. A jabón, a algo cítrico, a sol. Quiero mirarlo a los ojos pero sé que voy a tener que atravesar su boca también y de repente me gustaría evitar mirar sus labios. El aire asqueado de una sensación de intimidad que no sé de dónde salió. Necesito aire limpio de su presencia. Valentino me mira con el ceño ligeramente fruncido, como

si no entendiera del todo lo que está pasando y estoy segura de que yo debo tener la misma expresión.

Su mano sigue firme en la carne de mi cintura. Inamovible. Excepto por su pulgar que traza círculos sobre el pedazo de piel expuesta que hay entre mi pollera y camisa. Es entonces cuando me fijo en mis manos y las encuentro agarradas del borde de su remera. Ambos manteniéndonos fijos en el lugar. La pregunta es para qué, por qué.

Sus ojos parece que llaman a los míos. No diría que su expresión es más relajada, puedo seguir percibiendo algo de tensión, pero también puedo notar algo muy similar a la rendición. Noto cómo mira mi boca y vuelve a buscar mis ojos. Casi como si estuviera haciendo una pregunta silenciosa para la cual no tengo respuesta. O eso pienso, porque entonces mis ojos se desploman hasta chocarse con sus labios un poco entreabiertos y tal vez sí tengo una respuesta. Su mano libre se acomoda sobre mi mandíbula y me es inevitable no tirar un poco más de su remera.

A los quince años me iba a dormir todas las noches pensando que al otro día finalmente iba a llegar el día en que iba a besar a Valentino. Cada noche me acostaba un poco más decepcionada, frustrada, enojada y triste, pero igualmente cuando cerraba el libro y apagaba la lámpara de mi mesita de luz, me volvía a ilusionar. Mañana. Mañana él me va a mirar como yo lo miraba a él.

Jamás nos besamos. Ni siquiera estuvimos cerca. Pero en más de una ocasión me encontré a mí misma preguntándome qué hubiera pasado en los veranos siguientes al último. Tal vez siendo más grandes, en alguna noche usando de excusa el alcohol, nos besaríamos después de haber bailado pegados toda la noche, sus manos en mi cintura, las mías en su cuello, y sé que sería yo quien se pondría en puntitas de pie y le estamparía los labios en su boca. O tal vez en la playa, con el sol yéndose, el mar de fondo y él dándose cuenta de que me ama tanto como yo a él. Un beso sería la única forma de ponerlo en palabras.

Jamás nos imaginé a los dos siendo adultos, encontrándonos tanto pero tanto tiempo después, los años obligándonos a tener que conocernos de nuevo. Jamás nos imagené sosteniéndonos dentro de

las paredes de su casa. Jamás imaginé que nuestro primer beso iba a suceder luego de habernos visto llorar.

Un ladrido. Dos. Valentino pestañea y pareciera que se hubiera escapado de la hipnosis en la cual estaba sumergido. Vuelvo al tiempo y espacio. Nos soltamos al mismo tiempo, nuestros pies caminan hacia atrás, alejándose el uno del otro. Nos observamos, ahora con aire entre nuestros cuerpos. Él es el primero en romper con el contacto visual.

—Deberíamos ir, Ringo se pone ansioso cuando le pongo la correa y tardo mucho en sacarlo. —Ringo está sentado pegado a la puerta, moviendo la cola y con la lengua colgando de un costado.

No puedo ni mirarlo. De repente el aire está cargado de incomodidad, es palpable.

Sin decir nada lo sigo hasta la camioneta roja. Ringo salta a los asientos traseros y Valen se inclina para ponerle el cinturón de seguridad.

—No sabía que los perros tenían que ir atados. —Rompo el hielo con esas palabras.

—Para serte sincero yo tampoco. —Veo cómo los músculos de sus omoplatos trabajan mientras termina de asegurar a Ringo. De repente mis zapatillas son inmensamente interesantes—. Lo descubrí hace poco, aunque si te lo ponés a pensar tiene todo el sentido del mundo. —Valentino saca el torso del auto y cierra la puerta. Cuando se gira me sonríe mientras me abre la puerta del asiento del acompañante. Hace un gesto con la mano para que me suba.

—Que caballeroso —me burlo mientras me impulso para subir.

—Te sorprendería saber lo atento que soy. —El ruido de la puerta cerrándose me salva de tener que darle una respuesta. Y menos mal, porque mi cerebro se rebusca para imaginar diferentes situaciones donde Valentino sería atento y ninguna es del todo inocente. Me insulto un par de veces mientras lo veo bordear el frente de la camioneta. *Compórtate*.

Valentino gira la llave, toma el volante pero no pone primera. La quietud se mantiene por unos segundos. Ninguno mira al otro. Hasta que, como si fuera el comienzo de la lluvia, Valentino empieza a reír. Y, como si yo fuera el césped, absorbo cada gota. Él deja caer su

cabeza sobre el asiento, riendo sin control, como si no pudiera evitarlo aunque quisiera. Le veo la garganta, cómo se acentúa su nuez de Adán, su perfil, y cómo arruga un poco la nariz al reírse. Estoy entre asustada y entretenida.

La lluvia baja la intensidad de a poco. Y con los restos me mira.

—-Hace meses siento este… hueco. Como si hubiera perdido la capacidad de conectar con mis sentimientos, de poder expresar algo —es tan triste lo que dice como para que lo haga con una sonrisa tan hermosa en la cara—. Pero solo una noche con vos y… —su mirada es tan suave, parece algodón—. Supongo que lo que quiero decir es que gracias por hacerme sentir algo más que la sensación de vacío.

Agradezco que la anatomía humana esté hecha para que el corazón no se nos caiga del pecho.

—Estaba esperando que me agradecieras por mis extraordinarios dotes culinarios —le digo completamente seria.

La mano de Valentino se mueve hacia la palanca de cambios, el auto avanza y es cuando dobla a la izquierda que me mira de reojo para responderme.

—Me ofende que pienses que sería capaz de mentirte. —Veo la sonrisa que le crece de costado, aunque su cabeza esté direccionada a la izquierda. Y es por esa misma razón que no puede preveer el golpe que le doy en el abrazo. Cortito pero efectivo.

—Ay —se queja y me mira rápidamente antes de volver los ojos al frente.

—Para que no se te olvide que no hay que meterse conmigo —le respondo con la mirada seria pero la diversión bailando en la boca.

Deja pasar un auto y eso le da todo el tiempo del mundo para mirarme con tranquilidad. Podría describir como inapropiada la forma en la que su boca se contorsiona hacia arriba, su comisura izquierda un poco más elevada. Todas las facciones de su cara definidas por la luz de la luna. Siento mi estómago girar.

—Pero, ¿y si quiero meterme con vos? —me desafía con la intención de que suene exactamente como lo hace.

Finjo pensarlo, mi mirada en el techo de la camioneta, mis labios fruncidos. Le encuentro la mirada en mi boca y le sonrio con

lentitud.

—Mmm, ¿creés poder?

Me arrepiento cuando veo cómo se inclina para que su boca quede cerca de mi oído. Tomo aire como si estuviera por meterme bajo el agua.

—No me subestimes, Matilda.

Lentamente vuelve a acomodarse en su asiento y al mismo tiempo que mueve la palanca de cambios me guiña un ojo que me derrite la parte baja del vientre y mi única opción es cruzar las piernas. Con fuerza.

Es un viaje corto. Diez minutos que no alcanzan para disipar el calor que dejaron sus últimas palabras. Obligo a mi mirada a mantenerse en la ventana del auto, porque si me doy vuelta encuentro a Valentino. Su nariz larga, recta y grande. Su mano izquierda descansando sin tensión sobre el volante, la derecha cerca de la palanca de cambios. Tiene la ventanilla baja así que el viento le revuelve los mechones de pelo. Me gustaría ser yo quien lo despeina. Me mira rápidamente antes de poner sus ojos en el camino y me atrapa en medio de mi inspección. Su boca no se mueve para crear una sonrisa inocente, sino todo lo contrario. Regreso a la ventana pero siento que vuelve a mirarme. Le sonrio a mi reflejo.

No hablamos hasta que la casa de mis abuelos aparece a mi izquierda. La luz del comedor está encendida. A lo mejor Eugenio sigue despierto. La hora del auto nos dice que son las dos de la mañana. Ni siquiera me di cuenta de lo tarde que era. Valentino apaga el motor y se saca el cinturón de seguridad. Ringo atrás ladra y mueve la cola.

—¿A dónde vas? —le pregunto mientras me desabrocho el cinturón y me acomodo la cartera para buscar las llaves. Valentino no responde, solo se baja de la camioneta y va a abrirle la puerta a Ringo, quien baja de un salto y espera que le saquen el arnés. Es ahí cuando se aleja hacía el árbol más cercano y hace pis. Valen lo mira por un segundo antes de abrir mi puerta.

—Te acompaño hasta tu casa —responde.

—Mi casa está a menos de cinco metros de distancia. —Saco las llaves, cierro la cartera y salgo. Valentino es lo que me impide avanzar.

—Quiero acompañarte hasta la puerta. —Se mueve para que pueda pasar y me ofrece su brazo—. ¿Puedo? —Una risa borbotea en mi garganta cuando paso mi mano por el espacio que me ofrece.

No son más de veinte pasos los que tenemos que dar. De repente me siento triste. No quiero que la noche se termine. No quiero despedirme. Tengo ganas de invitarlo a pasar, hacerle un té, o un café, o un trago. No sé. Rebusco en mi mente cualquier excusa que sirva para poder estar un rato más con él. Pero es tarde y mañana tiene que trabajar. O eso creo. No tengo la menor idea de cuál es su rutina. Un malestar comienza en mi pecho y baja hasta mi panza. El impacto de no saber cómo es su vida me descoloca. La verdad es que no sé nada sobre Valentino. Solo tengo recuerdos de él. una versión que ya no existe.

Sin embargo cuando llegamos a la puerta, todavía con nuestros brazos entrelazados, me mira como si no hubieran pasado quince años, sino como si hubiera sido ayer que pasamos todo el día tirados en la playa, con la música de fondo, sin hablar, sin hacer nada, solo disfrutando de la compañía del otro. Mis labios le sonríen, él los mira y su sonrisa se borra. Cuando vuelve a mirarme a los ojos lo hace con intensidad. Hay menos verde en su mirada. Siento que el negro de su pupila me tira. Quiero abalanzarme. Su mano me corre un mechón de la frente y lo lleva hasta detrás de la oreja y su mano me acaricia el cuello antes de retirarse. Es la segunda vez en la noche que pienso que nos vamos a besar. Pero antes de que pueda moverme y tomar su boca, Valentino da dos pasos hacia atrás rompiendo con el momento que se estaba construyendo. Esquiva mi mirada y guarda sus manos en los bolsillos, como si las tuviera que aprisionar para no tocarme, como si fuera la única forma de mantenerlas lejos de mí.

El cambio repentino me deja con una nube en la cabeza por unos segundos hasta que reacciono y pongo las llaves en la cerradura. Pestañeo un par de veces en un intento de aclararme. ¿Lo iba a besar? ¿En qué estaba pensando? Solo pasaron días desde que

llegué y las pocas veces que nos encontramos fue más por coincidencia que por otra cosa. Exceptuando esta noche que me invitó a cenar, pero sino cada encuentro que tuvimos fue más sin querer que otra cosa. ¿Somos amigos? La respuesta fácil sería sí, somos amigos, pero la realidad es que no lo somos. Lo fuimos, en su momento. Una década y media atrás. Ahora solo somos dos desconocidos que comparten el recuerdo de los veranos pasados. Besarlo es una *pésima* idea. Niego con la cabeza mientras giro dos veces la llave y abro la puerta. Estoy siendo estúpida, extremadamente estúpida. Suspiro mientras entro a la casa. Valentino sigue parado con las manos en los bolsillos.

—Buenas noches, Valen. —Intento sonreír para disminuir la incomodidad. Valentino suspira y puedo notar el cansancio que esconde detrás de sus ojos. Hay algo que lo atormenta, que lo acecha. Unos tentáculos negros suben por sus tobillos, le rodean las piernas, le estrujan el torso, le acarician el cuello. Existe un secreto más. Lo sé. Hay algo que Valentino no me quiere contar, que lo esconde de mí. Un enojo irracional me toma por sorpresa. No tiene sentido que me enoje porque no me cuenta cosas, después de todo no somos nada. Pero eso no significa que no duela. Valentino y yo no tenemos secretos, nos contamos absolutamente todo. Sin embargo, el hombre que tengo enfrente no es ese chico transparente que dejé atrás hace quince años. Ahora tiene capas que no puedo atravesar, él tiene que tomar la decisión de sacarse una por una.

—Descansa, Mati —sin agregar nada más le chifla a Ringo, quien está en la cuadra de enfrente olisqueando y corre al llamado de su dueño. Valentino me mira una vez más antes de darse vuelta y caminar hacia la camioneta. Antes de cerrar la puerta veo cómo se pasa con fuerza la mano por el pelo.

Mi espalda se apoya sobre la madera de la puerta, dejo caer mi cabeza hacia atrás. Frustración, eso es lo que siento en este momento. Me tapo la cara y dejo salir un gruñido.

—¿No les gustó la chocotorta?

El susto hace que me enderezca, la mano que me llevé al pecho sube y baja con rapidez. Eugenio está acostado en el sillón, pijama

puesto, libro en mano.

—Casi me das un infarto. —Camino hasta dejarme caer en el sillón individual que solía ser de mi abuela. Eugenio no abandona su lectura para volver a hablar.

—Menos mal que no sucedió. Pero en caso de que hubiera pasado, por suerte hay un enfermero en la casa. —Tiene la decencia de levantar la vista del libro y guiñar un ojo.

—¿Cómo estuvo? —Miro al pasillo que lleva a la habitación de mi abuelo. Siento culpa por haberlo dejado solo, aunque hayan sido un par de horas. Eugenio cierra el libro y lo deja apoyado en su pecho.

—No tuvo muchas ganas de comer. —Aprieta los labios y vislumbro la lástima en su mirada. Algo de lo que siento se me debe escapar por la mirada porque Eugenio se sienta, apoyando los codos sobre sus muslos y entrelazando los dedos—. Es normal, Mati. Su tipo de cáncer avanza rápido, cada vez tomando más partes de su cuerpo. El cansancio, la falta de apetito, el malestar solo van a ir incrementando. —Eugenio toma aire antes de continuar—. Cuando se acerque el final puede pasar que te mire y no sepa quién sos o dónde está. La confusión es un síntoma muy común en estos tipos de casos. Tenés que estar preparada para esa etapa, porque es dura.

Mi labio tiembla por el esfuerzo de contener el llanto. No me dijo nada que no supiera. Cuando mi abuelo me contó el diagnóstico hice lo que cualquier médico te recomienda no hacer: busqué en Internet. Y una vez que empecé no pude parar. Leí sobre posibles curas que eran más experimentales que otra cosa. Investigué todos los tratamientos que funcionan en otros tipos de cánceres e intenté ver si podían curar el de mi abuelo. La quinta vez que llamé a su médico para comentarle sobre un nuevo tratamiento que a lo mejor podía ayudar, me dijo muy firme que no había nada que se pudiera hacer por mi abuelo más que acompañarlo y hacer que el sufrimiento fuera lo más leve posible. Fue ahí que busqué los síntomas del cáncer terminal. El primer intento fracasó porque mis lágrimas no me permitían leer lo que me mostraba la pantalla, pero cuando logré calmarme, una lista de posibles escenarios apareció. Así que sí, sabía que los estados confusionales eran una posibilidad,

así como la falta de atención, la pérdida de movilidad, dormir gran parte del día, que cada vez necesite más y más ayuda. Saber no me servía para que pudiera entender.

Lloro en silencio mientras miro el pasillo. Mi abuelo está a unos pocos metros de distancia, pero un día de estos esa distancia va a ser tan grande que mis brazos no van a ser lo suficientemente largos para alcanzarlo. No va a importar cuánto los estire al cielo, jamás voy a poder volver a abrazarlo. La desesperación hace que me levante de golpe, mi mirada fija en la oscuridad.

—No quiero que me olvide —susurro mi mayor miedo.

Eugenio no responde. Me imagino que mentir no es una opción y decir la verdad solo serviría para agrandar el dolor que se me escapa por los ojos.

—Me dijo que mañana quería ir a la playa. —Miro a Eugenio y me ofrece una pequeña sonrisa—. Y creo que es una muy buena idea. Le va a hacer bien. —Asiento y me paso la mano por la cara. Es la segunda vez que lloro hoy. Antes de todo esto, puedo contar con los dedos de una mano las veces que lloré.

—Voy a ir a verlo antes de acostarme. —Vuelvo mi mirada al camino que me lleva hacia Tito.

Eugenio asiente una vez antes de volver a acostarse y abrir el libro.

—Hasta mañana, Mati —sin mirarme y con mis pies ya yéndose, agrega—. Intentá descansar.

Abro la puerta de la habitación de mi abuelo. Su rostro está en paz, su pecho se mueve con la respiración pausada y serena del sueño. Me acerco, me inclino y deposito un beso en la frente.

—Te amo —digo bajito, le tomo la mano y me concentro en el pulso que sientoen su muñeca. Todavía sigue acá. No se fue—. Y te voy a extrañar mucho.

Vuelvo a darle un beso, esta vez en el cachete, antes de susurrarle un buenas noches y cerrar la puerta.

Subo las escaleras extremadamente agotada. Siento como si hubiera corrido una maratón de diez kilómetros. Con la poca energía que me queda, me saco la ropa, me lavo los dientes y me pongo el

pijama. La cama me abraza y el ventilador girando es lo último que veo antes de quedarme profundamente dormida.

# *Capítulo 20*

## Valentino

Hago una parada antes de ir a mi casa. Estaciono la camioneta, Ringo se mueve ansioso en el asiento de atrás. A pesar de la cantidad de veces que vino, se sigue emocionando como la primera vez que lo traje, cuando era un cachorro con sus orejas demasiado grandes para su cabeza y un andar torpe. Apenas llego a abrir del todo la puerta trasera antes de que Ringo salte. Lo detengo para sacarle la correa y eso es todo lo que necesita para salir corriendo hacia el mar, su pelaje camuflado en la oscuridad de la noche. Observo cómo se aleja hasta que mis pasos, mucho menos emocionados que los de Ringo, toman la misma dirección.

No hace frío pero la fuerza del viento aumenta a medida que me acerco a la orilla. Me detengo para sacarme las zapatillas y las medias, dejo todo sobre la arena a una distancia segura del agua y sigo avanzando hasta que mis dedos se sumergen. Ringo corre, sale y entra del mar, no puedo no sonreír al verlo, pero es una sonrisa fugaz, porque apenas mis ojos se encuentran con la profundidad del océano la angustia florece entre mis costillas.

Matilda. Hace una semana que absorbe mis pensamientos, consume las horas de mi día, habita cada espacio. Una risa sin humor nace en mi pecho y muere en mi boca. Como si no tuviera preocupaciones, como si me sobrara lugar mental para pensar con tanta intensidad en alguien. El horizonte desaparece cuando mis ojos se cierran. Me esfuerzo por aclarar lo que me pasa, porque siento un tira y afloje constante en lo que tiene que ver con ella. Sentí felicidad al saber que iba a volver. Me ponía contento la idea de volver a verla luego de tantos años, no había ninguna razón para

que estuviera enojado o resentido, me gustaba la idea de que regresara. El problema es que no había tenido en cuenta lo que Matilda iba a provocar en mí. Solo pasaron siete días, solo la vi tres veces, pero no puedo negar que desde que la dejé en su casa después de haberla ido a buscar al aeropuerto, me encuentro a mí mismo siempre con ganas de volver a verla. De repente no sé cómo existir sin extrañarla, aunque viví así más de la mitad de mi vida.

Tanta cercanía no puede ser buena. No. Porque cuando Matilda está cerca pierdo la claridad de mis pensamientos, me confunde, como esta noche. Quería besarla, probar el sabor de sus labios, terminar con el misterio de cómo se sentirían.Tenía tantas ganas. Sufro al verla y no poder tenerla. Pero Matilda no es una chica que acabo de conocer, con la cual podría tener sexo una vez y ya está. Diez años de amistad no pueden empañarse de esa forma. Además, la tendría que seguir viendo, su vida y la mía están enredadas, al menos por el tiempo que ella se quedará. Suspiro. Su vida no está acá, Nueva York la espera, y ella no tiene motivos para no regresar. Ese es el segundo problema, y no es uno que pueda ignorar. Me planteo una realidad donde ella, por algún motivo, decide rehacer su vida acá. Ya no tendría la excusa de su partida. Pero es ahí cuando aparecería el tercer problema: no tengo nada para ofrecer. Matilda es tan magnífica, extraordinaria. Tan hermosa. ¿Qué podría darle yo? ¿Cuál sería el beneficio en tener una relación conmigo? Estrujo mi cerebro en el patético intento de poder proyectar una imagen donde Matilda y yo somos una pareja, donde puedo besarla cuando yo quiera, donde quiera. Ella se ríe de los chistes que hago aunque insista en que no soy gracioso. Iríamos de la mano a todos lados porque sería imposible para mí no tocarla, no sentirla. Por las noches le pasaría la boca por todo el cuerpo, para que ella haga lo mismo después. La visión es tan poco nítida. Ni con la imaginación puedo vernos en esa versión que no tenía idea que anhelaba hasta esta noche que pude respirar el aire que expulsaban sus labios.

Estoy siendo incoherente. No puedo desear algo que jamás tuve. Sin embargo, acá estoy, sin haber experimentado los besos de Matilda y queriendo tener uno. O dos. O todos los que ella me permita tener.

La puta madre. Mi mamá murió hace menos de un año. Tengo un padre alcohólico. No importa a dónde mire, mi vida es un desastre. El amor no está en mis planes. A decir verdad, ver el estado de mi padre me dice todo lo que necesito saber sobre el amor. Él es el claro ejemplo de lo que amar a otra persona y perderla puede provocar en uno. Ni siquiera puede estar consciente, tiene que tomar para perderse, porque no puede concebir la idea de un mundo donde no exista Andrea, donde no escuche su voz, donde no pueda darle un beso de buenas noches, donde no lo esté esperando al regresar a casa.

Mis manos se estiran antes de transformarse en dos puños. El viento me azota, el mar moja el borde mis pantalones, mi vista sigue fija en el punto más lejano del océano, ahí donde choca con el cielo. Y es en este momento que un nuevo temor se acopla dentro de mí. El miedo de dormir por las noches parece insignificante ante el miedo de enamorarme. Encuentro casi cómico cómo ambos miedos nacen de las ganas de no terminar como mis padres: muerto o muerto en vida.

Y Matilda tiene todo para que me termine enamorando de ella. Besarla no sería suficiente, querría más. Lo sé. Tener sexo no sería suficiente. Siento que nada me alcanzaría en lo que respecta a ella. Pero no puedo darle más. Simplemente no puedo.

Me llevo los dedos a la boca y chiflo para llamarle la atención a Ringo. No espero que me alcance para caminar hacia la camioneta.

De regreso a casa me digo que la única solución es tomar distancia. Verla solamente cuando las circunstancias lo piden, mantener la relación cordial y amigable que estamos teniendo desde que volvió. Ni más ni menos. Y lo más importante: no estar solos. Si bien tengo en claro que no puedo hacerle caso a mis ganas de besarla cada vez que la veo, porque sería el inicio de una cadena de malas decisiones y pésimos resultados, tampoco soy *tan* fuerte. No sé cuántas noches como hoy serían suficientes para que tirara todo a la mierda y le besara la boca como si me perteneciera. El simple pensamiento hace que se me ponga dura. Aprieto más el volante y subo el volumen de la radio.

*No estar solo en una habitación con Matilda por nada del mundo.*

Subrayo eso mientras apago el motor y bajo del auto.

Dejo salir una puteada cuando me encuentro con los platos sin lavar. Detesto esta parte. Me llevaba bien con la cocina, no con la parte de limpieza. Me digo a mí mismo que es preferible ahora y no tener que levantarme mañana y volver a enfrentar los platos sucios. Con un suspiro lleno de fastidio agarro la esponja, el detergente y comienzo a fregar. Pasan tres minutos y lo último que me queda es una fuente, frunzo el ceño, no la reconozco. *Matilda.* Perfecto, no pasó ni una hora desde que decidí tomar más distancia y ya tengo una razón para verla. Podría dársela a mi hermana y que ella se la dé, pero la palabra infantil aparece ante mis ojos. Una cosa es alejarme y otra muy diferente es ser un boludo de que de la nada desaparece sin razón aparente. No puedo hacer eso.

En el baño, con el cepillo de dientes en la boca, tomo la decisión de que le voy a llevar la fuente. No cuenta como tiempo a solas porque solo tengo que ir hasta su puerta, nadie dijo de entrar a su casa. Y en caso de que lo hiciera, están Tito y Eugenio.

Apago la luz y me acuesto en la cama. Ya son las cuatro de la mañana, en dos horas voy a tener que estar arriba de nuevo. Podría intentar dormir pero sé que va a ser en vano. Igualmente cierro los ojos, entrelazo las manos a la altura de mi pecho y me concentro en mi respiración; leí que eso sirve. Cuánto tiempo pasa, no lo sé, lo que sí sé es que lo último que pienso antes de dormirme es en que dentro de unas horas voy a volver a verla. Y me odio por la sonrisa inevitable que me genera.

# *Capítulo 21*

## Matilda

—Fue un almuerzo de dos horas, con muchos insultos y demasiadas lágrimas para mi gusto.

—¿Qué tipo de llanto era? —le pregunto a Finn desde el piso, con la cabeza metida debajo de la cama.

—No te escuché. Y tampoco te veo, ¿a dónde te fuiste?

Acá no están mis sandalias para la playa. Me levanto y con las manos en la cintura empiezo a escanear mi habitación intentando recordar dónde las dejé.

—Ahí estás. —La pantalla de mi computadora me muestra a mi mejor amigo sonriente y con una cara de dormido innegable. Allá son las siete de la mañana y a Finn no se lo conoce por ser un fánatico de las mañanas.

—Perdón, no encuentro mis sandalias y no quiero que vayamos muy tarde a la playa porque se empieza a llenar de gente.

—Estás en un pueblo. A lo mejor querés modificar esa oración.

Le revoleo los ojos y me siento en la silla. De cerca se pueden ver las bolsas que contornean sus ojos azules. Demasiado azules. Su pelo marrón se ve como si dos gallinas se hubieran peleado encima de él.

—Gracias por hacer este sacrificio de despertarte temprano —le digo medio para molestarlo y medio en serio.

Lo extraño tanto. Me cuesta recordar la última vez que estuvimos tanto tiempo separados. Con Finn tenemos la tendencia de hacer *casi* todo juntos. No es por nada que nos enfrentamos a la acusación de ser pareja bastante seguido. Hace tres años nos habíamos ido de vacaciones a Brasil y cada vez que le pedíamos a alguien que nos

sacara una foto el comentario que más se repetía era: qué hermosa pareja hacen. Finn y yo sonreíamos, decíamos gracias y esperábamos que se alejaran lo suficiente para reírnos.

—No entiendo cómo hay seres humanos que pueden funcionar antes de que salga el sol.

Podía ver por la ventana detrás de él que el sol de Nueva York poco a poco empezaba a asomarse. No era solo a mi mejor amigo lo que extrañaba. Nanai era un pueblo donde las bocinas constantes, la gente corriendo como si siempre estuviera llegando tarde, el característico aroma de ciudad (una mezcla de monóxido de carbono y basura), no encontraban lugar para existir. Había autos, había personas, pero en menor cantidad y en menor velocidad. Acá todo era tan tranquilo que a veces por las noches me costaba dormirme a causa del silencio. Hasta me parecía cómico que no hubiera semáforos, su ausencia indicaba lo desacelerada que era la vida en Nanai. Y ni hablar del hecho que acá todos se conocen. *Realmente* se conocen. Allá solo sabía el nombre de mi vecina de enfrente porque me quedó la llave adentro del departamento y ella me invitó a esperar el cerrajero en su casa. En cambio, en Nanai el verdulero sabía quiénes eran tus hijos, te preguntaba por tu marido y su trabajo y te fiaba en caso de que lo necesitaras. Acá todos se llamaban por su nombre.

—Yo tampoco lo entiendo. —Sonrio mientras Finn bosteza y se pasa un dedo por los ojos—. No me dijiste qué tipo de llanto era el de la novia —le recuerdo.

—Ah, eso —dice en medio del bostezo—. Al principio lloraba de impotencia. Ella no entendía por qué no se quería casar cuando hacía sólo un par de semanas era la mujer más emocionada y feliz del mundo. Intenté que la conversación se centrara en ella hablando de su relación, de los comienzos, de momentos importantes y otros no tanto pero que por alguna razón le hicieran recordar por qué decidió casarse en un primer lugar—. Finn no solamente era cotizado por su increíble buen gusto y asombrante manejo de la organización de eventos. Mi mejor amigo tenía un don con las palabras, algo muy valioso cuando se organiza un casamiento. Más de una vez tuvo que

desplegarlo para tranquilizar a un novio o novia. —Hablamos un buen rato hasta que las lágrimas de alivio llegaron.

—Se van a casar. —No necesito hacer la pregunta. Finn asiente con satisfacción en su rostro. Jamás obliga a nadie a casarse, si un casamiento se tiene que cancelar porque es lo que realmente quieren, entonces se cancela. Pero el hombre que tengo delante mío que nunca tuvo una novia, puede reconocer cuando el miedo se superpone ante el amor y hace que la persona se ahogue en dudas. Él solo ayuda a disiparlas.

—Se van a casar —repite.

—Te extraño. —La mirada de Finn se ablanda.

—Y yo a vos, corazón. ¿Tenés idea de cuándo van a viajar tus papás? Podría hablarles para arreglar e ir con ellos.

Hablé con ellos ayer a la noche y me dijeron que ya habían encontrado a alguien para que se haga cargo del hotel. No querían tener que ir y venir cada vez que surgiera un problema y cuando sos CEO de una de las cadenas de hoteles más importantes del mundo los problemas no escasean.

—Hoy se iban a fijar, hablales y fijate si te sirve la fecha en la que decidan viajar.

—No me lo digas dos veces. —Desubicada, esa es la sonrisa que tiene en esa cara de estúpido—. Jamás desaprovecharía la oportunidad de hablar con tu madre.

—Asqueroso.

—Sincero.

—Por más que me encantaría pasar el resto del día hablando de tu amor platónico hacía mi propia madre, tengo que irme. —Finn se ríe y me mira satisfecho porque logró molestarme.

—¿Ya te vas? —pregunta mientras se para y estira.

—Sip —le respondo a la pantalla vacía.

—Mandame una foto —grita desde algún punto de su departamento.

—Te mando. —Aprovecho que se fue para terminar de buscar las sandalias.

—¿Vas con Valentino? —Aún sin poder verlo puedo escuchar la cara con lo que lo dice. Lo conozco demasiado.

—No —respondo con una cara de hastío que se que no puede ver pero si escuchar—. No va Valentino.

Veo las sandalias debajo de la mesita de luz. Me las pongo y vuelvo al escritorio, donde Finn tiene una taza de café en la mano.

—Qué lástima. Sé lo mucho que disfrutas su compañía. —Intenta tapar la sonrisita con un sorbo de su café.

Abro la boca para responderle pero la cierro casi al instante. El recuerdo del calor del cuerpo de Valentino pegado al mío, sus dedos apretando mi cintura, sus ojos tan cerca de los míos que podía ver las salpicaduras de amarillo sobre el verde. La delicadeza y el hambre con las que me observaba. El casi beso en la puerta de mi casa. El hecho de que mi piel parecía querer desprenderse de mí para unirse a la suya. La exasperación al esperar unos labios que nunca encontraron su camino hacía los míos. La inevitable decepción con la que me fui a dormir. Todo eso se me cruza por mi mente, pero no dejo que ni media palabra salga de mi boca. Finn es mi mejor amigo, no tenemos secretos, nos decimos todo, pero por algún motivo que no comprendo y hasta me toma por sorpresa, no quiero contarle lo que pasó con Valentino ayer a la noche.

El sonido del timbre responde ante mi silencio.

—Salvada —agrega Finn.

—Te amo, avisame si venís con mis papás. —Le tiro un beso y él me tira otro. Toco el botón para cortar la videollamada y agarro el bolso que armé para la playa antes de abrir la puerta de la habitación y bajar las escaleras.

Cuando llego al último escalón veo que Eugenio me ganó. Tiene su brazo elevado descansando sobre la puerta abierta, con la otra mano suelta en la cintura. Intento ver quién está del otro lado pero Eugenio es increíblemente alto. Y ancho. No puedo ver nada. Pero cuando me acerco puedo escuchar.

*Valentino.*

—Hola —no me gusta lo insegura que suena mi voz, casi avergonzada. Mis palabras hacen que Eugenio me mire sobre su hombro. Sonríe y eleva sus cejas.

—Ah, Mati —dice mientras se corre para que Valentino me pueda ver—. Te estaba por llamar, tenés visitas.

Abro la boca para saludarlo pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Valentino es alto, tan alto que tengo que tirar la cabeza para atrás para mirarlo a los ojos. Los rayos del sol hacen que su pelo parezca más claro de lo que en realidad es. Y en mi vida lo había visto vestido así, ni siquiera algo similar. Nunca. Tiene una camisa blanca que le aprieta un poco en los hombros, en los brazos y pectorales, pero sin que parezca que se confundió de talle cuando la compró. Un pantalón negro de vestir le abraza las piernas largas y musculosas, pero de nuevo, sin quedarle apretado. Hasta este momento no tenía idea lo mucho que me gustan los hombres con camisa. Y eso que vi centenares, pero nunca me pasó que tuviera que recordar cómo respirar, cómo formar palabras, cómo no parecer una completa estúpida.

—Buenos días —dice con una sonrisa más burlona que amable. Efectivamente no fui tan disimulada como pensé.

—Voy a terminar de preparar las cosas. —Me olvidé de que Eugenio sigue acá. No ayuda a frenar la vergüenza que está creciendo en mi interior—. Y a ver si Tito necesita algo antes de irnos. Nos vemos, Valen. —Antes de irse, Eugenio me tira una miradita que decido ignorar.

—¿Me dijo que van a ir a la playa? —comenta Valentino, y centro de vuelta mi atención en él.

—Sí, queremos ir antes de que sea más… complicado —respondo. Es ahí que noto lo que Valen tiene en sus manos. Mi fuente. La que usé para la chocotorta anoche. Anoche. Mierda. *Nosotros* anoche. Porque mi cuerpo es un traidor, mis ojos se fijan en su boca, esa que casi besé hace solo un par de horas, en esta misma puerta.

—¿Cómo está? —la pregunta sobre Tito mientras yo pienso en nuestro casi beso me descoloca. Pestañeo un par de veces antes de responder.

—Lo noto cada vez un poco más cansado, duerme bastante, pero nos dijeron que va a pasar —intento que suene como si no me afectara ver el deterioro de mi abuelo. Como si no me destrozara ver como se estaba yendo lentamente, de a pedacitos—. Solo podemos

ayudarlo a sufrir lo menos posible, no hay mucho más que podamos hacer.

Esos ojos verdes esmeralda no me transmiten pena. No. Transmiten dolor, enojo, tristeza. Y no necesito preguntarle para saber que esos sentimientos son suyos, que a él le duele como a mí perder a Tito. En un futuro, espero entender mucho mejor la importancia que tuvo mi abuelo en la vida del hombre que tengo enfrente.

—¿Sabés que si necesitás algo podés pedírmelo, no? —dice con total seriedad, sin dar espacio a la interpretación que lo dice por decir. Valentino no es esa clase de persona. Sí, hay muchas cosas de él que no sé, pero al parecer algunas cosas nunca cambian. Y Valentino, desde que nació nuestra amistad, me demostró constantemente lo leal y comprometido que es. También bastante testarudo, duro como una roca. Pero siempre está para todo el mundo. Me pregunto quién está para él.

—Lo sé. —Le sonrio —Gracias.

—Te habías olvidado esto —Me devuelve la sonrisa y estira los brazos, ofreciéndome la fuente.

—No era urgente.

—Me imaginé que la ibas a extrañar. —Junto las cejas sin entenderlo—. Como ahora cocinás…

Esos labios que me van a terminar volviendo loca, se retuercen para contener la risa. Entrecierro los ojos.

—Reíte todo lo que quieras. —Tomo la fuente—. Pero te vi comer dos porciones.

Con las manos en los bolsillos se encoge de hombros, mientras su cara es la representación de la inocencia, con esa sonrisa torcida. Y me parece completamente fuera de lugar que algo tan simple me diera vuelta el estómago. Dios. ¿Cuál es mi problema?

—No voy a ocultar que me gustó.

—Cuando quieras estás invitado a probar la única comida que me sale decente. Finn cuando la probó por primera vez no lo podía creer, sus palabras fueron "pensé que iba a tener que fingir que me había gustado como siempre hago cuando decidís cocinar". Vos podés ser otro testigo de que no soy taaaaaan mala en la cocina.

Un torrente de emociones se deslizan por el rostro de Valentino. Pero ni una palabra sale de su boca. ¿Me pasé de la raya? Él me invitó ayer a su casa, no me parece tan desubicada mi invitación. El silencio es cada vez más denso. La incomodidad de anoche hace presencia de nuevo.

—O no… —agrego para llenar el silencio y porque un poco me quiero morir. La mejor opción es que el sol radiante me derritia por completo y que mis restos se fueran por el desagüe de la calle.

—Me encantaría… —no parece tan entusiasmado como quiere hacerme creer y no me gusta. Mi postura cambia, cruzo los brazos y lo miro con las cejas alzadas—. Pero estoy con bastante trabajo y… —mira a su derecha, inhala, exhala y vuelve a mirarme—... mi vida es un poco un caos en estos momentos.

La expresión de mi rostro se relaja.

—Es una invitación sin fecha de caducidad, la podés usar cuando quieras —le digo despacio, relajando mis brazos y mi mirada. Valentino me ofrece una sonrisa que no le llega a los ojos.

Escuchamos unos pasos arrastrados provenientes del pasillo a mi espalda. Giro la cabeza para ver a Tito agarrado al brazo de Eugenio, ambos hablando en susurros, como si estuvieran compartiendo un secreto. No logro descifrar cuál es el asunto que están debatiendo pero puedo ver las expresiones exageradas del enfermero y las reacciones exageradas de mi abuelo.

—... Si me preguntás, para mí fue una excusa lo de la fuente. —Aún con la mirada en ellos, siento como mi espalda se estira por completo, mis omóplatos se tensan y mi cara se ruboriza. Si yo pude escucharlos, entonces Valentino también. No me atrevo a mirarlo—. A veces los hombres somos bastante boludos y lo peor es que pensamos que los demás no se dan cuenta —finaliza Eugenio. Tito asiente completamente de acuerdo con esa afirmación.

—Abuelo —digo antes de que alguien diga algo más—. Buenos días, ¿estás listo? —pregunto con una sonrisa que él me devuelve.

—Todo lo listo que se puede estar —afirma.

—Hola, Tito —saluda desde atrás mío el hombre al cuál todavía no me atrevo a mirar.

—Hola, nene. —Mi abuelo, con un caminar pausado y la ayuda de Eugenio, sigue avanzando hasta llegar a mi lado.

—Voy cargando el auto —nos dice Eugenio antes de ir a buscar una mochila que preparé con todo lo necesario: toallas, protector solar, una lona, galletitas, un libro (no tenía idea cuánto tiempo nos íbamos quedar) y un mazo de cartas. Además de las tres reposeras, las sombrillas y una helada chiquita que llené con agua y frutas. De vuelta, no tenía idea si íbamos a ir a pasar toda la mañana y parte del mediodía o si solo íbamos a poder estar un rato, todo dependía de lo que mi abuelo pudiera.

—Yo me debería ir yendo. —Ahora sí me giro para verlo. Por cómo está vestido y por la hora, supongo que está camino al trabajo. Cuando éramos chicos, Valentino no se cansaba de afirmar que él *jamás* tendría uno de esos trabajos aburridos de oficina, decía que eran deprimentes. La vida es una enseñanza constante de que no tenemos ni puta idea de lo que nos espera.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó Tito.

—Bien, está siendo una buena temporada —responde Valentino con una sonrisa amplia y honesta.

—Me alegra mucho oír eso.

—Tenés que pasar algún día. Les encantaría verte.

—Tenemos —contesta Tito, mirándome. Le sonrio. La última vez que entré al Hotel Mancini de Mar del Plata fue hace un par de años, cuando mi abuelo todavía trabajaba.

—Cuando quieran. Son más que bienvenidos.

Escuchamos el portazo del baúl del auto antes que la voz de Eugenio.

—Todo listo —gritó.

Estoy por ofrecerle el brazo a mi abuelo cuando una mano se me adelanta.

—¿Vamos? —Valentino le pregunta, esperando que Tito le tome el brazo que le está ofreciendo.

—Sí, que no me estoy haciendo más jovén —fanfarronea mi abuelo. Valentino se rie bajito y una vez que se asegura que mi abuelo está bien sujetado, empieza a caminar hacia el auto. Eugenio lo espera con la puerta delantera abierta.

Valentino camina con paciencia, sus pies acomodándose al ritmo de mi abuelo. Van hablando de nimiedades. El clima, El Café de Lila, Juana, la cantidad de turistas que hay, que ahora se ve que se me dio por cocinar.

—Escuché eso —digo en voz alta mientras los sigo a una distancia.

—Era la idea —responde Valentino mirándome sobre su hombro. Le respondo muy cariñosamente mostrándole el dedo del medio pero tengo la mala fortuna que Tito justo se gira y me engancha con mi dedo bien desplegado.

—Matilda Allen Mancini —exclama mi queridísimo abuelo totalmente indignado—. ¿Qué son esos modales? —Valentino está luchando por no reírse. Lo odio—. Te educamos mejor que eso. Pedíle perdón.

Lo miro atónita.

—¿Cómo? —Yo no lo puedo creer. Tengo treinta años, no me voy a disculpar por algo tan insignificante…

—Te estamos esperando, Matilda. —Ambos dejaron de caminar para mirarme de frente.

—Eso, te estamos esperando, Matilda —se suma el estúpido. Quiero borrarle la sonrisa de una piña.

—Perdón, Valentino —digo a regañadientes. Mi abuelo asiente con la cabeza y cuando pienso que lo dejé satisfecho se voltea para mirar a Valentino.

—¿Aceptás las disculpas? —le pregunta.

¿Me está jodiendo?

Valentino se lleva la mano libre a la cara y finge que lo está meditando. Pongo los ojos en blanco y bufo.

—Abuelo —me quejo. No obtengo respuesta.

Después de lo que parece una eternidad, Valentino habla.

—He visto mejores, pero creo que voy a tener que conformarme.

Lo quiero matar.

—Que no se repita, Matilda —sentencia mi abuelo, y retoman el camino hacia el auto a solo dos metros de distancia y con un Eugenio extasiado por la escena que acaba de presenciar. Quiero

mandarlo a cagar con el mismo dedo que usé recién, pero me da miedo que me vuelvan a atrapar. No puedo arriesgarme.

—Gracias por el viaje —el chiste de mi abuelo hace reír de nuevo a Valentino. Es una risa cargada de dulzura y amor.

—Un placer.

Eugenio lo ayuda a subirse al auto y ponerse el cinturón de seguridad. Le hace un gesto a Valentino y se dirige al asiento del piloto. Otra vez nos volvemos a quedar solos, y vuelve la incomodidad. Pareciera que Valentino quiere evitarme, lo que es raro teniendo en cuenta que él fue el que vino hasta mi casa, pero bueno, los hombres son seres complicados.

—Gracias otra vez por venir hasta acá para alcanzarme la fuente. No hacía falta, de verdad.

—No me costaba nada, me quedaba de camino al trabajo.

—Suerte hoy, que tengas un lindo día. —Dios, de repente me invadió el alma de una persona que trabaja en atención al cliente. Valentino me mira claramente encontrando ocurrente mi elección de palabras.

—Espero que vos también tengas un lindo día, Mati —Y no lo dice burlándose o nada por el estilo.

Abro la puerta del auto, me siento en el asiento de atrás y cuando abrocho el cinturón lo vuelvo a saludar con la mano. Él solo me sonríe y si no fuera porque Eugenio ya prendió el aire acondicionado del auto, a lo mejor se cumple mi deseo y termino derritiéndome y perdiéndome por el desagüe. *Esa* sonrisa… no tiene derecho a provocarme cosas.

* * *

Hay poca gente en la playa. Estamos nosotros tres, una chica cerca de la orilla acostada leyendo un libro en una lona y una pareja que está tomando mate muy cómodamente en unas reposeras. El calor es dentro de todo aguantable pero ya se nota que va a ser un día sofocante a medida que avance. Agradezco a Eugenio por haber traído dos sombrillas. Eugenio y Tito están debajo de la sombra

mientras yo intento broncearme al menos un poco. La verdad es que mi piel blanca no se lleva demasiado bien con el sol, pero si soy inteligente y tomo de a poco sin sobrepasarme, puedo llegar a conseguir un lindo bronceado, dentro de mis límites obvio. Pero no duro más de treinta minutos bajo el rayo del sol que ya estoy pidiendo un lugar debajo de la sombrilla.

—Me estoy calcinando —acomodo la reposera al lado de mi abuelo y antes de sentarme busco la botella de agua que guardé en la heladerita. Pregunto si quieren algo y cuando solo recibo negativas me siento en la reposera con el mar de frente.

Lo único que se escucha es el ruido de las olas rompiendo una y otra vez. Hay algo hipnótico en el movimiento del mar, podría estar horas sentada en la arena viendo el movimiento del agua, yendo y viniendo. Recuerdo que cuando era chica una de las cosas que más me gustaba era estar en silencio viendo el mar. Sentía que me absorbía, mis ojos quedaban estancados, mi cuerpo se sentía en paz. A veces Valentino me acompañaba y él sabía que no tenía que hablar. Así que se sentaba a mi lado, con las rodillas en su pecho y los brazos envolviéndolas, esperando conmigo a que el sol se fuera. Nunca le pregunté por qué lo hacía, me imaginaba que a lo mejor él también podía sentir esa calma que brindaba el mar.

—La siento más cerca. —Tito me devuelve al presente. Me giro para verlo y me encuentro con sus ojos fijos en el agua. Entonces hago lo mismo. Yo también la siento más cerca cuando veo el mar.

—La extraño —digo bajito.

—¿Alguna vez te conté la vez que tu abuela rescató a un nene de ahogarse?

Esa anécdota es una de mis favoritas de Carmencita. Era enero, en la playa no cabía ni un alfiler, y el calor empujaba a todo el mundo al agua. Mi abuela era una amante del mar, podía pasarse horas nadando y nadando, mi abuelo a veces le decía que en otra vida había sido un pez. Ese día las olas eran fuertes pero como dije antes, la temperatura hacía que fuera imposible no estar sumergido. El peligro del mar es que no te das cuenta que te va empujando, alejándote de la orilla hasta que ya es muy tarde. Mi abuela estaba por meterse cuando lo vio. No debía de tener más de diez años y

sacudía una mano pidiendo ayuda mientras que con la otra se mantenía a flote. Nadie le estaba prestando atención, pero Carmen sí. Toda su vida fue una mujer muy atenta, tan observadora. A veces, si se enfocaba lo suficiente, podía llegar a adivinar el futuro. En ese momento no dudó, tampoco era esa clase de mujer. Se metió corriendo al mar, desesperada pero decidida y cuando el agua ya le habías llegado por encima de la panza comenzó a bracear como si fuera su propia vida la que estaba en peligro. Me acuerdo que cuando Carmencita me lo contó por primera vez la única pregunta que le hice fue si había tenido miedo, ella se rió y me dijo que sí, que tenía terror de no poder llegar a tiempo, de no poder salvarlo. Pero eso no sucedió. Mi abuela salió del mar con el nene en brazos. Alrededor la gente aplaudía, mientras que los padres de la criatura lloraban agradecidos.

—No, abuelo —respondo finalmente. Si hay algo que no me atrevo a quitarle es la oportunidad de hablar de su gran amor.

—Era pleno enero, hacía mucho calor…

Las palabras salen de la boca de Tito y se mezclan en el aire salado. Eugenio está sentado atrás nuestro, con los auriculares puestos mientras dormita un poco. Solo somos nosotros dos. Bueno, tres contando el mar. Mis ojos se turnan entre la imagen que tengo enfrente y el rostro de mi abuelo, negados a elegir. La voz de mi abuelo me mece y me abraza. Desde que tengo uso de razón me gusta escucharlo hablar, aunque sea algo que ya me contó cien veces. El relato llega al final que yo ya conozco muy bien, y por unos minutos nos quedamos con el sonido del mar de fondo.

—Mi abuela era extraordinaria.

Es entonces que los ojos de mi abuelo se deciden a dejar el mar para verme a mí con una sonrisa que se me incrusta en el pecho.

—Sí, lo era. A veces no entiendo cómo logré que se casara conmigo.

Me rio bajito y le tomo la mano.

—Ella también fue una afortunada, abuelo. —Su mano libre aprieta la mía y le da una palmadita antes de dejarla ahí, descansando. Al mismo tiempo volvemos a ver al frente sin agregar más palabras, no hace falta. Él sabe que lo adoro con mi corazón y

yo puedo sentir su cariño inigualable. Sé que dentro de unos meses voy a mirar este momento en específico, y entre las lágrimas por extrañarlo voy a sonreír por haberlo tenido a mi lado compartiendo la calma del mar y la sensación de las arenas metiéndose entre los dedos de los pies.

—Más tarde podemos pasar por El Café de Lila —ofrezco después de un rato. Tengo ganas de pasar y saludar a los chicos, que van a estar encantados con la visita. Todo el mundo ama a Tito.

—No puedo decir que no a eso —dice divertido—. Pero a lo mejor necesito dormir un rato antes de ir.

—Por supuesto, abue. —Le sonrio y le aprieto la mano—. Solo si no estás muy cansado. Mañana también es una opción. —Niega con la cabeza y cuando estoy a punto de insistir en que podemos dejarlo para ir al otro día, me gana.

—Hoy a la tarde me parece perfecto. No estoy tan cansado como otros días.

—A mí me gustaría ir —agrega Eugenio, medio dormido.

—¿A El Café de Lila? —la pregunta sale un poco escéptica pero porque estoy realmente desconcertada.

—No me vendría mal un paseo —comenta Eugenio aún con los ojos cerrados y sus dedos cruzados descansando sobre su pecho.

—Vinimos a la playa. —Con un movimiento de mano hago un paneo de nuestro alrededor, aunque sé que no me ve.

—Dejalo al hombre que nos acompañe —contraataca mi abuelo. Levanto ambas manos en señal de rendición.

—Es un país libre, puede hacer lo que quiera —contesto—. Solo me sorprende que quiera venir.

—Qué puedo decir. —Los hombros de Eugenio suben un poquito y una sonrisa perezosa se le dibuja en el rostro antes de seguir hablando—. Soy un hombre lleno de sorpresas.

Pongo los ojos en blanco y bufo. Con eso solo consigo que Tito se ría.

—¿Me revoleó los ojos?

—Efectivamente —responde mi abuelo.

Atónita, lo miro a Eugenio.

—¿Cómo sabías que te revoleé los ojos si estás durmiendo?

Se vuelve a encoger de hombros.

—-Lo escuché. —Repito el gesto—. Ahí lo volví a escuchar. Ojo, Matilda, dicen que no hace bien poner los ojos en blanco.

Indignada vuelvo a apoyar la espalda en la reposera.

—Ya estoy pensando en lo que me voy a pedir —canturrea Eugenio desde atrás. Eso le suelta otra risa a mi abuelo y para qué negar, me hace sonreír también.

# *Capítulo 22*

## Valentino

No tolero llegar tarde. A ningún lado. Odio la gente impuntual y me esfuerzo por no serlo. Pero hoy fui esa persona. Y como si fuera poco llegué tarde al trabajo. Ser el director no me da ningún tipo de privilegio, llego y me voy al mismo horario que los demás. Así que cuando abro la puerta de mi oficina una hora más tarde mi humor no es el mejor de todos. Y a lo mejor haber visto a Matilda tampoco fue la decisión más inteligente. En realidad, estoy siendo injusto. Matilda no tiene la culpa de nada. Yo soy el único responsable de este malestar que se me instala en el estómago y hace todo su viaje hasta llegar a mi boca. Ganas de vomitar. Eso siento cuando la veo. Ganas de besarle la cara, de correr lo más lejos posible, de saber cómo se escuchan sus gemidos. Eso siento cuando la veo. Quince años después y con solo haberla visto un par de veces esta mujer me está volviendo loco.

—Buenas noches —dice la única persona que no toca la puerta de mi oficina antes de entrar.

—No estoy del mejor humor —respondo sin verla, mi dedos tecleando con una agresividad que espero que ayude a enfatizar mis palabras.

—La cena ayer estuvo divertida. —Aún con la vista en la pantalla, sé que su tono casual no es tan casual como Carolina quiere que sea. Levanto la vista y me la encuentro con una sonrisa que oculta algo.

—Sí, gracias por venir. —Regreso a ver la pantalla—, ¿Hay algo con lo que te pueda ayudar?

—¿Como jefe? No. —Eso llama mi atención; la vuelvo a mirar—. ¿Como amigo? Sí. —Junto las cejas y ella sonrie con todos los dientes. Frunzo más las cejas.

—Soy todo oídos —Me recuesto en la silla; quiero aparentar tranquilidad, aunque es lo último que siento.

Carolina me observa intentando parecer inocente. Algo imposible para ella. Cuando estábamos en el secundario más de una vez escuché que ella era la que más miedo daba del grupo. Tomás y yo lo sabíamos y puede ser que en alguna otra ocasión hayamos sabido sacar provecho de la situación.

—Me gustaría que me ayudes a entender la tensión sexual que se respiraba ayer a la noche entre vos y Matilda. —De golpe su rostro se torna serio—. Si podés, claro. —El golpe final es una sonrisa tan dulce que es mordaz.

Pestañeo. Una, dos, tres veces. Toso en mi puño y vuelvo a poner las manos en el teclado.

—No tengo idea de qué estás hablando…

—A nadie le gusta una persona negadora, Valentino —señala, y se sienta en una de las sillas frente a mi escritorio.

—A nadie le gusta una persona metida, Carolina —contraataco.

Cruza una pierna por encima de la otra y apoya sus manos sobre la rodilla.

—¿Por qué me subestimas? —pregunta casi apenada. Respiro hondo, intentando llenarme de paciencia más que de aire.

—¿No tendrías que estar trabajando?

—No.

—Yo creo que sí.

—Valentino —dice firme.

—Carolina —contesto en el mismo tono.

Es su turno de suspirar.

—Tal vez en algún momento pensaron que estaban solos, pero no. Todos los vimos. Se podía tocar la tensión entre ustedes dos.

La miro. Caro, mi mejor amiga desde que, décadas atrás, me defendió de un grupo de chicos que me estaban molestando. En esa época teníamos seis años y yo no era como ahora. Si alguien me preguntar, todo lo que sé sobre exigir que los demás te respeten lo

aprendí un poco de Caro, de verla hacerle frente a todas las personas que osaban tratarla mal. Siempre fue lo más. Podría contarle a ella del casi beso. Pero al mismo tiempo sé que no va a dejarme en paz una vez que se lo diga. Una decisión difícil. Además de que es obvio que Tomás se va a enterar, por lo tanto Fausto va a saberlo y como consecuencia Delfina y Juana. Mi hermana me va a matar si se entera por otra persona.

—Ayer casi la beso. —Listo, lo digo. Mentiría si dijera que una parte mía no quiere hablarlo, decírselo a alguien para sentirlo más real.

La expresión altanera de mi mejor amiga se borra de repente. Su cuerpo no se muere un centímetro mientras mis palabras descansan en el escritorio entre nosotros.

—¿Qué casi qué? —dice bajito pero con la intensidad de un grito.

—Casi la beso —repito; las palabras son agridulces pero saben a realidad. Casi la beso pero no lo hice.

—Valentino. —Ahora sus piernas están descruzadas y una de sus manos cerca de la boca. La dejé sin palabras, algo poco común cuando de Carolina se trata.

—La alcancé hasta su casa y… —me masajeo el cuello—. En realidad, en mi casa, cuando se fueron, hubo una secuencia un poco…

—-Valentino, juro por Dios, que si seguís sin terminar las oraciones te voy a engrapar la camisa al pecho.

—Eso me parece un poco excesivo. Incluso para vos.

—Lo dije en serio. —Me hace un gesto como para que continúe hablando.

Bufo y me paso las manos por la cara.

—En mi casa tuvimos una especie de momento, estaba seguro de que nos íbamos a besar. Quería hacerlo, pero Ringo ladró y cortó el momento y me dije que menos mal que lo hizo, porque sino yo pensaba comerle la boca. —Eso le saca una sonrisa arrogante a mi mejor amiga—. Y después cuando la dejé en la casa…

—Casi la besas por segunda vez. En la misma noche —orgullo, lo dice con orgullo.

—Sí.

—Me da ternura que por un momento pensaste que podías hacerte el boludo. Justo conmigo.

Pongo los ojos en blanco y sigo revisando los mails del día.

—¿Por qué no pasó?

—¿Qué cosa? —pregunto sin mirarla.

—El beso. Cuando la dejaste. ¿Por qué no pasó?

Decepción y arrepentimiento, esos eran los sentimientos que aparecen cuando me acuerdo lo cerca que estuve de hacerlo para al final decidir que no era lo mejor. Pero al instante la tranquilidad de saber que tomé la decisión correcta aparece. Matilda no es una mujer para besar una vez y ya está. Lo sé, lo sé muy bien.

—No me pareció correcto.

—¿Por qué? —Ahí sí que la miro y me encantaría que con solo mirarme entienda que está entrando a terreno peligroso. Pero de nuevo, Caro no le tiene miedo a casi nada.

—-Porque no. —Levanta una de sus cejas ante mi respuesta.

—Te recomiendo no elegir esa actitud conmigo.

—Carolina, no tengo tiempo para esto.

Escucho el bufido pero decido dejarlo pasar. La realidad es que no tengo tiempo ni quiero ponerme a pensar demasiado en lo que me pasa con Matilda. En mi mente, como el zumbido de una heladera, resuena constante mi gran preocupación de los últimos meses: Daniel. O lo que queda del hombre que me crió. El sabor de la decepción, desesperación, frustración invade mi boca.

—Justamente de eso te quería hablar.

Regreso mi vista a mi mejor amiga, expectante.

—Estuvimos hablando con Tomi… —Levanto mi mano derecha y freno sus palabras.

—Nada bueno puede salir de eso.

—Ja, ja, ja —toma aire para seguir hablando, su mirada decidida —. Cómo estaba diciendo, con Tomi llegamos a la conclusión de que deberías tomarte vacaciones.

La miro esperando que agregue algo más, lo que sea, que se retracte. Pero la boca de Carolina está sellada. Lo dice en serio, no está jodiendo. no hay ni una pizca de diversión en su rostro. Nada de nada. Y ante eso lo único que puedo hacer es reír. Alto y fuerte.

El sonido de mi risa tranquilamente podría clasificarse como la de alguien que acaba de perder su última gota de cordura. Puede ser que lo haya hecho.

—Valentino. —La voz de Carolina suena lejos y algo preocupada. Eso solo hace que me deje caer sobre la silla y dé un aplauso estruendoso. El volumen de mi risa, que ya es algo nervioso y sin sentido, sube.

—¿Podés parar? —insiste; suena nerviosa—. Pareces un loco riéndote así —su comentario funciona como tirarle nafta a un fuego. Sigo riéndome hasta que puedo sentir mis ojos llorar, garganta resecarse, mis abdominales doler. Ya no sé por qué empecé a reírme, lo único que tengo claro es que no me pareció gracioso pero ahora no puedo parar.

Tengo los ojos cerrados cuando el agua me golpea y corto de forma inmediata el sonido desquiciado de mi risa. Mis dedos van hasta mis ojos y corren el agua que cae sobre ellos. Es ahí cuando veo a Carolina parada a mi lado, el vaso todavía levantado y vacío sobre mi cabeza.

—Dejaste más que claro que efectivamente necesitás esas vacaciones, Valentino. —En su mirada hay preocupación y detesto cuando provoco eso en las personas que quiero. No tengo la menor intención en hacer que las personas vayan por sus vidas preocupándose por mí.

—No necesito nada. —Me miro la camisa mojada—. Bueno, a lo mejor un cambio de ropa —intento hacer una broma que no es muy bien recibida, porque Carolina frunce aún más las cejas.

—Tu mamá se murió y tu papá es alcohólico.

Si hay algo que no caracteriza a Carolina es la sutileza.

—Estoy al tanto de eso —respondo mordaz con una sonrisa tirante.

—¿En serio? —Se acomoda sobre el borde del escritorio apoyando las manos al lado de sus piernas, otra vez una pizca de preocupación en su mirada. Odio que se preocupe por mí, que cualquier persona lo haga—. Porque actuás como si no lo supieras. O peor, como si en realidad no hubiera pasado.

—Quedate tranquila que Daniel se esfuerza demasiado para que pueda hacer como que nada está pasando. —A estas alturas ya estoy parado, mirando hacia la ciudad y el mar. Mis manos se estiran y se vuelven puños en un intento de disipar la furia que circula por mis venas—. Es difícil fingir que todo está bien cuando tenés que ir a buscar a tu propio padre porque su vecina te llamé para decirte que estaba durmiendo del lado de afuera de su casa a plena luz del día. Ni el sol en el medio de su cara lo despertó, ni la incomodidad del cemento, nada. María llegó a pensar… —La ciudad desapareció, solo puedo ver negro. Desde hace meses que solo puedo ver negro.

Una mano se acomoda en mi hombro, apretando con firmeza pero despacio al mismo tiempo. Muevo el cuello hacia mi derecha y ahí está, mi amiga desde el momento en que le dijo a todos esos chicos que no tenía nada de malo que no me gustara jugar a la pelota y prefiriera hacer pulseras de hilo encerado con las chicas. Me mira sin lástima ni preocupación, solo con un cariño inmenso que espero que ella sepa que también siento. Pero si hay algo que aprendí de toda esta mierda es que asumir es un error muy estúpido.

—Te amo —eso la hace poner los ojos en blaco mientras sonríe —. ¿Lo sabés, no? —Me rodea el brazo con los suyos y apoya su cabeza sobre mi hombro.

—Lo sé. Yo te amo a vos. —Y con eso nos quedamos en silencio, los edificios altos brillando por los rayos del sol, al igual que el agua delimitando el lado derecho de la ciudad.

—Me dijo que no ibas a aceptar la idea. —El aire sale por mi nariz mientras las comisuras suben un centímetro—. Por eso también me dijo que lo único que podía funcionar era *obligarte* a tomarte las vacaciones. —Cada músculo de mi cuerpo se tensa, y mi cabeza gira para verla.

—¿Qué?

Su agarre se desarma y cuando pienso que se va a ir de la oficina dejándome con más preguntas que respuestas, frena en el escritorio y agarra un papel que ni me había dado cuenta que estaba ahí. Y pronto voy a saber de qué se trata. En un futuro voy a hacer responsable a ese rectángulo blanco de muchas cosas.

—”La junta directiva del Hotel Mancini de Mar del Plata ha tomado la decisión de que Valentino Díaz queda exceptuado de su cargo como director general por el equivalente de treinta días” —lee en voz alta; una pausa y entonces una sonrisa—. Con goce de sueldo, por supuesto.

—¿Qué? —repito, incrédulo. Me paso una mano por el pelo. Cruzaron demasiados límites.

—Podés leerlo, no voy a volver a repetirlo —Me estira el documento. No dudo en agarrarlo. A lo mejor es una broma. Si ese es el caso iba a matarlos a los dos, a Carolina y a Tomás. Pero con solo ver la hoja puedo verificar que no es un chiste. Ahí está el logo del hotel, el texto que indica que no puedo trabajar por un mes y las cinco firmas necesarias para que ese pedazo de papel tenga peso. Falta la mía pero poco importa cuando ya hay mayoría.

*Traidores.*

—¿Quién se va a hacer cargo del hotel? —No es eso lo que quiero preguntar. El hotel puede mantenerse en pie sin mí. Tengo muy en claro que funciona gracias a cada persona parte del extenso personal que tenemos. De nada sirve tener un buen director general cuando lo que a la gente le interesa es encontrar una habitación limpia, una recepción cálida y ayuda con el equipaje. Y si bien mi trabajo es hacer que todo eso esté, no lo brindo directamente yo. Así que sí, el hotel va a sobrevivir en mi ausencia.

—Creo que podemos darnos el lujo de prescindir de vos por un mes.

Vuelvo a leer el papel. No. Las palabras no habían cambiado. Ahí seguían, diciéndome que mañana no apareciera en mi oficina. Ni pasado, ni el día después de ese, ni tampoco el otro. Por un mes. Es como si estuviera adentro de un sueño.

—No puedo aceptarlo.

—Eso es lo bueno de todo esto —dice animada, toda sonriente y satisfecha con ella misma—. No tenés ni un gramo de poder de decisión sobre el asunto. Lo *único* que podés hacer es aceptarlo, Valentintin.

Le di una mirada más al documento que estaba asfixiando en mis manos antes de volver a ver a Carolina. Iba a tener que conseguir

una nueva mejor amiga. Y un mejor amigo. Dios, los iba a matar.

—Ordená tus mierdas. Descansá. Mirá películas hasta las tres de la mañana. Pasá un día entero en la playa con Ringo. Visitá a tu hermana en el café. Arrancá cerámica, no sé. Pero nada de trabajo. —Aprendió a leer mis pensamientos. Me doy cuenta cuando no tarda en continuar—. No, Valentino, no podés trabajar desde tu casa, se te va a negar el acceso. Se terminó el truco de usar el trabajo como una distracción.

—Juana lo hace —balbuceo como si fuera un nene de diez años que se queja ante su mamá.

—Con Juana ya hablé. Y además sin ella el café se cae a pedazos. Pero también le dije que nada de pasarse todo el día encerrada ahí y evitar procesar lo que está pasando cocinando como si se aproximara un apocalipsis y tuviera que hacer comida para abastecer el pueblo entero. Ella ya sabe lo que tiene que hacer y debo decir que fue bastante receptiva al respecto, no como otros…

—No puedo estar todo el día sin hacer nada. —Doy un manotazo ahogado.

—Te acabo de dar una lista de cosas que podés hacer.

—Caro…

—Caro nada. —Veo la cantidad de aire que toma así que me preparo para una cagada a pedos importante. Otra vez—. No puedo dimensionar el dolor que es perder a tu mamá, ni siquiera puedo intentar compararlo con ninguno que haya vivido, pero está no es la forma, Valen. ¿Pensás que no nos damos cuenta de tus ojeras oscuras? ¿De que no salís de tu casa a menos que sea para correr en la playa con Ringo, visitar el café y venir a trabajar? No queremos decirte cómo tenés que transitar el duelo. —Abro la boca para decirle que eslo que están haciendo, pero Carolina me corta antes de que pueda verbalizar mis pensamientos—. No lo estamos haciendo. Pero tampoco podemos ver cómo desperdicias tu vida. Y es eso lo que estás haciendo. Estoy casi segura de que si no fuera por Ringo y tu hermana solo saldrías de tu casa para venir al trabajo. Vas a la playa, al café, porque lo ves como una responsabilidad, como algo que *tenés* que hacer, no que *querés*.

Relajo mis brazos sin soltar el papel. Nos observamos, ella de un lado del escritorio y yo del otro. Asiente con la cabeza, alentándome a que lo haga, a que me tome estas vacaciones, que busque la forma adecuada de ayudar a mi papá, que deje de patear las cosas debajo de la alfombra y las enfrente. Asiento despacio y su sonrisa crece. En menos de un segundo la tengo abrazándome.

—Gracias —murmura. Suelto el papel y le devuelvo el abrazo.

—¿Por qué?

—Primero por hacer esto. —Suelta mi cuello para tomarme de los hombros y con el rostro bien serio agrega—. Y porque me acabás de hacer ganar una apuesta. Por un mes tengo cerveza gratis en Bar. —Me sacude un poco y algo parecido a un chillido escapa de su boca.

—Siempre me alegra ayudar —Aprieta mis hombros por última vez antes de girarse y dirigirse hacia la salida. Con la mano sobre el picaporte y de espaldas, se gira con picardía en la cara. Entrecierro los ojos con sospecha y para qué mentir, un poco de miedo.

—Estaba pensando…

Me paso la mano por el costado de la cara.

—Estabas pensando…

—¿Me pasarías el número de Mati? —Me tenso y ella se da cuenta y le parece gracioso que mi cuerpo reaccione de esta manera cuando escucha el nombre de Matilda.

—¿Para qué?

—Creo que hablo por todas cuando digo que una noche de chicas es más que necesaria. Todas la necesitamos —afirma con solemnidad.

—Y por chicas te referís a…

—Delfina, Juana, Matilda y yo, por supuesto.

Me inclino sobre el escritorio y tomo mi celular.

—Listo.

—Gracias. —Abre la puerta y me lanza un beso—. Sos un ángel. Disfrutá tus vacaciones, Valentintin. —Y con eso el torbellino que es mi mejor amiga abandona mi oficina. Que no voy a poder pisar durante un mes. Vuelvo a suspirar y me dejo caer sobre la silla.

Vacaciones significaba tiempo libre, lo que significa más espacio para que los pensamientos se pongan cómodos en mi cabeza. Un

escalofrío me recorre de pies a cabeza. Arrugo el papel y lo revoleo al tacho de basura. Erro. Otra vez, suspiro. Va a ser un mes muy pero muy largo.

# *Capítulo 23*

## Matilda

La luz de la mañana baña cada rincón de la cocina y la brisa mueve la cortina blanca con estampado de limones grandes. Me encanta esa cortina. Me recuerda a tostadas con manteca y veranos llenos de risas.

Ahora estamos mi abuelo, Eugenio y yo desayunando tostadas en silencio. Ellos comparten mate, yo tomo tranquila mi café con leche. Nunca fui muy devota del mate; no tiene nada que ver con que hacía quince años no vivía en el país. Mi confesión no suele ser bien recibida, incluso algunos la toman como un insulto. Pero no hay caso, , ni con diez cucharadas de azúcar me gusta. Soy más que feliz con una buena taza de café bien caliente y no voy a negar que a veces un poco demasiado dulce. Quiero dejar de ponerle azúcar. O al menos eso intento, a veces.

Estiro mi brazo para alcanzar la tercera rebanada de pan, a la que le voy a untar una cantidad abismal de dulce de leche, cuando suena el timbre. Nos congelamos en medio de nuestras acciones y nos miramos confusos. Ninguno esperaba visitas.

—Yo no voy. Lo más probable es que no sea a mí a quien están buscando —dice Eugenio con la boca llena mientras le ceba un mate a mi abuelo.

—Yo tampoco —se suma mi abuelo—. Dios sabe que hasta que llegue a la puerta seguramente la persona ya se habrá ido. —Se lleva la bombilla a la boca, no muy preocupado.

Los miro y mastico sus muy buenos argumentos. Odio cuando el otro tiene razón. También odio perder.Resignada, deslizo la silla hacia atrás y le doy un sorbo al café mientras me paro.

—No se terminen las tostadas —los apunto con el dedo y les lanzo lo que espero que sea mi mejor cara de "estoy hablando muy pero muy en serio".

No sé por qué me miro la ropa pero agradezco haberme cambiado el pijama y haberme puesto unos shorts de jean tan largos que parecen bermudas y una remera roja con bordes blancos y una corona también blanca bordada en el pecho.. En los pies me puse las mismas sandalias de la playa. Freno con la mano en el picaporte y me doy cuenta que me importa cómo estoy vestida por si es Valentino quien está del otro lado. Patética. Casi me río de mí misma. Sacudo la cabeza un par de veces antes de girar el picaporte.

Hay un juguete que tiene forma de caja y por fuera tiene una manivela que uno tiene que girar y girar. ¿Hasta cuándo? Hasta que de golpe y sin aviso, la tapa se abre y sale disparado de adentro un muñeco espantoso y horroroso. El corazón deja de latir unos segundos, pero el juguete no es considerado perjudicial para la salud porque ninguna juguetería lo vetó.

En este caso, la manivela es el picaporte que acabo de girar, la tapa es la puerta y el muñeco espantoso y horroroso en realidad son tres.

Me pego el susto de mi vida cuando escucho unos gritos muy agudos. Unos brazos me exprimen el cuello, y después se suman más personas al abrazo. No termino de asimilar lo que está pasando hasta que huelo el perfume de mamá. Con el corazón a punto de escaparse de mi boca, intento salir de ese enjambre de cuerpos que tengo sobre mi cabeza.

—¿Mamá? —Cada vez aprieta más sus brazos—. Mamá, no puedo respirar. —Intento palmear algo o a alguien porque algo me dice que no me pueden escuchar.

—Mi chiquita —susurra mientras me acaricia el pelo.

—Mamá, en serio… —murmuro contra su pecho—. Me falta el aire —esta vez sí me escucho.

—Darío —lo reta mi mamá a mi papá—. Correte que Mati necesita espacio. —El calor que siento a mi derecha desaparece—. Vos también, chau —agrega en inglés, y se separa de mí el cuerpo

humano que aplastaba mi lado izquierdo. Tomo aire al mismo tiempo que mi madre deshace el abrazo y me agarra por los hombros.

—Hola, ma. —Le sonrio mientras su mano acaricia mi rostro con la mirada llena de ese amor que solo desprenden los ojos de una madre.

—Hola, hija. —Vuelve a abrazarme y alguien podría llegar a pensar que no nos vemos hacía años. Pero hacía solo dos semanas que no nos veíamos.

Antes de que viniera para acá habíamos quedado en ir a desayunar juntas pero me fue imposible hacerme un espacio en la agenda, no cuando estaba intentando dejar lo más organizado posible el trabajo, adelantar ciertos vestidos, acomodar algunas citas para que pudiera tenerlas antes de irme. Catorce días es muchísimo tiempo para nosotras. Mi mamá es el mundo para mí. Al igual que mi papá, por supuesto. Soy hija única, me mudé de todo lo que conocía a los quince para tener que comenzar de nuevo con otro idioma, otra cultura, lejos de mis amigos y con dificultad para poder hacer nuevos. En esa época, mi mamá intentaba animarme, hacía planes para que pudiéramos compartir: viernes de pelis, salir de compras, ir a andar en bici por el Central Park, enseñarme que los libros también son una muy buena compañía. Uno de mis planes favoritos es ir a Barnes & Noble y pasarme una tarde entera recorriendo cada centímetro, barriendo con mis ojos los lomos de los libros, observando las mesas y eligiendo un nuevo compañero para no sentirme tan sola. Y no, no es que jamás hice amigos. Mamá ayudó a que pudiera desenvolverme, me motivó a ir a fiestas y reuniones. Eso fue lo segundo que me enseñó: quedarse en casa leyendo no tiene nada de malo, tampoco lo tenía que hiciéramos planes juntas, pero había un mundo ahí afuera que estaba esperándome y no podía encerrarme por miedo a que ese mundo me mordiera.

—Te va a morder un par de veces, Mati —me había explicado con dulzura una noche que yo estaba llorando luego de haber vuelto de un cumpleaños. Nadie se me había acercado en toda la tarde y me había quedado parada en un rincón esperando que llegara la hora de irme—. Pero lo bueno es que uno aprende a morder también.

Mi mamá es una mujer asombrosa. Adoro parecerme a ella, tener el mismo pelo rubio y los mismos ojos de ese color que no es ni verde ni celeste; tener la misma sonrisa porque tenemos las mismas paletas; tener la misma nariz chiquita que lo parece aún más por la forma redondeada de nuestra cara y el tamaño de nuestros cachetes.

Algún día, a lo mejor, también pueda decir que me parezco a ella por dentro.

—Tenía entendido que el que se estaba muriendo era yo —dice una voz a nuestras espaldas.

—Hola, pa —lo saluda mi mamá entre divertida y enojada. No espera a que mi abuelo avance, es ella quien camina hasta la puerta de la cocina donde Tito la espera con los brazos abiertos. En este encuentro, me doy cuenta que no tiene importancia cuántos años tengas, tu papá es tu papá. Ella se deja abrazar por ese hombre que adora como solo se puede adorar a tu padre.

Hablando de padres…

Un brazo muy pesado cae sobre mis hombros.

—Tu mamá me volvió loco todo el viaje.

Nos sonreímos con complicidad. Ambos sabemos que Esmeralda Mancini puede llegar a ser una mujer… intensa. Le doy un toquecito a la mano que descansa sobre mi hombro. Darío es un hombre altísimo, su pelo es oscuro y abundante y con un par de canas, su tono de piel no es tan pálido como el mío y sus ojos son de color avellana con motas verdes. En resumen, de mi padre solo saqué esa actitud un poco tímida y el sentido del humor.

—Otra vez me siento desplazado —se queja alguien en inglés. Finn.

No tiene tiempo de abrir los brazos antes de que lo embista.

—Yo también te extrañé —dice bajito. Me alejo de su pecho para mirarlo y me sonrie con todos los dientes.

—No puedo creer que estás acá —agrego, y empiezo a agarrar algo de todo el equipaje que descansa en la entrada. No sé de quién es cada cosa, pero me imagino que las tres valijas de 20 kilos son de mis padres. Finn se acerca para ayudarme al mismo tiempo que escucho a Eugenio presentarse ante mis papás.

—Al final me servía venir con tus papás.

Entramos con todo el equipaje que nos permiten agarrar nuestras manos. Vamos a tener que hacer un viaje más.

—Voy yo —se adelanta mi mejor amigo. No me opuse.

—¿Quieren desayunar algo? —ofrece Eugenio. Mis papás ya están sentados en enla cocina. Sobre la mesa siguen estando el plato de tostadas, vacío, por supuesto, una mermelada de durazno, un dulce de leche, mi taza sin terminar, el mate y la pava.

—Sos muy amable —le sonrie mi mamá—. Pero no va a hacer falta. Teníamos pensado dormir un poco y a lo mejor por la tarde pasarnos por El Café de Lila —hace una pausa para mirarme—. ¿Qué opinas, Matu?

—Por mi sí —respondo—. No sé el abuelo qué va a querer hacer. Suele tener una agenda muy ocupada. —La risa de mi abuelo es similar a un motor con muchos años.

—Mocosa —dice, su expresión llena de devoción.

—De hecho, era lo que teníamos pensado hacer. —Ayer habíamos querido ir después de la playa pero al final mi abuelo llegó agotado. Durmió hasta la noche. Así que lo habíamos pasado para hoy a la tarde—. Así que íbamos a ir independientemente de ustedes. —Me encojo de hombros mientras me estiro para tomar otro sorbo de café. Está frío, horrible.

—Me parece un plan excelente. —Mi mamá aplaude, contenta—. Quiero ver a Juana —una pausa—. Y a los chicos. Deben estar gigantes.

—No te das una idea. Está preciosa como siempre. —Dejo la taza en la mesa—. Bah, en realidad, está despampanante.

—Siempre dije que esa nena se debería haber dedicado al modelaje o algo de eso. Con esa cara que Dios le dio…

Finn cierra la puerta de entrada y me asomo para ver que todo el equipaje está amontonado en el comedor.

—Te toca la habitación que está enfrente de la mía. Podés ir subiendo tus cosas. Lo único, la cama no tiene sábanas. Después te alcanzo unas.

—¿Le subo las valijas a tus papás también?

—Si podés sí. Gracias, Finn. —Agradezco que esa casa sea una exageración de habitaciones. El piso de abajo tiene dos que no son enormes pero son súper cómodas. Una es en la que se quedaba a dormir Valentino cuando empezamos a crecer y compartir habitación no era una posibilidad. La otra es la sala de cine que había improvisado mi abuelo, con un sillón comodísimo, una heladera chiquita, una máquina que hacía pochoclos y un proyector. El segundo piso cuenta con la habitación principal, de mis abuelos, la mía y la que usaban mis papás cuando venían, que es donde estoy durmiendo yo ahora. Por último hay dos habitaciones más de invitados, con cama individual ambas. Despropósito de habitaciones, pero de mucha utilidad en estos momentos.

Cuando vuelvo a la cocina me encuentro con cuatro adultos cuchicheando. En realidad solo habla Eugenio y los demás escuchan con los codos sobre la mesa y sus rostros demasiado cerca teniendo en cuenta que se conocen hace relativamente poco. Quitando a Tito, por supuesto. De hecho él también agrega algún que otro bocado. Sí, los observo por un rato antes de hacerme notar. Aunque eso no me sirve de mucho para entender de qué hablan.

—¿Interrumpo algo? —Me hago presente, apoyada sobre el marco de la puerta y con los brazos cruzados.

—Nop —responde Eugenio con una sonrisa demasiado artificial.

—Eugenio nos estaba diciendo que se espera que ésta sea una de las mejores temporadas de los últimos años —intenta salvar la situación mi padre. Si hay algo que sabe manejar muy bien son las situaciones incómodas. Supongo que el haberse casado con mi madre, una mujer con escasez de vergüenza y filtro, hizo que se entrenara bien en ese sector—. Muy pocos días de lluvia.

Miré a cada integrante con los ojos levemente entrecerrados y sopesando si creerles o no.

—Bueno —vuelve a aplaudir mamá. Le gusta hacer eso para dar énfasis y poder a sus palabras. Aunque a veces creo que ni se da cuenta que lo hace—. Nosotros nos vamos a recostar e intentar dormir un par de horas. —Mi papá se para primero para ofrecerle la mano a mi madre quien, con una sonrisa que solo le pertenece a él, se la da—. Ya puedo sentir el *jet lag* llegar.

Vemos cómo ambos se alejan hacia las escaleras al mismo tiempo que Finn atraviesa la puerta de la cocina. Se lo ve cansado y me imagino todo el trabajo que tuvo que haber adelantado para poder venir. Dios, como adoro a este hombre.

—Quiero seis litros de café negro, del color del petroleto —suelta cuando se deja caer sobre la silla, todo desparramado—. Y dormir. Dios, quiero dormir un día entero. —Se lleva el puño a la boca para tapar su bostezo. Le doy unas palmaditas en su hombro en señal de apoyo.

—No entendí ni media palabra —se dirige Eugenio a mi abuelo, quien imita mi gesto pero en el hombro de su enfermero.

Estoy por hacer la traducción cuando mi bolsillo trasero vibra. Me despego del marco de la puerta para sacar mi celular.

***Carolina te ha añadido a un grupo***

**NOCHE DE CHICAS**

**Delfina: No sé qué es pero acepto.**

**Juana: ¿Por qué no me sorprende?**

**Delfina: Es que mirá el nombre del grupo, ¿cómo voy a decir que no?**

**Juana: ¿Caro?**

**Delfina: Hizo el grupo y desapareció.**

**Juana: ¡Está Mati también!**

**Delfina: ¡Hola, Mati!**

Con una sonrisa contenida respondo.

**Matilda: Hola, chicas.**

**Delfina: ¿Por casualidad vos tenés más información respecto a esta "Noche de chicas"?**

**Matilda: Me encuentro en la misma posición que ustedes: desinformada.**

**Carolina: Apoyé el celular por dos minutos. Hola a todas, el plan es el siguiente: viernes a la noche están invitadas a cenar en casa y después vamos a ir a Bar.**

**Matilda: ¿Bar?**

**Carolina: El bar de Tomás.**

**Matilda: ¿Tomás tiene un bar? ¿Y le puso ese nombre?**

## Delfina: Ese hombre puede ser muchas cosas, pero creativo no es una de ellas..

## Carolina: ¿Tengo el sí de todas?

Levanto la mirada del celular. Finn está con los ojos cerrados y estoy segura de que si lo dejamos cinco minutos más en esa posición se va a dormir. Eugenio está lavando lo que usamos para desayunar. Tito está mirando a la ventana de la cocina, a la luz la atraviesa. Me acerco a la mesa.

—¿Abuelo? —su cabeza gira para verme.

—¿Mati? —imita mi tono.

Eugenio cierra la canilla, estiró la rejilla sobre la mesada y se acerca a donde está sentado Finn, quien está a nada de empezar a roncar. Eugenio le sacude levemente el hombro para despertarlo. Mi mejor amigo revolea sus párpados antes de abrirlos por completo.

—Vení que te doy las sábanas de tu cama. —Finn lo miró confundido. Eugenio se da cuenta al instante que le habló en español. Ambos me miran y tradujo las palabras del enfermero. Finn asiente y se estira con los brazos alzados sobre su cabeza y un bostezo final. Ambos salen de la cocina, Eugenio nos mira por última vez antes de irse y dibujo un gracias con mis labios que responde con un asentimiento.

—¿Me querías decir algo? —retoma Tito.

—El viernes las chicas me invitaron a cenar y después ir a un bar. —Junta las cejas y me observa como intentando entender por qué le estoy diciendo esto. No porque no le interesara, sino porque pareciera que le estoy pidiendo permiso. Y para ser honesta, lo estoy haciendo de cierta forma.

—Sos lo suficientemente grande como para hacer lo que quieras, Mati —dice despacio, estudiándome.

—Yo vine acá para acompañarte. Para estar con vos.

Nuestros ojos se observan asombrados. Pareciera que mis palabras lo toman por sorpresa; a mí también.

—Matilda… —Su voz tranquila, amable, dulce, tierna.

—No, abue. —Niego con la cabeza lentamente, mis cejas algo fruncidas—. Ya sé lo que me vas a decir y no. Yo no estoy acá solo porque me lo pediste, no es una obligación para mí. Quiero estar acá, con vos.

Cubrió el dorso de mi mano con su palma. No había rastro de sonrisa en su cara.

—Matilda, no pretendo que estés encerrada acá todo el día. Tenés que salir y hacer planes con tus amigos. —Me dio ternura que ante su mirada todos seguimos siendo amigos, como si el tiempo hubiera sido bondadoso con nosotros y hubiera decidido no interferir en nuestros vínculos, no modificarlos ni medio centímetro. Yo también podría verlo así.

—Hace un par de días fui a cenar a lo de Valentino —me defiendo.

—Y si te fueras todas las noches tampoco habría problema.

Abro la boca para responder pero me calla antes de que pueda decir algo.

—Matilda, estas personas te extrañaron y yo sé que vos a ellas. Quince años es demasiado tiempo. ¿Sabés la suerte que tuvieron de que eso no afectara el cariño que se tienen? No desperdicies eso. —Ahora sí sus comisuras están levemente elevadas—. Andá y hacé planes con tus amigos sin sentirte culpable.

Culpa. Eso es lo que siento. Pero, ¿de qué? ¿De qué yo puedo salir y pasarla bien, ser feliz, cuando mi abuelo se está muriendo? ¿De ser consciente de que cada segundo que paso lejos de mi casa es un segundo menos con Tito? Si. Siento culpa de todo eso.

—Me voy a morir salgas o no —sé que lo dice con humor, para aligerar el ambiente, pero no miente.

Antes de que pueda detenerme, verbalizo otro temor, otra culpa.

—¿Y si te vas cuando yo no esté cerca? ¿Y si un día vuelvo y vos ya no estás más? —En el instante que las palabras flotan sé que jamás en mi vida me podría perdonar por no haber estado para sostener su mano, para acariciarle el rostro, para darle un beso en la frente, para dejarme caer sobre su torso y abrazarlo.

—Esa cabeza tuya que va más rápido que la vida misma…

Puedo sentir las lágrimas atrás de mis ojos. Si pestañeo voy a derramar una, lo sé. Mi abuelo también. Con toda la delicadeza del universo, acuna mi rostro con su mano derecha, la izquierda firme sobre la mía, apoyada en la mesa. Cometo el error de cerrar los ojos y eso le da permiso al agua de mis ojos. Un pulgar borra la lágrima y después esa mano se aleja para tomar mis dos manos. Con firmeza, con seguridad, con decisión. Abro los ojos.

—Andá el viernes a divertirte con tus amigas. Me imagino que ellas están emocionadas de tenerte de nuevo acá y quieren disfrutarte. También me imagino que deben tener horas pendientes de conversaciones.

Eso me hace reír.

—Matilda de mi corazón —me sonríe—, cuando eras chica una de las cosas que me generaban más alegría era ver tu cara de felicidad cuando te bajabas del auto corriendo y venías a encontrarme en un abrazo. Con tu abuela teníamos miedo de que un verano te bajaras del auto en movimiento. ¿Pero sabés qué era lo segundo que me hacía extremadamente feliz? —Niego con la cabeza—. Ver tu cara de alegría cuando te pasaba a buscar Valentino para pasar todo el día afuera haciendo lo que se les haya ocurrido hacer ese día. Este lugar no te gustaba solamente porque estaban tus abuelos acá. Nanai también era el hogar de tus amistades de verano, las cuales extrañabas durante diez meses y ansiabas volver a ver. Y sería un regalo hermoso ver esa sonrisa más seguido.

Puedo sentir cómo los músculos de mi cara se contraen en un esfuerzo de contener el llanto dentro de mí. Ah, este hombre magnífico, extraordinario, lleno de enseñanzas. No espero para pararme y abrazarlo como hice en el restaurante y me dio la noticia que lo cambió todo.

—¿Querés ir a El Café de Lila a merendar? Vos también tenés que salir un poco.

—Tan viva como siempre. —Ambos nos sacudimos en una risa contenida por nuestros cuerpos.

—Aprendo rápido. —Desarmamos el abrazo y lo ayudo a pararse de la silla.

—Voy a acostarme hasta que sea la hora de almorzar. —Caminamos con lentitud, él agarrado al pliegue de mi brazo, usándome de soporte.

—Por supuesto, abue. Te despierto. ¿Qué vas a tener ganas de comer? —Recibo una mirada escéptica.

—¿Vas a cocinar vos?

—¿Podría? —Tito se sienta en el borde de la cama mientras se deshace de las pantuflas y yo corro las sábanas y la frazada fina de verano.

—Como poder podés pero ¿tenés que? —Le revoleo los ojos y él aprieta los labios y se encoge de hombros—. Mi nieta es grandiosa es muchas cosas. La cocina, sin embargo…

—¿Perdón? —Lo ayudo a meter las piernas abajo de la frazada y le acomodo la almohada. —¿No llegaron a tus oídos el éxito de mi chocotorta? —Lo tapo y me acerco hasta la ventana para correr las cortinas dejando la habitación a oscuras—. ¿Te prendo el ventilador, abue? —Niega con la cabeza. Palmea la cama, invitándome a que me sienta. Me dejo caer al final de la cama mirándolo.

—Efectivamente escuché sobre tu famosa chocotorta. Estuve cuando el chico te trajo la fuente, ¿te acordás? —No me gusta la sonrisita que tiene, tampoco el tono de su voz. Habla como si hubiera contado un chiste que yo no logro entender y a él le pareció graciosísimo. —La fuente vacía es una buena señal de que tuviste éxito. ¿A menos que haya sido muy asquerosa y la hayan tirado al tacho? —me rio bajito.

—Creo que se la hubiera comido igual —respondo con sinceridad.

—¿Y puede ser que después te trajo él a casa? —cuestiona pero ambos sabemos la respuesta.

—Sí. —Intento esconder de mis ojos el casi beso en la puerta de casa, intento controlar el calor en mis cachetes. Miro a cualquier lado menos a mi abuelo. Por las dudas que no sea tan buena escondiéndome.

—Valentino es un buen chico.

—Sí, lo es.

—Al fin te lo contó, ¿no?

—Sí.

—Eso es bueno, Mati. Ha pasado por demasiado estos últimos meses. Necesita una amiga.

Dejo caer mi cabeza un poco hacia la izquierda, mi pelo rozando mis hombros.

—Él tiene amigos, Tito.

—Nunca se tienen muchos amigos, Matilda.

Le acomodo la frazada una vez más y le susurro que descanse y que lo voy a sorprender con el almuerzo. Me pide encarecidamente que no y yo solo puedo reírme.

—¿Matilda? —Freno en la puerta y me giro para esperar que hable.

—Le va a hacer bien tenerte cerca. Más de lo que te podes imaginar.

Y con esa sentencia cierro la puerta despacio.

No me muevo. Me quedo en el pasillo silencioso, solo se escucha el aire salir y entrar por mi nariz. Hay ciertas conversaciones con Tito que me dejan pensando, desmembrando cada palabra que se dijo. Aprendo constantemente ante su presencia. Y esta mañana no fue la excepción. Saco el celular del bolsillo de mis shorts para escribir.

**Matilda: ¿Qué tengo que llevar?**

Me llevo el pulgar a la boca, me apoyo contra la pared y me doy cuenta que estoy ansiosa por su respuesta.

**Carolina: Matilda, acabás de mejorar mi miércoles. No tenés que traer absolutamente nada. Solo tu presencia.**

**Juana: ¡SI!**

**Delfina: Ya estoy pensando en qué me voy a poner.**

**Juana: ¿Por qué no me sorprende?**

**Delfina: Callate que después te estresás y te ponés del orto porque no sabes qué ponerte y terminás llegando tarde por no haberlo pensado antes.**

**Juana: ¿Puedo ir a tu casa más temprano y me ayudás?**

**Delfina: Estaba deseando que me pidieras eso.**

Con una sonrisa gigante en la cara deslizo mi celular por el bolsillo y voy hasta el sillón. No tengo nada que hacer. Todos, menos Eugenio, duermen. Estiro mi brazo hasta la mesita ratona y agarro el libro que estuve leyendo ayer. Me estiro por completo y lo abro. Leo medio párrafo hasta que me acuerdo que tengo la playa a menos de diez minutos caminando. Me paro y con decisión voy hasta la escalera. Eugenio aparece al mismo tiempo, bajando las escaleras.

—Tu amigo es de sueño pesado. Juraba que se iba a quedar dormido mientras lo ayudaba a armar la cama. Y apenas terminamos de estirar la frazada se desplomó sobre ella, no tuve tiempo siquiera de poder abrirla. Así que ahí quedó, boca abajo, vestido y torcido en el medio de la cama. Le cerré las cortinas y le dejé el ventilador andando. Esperemos que no se muera.

—Va a sobrevivir. —Empiezo a subir las escaleras—. Me voy a la playa a leer. Cualquier cosa llamame.

—¿Volvés para la comida? —pregunta desde abajo.

—Sip.

—Perfecto, ¿te gusta la ensalada de fideos?

—Me encanta.

—Me parece que voy a aprovechar que duerme todo el mundo y ponerme a cocinar, total se come fría.

—Avisame si necesitás algo.

—Vos no te preocupes y disfrutá de tu mañana en la playa leyendo, Matilda. —Me sonríe antes de alejarse de la escalera y adentrarse en la cocina. Yo hago lo mismo pero hacia mi habitación.

Minutos después tengo mi malla azul oscura puesta. La parte de arriba es un corpiño sin breteles que se ata en el medio con un nudo y la parte de abajo también se ata de cada lado. Arriba me pongo un vestido blanco suelto que me llega hasta los tobillos. Mis sandalias de siempre y por último una gorra con visera de color rosa chicle. En mi bolso de playa, una bolsa de tela, guardo mi libro, una botella de agua, un par de anteojos de sol, el protector solar para repasarme en caso de que sea necesario, una lona, una toalla por si decido meterme al mar (lo dudaba), mi celular y una banana que guardo a último momento por si me agarra hambre. Una nunca sabe. Antes de salir agarro la reposera, cierro la puerta y le doy vuelta a la cerradura con la llave. Y me voy, la bolsa colgando de un hombro, la reposera en mi mano derecha, mis sandalias haciendo ruido con cada paso que doy y el sol quemándome la piel de los brazos de una forma placentera.

Paso el resto de la mañana junto a mi libro, con los dedos de mis pies sumergidos en los granos de arena, mi piel expuesta bajo los rayos del sol, y el sonido del mar como un murmullo que me mece. Y si pienso en Valentino es porque veo a una nena que podría tener unos catorce años y a un nene que parecía tener la misma edad. No lo sé, es difícil sacar una edad acertada a la distancia. Están jugando a las cartas y por la cara de hastío del chico y las risas de ella adivino que él no está teniendo tanta suerte. Busco mi celular en la bolsa de tela que descansa debajo de la reposera.

**Matilda: ¿Te acordás lo mucho que te costaba ganarme en las cartas?**

Espero con el celular en la mano a que me responda, pero después de un rato me resigno y vuelvo a guardarlo.

Cuatro capítulos después escucho que me llega una notificación y agradezco que no haya nadie porque me lanzo a buscarlo.

**Valentino: Yo solo puedo acordarme lo tramposa que eras.**

Menos mal. Menos mal que no hay nadie para ver la sonrisa de tarada que tengo plasmada en la cara. No tengo dudas de que si me hubiera visto mi abuelo la habría clasificado como las que le hacían sentir felicidad.

# *Capítulo 24*

Valentino

## Juana: Pasé por lo de papá a dejarle comida.

La pantalla se apaga antes de que pueda agarrar el celular. Termino de secarme las manos con el repasador y dejo salir el aire por la boca. Ringo me observa desde el piso de la cocina. Si hay alguien feliz por estas vacaciones forzadas es él. Ayer a la tarde pasamos tres horas en la playa. Y si volvimos fue porque ya se estaba haciendo de noche y me había agarrado hambre, no porque se haya cansado. No. Ringo tenía la energía inagotable. Tuve que obligarlo a subirse a la camioneta. Y podría jurar que me miró mal antes de pegar un salto a la parte trasera. Caradura.

## Valentino: ¿Asumo que sigue vivo entonces?

Mi hermana es mucho más… comprensiva con el alcoholismo de Daniel. Bueno, no sé si es esa la palabra correcta. Pero no es como yo. Ella no lo señala con el dedo, no lo esconde ni lo evita. Juana va todas las mañanas antes de entrar al trabajo. Le deja comida que compra con mi tarjeta, se fija que siga con vida, si está despierto (casi nunca) desayunan juntos, limpia la casa de alcohol aunque no tenga mucho sentido; siempre aparece más. A diferencia de mí, ella se empeña en agarrar el picaporte y tirar y tirar y tirar, negada a dejar que nuestro padre se encierre en esa especie de castigo y agujero del olvido. Me gustaría ser capaz de hacer lo mismo, pero no puedo. Cuando yo veo a mi padre lo único que siento es que él

también decidió arrastrarnos a ese hueco oscuro y negro. Su alcoholismo no lo castiga solamente a él. Y sé que a Juana le duele igual que a mí, pero mientras ella puede saltar ese dolor e intentar acercarse a mi padre, a mí me funciona como un muro gigante. No tengo las energías suficientes como para ponerme a escalar. A veces me hace sentir chico de nuevo, como si fuera un nene que se encapricha en el supermercado con una caja de cereales y le dijeron que no, que estaba muy cara y lo obligan a dejarla en los estantes de los fideos. Cuando me choco con esa pared que nos separa solo puedo pensar en que si hay alguien que tiene que hacer el esfuerzo por atravesarla es él, no yo. Un niño de treinta y dos años, eso soy. La pantalla vuelve a brillar. Acomodo los platos, cierro la puerta del mueble y tomo el celular.

## Juana: Sí, Valentino, papá está vivo.

## Valentino: Perdón pero creo que es una pregunta válida cuando el hombre intenta matarse todos los días.

Mis dedos van más rápido que mi cerebro. Sé que la cagué cuando toco enviar. Apoyado sobre la mesada de la cocina, todavía con el pijama puesto y con Ringo mirándome como si supiera lo que acabo de hacer, me siento el pedazo de mierda más grande de toda la Costa Argentina. Del país.

## Juana: Andate a cagar, Valentino.

Cierro los ojos, mis dedos viajan a mi tabique y presiono. Cuento hasta diez y toco llamar. Me corta. Lo merezco. Insisto dos veces más y la tercera es la vencida.

—Estoy enojada —es su saludo.

—Perdón— mis palabras están llenas de vergüenza. Que esté enojado con Daniel no significa ser un hijo de puta y menos que menos agarrármela con mi hermana. E hice justamente eso.

—¿Cuándo vas a entender que su enfermedad no es algo en contra tuyo?

Mi enojo se dispara de nuevo. Sinceramente no estoy con ganas de tener la misma conversación por milésima vez. Me agota, me aburre, me frustra. Quiero ser como ella y no tomarlo personal, pero no puedo.

—¿Tal vez cuando no reciba llamados de los vecinos, o la policía, para que lo vaya a buscar porque se ahogó en alcohol? ¿Qué te parece ahí, Juana? —Ya no estoy relajado sobre el borde de la mesada, no. Ahora estoy caminando por toda la cocina, mis pasos rápidos aunque no tengo a donde ir. Me siento atrapado.

—Ya te dije un millón de veces que no me molesta tener que ir yo. La próxima les doy mi número.

—Ese no es el problema, y lo sabés. A mí no me molesta tener que ir, me molesta con lo que me encuentro cuando llego. Lo que pasa es que vos eso no lo ves —ya a estas alturas estoy gritando—. No tenés grabado en tu memoria a nuestro padre tirado en el piso, inconsciente, destilando alcohol, sin saber dónde está cuando despierta, sin tener la más puta idea de quién sos o de cómo pasó lo que pasó. Tampoco lo tuviste que bañar porque se hizo pis encima como un bebé de sesenta años. Es fácil exigirme más compresión y paciencia cuando no tuviste que presenciar a papá en ese estado tan deplorable. —Mi pecho sube y baja descontrolado, mi voz irreconocible. Ringo me sigue con atención, como preocupado. Del otro lado solo se escucha la respiración de mi hermana—. ¿Sabés qué pasa? Que ese señor ya no es mi papá, no sé quién es. Pero el hombre que recojo del piso con olor a vómito no es mi papá.

—No, no lo es, Valentino —si mi tono es ácido, el de Juana es letal—. Todo eso que dijiste es la enfermedad, no nuestro papá. Y además dejame decirte que yo no me encuentro con algo mucho más pintoresco y positivo. Lo veo, Valentino. Cada mañana. —Una pausa larga—. Él está ahí, Valen.

Y eso era lo que me hace hervir la sangre, que sé que debajo del alcoholismo está mi papá, el mismo que me decía buenas noches antes de cerrar la puerta de mi habitación. El que, con una mano firme sobre mi pequeño hombro, me dijo que si alguien me molestaba en el colegio no dudara en decírselo. Y que si alguna vez me pegaban no dudara en devolvérsela, él iba a ir después a hablar al colegio si hacía falta. El mismo que me dijo que era imprescindible el consentimiento de la otra persona y que si no había un sí explícito y entendible, entonces era no. El mismo que llegaba tarde a casa, agotado de todo un día de trabajo pero que igual se sentaba a cenar con nosotros y nos preguntaba con un interés genuino cómo nos había ido en el colegio ese día. Estaba ahí, retraído, pero sabía que estaba. Pero cada día era más difícil para mi cabeza sacar los recuerdos a la superficie.

—No es lo que veo yo —admito, un poco más tranquilo.

—Lo sé y no te culpo por eso. —Me paso la mano por el pelo, mi mirada en el piso—. Te culpo por no intentarlo. —No puedo decir nada, porque si bien sé que tengo mis motivos, unos muy válidos, también sé muy bien que no lo intento. No al menos como Juana. Suspiro.

—Nunca voy a encontrar la forma de agradecerte por querer evitarme ver esa faceta de papá. Y te lo digo para que no parezca como una desagradecida cuando diga lo siguiente: nadie te lo pidió, Valen —bufo, una risa de incredulidad es mi respuesta.

—Juana.

—No —me pisa la palabra—. Déjame terminar.

Voy hasta el sillón y me dejo caer. Ringo se sube y se acuesta con su cabeza sobre mis muslos. Lo acaricio mientras espero que mi hermana me diga una verdad que no me gusta escuchar, pero eso no le quita la veracidad. Ni un poco.

—Nadie te pidió que seas el héroe, que seas el único contacto de emergencia, que seas el responsable de rescatarlo, que seas el que tenga que ir a buscarlo a comisaría. Vos decidiste que ese iba a ser tu papel en esta situación. Yo te lo dije desde un principio, que es algo que podemos repartir entre los dos, pero te negaste cada vez que lo propuse. El primer mes lo hiciste todo vos solo. Y dejame

decirte que no tenías por qué. Estaba ahí para vos. Estoy acá para vos. Soy tu hermana, Valen. —Los ojos marrones de Ringo me observan; le devuelvo la mirada. Mi mano viaja por su cabeza mientras escucho las palabras de Juana—. Podría mentir y decir que entiendo lo que estás pasando pero me doy cuenta que si bien ambos tenemos un papá con alcoholismo, lo estamos transitando de dos formas muy diferentes. Pero no podés enojarte conmigo por tus decisiones, eso es injusto.

Odio darle la razón, pero la tiene.

—Tenés razón —digo más calmado.

—Lo sé —y creo que está sonriendo.

—Perdón por gritarte.

—Es una situación que nos supera a todos. No te preocupes.

Decido esforzarme.

—¿Cómo estaba?

Y sé con certeza que si mi hermana estuviera enfrente mío, hubiera visto cómo despliega una sonrisa sincera y de agradecimiento.

—Algo borracho para ser tan temprano, pero desayunamos juntos y me habló de cuando nos fuimos de vacaciones al sur.

Me acuerdo de esas vacaciones. Mamá quería conocer la nieve y papá existía solo para cumplirle los deseos. Solo fuimos una vez porque acordamos como familia que, si bien el sur del país parecía una pintura hecha realidad, nosotros éramos del mar, el calor y la arena que te quemaba los pies.

—Tomás me dijo que deberíamos intentar de nuevo llevarlo a un centro de rehabilitación.

—No me parece una mala idea.

—Nada nos asegura que esta vez vaya a funcionar —confieso a medias mi temor.

—Podemos intentarlo, Valen. La verdad es que no perdemos nada y no creo que nosotros podamos hacer más por él que lo que ya hacemos.

Dejo caer el codo en el apoyabrazos del sillón y me acaricio el mentón con la mano.

—Podría hablarlo con él —ofrece Juana—. ¿A lo mejor me escucha? —Si llegara a salir de mi boca, mi papá no lo recibiría muy bien. Estaba implícito.

—No me parece una mala idea —repito sus palabras.

—Voy a ponerme a averiguar de algunos centros y te envío lo que encuentre y después podemos juntarnos a discutir los detalles mejor en persona.

—Dale.

—Y ahora contame. ¿Qué planes tenés para este viernes? —Se ve que es una mañana tranquila en el café; es raro que mi hermana se tome la libertad de estar tanto tiempo al teléfono. O a lo mejor sin quererlo evidencio lo que me esmero tanto en callar: necesito hablar y necesito que me escuchen. De eso me di cuenta con Matilda. Me limpió los ojos y me hizo ver que hay algo que me estoy negando. Compañía, apoyo, ayuda, soporte. Y en este preciso momento, con mi hermana del otro lado de la línea, podría resaltar un par de veces que ella, mis amigos, intentaron pinchar la burbuja que construí, pero yo no se los permití. Me vuelvo a esforzar.

—¿La verdad?

—Siempre.

—Planeaba hacer maratón de *How I Meet Your Mother.* —Recibo un "buuuuuuuuuuuu" demasiado alto como respuesta.

—Aburridooooo —la última vocal es eterna.

—No es aburrido.

—Un poco sí.

—A ver, ¿qué vas a hacer vos de divertido?

—Salgo con las chicas —dice como si hubiera ganado una competencia. Y un poco que si…

—¿Las chicas? —¿Quiero saber si en ese "chicas" está incluida Matilda? Por supuesto que sí.

—Sip. —Pero mi hermana no me lo va a dejar fácil.

—¿Y quiénes serían?

—Las de siempre.

La voy a matar.

—¿Y quiénes vendrían a ser las de siempre? —Juana está poniendo a prueba la poca paciencia que tengo.

—Las que conocés. —Creo que me acaba de empezar a titilar el párpado derecho.

—No me lo vas a decir, ¿no?

—Nop.

—Sos el diablo encarnado.

—Y vos sos un poco cobarde. No te recordaba con dificultades para ser directo.

—Y vos sos un poco cruel. ¡Y dejame decirte que tampoco lo recordaba! —se ríe.

—Si, Valen, ella también va.

*Pum, pum, pum.*

Las orejas de Ringo se mueven siguiendo el sonido de mi corazón. Así de fuerte me late. Quiero sentar mi corazón en una silla, mirarlo fijo y decirle que no se emocione mucho, no es que fuéramos a verla. Ni siquiera sé por qué me esmero tanto por saber si Matilda está incluida en el plan, si evidentemente no significa que vayamos a encontrarnos si voy.

—¿A dónde van? —De nuevo, información inútil pero que por algún motivo muero por conocer.

—A Bar.

Por suerte ya me hice amigo de la irracionalidad y no me preocupan tanto los celos que siento por que Tomás vaya a verla y yo no. Porque es eso. No me preocupa ni un poco que algo vaya a pasar entre ellos, que mi amigo se acerque con intenciones que no entran en el catálogo de amistad. Tal vez sería menos alarmante si mi envidia estuviera dirigida en esa dirección, Pero no. Mis celos son por el simple, pero no menor, hecho de que él va a verla. Atravieso los mechones de mi pelo con la mano. No son ni las diez de la mañana y yo ya estoy abatido. Por primera vez agradezco las vacaciones forzadas.

—-Escuchame— Juana murmura; supongo que entró gente al café y no quiere que la escuchen—. Te dejo que llegó un grupo de siete chicas. Más específicamente, preadolescentes. —Las favoritas de mi hermana. Ella tiene la teoría de que no hay ser más cruel que una mujer entre sus doce, catorce años. Recuerdo haberme reído como también recuerdo su cara seria cuando me dijo que me

animara a pasar caminando delante de un grupo de preadolescentes para que pudiera vivenciar lo que se siente que te juzguen con las bocas cerradas pero los ojos filosos.

—Ojalá pudieras sacarles una foto a sus caras cuando les digas que no tenés nada parecido a lo que te dan en un Starbucks.

—Por supuesto que no. —Juro que puedo escuchar cómo cambia su postura, hombros hacia atrás, espalda recta—. Nosotros somos mejores.

—Sí, lo somos. —Ringo se baja del sillón y solo le falta aprender a hablar para pedirme que lo saque a pasear. No hay ni una sola nube en el cielo, podríamos ir a la playa. Me va a hacer bien correr un poco—. ¿Puedo ir a almorzar?

—No hace falta que ni preguntes.

—Vamos en un rato con Ringo.

—Los esperamos —y con eso corta la llamada.

Me levanto del sillón como si me pasaran los músculos y voy hasta el baño. Con muy pocas ganas me saco la remera y me pongo protector solar, para después repetirlo en las piernas. Me dirijo hasta la habitación, busco una remera cualquiera que va a terminar enganchada en el elástico del short azul oscuro corto deportivo que me pongo. Para ser sincero la remera está hecha un asco, alguna vez fue amarilla pero ahora tiene un par de manchas que se las hice cuando me salpiqué con lavandina, así que ahora es amarilla y marrón. La ropa no es algo que me importe demasiado, solo me esfuerzo para el trabajo. Abro el cajón de las medias, saco un par, me las pongo y busco mis zapatillas para correr. Cuando llego a la puerta Ringo me recibe con un par de vueltas, emocionado. No sé cómo pero ya sabe que vamos a ir a la playa y encima a hacer lo que más le gusta: correr y seguramente meterse al mar aunque le diga que no. Después soy yo quien trata de desenredarle el pelo.

Abro la puerta, cierro con llave y la guardo en el bolsillo del short que gracias a Dios tiene cierre. No llevo el celular, no soy de los que corren con música. Me gusta el sonido del mar. Además no hay nada más incómodo que el celular para correr, ningún método es lo suficientemente práctico. Lo que sí llevo era mi reloj. Diez y media de la mañana. El sol raja la tierra. Nos miramos con Ringo.

—¿Vamos? —le pregunto y él me ladra.

Caminamos hasta la playa, son pocas cuadras.

Cuando llegamos, Ringo, como era de esperar, sale disparado. Si alguien lo viera, pensaría que es la primera vez que conoce la playa. Cuando llego a la orilla me encuentro con un perro empapado. Quiero retarlo pero no puedo. Chiflo y empiezo a trotar. No veo si me sigue, pero unos minutos después lo veo posicionarse a mi lado y seguirme el ritmo. Diez minutos adentro, tengo que sacarme la remera.

Los pensamientos no tardan en llegar. Sin embargo, mi mente es una calesita abandonada, perdida para el resto de los mortales, excepto para una persona. Ella parece ser el alma destinada a encontrarla, con permiso para subirse y pedir una cantidad ilimitada de vueltas. Una, y luego otra más, para volver a girar y girar. Si tuviera la capacidad de poder meterme en mi propia cabeza, caminaría hasta la calesita fantasma, y me acercaría para preguntarle si dar tantas vueltas no le dan ganas de vomitar, la miraría a los ojos y le preguntaría si no se marea, si no se quiere bajar, si no me quiere dejar en paz. Luego estiraría mi brazo en su dirección, con la sortija de metal para ganar otra vuelta más.

Freno y apoyo las manos sobre mis rodillas. La transpiración me pinta la espalda, el torso, el cuello, los abdominales, la cara. Miro a mi derecha y me tienta la idea de tirarme al mar. Me saco la primera zapatilla, empujándola con el pie contrario para después hacerlo con la otra, y me inclino para sacarme las medias y meterlas dentro del calzado. Tiro la remera encima y camino hacia el agua. Ringo me sigue. Cuando el líquido salado me acaricia el ombligo, me rindo y me sumerjo por completo. Corto el agua con los brazos hasta que me empiezan a doler, hasta que sé que estoy lo suficientemente lejos de la orilla que Ringo ya me dejó de seguir, hasta que el agua es menos clara. Floto con la mirada donde el cielo y el mar se unen y estoy a punto de reírme porque no importa qué tan lejos me vaya, no puedo escapar de mí mismo, no puedo escapar de mi mente, no puedo cerrar la calesita, no puedo echar a Matilda.

Con la ropa aún un poco húmeda y Ringo con su pelaje lleno de arena, llegamos a El Café de Lila. Tengo miedo de que mi hermana

nos saque a patadas por ir tan impresentables.

—Sacudite un poco, che —le digo a mi compañero antes de abrir la puerta. Ringo agita su cuerpo haciendo que granos de arena se desprendan y salgan volando por el aire—. Buen chico. —Y entramos.

# *Capítulo 25*

## Matilda

Son las siete de la tarde y el sol todavía se resiste, insiste en quedarse un rato más. A través de la ventana de mi cuarto se ve el cielo anaranjado, azulado. Sonrió. La música es mi única compañía. El último álbum de Miranda sale del parlante que está en mi mesita de luz, mientras yo estoy con una toalla atada a mi cuerpo y otra en mi pelo. Me debato qué mierda ponerme para esta noche. Bufo un poco. Todas las opciones que me ofrece mi armario no me convencen. Un poco frustrada voy hasta el baño, me peino y descanso de la elección de ropa. Me paso crema por el cuerpo, me lavo los dientes, me seco un poco el pelo con el secador, y me miro al espejo para descubrir que mi cara reluce. Estoy feliz con el hecho de que voy a tener una noche de chicas. La última vez que participé de una fue cuando todavía estaba en el secundario y debo admitir que tampoco lo disfruté tanto. Si bien con el tiempo logré que mis amigas de entonces me incluyeran, no es que me sintiera del todo parte. No. A veces me percibía como alguien que estaba cumpliendo un papel. Era la chica callada que escuchaba las conversaciones, añadía comentarios, asiente cuando era necesario y se reía cuando la situación lo requería, pero a la que nadie le preguntaba nada. Era la que no tenía un grupo de amigas sino que era sumada a los ya preexistentes. Mi primer beso fue en una fiesta; mis compañeras (porque no, no podían clasificarse como amigas) me felicitaron y me preguntaron cómo se sintió y respondí con timidez. Pero cuando llegué a casa, me saqué el maquillaje y ya en la cama me di cuenta que, en realidad, estaba más sola de lo que creía y que las compañías vacías solo empeoraban la sensación de soledad.

Solo cuando el primero de enero llegaba podía respirar el aroma de la amistad. Valentino era mi amigo de verdad. Con él no tenía que interpretar, fingir, esforzarme, cumplir el rol. Y sé que si no fuera por él, hoy no sabría cómo tiene que lucir una amistad, cómo identificarla. Finn, Amelia, no existirían en mi vida. Estoy segura de que si Valentino no me hubiera enseñado lo que realmente significa tener una amigo, una amiga, a lo mejor seguiría conformándome con las migajas de solo flotar dentro de una ronda de personas a las cuales no les importo y que, siendo honesta tampoco me importan a mí.

Mi verdadera primera noche de chicas. Sonrío con todos mis dientes.

Vuelvo a mi armario y después de rebuscar por unos minutos saco dos prendas que no pueden fallar. Minutos después estoy frente al espejo con una pollera negra, larga hasta el piso y una musculosa ajustada del mismo color que tiene el cuello alto. Inclino mi cabeza hacia un lado, buscando qué criticarme, como de costumbre. Pocas son las veces que salgo de mi casa sin señalarme algo que podría ser mejor, que podría cambiar, que podría perfeccionar. Suspiro enojada. Odio hacerme esto. Respiro con los ojos cerrados y al abrirlos solo me enfoco en lo positivo. La pollera me marca las piernas más de lo que me gustaría, pero cuando me pongo de perfil me doy cuenta que me hace un culo espectacular. Mis brazos no están ni cerca de estar tonificados pero me digo a mí misma que no importa. Aunque no sean lo que la sociedad a lo mejor espera, siguen ayudándome a tomar las medidas de las novias, a llevar las bolsas de la compras, a transportar las telas de los vestidos, a llevarme la taza de café a mi boca, a maquillarme, a vestirme, a sostener el libro que estoy leyendo, a abrazar a las personas que quiero. ¿Por qué es más importante cómo luce nuestro cuerpo que lo que nos ayuda a hacer?

Pongo las manos en mi cintura, mi pelo rubio todavía algo húmedo, mis pies descalzos, mis cejas algo unidas en el medio. Estoy agotada de que mi cerebro susurre palabras que me duelen. ¿Por qué me hago daño a mí misma? A veces me digo cosas que me daría vergüenza decirlas en voz alta, que jamás en la vida podría

decírselas a otra persona. Nunca. Pero sin embargo acá estoy, queriendo decírmelas a mí. ¿Por qué? Soy tan injusta con mi cuerpo. Tan desagradecida. Todo lo que soy se lo debo a él. Mis piernas que me llevan, mi cara que me permite expresar lo que siento, mis labios que me dejan besar, mis ojos que me brindan la posibilidad de ver el atardecer, mis pies que me hacen bailar, mi manos que me dejan saber lo que siente el pelaje de un cachorro, mis brazos que permiten que si me caigo pueda frenar la caída y no partirme todos los dientes, mi panza que evidencia lo bien que la paso con alguien porque me duele de lo mucho que me reí. ¿Podría tener el cuerpo que la sociedad exige a gritos? Sí. Pero al final del día mi cuerpo es el que tengo y no veo por qué tengo que sentirme mal por eso. Antes de irme al baño a maquillarme me vuelvo a mirar el culo.

Son las ocho de la noche y espero a que Juana me pase a buscar para ir caminando hasta lo de Carolina. Eugenio está en la cocina preparando la cena.

—¿Segura que no querés que las alcance? —ofrece por tercera vez.

—No hace falta. Son solo un par de cuadras. Además estamos en un pueblo, no pasa nada.

—Aunque acá sea un poco más tranquilo, no te olvides que seguimos estando en Argentina —me señala con la cucharada de madera antes de seguir revolviendo lo que parece una salsa.

—¿Qué huele tan bien? —Un Finn perezoso aparece en la cocina. Un bostezo, una rascadura en la panza y camina hasta sentarse a mi lado—. Qué linda estás —observa—. ¿Por qué? —entrecierra los ojos.

—Noche de chicas. —Alzo las cejas y sonrío.

—¿Y no estoy invitado? —Otro bostezo. Mis papás y mi mejor amigo todavía están luchando contra el jet lag.

—Me parece que no escuchaste la palabra "chicas".

—Creeme. —Poco a poco aparece esa sonrisa que derrite a los seres humanos—. Te escuché perfectamente. —Le revoleo los ojos.

—Matilda —la voz de Eugenio me hace mirarlo—. Pregúntale al no hispanohablante si le gustan los fideos con tuco.

—Le gustan —respondo por Finn.

—Debería aprender un poco de español. —Eugenio saca la tapa de la cacerola donde está hirviendo agua, tira los fideos y pone el temporizador antes de girarse—. Que le saque provecho a la visita.

Finn se lleva el puño a la boca para tapar un bostezo que podría clasificarse como el de un león. Me da un poco de gracia que la falta de conocimiento del idioma lo haga parecer alguien a quien no le importa lo que los demás digan de él, a quien realmente todo le resbala. Es como si cuando alguien habla en español él simplemente deja de pertenecer al planeta tierra, se vuelve invisible.

—Tenés que aprender español.

—¿Yo? —se señala, confundido.

—¿Quién más?

—¿Para qué quiero aprender español?

Lo miro con mi peor cara.

—No lo sé —finjo pensar—. ¿Tal vez para que no tenga que hacer de traductor humano?

—Pero no uso español en ningún ámbito de mi vida.

—Acá lo necesitás. —Abre la boca pero no lo dejo hablar—. Además nunca está de más aprender un idioma.

Finn me esquiva la mirada mientras pasa su mano por el cuello. Inclino mi cabeza y lo observo. Entonces me doy cuenta. Me está escondiendo algo.

—¿Finn? —No me miró pero deja caer la mano sobre la mesa y suspira con intención, su cabeza hacia atrás, los ojos cerrados—. Finn —insisto.

—Lo intenté —dice con la boca chiquita.

—¿Qué intentaste?

—Aprender español —Y ahí sí me mira.

—¿Qué? —Estoy atónita. Eugenio está lavando lo que usó para cocinar pero se da vuelta por mi grito. No tiene idea de lo que acaba de pasar—. ¿Cuándo? ¿Por qué me estoy enterando recién ahora?

—Apenas te conocí. —Es la primera vez que noto algo parecido a un sonrojo en su cara. —Cuando dijiste que eras de Argentina pero que solo podías hablar en español con tus papás quería cambiar eso. Quería que también pudieras hablarlo conmigo. Así que me anoté en

unas clases y fui durante un par de meses pero de más está decir que no me sirvieron de mucho.

Puedo sentir cómo mi corazón se derrite de amor.

—Solo aprendí lo básico —continúa—. Hola, buenos días, por favor, gracias y de nada— todo esto lo dice en un español muy oxidado y las r brillaban por su ausencia—. Ah y también me acuerdo de que el español de España es completamente diferente al que usan ustedes. Y que debía tener cuidado con ciertas palabras que en España podían ser inofensivas pero acá...

—En realidad, en Latinoamérica, cada país tiene su jerga y sus modismos y pueden cambiar los significados de las palabras dependiendo dónde vivas.

—Y después la gente dice que el inglés es difícil… —murmura.

—No te estoy diciendo que tenés que hablar como un nativo. Pero si tuviste ganas de aprender en su momento, ¿qué mejor que intentarlo acá? Te va a resultar mucho más fácil de lo que pensás.

Su mirada me hace entender que no está muy seguro al respecto.

—Matilda —baja su voz como si Eugenio pudiera entenderlo—. Soy un asco hablando en español.

—Se practica. —Niega con la cabeza.

—Puedo tardar de tres a siete días hábiles en decir una sola palabra en español. —Su cara se ve completamente seria.

—No seas exagerado…

—Una vez fui a un McDonalds e intenté hacer el pedido en español.

—¿Y?

—Volví a mi casa y puse al horno una pizza congelada.

—Podés practicar conmigo —cambio del inglés al español antes de volver a hablar—. Hola, soy Matilda. ¿Cuál es tu nombre? —Finn abre los ojos de forma inhumana—. ¿Nada? —vuelvo a su idioma natal.

—Solo tu nombre y el "hola". —Piensa un instante—. ¿Me preguntaste cuántos años tengo?

—Tu nombre.

—¿Ves? Ni lo básico.

—Si querés aprender, te va a llevar tiempo, pero te puedo ayudar. Solo si querés. Si vas a estar negado no te va a entrar ni media palabra —Parece meditarlo.

—Podría aprender una palabra o dos…

—¡Vas a ver que te vas a ir de acá diciendo "boludo" no de forma denigrante!

—Esa palabra la conozco —se alegra y yo me rio—. A veces se te escapa. Hay otra muy parecida pero no me acuerdo…

—¿Pelotudo?

—¡Esa! Pelotudo —prueba la palabra en su boca pero con la intención de decirla bien medio que grita. Eugenio que está secando los platos se gira algo sorprendido. Lo mira con el ceño fruncido. Finn se da cuenta que la dijo bien y, feliz, la repite. Con los ojos clavados en Eugenio—. ¡Pelotudo! —Nunca escuché a alguien decir esa palabra tan pero tan contento. Contengo la risa. Eugenio me mira de reojo.

—Al menos está aprendiendo…

El timbre suena y salgo disparada de la cocina. Finn me sigue y cuando me giro lo veo peinarse el pelo todo parado de la siesta. Antes de abrir la puerta lo miro y le digo que se comporte. Mi mejor amigo me da una sonrisa que dice que no tiene caso luchar.

Abro la puerta y ahí están Juana y Delfina. Ambas con una sonrisa radiante y hermosísimas. Juana tiene puesto un vestido negro de bretales gruesos y corte cuadrado. El largo llega a cubrir la cola y un par de centímetros más, pero no mucho. Tiene unas sandalias con poco taco, también negras. Lleva el pelo en una colita tirante y se delineó los ojos. Si me gustaran las mujeres seguro estaría babeando. Delfina a su lado tampoco se queda atrás. Tiene un conjunto sastrero de color gris y unas Converse negras. Pero lo más llamativo en en ella es que está llena de accesorios dorados. Anillos, collares y unos aritos que le deben pesar. Tiene el pelo atado en un rodete bajo que le queda perfecto, sus labios pintados de un rojo intenso. En sus manos lleva un vino blanco.

—¡Hola! —saluda Delfina.

—Están hermosas —les digo.

—Y vos también. Por favor, esa pollera es preciosa —agrega Juana.

—Hola. —Los ojos de las chicas ven quién está atrás mío.

—¿Para hacerte el lindo sí sabés español? —le digo entre dientes, en inglés y sin mirarlo. Siento cómo se para a mi lado, empujándome un poco.

—Te dije que sabía decir hola —dice a través de una sonrisa. Seguro parecemos dos lunáticos.

—Hola, Finn. —Delfina lo saludo amablemente y un poco coqueta —. ¿Cómo estás? No sabía que habías vuelto. ¿Hasta cuándo te quedás?

Mi mejor amigo permanece en silencio y como está pegado a mí siento cómo se tensa. Giro mi cabeza y veo la cara de pánico. Le quiero decir que deje de sonreír o empiece a parpadear al menos, porque da un miedo de la puta madre.

—Lo rompiste —le dice bajito Juana.

—Finn no sabe demasiado español. —Bueno, esa es una forma de decirlo.

—Ah —dice algo apenada Delfi y entiendo perfectamente el porqué. De repente se me ocurre una idea. Mañana se la voy a proponer a Finn.

—Matilda. —Lo miro—. ¿Podés decirle por mí que está muy pero muy linda? —Niego—. Matilda, por favor —suplica.

—Mejor decíselo vos. —Sin quererlo acabo de encontrar la mayor motivación para que este hombre aprenda español. Vuelvo a mirar a las chicas y Delfina está roja como ese verano en el que me quedé dormida bajo del sol. La menor de los Díaz está escondiendo su risa con la mano.

—Decile que gracias —dice Delfina. Abro los ojos.

—Me jodés. ¿Entendiste todo?

—Algo. Sé un poco de inglés. —Se encoge de hombros.

—¿Podés fingir que no? —Me mira extrañada—. Si sospecha que puede hablarte en inglés voy a perder una gran motivación para que aprenda español. —Sus ojos celestes viajan de mi cara a la de él, y cuando vuelve a mirarme sonríe. Juana a su lado mueve la cabeza de izquierda a derecha; pareciera que encuentra cómica la situación.

—¿Vamos? Caro nos está esperando con la cena lista.

—Vamos.

—Adiós —saluda Finn; incluso mueve los dedos de la mano, una sonrisita dibujada en la cara.

—Chau, Finn— se despide toda sonriente Delfina. Mi mejor amigo abraza el marco de la puerta con su mano derecha, dejándose caer un poco, la otra mano en su cintura y su cara más dientes que otra cosa. Me preocupa que la mejor amiga de Juana vaya a desmayarse pero me sorprende cuando ella le guiña un ojo y empieza a caminar. Llego a ver la reacción de Finn. En vez de la sonrisa seductora que suele usar como arma, tiene la boca abierta.

* * *

Carolina hizo pizzas caseras. Perdí la cuenta de cuantas porciones comí y cuando dice que hay helado de postre casi se me cae una lágrima de la emoción. Todo lo acompañamos con vino —Delfina y yo— y cerveza —Carolina y Juana.

—Tengo que conocer a ese amigo tuyo —dice Caro. Su pelo naranja está suelto y tiene unos bucles desarmados. Se puso un vestido corto de color amarallio y sin breteles que le ajusta en los lugares correctos. Más de una persona se va a resbalar en su propia baba cuando la vea pasar, estoy segura. A decir verdad, las tres van a hacer que más de una cabeza se gire.

—Me hace acordar a alguien…

—Sí —coincide Juana—. Tiene cara de ¿modelo?

—De actor.

—De Hollywood.

—Tranquilamente podría estar en una película romántica —agrega Delfina.

—Con esa cara podría ser lo que quisiera. —Menos mal que Finn no está para escuchar estas palabras. Como si no tuviera el ego lo suficientemente inflado.

—¿Tenés una foto? —pregunta Carolina. Desbloqueo el celular y le muestro la foto que le saqué el día anterior, cuando se quedó

dormido en el sillón y se le caía un hilo de baba. En mi defensa fue la primera que encontré. Estiro la mano a través de la mesa y Carolina tarda menos de un parpadeo en dar su veredicto.

—Ah, no es lindo. Es hermoso.

—Y ahí tiene los ojos cerrados…

—¡Son azules! —agrega Juana con demasiada efusión.

—¿Y ustedes nunca tuvieron nada? —Carolina me devuelve el celular y me observa a la espera de una respuesta.

—Nunca.

—¿Jamás? ¿Ni siquiera un beso de borrachos? —Me rio y niego con la cabeza mientras me llevo la copa a la boca.

—Lo más íntimo que hice con él fue dormir en una cama y siempre vestidos y sin hacer cucharita.

—Mi hermano acaba de suspirar de alivio en alguna parte —dice Juana. Carolina y Delfina se ríen. Le doy otro trago al vino. Uno largo.

Me parece infantil que el solo hecho de que alguien lo nombre haga que la sangre me circule más rápido por el cuerpo. Me llena de adrenalina. Si alguien dice "Valentino", mis piernas se preparan para correr. ¿A dónde? No lo sé. Pero siento eso. Cada músculo se me llena de sangre, preparándose para lo que esté a punto de suceder. Entonces le recuerdo a mi organismo que solo lo nombraron, no está acá, no va a pasar nada. Apoyo la copa y rezo porque no se me notó en la cara lo que me pasa por dentro cuando alguien trae a la conversación a Valentino Díaz.

—¿Seguiste viendo a Mateo? —la pregunta iba dirigida a Caro, que mientras toma la cerveza hace un gesto que da a entender que no. Esperamos que trague para que nos dé una respuesta más detallada.

—No —es lo único que dice.

—¿Por?

—Pausa— digo—. ¿Quién es Mateo?

—¿Te acordás del que trabajaba en el cine?

—¿El de las entradas o el que vendía los pochoclos? —El que vendía los pochoclos, las bebidas y esas cosas era dos años más

grande que Valentino, Carolina y Tomás. Pero el de las entradas era mucho más grande.

—El de los pochoclos.

—Sí, algo me acuerdo. Era lindo.

—Bueno, digamos que creció bastante bien…

—Por favor. —Juana pone los ojos en blanco—. Es un bombón.

—Concuerdo —asiente Delfina y le da otro sorbo al vino. Cada vez que se mueve hace brillar los accesorios que tiene encima.

—¿Y estaban saliendo?

—Yo no le diría salir.

—Se vieron durante dos meses —la señala con un dedo la menor de los Díaz.

—Solo era sexo —se encoge sin darle mucha importancia.

—No seas insensible. Ese hombre era capaz de chupar el piso que pisabas —lo defiende Juana.

—Él supo desde un principio que yo no estaba para una relación que signifcara más que sexo. Soy muy clara al respecto, así que tampoco es que se haya sorprendido demasiado.

—¿Y por qué lo dejaste de ver? —vuelvo a preguntar. Estamos sentadas en la mesa del comedor, todavía con los potes que usamos para el helado. La botella de vino que trajo Delfina está vacía hace un rato largo. Juana tiene dos latas vacías de su lado. Carolina tres. Yo me estoy sirviendo mi copa número cuatro. Me parece. No estoy segura. Dejé de contar después de la tercera. Todas estamos un poco achispadas pero no podríamos definirnos como borrachas.

—Que no tenga ganas de tener novio no quiere decir que no tenga corazón.

—Sé más clara que ya tengo tres copas encima —suplica Delfina. Carolina deja caer la cabeza hacia atrás y de su garganta escapa un sonido similar a un gruñido.

—Lo que quiero decir es que me estaba dando cuenta que él estaba queriendo más de lo que podía darle. Así que lo invité a cenar y tuvimos una conversación y le expliqué que yo no estaba buscando nada serio.

—¿Cómo se lo tomó? —Juana está al lado de Carolina, así que se posicionó para mirarla de frente. Delfina, a mi izquierda, agarra la

botella de vino y se vuelve a llenar la copa.

—Bastante bien. Me dijo que lo veía venir. Fue incómodo, pero terminamos en buenos términos. Me agradeció que me haya tomado el tiempo para terminar las cosas en persona y también por haber sido honesta con mis intenciones desde un principio. Le respondí que era lo mínimo que se merece cualquier persona: respeto.

Delfina suelta un "JA" fuerte y contundente. Me volteo para mirarla y alzo una ceja mientras ella se ahoga en alcohol.

—A lo mejor podrías darles un par de clases a los hombres de este pueblo…

—¿Contexto? —pido a nadie en específico. Es Juana la que responde.

—Delfina salió durante seis meses con un hombre llamado…

—Ni digas su nombre. No vale la pena.

—-Okay… —dice lentamente Juana y despega sus ojos aún más despacio de su mejor amiga para volver a verme a mi—. Como decía. Este…hombre sin nombre. —En mi periferia veo a Delfina asentir—. Un día le dejó de responder los mensajes, de atender las llamadas. Prácticamente se esfumó.

—Aunque ese no es un lujo que te puedas dar en un pueblo —dice mordaz, la copa bailando en los dedos.

—Sí, bueno. —Juana está apenada, lo noto—. El problema es que evidentemente se siguen cruzando. Es imposible no volver a ver a alguien acá.

—Es un pelotudo —sentencia Delfina y da un sorbo que dura cinco segundos y cuando apoya la copa a lo mejor lo hace con más fuerza de la necesaria. Hay un silencio en el que la miramos y cuando alza las cejas todas volvemos a mirar nuestras bebidas. Es evidente que es un tema que toca una fibra sensible. Por suerte Carolina dirige la conversación a otro lado. Bueno, para suerte de Delfina, no para mí.

—¿Lo viste a Valentino en estos días?

Junto las cejas ligeramente y acaricio el cuerpo de la copa.

—No. —Hace muchos días que no lo veo y me gustaría decir que no me afecta pero lo hace y con el alcohol en mi papilas gustativas

mi lengua se siente más ligera—. La última vez fue cuando me trajo la fuente que me olvidé en su casa.

—¿La de la chocotorta? —Asiento.

—¡Eso fue hace como un mes! —grita Juana. Delfina al fin se ríe, termina de derretir el hielo de la conversación anterior.

—Fue hace cinco días…

—Juraría que esa cena fue hace años —insiste.

—¿Por qué no le hablás? —propone Caro.

—¿Ahora? —La miro sin saber si entendí bien. Ella se ríe. Entiendo menos.

—Bueno, no me refería a ahora mismo. —Se encoge de hombros —. Aunque si te nace, hacelo. Pero me refería más bien a hablarle no sé, mañana, y organizar para verse.

¿Puedo hacer eso? Por supuesto que puedo. Valentino es mi amigo. ¿Por qué no podría simplemente hablarle y proponerle un plan? Las chicas lo hicieron conmigo y acá estoy, riéndome mientras tengo la panza llena y el cerebro flotando un poco en vino blanco.

—No quiero molestarlo —admito—. Debe estar ocupado. Con el trabajo y, bueno, lo que sea que haga cuando llega a su casa. —Miro el vino, esquivando los ojos de las chicas.

—Está de vacaciones. —Levanté la mirada y miro un poco confundida a Caro.

—¿Vacaciones?

—Sí. —Carolina está viendo algo en el celular, sus dedos yendo a toda velocidad sobre la pantalla—. Así que no te preocupes por eso de molestarlo —finaliza sin mirarme.

—Lo voy a tener en cuenta —es lo único que me sale decir.

Ninguna más habla, solo se escucha el final de *Girls Just Want to Have Fun* y automáticamente empieza una de mis canciones favoritas de Fabiana Cantilo: *Llego tarde.* Todas empezamos a cantar la letra a los gritos. Juana canta tan feo que me pregunto si no lo hará a propósito. Cuando llegamos a la parte de "Taxi, pase en rojo, y déjeme en Pueyrredón. Hace tantos días que no escucho su voz. Solo su voz*",* la cantamos repletas de drama, mano en el pecho, con el rostro compungido de lo que extrañamos a nuestro hombre. La primera en romper con el papel es Delfina, que se ríe con todo el

cuerpo. No tardamos mucho en seguirla. Ah, qué lindo es reír con amigas. Me toma desprevenida que esa palabra surja con tanta naturalidad, pero así se siente. Mi cerebro puede suspirar y relajarse con ellas. Eso me gusta. Les sonrío y ellas a mí, pero no sé si saben lo que significa mi sonrisa. Para eso sirven las palabras, ¿no?

—Gracias por esta noche.

—No agradezcas nada, Mati —dice Carolina—. Además, todavía falta lo mejor. —Alza unas vez las cejas para después dibujar una sonrisa que solo promete. Sí, todavía falta lo mejor.

# *Capítulo 26*

## Valentino

Tengo las manos cruzadas sobre el estómago, la cabeza apoyada en la almohada, los talones cruzados, los ojos mirando al ventilador que iba rápido. Uno de mis dedos sube y baja por el dorso de mi mano. Volteo la cabeza a la mesita de luz. Once y media de la noche. De un viernes. Suspiro. Vuelvo a mirar el techo. Me estoy muriendo de aburrimiento y solo pasaron, ¿tres días? El tiempo pasaba lentísimo cuando se es libre en horarios. No se me escapa el hecho de que mi cabeza estaba tan agarrada a la rutina, tanto que ahora no sé que hacer. Empiezo a pensar que a lo mejor mis amigos tenían un poco de razón. Y siguiendo ese hilo decidí hacerle caso a mi hermana.

Hoy a la mañana fui a visitar a Daniel. Su boca destilaba olor a alcohol y solo eran las nueve de la mañana, pero me esforcé por ignorar ese detalle. Al menos mientras estaba con él. Hice un esfuerzo sobrehumano por ponerme en la piel de Juana, intentar ser un poco más como ella. Sin embargo, el motivo por el cual mi relación con Daniel es tan diferente no se debe solamente a mi actitud. El problema es que cuando me ve se encuentra con mi mamá. Los mismos ojos verdes, el pelo un poco menos rubio, la misma sonrisa en la que la comisura izquierda se eleva un poco más que la derecha. Lo único que heredé de él es su nariz griega y el corte de la cara. Pero después, para él yo soy lo más cercano a la mujer que amó, su último amor y la persona que, no tengo dudas, está tan ansioso por volver a ver. Sus ganas de morir no son un capricho. Tienen un porqué. O eso intento pensar. A veces solo puedo sentir cómo la sangre me hierve de bronca, porque no

comprendo cómo este hombre puede ser tan pero tan egoísta como para estar haciéndonos esto.

Pensé en ir con Ringo porque era algo que lo ponía de buen humor. Paradójicamente, mi perro le robaba una sonrisa diminuta porque lo hacía recordar a mamá, pero cuando me veía a mí, que tenía el mismo efecto en él, su rostro se ensombrecía, su humor se tornaba agrio y sus palabras eran escuetas. Al final decidí que era mejor si iba solo. Por las dudas de que fuera una visita breve. Y lo fue.

Nos sentamos en la mesa para dos que hay en el patio. El cielo celeste, el viento suave. Dejé que se sentara en la silla y yo fui a preparar el desayuno.

—Pasé por el café y traje unas medialunas —le grité desde la cocina. No hubo respuesta pero supe que me había escuchado. Suspiré y me puse a hervir el agua. Busqué la yerba en la alacena y de paso hice una lista mental de lo que faltaba y tenía que ir a comprar. Cuando abrí la tercera puerta encontré una botella de whisky, otra de vodka y dos de vino tinto. Al principio no dudaba en abrirlas y dejar que el líquido se perdiera por el desagüe, pero no llevó mucho tiempo darme cuenta de que era como manipular magia. Yo me esmeraba por drenar la casa de cualquier tipo de alcohol pero este parecía resurgir con la misma facilidad. Me sentía como un perro que se quería agarrar la cola pero solamente conseguía girar y girar en círculos.

Salí al patio con el termo en una mano y el mate en otra. Volví a la cocina para buscar las medialunas y acomodé todo sobre la mesa. Daniel había cerrado los ojos y el sol se desparramaba sobre la superficie de su cara. Creía que estaba dormido, pero no.

—A tu mamá le encantaba la sensación del sol calentando su piel —comentó sin mirarme.

Si hubiera estado viéndome se hubiera encontrado con mi cara de estupefacción. Me tomó unos minutos agarrar el termo y cebar el primer mate.

—Tuyo. —Se lo ofrecí y solo ahí me miró. No se movió para agarrarlo, no hizo nada. Solo me miraba. Sus cejas estaban unidas

en el medio, su mandíbula tensa, su boca un poco fruncida y torcida. La cara del disgusto misma—. ¿Pa? —me esforcé.

—Sos tan parecido a tu madre —no lo dijo como algo bueno, no era un halago. Sus palabras parecían querer echarme la culpa de algo que no podía controlar. Mis cejas se relajaron, mi boca se abrió lo suficiente para darle paso a la respiración que se empezaba a acelerar, mis ojos intentaron aflojar la dureza de su mirada.

—Papá, perdón. —Me costó llamarlo de esa forma porque lo último que se sentía que fuera es eso. Pero a veces necesitaba recordarle, recordarnos, que eso éramos. Hijo y padre. Padre e hijo.

—Quiero que te vayas de mi casa. —Me mordí la lengua para no decirle que esta también fue mi casa durante veintidós años. Que yo también tenía recuerdos acá. Que podía sentir la esencia de mi mamá solo acá.

—No es mi culpa. —Dejé el mate con determinación sobre la mesa. Mi cara ya no era la de una persona dolida. Pero mi respiración continuó agitándose. Nada más que ahora por otras razones—. ¿Querés que me arranque la cara? Decime qué querés que haga y lo hago, Daniel. —Sus arrugas se intensificaron cuando entrecerró los ojos. Su mandíbula se movió dos veces antes de que se inflara los pulmones.

—¡Andate! —me gritó tan cerca de la cara que me salpicó saliva. Con las manos sobre el apoyabrazos de la silla de hierro y sin dejar de mirarlo, me levanté y con la inercia tiré la silla al piso. Ni me molesté en levantarla.

—Sos un pobre hombre —no alcé la voz. No soy como él.

No me quedé a esperar una respuesta. Y me dije que si no me movía seguro la conversación iba a escalar a el punto en el que iba a la cocina y le estallaba las botellas de alcohol mientras él me gritaba insulto tras insulto e intentaba detenerme. Ya pasó una vez. Discutimos, él estaba bastante borracho y mi visión era completamente roja. El alcohol le había hecho esto a mi papá. Así que fui y agarré al culpable y empecé a reventar las botellas contra el piso. Daniel al principio lloraba como si fuera un nene al que le habían roto un juguete. Luego empezaron los insultos que yo no podía descifrar del todo. Me sentía debajo del agua y solo podía

sonreír ante el sonido del vidrio rompiéndose en mil pedazos y la visión del líquido desparramándose sobre el suelo. Después pasó a la etapa donde quería sacarme las botellas de la mano. Me empujaba, le pegaba a mis brazos, forcejeaba. No fue una escena muy bonita. Por eso abrí la puerta de esa casa que una vez supo ser mi hogar y me fui dando un portazo que, mi ingenuidad, esperaba que fuera un tipo de mensaje para mi papá.

Cuando le conté a Juana me preguntó si no había forma de sacarle la plata o hablar con Domingo, el que atendía el supermercado del pueblo, para que le dejara de vender. Le dije que yo podía tener control sobre sus tarjetas, y que de hecho lo tenía, pero que del efectivo no. También le dije lo que era obvio: no podía poner a Domingo en esa posición. Una vez me comentó que había intentado no venderle y mi papá se había puesto un poco violento, sin pasar a mayores, pero había tirado un par de cosas y se había ido con la botella en mano y encima sin pagar. Ese mismo día me pasé para saldar la deuda.

Cuando volví hoy a la mañana, volví a llamar a Juana. Hablamos un rato, de todo y de nada, y terminamos la conversación de la misma manera que la última vez que hablamos del tema. Tenemos que buscar un centro de rehabilitación y ver cómo convencerlo. Le repetí lo mismo que la otra vez, que yo no puedo hacerlo. Lo único que puedo hacer es meterlo a la fuerza en mi auto y manejar hasta el centro. Pero no creo que sea la mejor forma de manejar esta situación. Juana me prometió que iba a intentarlo cuando vaya a almorzar mañana. No quise ser cruel y decirle que lo más probable fuera que esta noche tomara lo suficiente como para olvidarse de mi visita, porque yo solamente servía para recordarle lo que perdió. Qué mejor que olvidarme.

Me llevo las manos a la cara y amortiguo la especie de gruñido que brota de mi garganta. Es entonces cuando sona mi celular.

—¿Hola?

—¡Hola! —tengo que pegarme el celular a la oreja; la voz de Tomás es apenas audible con la música y la gente de fondo—. ¿Estás ocupado? —Ambos sabemos la respuesta a eso.

—No —respondo mientras salgo de la cama.

—Necesito un favor.

—Decime. —Agarro del piso la remera blanca que usé durante el día.

—¿Podés venir al bar? —Sacudo mi pelo y antes de decirle que sí ya estoy buscando unas medias y mis zapatillas—. Fausto tenía que venir a suplir a Choco pero se olvidó por completo y tenía esta cita… No puedo manejar el bar yo solo. Menos un viernes.

—Tomás, me estoy atando los cordones. —Tengo el celular entre el hombro y la oreja mientras termino de hacer el nudo.

—Sos un ángel. Gracias. Te amo. Te debo una.

Corta antes de que le pueda responder.

Voy al baño, me lavé los dientes, intento peinarme un poco el pelo y me veo en el espejo. Tengo puestos una remera blanca y unos shorts de la selección Argentina que están pidiendo por favor que los deje ir. No puedo ir así. Tomás me va a pegar una patada en el culo. Camino hasta el placard, agarro unos jeans claros que ya tienen un par de años, una remera lisa de color negra y las zapatillas que me había puesto antes de saber que el favor significaba ir a trabajar a Bar. Vuelvo al baño. Desodorante, perfume y una última mirada al espejo.

Ringo se para cuando me ve en el comedor.

—Vuelvo en un rato. —Agarro las llaves de la camioneta y de la casa. Guardo la billetera en el bolsillo trasero del pantalón y freno un segundo con la puerta abierta—. Portate bien. No hagas lío. —Lo último que veo es a Ringo sentado y con la cabeza inclinada al costado.

* * *

Son un poco más de las doce cuando cruzo las puertas del bar. Gente. Gente por todos lados. La música fuerte. Las luces bajas. Hay mesas pero también personas paradas o bailando. Voy hasta la barra donde Tomás está yendo y viniendo. Al lado está Carolina intentando darle una mano.

Carolina. Hoy es viernes. Mi hermana me dijo que iban a estar acá.

Por más que no quiera, mis ojos ya tomaron la decisión de buscarla. Está sentada en las butacas de la barra. Delfina y Juana también están ahí pero no puedo prestarles atención. Tiene el pelo suelto y parece casi blanco por el contraste que hace con su ropa negra. Tiene una pollera larga y me encuentro deseando que se pare para ver cómo le abraza cada centímetro de esas piernas. Comienzo a caminar. Algo la hace reír y el sonido me alcanza a mitad de camino. Mis pies se mueven más rápidos, más ansiosos.

Carolina me ve primero. Y casi retrocedo cuando sonríe.

—¡Al fin! —grita y eso hizo que el resto de las chicas se dé vuelta para verme—. Me estaban haciendo trabajar en La Noche de Chicas. —Sale de atrás de la barra al mismo tiempo que yo entro.

—Gracias. —Tomás no frena la preparación de trago. Ni siquiera me mira—. Estaba a nada de ponerme a llorar. Cuando lo vea a mi hermano lo ahorco.

—Decime en qué te ayudo. —Me lavo las manos en la bacha que está atrás a un costado.

—Podés empezar por tomarles la orden a las cuatro de ahí —señala con el mentón a las chicas de La Noche de Chicas. Todas me sonríen radiantes. Menos Matilda. No. Ella solo se queda ahí, comiéndome con la mirada. Con esos ojos caprichosos. Matilda puede hacer que cualquier hombre se sienta débil con solo un aleteo de sus pestañas. Y como si supiera que estoy luchando por no saltar la barra, su boca se mueve hasta formar una sonrisa provocadora. Aprieto las manos. Controlo mi respiración. Pero no dejo de verla. ¿Cómo podría dejar de ver ese rostro?

Alguien carraspea. Alto. Recuerdo dónde estamos.

—Queremos unos shots —pide Delfina muy feliz.

—Dios, no —Juana hace una mueca de asco.

—¡SI! —Carolina está aún más entusiasmada que Delfina. Puños en el aire y todo.

—Acepto si son de vodka —negocia Matilda.

Mi hermana suspira resignada y todas festejan. Delfina y Carolina chocan los cinco por arriba de la cabeza de Juana.

—Cuatro chupitos de vodka en camino. —Giro para buscar la botella y los cuatro vasos de shot.

La música rebota en las paredes del bar lo suficientemente alta como para tapar las voces de las mujeres que tengo detrás mío. Bueno, casi.

—¡Por Dios! ¡Es mi hermano del que están hablando! —la voz de Juana está teñida de asco e indignación. Aún dándoles la espalda, sonrío mientras niego la cabeza. Cuando me giro para apoyar los vasos sobre la mesa tres mujeres me sonríen con inocencia pero mi hermana solo inhala aire mientras se muerde los labios y sacude la cabeza. Pongo los vasos de shot pegados uno al otro y vierto el líquido con un movimiento barrenador. La única que tarda un microsegundo más en agarrarlo es mi hermana. Las cuatro se miran, se ríen un poco y se llevan el shot de vodka a la boca.

No me voy. No le respondo al hombre que me está llamando, ni a la chica que pide una cerveza. Me quedo ahí parado, mirándola. Matilda tiró su cabeza hacía atrás, su pelo no es un obstáculo en absoluto. Desearía que lo hubiera sido. Mis ojos viajan por el largo de su garganta, se encuentran con el borde del cuello de la musculosa que tiene puesta. Sigo bajando la mirada. Es la primera vez que la veo sin que ella me atrape. El cuerpo que tiene Matilda hace que mis manos se sientan, de repente, completamente vacías. La imagen de mis manos recorriéndola por completo me azota. Coloco las palmas con fuerza sobre el borde de la barra y aprieto para engañar a mi cerebro y sentir mis manos menos vacías. La cabeza de Matilda vuelve, su rostro contorsionado en una expresión de asco. Se sacude un poco, como para alejar la sensación. Agradezco que tenga los ojos cerrados porque me da tiempo a agarrar un trapo y fingir que estaba limpiando. Cuando mi mirada se topa con la de Carolina me doy cuenta de que pude haber escapado de Matilda pero no de mi mejor amiga.

—La última vez que hice un shot de vodka fue en mi viaje de egresados —dice Juana mientras deja el vaso en la barra, todavía con la cara contraída.

—¡Te acordas! —Delfina tiene una sonrisa gigante—. Cuando llegamos al hotel estuve diez minutos sentada en el bidet mientras

te sostenía el pelo.

—No sé si quería saber eso —murmuro mientras cumplo con el pedido de la chica de la cerveza.

—Habló —ataca mi hermana mientras se mete un maní en la boca—. Más de una vez te escuché llegar en pedo a casa.

La carcajada de Tomás me hace girar la cabeza.

—Vos mejor callate —le digo a mi amigo entre dientes. Mi hermana aprovecha ese instante de distracción para volver a hablar.

—Hubo una vez que pensábamos que estaban entrándonos a robar. Escuchábamos a alguien que quería abrir la puerta y claramente no podía. Papá vino a mi habitación y me dijo que no me moviera, que me quedara donde estaba. Mamá vino a acostarse conmigo mientras me decía que no tuviera miedo, que seguro era el viento. Yo no le creía. Tenía pánico. —Matilda la escucha con una atención que Delfina y Carolina no tienen debido a que ya escucharon está anécdota un millón de veces—. Cuestión que papá fue hasta la puerta, escuchaba sus pasos bajando las escaleras mientras contenía el aire y la mano de mamá me acariciaba el pelo. Ninguna de las dos hablaba. Fue ahí cuando escuchamos la puerta abrirse. Esperamos y esperamos pero no pasaba nada. Así que decidimos bajar y ver. Y menos mal que lo hicimos.

Pongo los ojos en blanco

—-Valentino parecía un ciervo bebé que estaba aprendiendo a caminar. —Eso le arranca una carcajada a todas. Incluso a Tomás que parece tener la habilidad de ser chusma mientras agita la coctelera. Traidor—. Entró tambaleándose a casa. Papá quiso ayudarlo pero él juraba que podía solo. Ahí fue cuando se encontró de cara con el piso. Mamá bajo preocupada y un poco enojada. Entre los dos lo ayudaron a ponerse de pie y él solo repetía que estaba bien, que solo necesitaba acostarse y un poco de agua. Mamá le respondió que a lo mejor un cachetazo también lo podría ayudar. —Más risas. Yo fingía estar concentrado en tomarle el pedido a un grupo de chicos—. Yo miraba todo desde el pie de la escalera encontrando la escena un poco graciosa, no les voy a mentir. Mamá lo tomó de un brazo y papá del otro con la intención de llevarlo a su habitación. Pero no fueron muy lejos. Hicieron, no sé, ¿diez pasos? Y

Valentino inclinó su cuerpo hacia adelante y vomitó en el medio del comedor. Parecía una manguera.

—Ay, pobre. —Matilda parece no se quiere reír, pero es más fuerte que ella.

—¡Pobre yo! Tuve que ayudar a limpiar. —Juana hace como que un escalofrío le recorre la espalda.

—Te estás olvidando de la mejor parte. —Tomás se para al lado mio y deja caer el repasador sobre su hombro. Giro mi cabeza y lo miro con lo que espero que sea mi expresión de "cerrá el orto", pero él me sonríe con todos los dientes. No soy un tipo vergonzoso pero no adoro la idea de que le estén contando esto a Matilda. No quiero indagar mucho en él porqué.

—¡Cierto! —aplaude mi hermana y se empieza a reír antes de hablar—. No solo había vómito por todo el piso sino que el tarado calculó mal y se llenó de vómito a sí mismo. Así que papá lo llevó al patio, estiró la manguera, abrió la canilla y lo limpió como si estuviera limpiando un auto y al mismo tiempo regando una planta.

Matilda lucha, lo puedo ver en su mirada, pero se rinde fácil y rápido. La fuerza de su risa hace que lance la cabeza hacia atrás, que cierre los ojos, que sus manos viajen a su panza y que sus hombros se sacudan. Cuando vuelve a abrir los ojos los tiene resplandeciendo. Podría beberme la imagen de Matilda después de reír. Mi garganta de repente es un desierto, mi lengua se siente pesada y mis labios ansiosos. Esta mujer hace que tenga ganas de estrellar mi cabeza contra la pared más cercana.

—Menos mal que fue en verano.

—Estoy seguro que Daniel hubiera hecho lo mismo aunque estuviera nevando.

El nombre de mi papá vuelve el aire tenso.

—¿Qué les parece otra ronda de shots? —ofrece Tomás—. Se las regalo. —Guiña un ojo. Delfina se lo devuelve, Carolina lo mira con hartazgo y mi hermana tiene la mirada fija en el vaso de cerveza que tiene entre sus dedos. Pero Matilda me mira a mí. Me estudia. Siento las ganas que tiene de poder meterse dentro de mi cabeza y sacarme la respuesta a la fuerza. Ambos nos observamos el tiempo suficiente para que mis ojos se resbalen y caigan en su boca. Uno,

dos, tres segundos y vuelvo a mirar esos ojos. Y cuando lo hago no solo encuentro la mezcla entre el verde y el celeste, sino que esta vez me golpeo de lleno con el peligro que emanan. Parece que me está desafiando. Me encantaría saber a qué.

—¿Querés una? —le pregunta Carolina, inclinándose hacia adelante, con los antebrazos apoyados en la barra e indicando la copa de vino que supongo le acaba de servir Tomás. Matilda asiente con una sonrisa y vuelve a verme. Calor. Mucho calor. No lo soporto. Me doy vuelta sin saber cómo comportarme cuando ella me mira de esa forma. Jamás tuve la oportunidad de que los ojos de Matilda me vieran como lo que siempre fui para ella: un amigo. A lo mejor es el alcohol quien tomó las riendas. A lo mejor es el hecho de que es la primera vez en nuestras vidas que no somos amigos. A lo mejor nos encontramos en la posición de dos personas adultas que no tienen un vínculo definido y pueden hacer lo que quieran, no hay reglas. Con un movimiento de muñeca destapo la novena cerveza en treinta minutos y se la entrego al chico que está sentado junto a una chica. Una cita a lo mejor. Es cuando los veo que me digo a mí mismo que Matilda y yo no somos dos desconocidos que tienen la oportunidad de conocerse desde cero. Tenemos un pasado. Fuimos amigos. Buenos amigos. Y pienso que, tal vez, la vida nos volvió a cruzar para que pudiéramos acompañarnos, escucharnos, ayudarnos. Mi mente viaja a días atrás. Mi cabeza apoyada sobre su hombro, sus brazos cerrados alrededor de mi cuerpo, conteniendo mi llanto. Tomás y Carolina son como familia para mí. No es que necesitara amigos. No es que estuviera solo. El problema es que a veces me siento solo. Es mi culpa, en el fondo. Si protejo mis sentimientos de los demás, entonces puedo prevenir que sientan pena. No quiero que mis amigos me vean con lástima y sientan la impotencia de no poder ayudarme. No sé por qué con Matilda no me da miedo romper la burbuja, al menos por un rato. ¿Es porque ella no espera nada de mí? ¿Porque no me necesita? ¿Porque no tengo que demostrarle que puedo con todo? ¿Es porque nunca pude mentirle sin que se dé cuenta? ¿Porque quiero, por una vez, ser vulnerable y sentirme cuidado? No lo sé.

Pongo hielo en dos vasos, lleno el treinta por ciento con Fernet y el resto con Coca Cola y los entrego. El bar está a reventar de gente. Mis pies no dejan de moverse. Mis manos no se cansan de agarrar botellas y abrirlas. Recibo un par de números y de coqueteo pero me entero solo porque Tomás me codea en las costillas y hace bailar sus cejas. Lo ignoro. No me interesa. Mi concentración está en otro lado. En unos ojos caprichosos, en esa boca que seguro se siente como morder un durazno, en esa risa que le compite a la música y en ese pelo que juro que está hecho de oro puro. Estoy atento a cada vez que alguna pide algo para ir yo y no Tomás. Estoy sirviendo tres copas de vino cuando escucho que Carolina llama a mi mejor amigo, quien acaba de darle un gin tonic a un hombre. Empieza a caminar en dirección de las chicas pero no le permito llegar. ¿Pude haber entregado las copas con más ceremonia? Sí, posiblemente.

—¿Qué les sirvo? —Todos rompen a reír y yo alzo una ceja sin entender qué les parece tan divertido. Bajo la vista hacia mi ropa. ¿Me manché con alguna bebida?

—No sabía que tu nombre era Tomás —comenta divertida Carolina.

—Está ocupado. —Me encojo de hombros, me tiro el repasador al hombro, como hizo Tomás hace un rato, y me cruzo de brazos—. Se van a tener que conformar conmigo.

—Te vimos correr —me apunta con el dedo Delfina.

—No corrí —respondo seco.

—Sí, lo hiciste —canturrea Juana.

—No. —La miro fijo.

—Si. —Sonríe.

—Basta —nos para Delfina, porque sabe que podemos estar así toda la noche—. Para escuchar peleas entre hermanos tenemos el resto de los días que viene Fausto al bar.

—Hermoso de mi vida —interrumpe Carolina, quien solo dice cosas lindas cuando está realmente ebria. La miro intentando no sonreír—. Queremos otra ronda de shots. Tequila.

—Y vodka para mí— agrega Matilda.

Las miro a las cuatro. Una por una. Estoy seguro de que ninguna podría pasar un test de alcoholemia. Es evidente que tomaron antes

de venir porque solo pasó una hora desde que llegué y no parecía que ellas hayan entrado mucho antes que yo. Pero en estos sesenta minutos se tomaron hasta el agua de los floreros. Las vuelvo a observar. Me sonríen radiantes. El rostro de la inocencia pura.

—No sé… —dudo.

—Poooooooorfa. —Delfina entrelaza los dedos y se coloca las manos debajo de la pera mientras hace una especie de puchero. Me paso la mano por el mentón, sin estar convencido.

—Hagamos un trato. —Me descruzo de brazos y dejo caer mis manos sobre la barra—. La que puede pararse y hacer el cuatro entonces recibe el shot.

Me miran, se miran, vuelven a mirarme y entonces asienten.

—Vamos a hacerlo por turnos. —Señalo primero a Carolina, después a mi hermana, tercera Delfina y por último Matilda, quien me da una sonrisa que podría comerme entero si lo quisiera. Elevo mi comisura derecha y ella no hace más que mirarme a los labios. Cuando nuestros ojos se encuentran, siento que gané. Qué equivocado estoy, porque cuando se lleva el borde de la copa a los labios y me sonríe a través de sus pestañas antes de vaciar lo que le queda de vino, me encuentro queriendo saltar la barra y probar el vino desde su boca.

La voz de Carolina interrumpe mis pensamientos y también el contacto visual que me tensiona cada músculo del cuerpo. Juana, Delfina y Matilda se giran sobre las butacas para verla de frente. Yo apoyo mi mentón sobre el puño y espero a que haga el número cuatro con las piernas.

Los siguientes diez minutos se tratan de las cuatro intentando hacer el mejor número cuatro posible. La condición es que la que se cae o tropieza, pierde. Delfina está a punto, pero logra hacerlo sin conocer el suelo del bar.

—Nos debés unos shots, creo —es la primera vez en la noche que se dirige directamente a mí. No me doy cuenta hasta este preciso momento.

—No me gustaría estar en deuda con vos, Matilda. —Percibo la manera en la que su respiración se detiene un instante. El agarre de la copa se vuelve más intenso. Sus dientes atrapan su labio inferior.

Me doy la vuelta y busco las botellas de tequila y vodka. Sirvo los cuatro shots y me enfoco en los demás clientes que se acercan a la barra. Cada vez que hay un espacio para que pueda desviar mis ojos, lo hago. Nunca me sentí tan débil como esta noche.

Es después de entregar dos botellines de cerveza sin alcohol que giro mi cabeza para ver que hay un hombre a su lado. Demasiado cerca. Apoya su espalda en el borde de la barra, acomodando los codos sobre la superficie, con la mirada fija en ella. Matilda se había movido sobre la banqueta para que sus piernas estén direccionadas hacía él. Siento mi pulso correr. Mis manos se contraen en puños para luego distenderse. La sangre me llegó a los oídos porque no escucho nada. El hombre le roba una sonrisa, y Matilda le coloca una mano en el brazo. Él infla un poco el pecho. Entonces se inclina para decirle algo al oído; palabras que solo son para ella, que le provocan una risa que solo es para él. Creo que la sangre viaja de mis oídos a mis ojos. Veo todo rojo.

—Un Fernet, por favor. —Miro al chico que me está pidiendo, que no debe tener más de veinte años, y me siento mal cuando su cuerpo se achica un poco. No quiero ni saber lo que debe ser mi cara. Preparo el trago con la mitad de la atención en Matilda.

—¡Gracias! —No respondo. Ni siquiera lo miro. Apenas se va, vuelvo mi atención a la escena que se está desencadenando a pocos metros de mí.

El tipo le sigue hablando, pero Matilda ya no se ríe. Tiene el ceño fruncido, el cuerpo tenso y le apoya la mano en el pecho no para acercarse, sino para alejarlo. Con decisión. Matilda dice algo, pero no llego a escucharla. Busco a las chicas, pero ninguna está sentada. Mati está sola, con ese tipo. Y algo me dice que no quiere estarlo. Me acerco en un intento de leer la situación desde la distancia. Siguen hablando y al parecer él no sabe lo que es el espacio personal. Mi sangre empieza a burbujear. Estoy cerca. Ignoro los pedidos de la gente. Todos mis sentidos están atentos a ella. Solo ella.

El hombre tiene la intención de volver a inclinarse pero esta vez Matilda, con ambas manos, lo empuja hacia atrás.

—Te dije que no. —Él se trastabilla y la botella de cerveza que tenía en la mano se estrella contra el piso. Todo el bar se da vuelta. Nadie se mueve ni emite una palabra. La única constante es la música. Matilda sigue sentada, un poco aturdida. Estoy a punto de tocarle el hombro para llamar su atención cuando el hombre decide hacer algo muy, pero muy estúpido.

—Puta de mierda —sisea—. ¿Me vas a pagar vos la cerveza? Pelotuda. —Solo llega a dar medio paso que yo ya estoy del otro lado de la barra.

—Yo me quedaría quietito donde estoy —le digo mientras me pongo delante de Matilda.

—Correte que estoy hablando con ella. —Intenta avanzar pero lo único que consigue es que yo haga lo mismo.

—Ahora estás hablando conmigo. —Sus ojos están viendo algo detrás de mí y sé que es a ella—. No la mires.

—¿Es tu novia? —Se me ríe en la cara y un aire lleno de alcohol golpea mi nariz—. Porque no lo parecía hace unos minutos. —Es un poco más bajo que yo pero es grandote. Nos miramos fijo. Mi pecho sube y baja—. Es más, parecía que le gustaba lo que le estaba proponiendo. —La sangre nubla mi vista. Se acerca para que el susurro solo lo escuche yo—. ¿Viste el largo de su pelo? Pide que lo envuelva en mi puño mientras me la cojo por atrás. —Se aleja y me sonríe como si estuviéramos compartiendo un momento de hombres. Estiro mis comisuras y a lo mejor mi cara no ayuda a ocultar lo que estoy a punto de hacer. Es mi turno de acercarme.

—¿Es hermosa no?

—Sí… —responde no tan seguro de por qué de repente sueno tan amable.

—Hagamos una cosa. —Dejo caer mi mano sobre su hombro y presiono con fuerza—. Juntá los vidrios de la botella, pedile perdón por lo que le dijiste y andate.

Veo el conflicto en su mirada. Siento los ojos de todos en nosotros dos. Tomás está del otro lado de la barra y leo una pregunta en su mirada . Niego con la cabeza. No necesito ayuda.

El hombre asiente una vez antes de empezar a inclinarse hacia el piso con la intención de limpiar los restos de la botella.

—¿Sabés qué? —mi voz es más afilada que los restos de vidrio esparcidos por el suelo—. Creo que cambié de opinión.

No espero a que reaccione antes de embocarle una trompada en el medio del estómago. Su cuerpo se dobla a la mitad y le cuesta encontrar el equilibrio, seguro por una mezcla del shock y del alcohol. No tardo en conectar mi puño con su mandíbula. Su cabeza sale volando hacia la derecha, saliva y sangre vuelan de su boca. Le vuelvo a pegar pero esta vez en la nariz. Más sangre. El hombre no llega a responder, no le doy tiempo para hacerlo. Cuando intenta enderezarse, lo sorprendo con otra trompada en la panza. Es una pelea injusta y lo sé. Intenta pegarme pero el alcohol le hizo perder la puntería. Da un paso hacia al costado, su cuerpo sigue de largo debido a la inercia y cae al piso. Sin pensarlo, me lanzo hacia él. Estoy por lanzar mi brazo hacia el medio de su cara cuando alguien me atrapa.

—Me parece que ya está, ¿no? —la voz de Tomás sale forzada por la fuerza que está haciendo para retenerme. Coloca ambas manos debajo de mis axilas y me levanta del piso. El tipo tiene la cara llena de sangre de la boca y la nariz. Puedo notar que le van a salir moretones en la mandíbula y en el ojo—. Matilda está asustada. —Esas palabras me sacan del trance. Matilda.

La busco. Está sentada todavía. Tiene la cara llena de lágrimas y se tapa la boca con una una mano temblorosa.

—Matilda… —Niega con la cabeza; no se mueve de su lugar.

Tomás me suelta para ayudar al hombre que molí a golpes.

—No te quiero volver a ver acá —le dice con un tono frío. El hombre asiente y sin mirar atrás, se va. El bar permanece en silencio por unos segundos hasta que poco a poco se retoman conversaciones, o quizás hablan de lo que pasó.

Matilda se baja del asiento y camina hacia mí. No recuerdo haberla visto nunca tan enojada. Ni siquiera ese verano en que la heladería cerró todo febrero por una reforma. Cada paso que da es firme. Un dedo aterriza en mi pecho.

—¿Estás loco? —me grita muy cerca de la cara. No respondo—. ¿Cómo vas a cagarte a trompadas, Valentino? ¡Sos un hombre adulto! —Tiene una vena del cuello hinchada y su dedo me apuñala

una última vez antes de que sus manos vayan a sus caderas—. Yo no te la puedo creer… —Niega con la cabeza, sus ojos sin mirarme.

—Se lo merecía. —Espero que sea defensa suficiente. Sus ojos están prendidos fuego..

—¿Sos un animal? —Ladea la cabeza—. ¿Perdiste la cordura? ¡Casi lo matás! —Eso me hizo bufar, reír sin humor y poner los ojos en blanco. No le gusta mi reacción, para nada—. Perdón, ¿te parece gracioso lo que te estoy diciendo?

—-No. —Aprieto la mandíbula—. Te estaba defendiendo, Matilda —puntualizo. Me mira por unos segundos y de repente empieza a reírse.

—¿Me estás jodiendo? —Frunzo el ceño—. Ah, lo decís en serio —dice completamente seria—. Bueno, dejame decirte que no es la manera. No vuelvas a hacerlo. Al menos no por mí. ¿Entendido? —Asiento—. Palabras, Valentino. Prometeme que no vas a volver a comportarte como un animal por mí.

—Te lo prometo, Matilda.

—Dios, me asustaste.

—Perdón. —Aflojo mi expresión y le agarro la muñeca. No se suelta. Le empiezo a acariciar la piel con los dedos—. No quería asustarte. Perdoname, Matilda.

Su boca dibuja una sonrisa chiquita.

—Me quiero ir a casa.

—Te llevo. —Matilda inclina la cabeza y yo espero que no se note la desesperación que tengo por pasar un rato a solas con ella.

—¿No tenés que ayudar a Tomás?

—El bar cierra en una hora y ya no hay el mismo flujo de gente. Va a poder solo.

—¿Seguro? —Casi rompo a reír. Me doy cuenta que Matilda no dimensiona lo que haría por ella. Desconoce el poder que tiene sobre mí.

—Seguro.

—-Está bien. Dejame que le avise a las chicas.

Termino de limpiar y ordenar mientras veo que Matilda se acerca al metegol donde están las chicas y dos hombres, quienes cuando se encuentran con mi mirada hacen un gesto con la cabeza y alzan las

botellas de cerveza. Si por aprobación o en señal de respeto, no lo sé. Los hombres a veces podemos ser raros. Sigo acomodando. Las cuatro hablan pero solo llego a ver la espalda de Matilda y cómo asiente y niega. Finalmente, se dan un abrazo las cuatro y Matilda se gira para hacerme una seña para irnos. Me despido de Tomás. Ni le explico que me estoy yendo.

—Te lo voy a descontar de tu sueldo —dice divertido.

Salgo de detrás de la barra y me encuentro con Matilda en la puerta. La abro y la dejo pasar primero. Veo cómo suprime una sonrisa. El aire del exterior es denso y cálido aunque sean casi las tres de la mañana. Caminamos sin prisa hasta la camioneta. Le vuelvo a abrir la puerta y le ofrezco mi mano para ayudarla a subir. Esta vez sonríe abiertamente. Troto por delante de la camioneta y me acomodo en el asiento del conductor.

—Tengo hambre —no sé si es su intención decirlo en voz alta, ni siquiera me mira cuando lo dice. Le pongo el cinturón de seguridad y noto cómo su cuerpo se congela. Yo solo veo mis manos tan cerca de ella que me dan ganas de llorar. Una vez asegurada, me pongo el mío y arranco el auto.

—-Tengo el lugar ideal. —Siento su mirada aunque tenga la mía clavada en la calle. Y cuando ambos coincidimos en un semáforo, es imposible no sonreírnos. Vuelvo a mirar al frente y prendo el estéreo.

*Los calientes* de Babasónicos nos ofrece algo que yo no sé cuánto tiempo más voy a poder pasar sin aceptar. Aprieto el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. Le quiero comer la boca hasta devorarle los gemidos. Mi pija crece un poco ante el pensamiento. Pongo el giro, doblo a la derecha y me esfuerzo, realmente lo hago, por no imaginarme a Matilda arriba mío con sus caderas moviéndose, torturándome, sus labios dejando salir sonidos de placer.

—Me encanta esta canción —comenta como si nada. No confío en mi voz así que no digo nada.

Matilda canta bajito, casi para sí misma. *Cómanse a besos esta noche. Total nadie lo va a notar.* De más está decir que fue un viaje

de diez minutos que se sintió de una hora y que las huellas de mis dedos quedaron tatuadas en el volante.

# *Capítulo 27*

## Matilda

Siento que el alcohol burbujea en mis venas. Es como estar sobre una nube, volando, atravesando el cielo. No recuerdo la última vez que me sentí tan ligera. Si hubiera un poco más de viento me tendría que agarrar de los bordes del asiento de la camioneta de Valentino. Mi cabeza se mueve al ritmo de la música, tarareo las canciones, balbuceo un poco y murmuro cuando no conozco la letra. Mi vista se reparte entre el hombre que está a centímetros de mí y la ventana, donde la noche es un manto oscuro e infinito. Me gusta que las estrellas no se escondan acá. En Nueva York tenés que entrecerrar los ojos para intentar vislumbrar el contorno al menos. El aire caliente de enero entra al auto y mi pelo se descontrola por la velocidad del vehículo. Sonrío cuando aparecen los acordes de unas de mis canciones favoritas cuando era chica. Té para tres de Soda Stereo. Dejo la vista fija en el cielo y los puntitos blancos. Poco a poco el volumen se incrementa. Es solo ahí cuando me giro para mirarlo. Está sonriéndome, de la manera en que lo haces cuando sabes un secreto, y sus dedos están girando el botón que sube el volumen. No digo nada, solo vuelvo a ver el paisaje a mi derecha. Espero a que termine la canción para hablar.

—¿A dónde estamos yendo? —Confío tanto en este hombre que hasta ahora no se me ocurrió preguntarle.

—A un lugar especial.

—¿Hay algo abierto en Nanai tan tarde? Para comer digo.

—Técnicamente, no.

—¿Entonces?

—Ya vas a ver. —Me regala otra sonrisa y nos mantenemos en silencio hasta que doblamos en una calle que conozco muy bien.

A lo mejor si no hubiera estado en pedo no habría tardado tanto en descifrar a dónde estábamos yendo.

El Café de Lila aparece ante nosotros. El color lila de las paredes de afuera es visible solo por el instante en que las luces de la camioneta apuntan a la infraestructura. Valentino estaciona, pone el freno de mano y apaga el motor.

—¿Vamos?

—Está cerrado… —No puedo evitar evidenciar lo obvio. Muevo la cabeza para mirarlo y luego mirar el café.

—Menos mal que estás con el hermano de la dueña — esponde con un movimiento de cejas y la voz un poco engreída.

—Espero que haya comida ahí adentro —digo sacándome el cinturón. Mi panza empezó a hacer ruido hace como treinta minutos. O eso creo. Se pierde un poco el rastro del tiempo cuando no estás sobria.

—Bueno, por algo te traje acá. —Valentino sale de la camioneta y camina hasta mi puerta. Lo sigo con la mirada hasta que me alcanza; alza una ceja para preguntarme—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo más sentada ahí? —Espero, rezo, que no se me note la cara de boba que tengo de mirarlo—. No te puedo dar de comer si no salís de la camioneta. A menos que estés esperando que te lo traiga hasta acá. —Empiezo a sonreír. No es mala idea—. Ni en pedo. Bajate. —Sin esperar a que responda empieza a caminar en dirección al café—. Y subí la ventanilla —grita de espaldas a mí y alzando la mano.

Giro la manija, me saco el cinturón y me bajo con poca gracia de la camioneta.

—¿Seguís prefiriendo lo salado? —pregunta Valentino mientras gira la llave en la cerradura.

—En este momento podría comerme tu brazo aunque estuviera bañado en chocolate blanco.

—Vos odiás el chocolate blanco.

—Imaginate el hambre que tengo. —La puerta se abre y Valentino me deja pasar primero. El café está completamente

oscuro. Da un poco de miedo.

Valentino pasa por adelante mío, entra a la cocina y prende la luz. No espero mucho antes de seguirlo. Me quedo parada viendo cómo va hasta la heladera y saca un par de cosas que no puedo ver. Me pregunto si es el vino el que le suma una pizca de sensualidad a cada movimiento de Valentino. Mis ojos tienen un hambre muy diferente al de mi estómago.

Va hasta la mesada y apoya todo lo que agarró. Pan, queso y jamón. Voy hasta su lado y miro los ingredientes. Mi panza ruge.

—¿Me alcanzás un cuchillo? Están en el primer cajón de allá. —Me indica con el mentón. Doy dos pasos a la izquierda, abro el cajón y agarro el primer cuchillo que encontré.

—¿Te ayudo? —pregunto.

Valentino ya cortó los panes por la mitad.

—No hace falta.

—¿Seguro?

—Seguro. —Me mira, su expresión sumamente divertida y un poco sobradora—. No confío en vos con cuchillos y menos en este estado. —Me señala de arriba abajo con el cuchillo. Mi respuesta es un leve empujón. Pongo ambas palmas sobre la mesada y me acomodo arriba, mis pies colgando, moviéndose atrás y adelante.

—¿Queso y jamón? —pregunta sin mirarme.

—Por favor.

Sigo el movimiento de sus manos mientras arman el sanguche. Recorro mis ojos por sus antebrazos, por el colibrí que tiene en el izquierdo y ya que estoy, intento decodificar los demás. Además del pájaro que inicia un poco después de la muñeca y llega casi hasta el codo, en la parte de las venas tiene tatuado un “97”. Llego a ver un cigarrillo en la parte de adentro del bíceps. Le debería preguntar si fuma. No lo vi hacerlo y tampoco tiene olor a tabaco. Del lado de afuera del brazo, justo encima del codo, tiene el contorno de un corazón, sin relleno. Las líneas se mueven cada vez que flexiona el músculo. Paso la vista al brazo derecho. Tiene un cangrejo en la parte superior del brazo que también se mueve junto con el músculo. Un poco más abajo, y cerca del codo, hay una carita feliz

simple, solo ojos y boca, sin contorno. Y por último leo "Ringo" en la parte de adentro del bíceps. Menos mal que estoy sentada.

—¿Matilda? —Esos ojos verdes me miran desde abajo y me pregunto si siempre fueron tan verdes como ahora o si es el vino llenándome de ideas. También me pregunto si siempre tuve tantas ganas de comerle la boca. Mi versión de quince años me gritaría que sí en la cara, exasperada.

—¿Mhm? —No confío en mi voz. No confío en mi capacidad de no tirarme encima de este hombre.

—Te estaba preguntando si querés que los tueste. —Señala los cuatro sanguches que había tenido tiempo de hacer mientras yo lo estudiaba bajo una lupa.

—¿Tarda mucho? —Si no ingiero alimento pronto voy a desmayarme.

—Cinco minutos —promete—. Además, tenemos esto para alivianar la espera. —Busca algo en un mueble. Cuando me muestra el paquete de papas fritas, nunca estuve tan feliz de ver uno.

Valentino saca la sanguchera, pone los dos primeros sanguches, pone las papas en un bol y sin gastarse en mirarme lo empuja hacia mí. Dos minutos después me ofrece un vaso repleto de agua que no tardo en agarrar. Estoy deshidratada. Cuando los sanguches están listos los pone en unos platos. El mío lo apoya sobre mis muslos, mientras el suyo queda en la mesa. Nos llevamos los sanguches a nuestras bocas y les damos un mordisco, yo sentada con mis pies colgados y él parado a mi lado con su espalda descansando en el borde de la mesada.

—Podría llorar de felicidad —digo con la boca llena. Valentino se ríe, llevándose el puño a la boca.

—¿Está rico? —agrega después de tragar; espera mi respuesta mientras toma agua.

—Riquísimo. —Su sonrisa arrogante me da ganas de poner los ojos en blanco—. Tampoco te agrandes. —Alza las cejas, divertido—. En el estado que estoy me conformaría con cualquier cosa.

—Bueno, eso no lo sé. —Deja el vaso en la mesada y toma el sanguche del plato. Antes de morderlo, agrega—. Lo único que sé es que te gustó mi sanguche y eso viaja directo a mi ego. —Me guiña

un ojo y le da un mordisco gigante al suyo. Esta vez no contengo las ganas de revolear los ojos y empujar su hombro.

Nos acomodamos en un silencio amable, relajado, cómodo. Es una escena intima y algo doméstica, los dos en una cocina comiendo lo que él nos cocinó. La luz tenue solo alcanzaba para que podamos vernos entre nosotros pero deja en las sombras el resto del espacio. Hay un reloj redondo colgado en la pared que indica que son las tres y media de la mañana. Afuera no se escucha ni un ruido. Es como si los últimos habitantes del mundo fuéramos nosotros. Así lo siento, sentada en la mesada de El Café de Lila junto a este hombre del que puedo ver fragmentos del chico que fue y lo que había significado para mí.

—¿Me dijeron que estás de vacaciones? —rompo el silencio. Su mandíbula deja de moverse, sus cejas se juntan un poco en el medio. Deja el sanguche en el plato y se sacude las migas de las manos—. Me dijo Caro —aclaro—. Y perdón si soy un poco metida pero, ¿por qué? Es la mitad de la temporada.

—¿No te lo contó Caro?

—No pregunté. —Dejo mi plato en la mesada y me cruzo de piernas.

—Según la junta directiva necesitaba vacaciones.

—Y algo me dice que no estás muy feliz con la decisión. —Apoyo los codos en mis rodillas y dejo caer mi cara en mis manos.

—Prefería tener mi mente ocupada —me explica—. Me gusta tener una rutina, horarios, cosas que hacer.

—Podés hacer muchas cosas estando de vacaciones.

—Conociéndote, a vos tampoco te encantaría la idea de no tener una estructura.

No está tan equivocado.

—Jamás me opondría a unas vacaciones.

—Mentirosa.

—Nunca en mi vida te mentí —me freno sobre mis palabras y lo miro con algo de culpa—. Bueno, excepto…

—¿Cuándo?

—¿Te acordás esa vez que me fuiste a buscar a la casa de mis abuelos?

—Voy a necesitar que seas un poco más específica —me pide con la cara estoica.

—Fue la vez que te dije que me dolía la panza y que por eso no podía salir…

—No, no me acuerdo lamentablemente.

—Sí que te acordás. —Alzo mis brazos—. Había dicho que estaba mal del estómago. Pasamos todo el día adentro viendo películas.

—Y era mentira. —Me apunta con el dedo.

—Y era mentira —confieso.

—¿Por qué me mentiste ese día? —Siendo una mujer adulta encuentro cómico el motivo por el cual le mentí. Siendo una adolescente lo encuentro completamente entendible y seguro lo hubiese hecho de nuevo. La deconstrucción es un camino lleno de piedras, con curvas y demasiadas cuestas arriba que a cierta edad no podés atravesar sin ayuda. Fueron otras mujeres las que me enseñaron cómo ir dejando atrás ciertos pensamientos. La menstruación no tiene por qué ser tabú. No tenemos porqué esconder las toallitas femeninas o los tampones, como si estuviéramos traficando drogas. No tenemos porqué susurrar que estamos indispuestas o que estamos padeciendo los dolores menstruales. Pero eso lo aprendí mucho después.

—Me había venido —le cuento sin mucho preámbulo—. No podía ir a la playa. Había sido mi primer período, usaba toallitas y meterme al mar con ese símil pañal no era una opción. —La carcajada de Valentino es contagiosa. Pero yo estoy borracha, todo me parece delirante—. ¿Qué te da gracia? —pregunto como puedo, intentando contener la risa.

—Es que te imaginé con un pañal.

Nos miramos y es evidente que nuestros ojos muestran la risa que intentan retener nuestras bocas. Uno, dos, tres. Y ambos volvemos a reírnos, con más fuerza, con más volumen. Creo que ambos sabemos que no es tan gracioso. Creo que ambos sabemos que nos reímos de la risa del otro. Cada vez que intentamos parar nos volvemos a mirar y volvemos a estallar en carcajadas.

—¿Y por qué me mentiste? —Valentino tiene la voz agitada.

—Me dio vergüenza, supongo. —Me encojo de hombros.

—¿Vergüenza? Es lo más natural del mundo —responde con sencillez.

—Eso lo decís ahora que sos un hombre adulto. Tu versión de quince años se me hubiera reído en la cara.

—Jamás me reiría de vos. —Su rostro está completamente serio. No respondo. Solo le doy un sorbo gigante al agua. La manilla del reloj da un par de vueltas antes de que alguno de los dos vuelva a hablar.

—Me gustan tus tatuajes. —¿Estoy diciendo, entre líneas, que le estuve observando los brazos? Sí. Pero mi lengua está liviana, al igual que el resto de mi cuerpo. Todo lo que pienso sale rápido y sin dificultad. Peligroso.

Valentino baja la mirada a sus brazos y se mira los tatuajes como si alguien se los hubiera hecho mientras dormía y fuera la primera vez que los ve.

—¿Tienen un significado? —Miro los sanguches sin tostar. Eso es todo lo que Valentino necesita para ponerlos en la sanguchera. Me pasa el bol de las papas fritas. Me llevo una a la boca a la espera de su respuesta.

—Algunos sí y otros no. —Señala con su dedo índice el corazón en el bicep—. Este me lo hice una noche que tomé un poco de más. Perdí una apuesta con Carolina. Lo eligió ella. —Arrastra el dedo hasta llegar al "97"—. El año en el que nació Juana. —Me muestra el cigarrillo—. Tomás solía fumar, muchísimo. Llegó a bajarse un paquete por día. Así que hicimos un trato: él lo dejaba y yo me lo tatuaba. De eso ya son cuatro años. —Mi corazón se estruja entre mis costillas—. El colibrí es por mi mamá.

—Valentino…

—La carita feliz no tiene mucha explicación. —Tiene el brazo extendido para que pueda ver bien los tatuajes—. Y el de Ringo creo que se entiende por sí solo.

—Mi favorito es el colibrí —susurro. Trazo las líneas con las yemas de mis dedos. Ambos miramos donde mi piel hace contacto con la suya. Es la primera vez que lo toco así. El gesto parece inofensivo pero mi mente no está comportándose de esa forma. No. Mi imaginación viaja más lejos de lo que debería. ¿Dónde estaría la

de él? Mi mano llega a su muñeca y no lo pienso demasiado antes de tirar su brazo hacia mí, al mismo tiempo que descruzo las piernas. Él no se resiste. Lo atraigo hasta acomodarlo en el espacio entre mis rodillas, sus manos descansando a los costados de mis muslos, apoyadas sobre la mesada. Valentino es tan alto que su boca queda casi a la altura de la mía.

Liviana. Así me siento. Por eso a mi mano le cuesta ir hasta su pelo, mis dedos enredándose entre sus mechones claros. Los labios de Valentino se separan ligeramente, su cabeza rindiéndose ante el tacto. Sus ojos me miran con hambre y algo similar a la devoción. Pareciera que me está diciendo que haga con él lo que quiera. Es arriesgado el modo en que parece derretirse ante mi tacto. Mi mirada sigue el movimiento de mi mano, cómo se hunde en su pelo. Valentino tuerce un poco la cabeza y nuestros ojos se conectan.

—¿Por qué te hiciste el cangrejo? —La pregunta lo descoloca. Dejo caer mi mano y la llevo a mi muslo, junto a la otra. No me pierdo cómo Valentino sigue el recorrido.

—¿Qué? —se endereza un poco.

—El tatuaje del cangrejo, ¿tiene algún significado? Fue el único que no me explicaste.

Poco a poco aparecen sus dientes y yo le copio la acción por inercia. Es como si no pudiera evitar sonreír si él lo hace.

—¿No te acordás? —Niego con la cabeza—. Cuando eras chica tenías una fascinación por los cangrejos.

Silencio. Puede ser que el silencio dure demasiado porque la sonrisa de Valentino empieza a deshacerse poco a poco.

—¿Matilda?

No abro la boca. Al contrario. Pego mi labio superior e inferior con fuerza. Mucha. El aire empieza a luchar por escapar, inflando mi boca. Me tapo la boca en un intento de contener la risa. Fracaso. Me gustaría poder explicar qué es lo que me hace tanta gracias, pero no tengo la menor idea. Los siguientes segundos constan de yo riéndome sin contención y Valentino estudiando mi reacción como si hubiera enloquecido.

—Avisame cuando termines… —balbucea y sin esperar que pare de reír, saca los sanguches recién tostados y los deja en sus

respectivos platos. Todo sin salir de entre mis piernas, decisión que por algún motivo me da tranquilidad. No quiero que se aleje, que su cuerpo deje de estar en contacto con el mío.

Abro los ojos cuando dejo de reírme. Un Valentino sobrio me está entregando mi plato. Lo acepto con los ojos llorosos. Me observa mientras le doy la primera mordida.

—Perdón. —Me tapo la boca para no mostrar el bolo alimenticio —. No me esperaba esa respuesta.

—¿Por qué? —Su cara es curiosidad pura. Muevo mis hombros.

—No lo sé. A lo mejor porque pasó una vida entera desde esa conversación y no puedo creer, no solamente el hecho de que te la acuerdes, sino de que te lo hayas tatuado en tu piel para siempre.

—Así funcionan los tatuajes. —¿Se habrá dado cuenta que su índice empezó, distraídamente, a hacer trazos sobre la tela de mi pollera? En caso de que la respuesta sea no, yo no se lo voy a decir.

—Tengo tantas preguntas para hacerte. —Le doy otro mordisco al sanguche.

—Tengo el tiempo para responderlas.

Agh, me dan ganas de golpear algo cuando me sonríe así.

—¿Estudiaste administración de empresas? —No puedo evitar la mueca de asco. De solo pensarlo me duermo del aburrimiento.

—Sí —responde con una risa. Encuentra la situación de lo más entretenida. No hace ninguna observación sobre lo fuera de tema de mi pregunta; yo tampoco digo nada. Su dedo genera una distracción muy grande en mí.

—¿Te gustó?

—A veces sí. A veces no.

—¿Siempre fue tu sueño dirigir hoteles? —Con el sanguche terminado lo único que me queda es picar las pocas papas que dejé.

—¿La verdad? No. Pero si me lo pongo a pensar, fue una idea que me implantaron de tan chico que puede ser que no haya sido la profesión de mi sueño, pero terminó siendo el único camino que me interesó.

Ladeo la cabeza.

—¿Una idea que te implantaron?

—Un señor se acercó a mi casa un día y me dijo que quería hablar de algo conmigo, que era muy importante. Así que entre chocolatadas tuvimos una conversación seria.

—¿Chocolatadas? ¿Qué tenías? ¿Seis años?

—Dieciséis, más exactamente.

—¿Me estás jodiendo?

—Jamás jodería con la chocolatada. —Su semblante es serio—. En fin, esa charla terminó determinando mi futuro.

—¿Y te gusta?

—¿Qué cosa?

—Tu futuro.

Me observa con paciencia, sus ojos escanean mi cara con detenimiento.

—No me quejo.

Busca su sanguche y lo come sin esperar más preguntas. Pero no llega ni a tragar que mis labios se despegan y pregunto algo que creo saber la respuesta.

—¿Ese señor fue mi abuelo?

Valentino mastica, sus labios se mantienen cerrados, pero vislumbro una especie de sonrisa. Sus cejas se alzan una sola vez y esa es toda la confirmación que necesito.

—Tito te adora. Cuando me pasabas a buscar me decía "el chico te solicita". Eras el único chico que me pasaba a buscar, entonces no encontraba el sentido de llamarte por tu nombre. Así que en casa pasaste a ser El Chico.

Inevitable que el oxígeno que respiramos no se torne agrio. Hablar de Tito no elimina el hecho de que se está muriendo.

Una mano grande y cálida aterriza en la mía. Mi mirada cae sobre mi regazo, sobre la imagen de nuestras manos juntas. Cuando vuelvo a mirarlo lo encuentro observando lo mismo que yo. Espero que levante la cabeza.

—Yo también lo adoro. De alguna manera, todo lo que soy, es gracias a él.

—Podés venir cuando quieras a casa. Más ahora que estás de vacaciones. —No paso por alto la duda en su cara—. Si querés, obvio.

—Lo que me cuesta no es pasar tiempo con vos. Eso me sale casi natural— aunque lo que dice es algo lindo, su tono de voz y su expresión no parecen estar de acuerdo.

—¿Entonces?

—Que a lo mejor me gusta mucho.

—¿Y eso es un problema?

¿Sabía que su pulgar empezó a crear mimos sobre mi piel? De nuevo, no no se lo voy a hacer notar por miedo a que se detenga.

—Puede llegar a serlo, Matilda.

—Si me preguntás a mí, no creo que sea algo malo que nos guste pasar tiempo con el otro.

—Nunca dije que fuera algo malo.

—Por como lo decís pareciera que sí —no tenía la intención de que suene como un reproche pero no lo puedo evitar. ¿Solamente yo muero de ganas de pasar horas y horas con él? ¿De que hagamos algunas de las actividades que hacíamos cuando éramos chicos? ¿Él no quiere que nos volvamos a acercar? Tal vez. Sin embargo el tacto de su mano sobre la mía, su cuerpo metido entre mis rodillas y el peso en su mirada me dicen otra cosa absolutamente diferente.

—Matilda. —No detiene las caricias. No. Pero para llevar un mechón de pelo detrás de mi oreja tiene que usar su otra mano. —Lo que quiero decir es que… —Sus labios se sellan, su pecho se infla para desinflarse con una exhalación abrupta. —Tal vez pasar demasiado tiempo juntos no sea lo mejor.

—¿Por qué? —Puede ser que mi cara se haya inclinado un poco a donde descansa la mano de Valentino. Le echo la culpa de eso al segundo shot. Aunque si soy completamente sincera, entre la comida y el agua, no puedo seguir resguardando mis acciones con esa excusa.

—Porque ya no somos chicos, somos dos adultos.

—¿Y? —Si una nena de cinco años hubiera presenciado esta escena lo más probable es que me hubiera gritado: "¡Qué pesada, preguntando todo!". Pero son casi las cuatro de la mañana y Valentino no está siendo demasiado claro.

—¿Querés que te diga la verdad? —Finalmente deja de acariciarme. Ahora sus palmas están apoyadas en la mesada,

aprisionándome. Se inclina hacia mí.

—Siempre.

—Si te veo todos los días voy a terminar haciendo algo de lo que los dos nos vamos a arrepentir. Te estaría mintiendo si te dijera que nada va a pasar. Lo sé, Matilda. Sé que si te empiezo a ver más seguido va a terminar llegando el día en que no me parezca mala idea darte un beso. Y lo voy a hacer, creeme. No soy tan fuerte. —Ríe sin un apéndice de humor.

—Valentino… —Le acaricio el rostro.

—No quiero que pienses que no me gusta estar con vos —dice preocupado. Niego.

—Perdón si te presioné. —Dejo caer la mano, él la toma y no me mira cuando sigue hablando.

—Mi vida es un quilombo en estos momentos y… —una pausa—. No sé si me puedo dar el lujo de ver lo que podría ser esto —dice con sus ojos anclados a los míos. Asiento. Lo entiendo.

—¿Puedo ser sincera?

—Siempre —me roba las palabras. Nuestras bocas sonríen como si fueran, de repente, tímidas.

—Cuando era chica estaba perdidamente enamorada de vos.

El efecto que tienen mis palabras en Valentino es como si alguien hubiera congelado el tiempo. Ni siquiera pestañea.

—¿Qué? —Atónito. Valentino está atónito.

—Si. —Sacudo mis hombros, como quitándole importancia al asunto—. Lo adjudico a las hormonas adolescentes. Y a que eras más grande que yo. Y bueno, a esa cara que tenés— adorno mis palabras con un movimiento de dedo que señala dicho rostro. Pone los ojos en blanco. No me cree.

—No hace falta que me mientas para hacerme sentir bien.

—No lo hago. —Entrecierra los ojos, poco convencido.

Me alegro de que mi panza haya recibido algo más que alcohol así puedo coordinar lo que está dentro de mi cabeza con mi lengua.

—Valentino de diecisiete años era lindo, tenía esos aires de peligro que parecía atraer a todas las chicas de Nanai. —El hombre que tengo enfrente me mira como si estuviera hablando en chino mandarí—. ¿Me vas a decir que no lo sabías? —Baja las comisuras

dándome a entender que no, no tenía ni idea—. Una vez una chica se estampó contra un poste de luz porque en vez estar mirando al frente, te estaba mirando a vos por la vereda de enfrente.

—Ahora sí me estás mintiendo —asegura.

—Te juro que no. —Alzo la mano derecha en señal de juramento —. Eras todo un galán. —Mis cejas bailan con una mueca pícara. Su boca no me indica que le parezca gracioso, pero sus ojos sí—. Tiene todo el sentido del mundo que yo también babeara por vos. —Eso sí lo encuentra divertido.

Me llevo una papa frita a la boca y él hace lo mismo. Y luego, en vez de devolver la mano a la mesa, la deja caer en mi muslo. Mi panza se retuerce ante el tacto. Y eso que hay un pedazo de tela que tendría que servir para amortiguar la sensación.

—A lo que iba con todo esto —retomo—. Es que tu versión adolescente volvía loca a la mía. —Valentino luce una sonrisa engreída—. Pero esta versión tampoco se queda atrás. —Es como un baldazo de agua helada, llena de cubitos de hielo. Ya no hay rastro de soberbia en sus facciones.

—Mati. —Cierra los ojos—. No tires de la soga.

—No espero que pase nada. —Elevo ambas palmas en señal de rendición—. Pero quería que supieras que a mí me pasa lo mismo. Yo también tengo estas ganas de besarte cuando te veo. Y puede ser que tengas razón y si nos vemos más seguido estemos tentando al destino.

—Presiento que hay un pero.

—Podemos ser amigos.

—Mati…

—¿Por qué no? Que exista la posibilidad de que suceda no quiere decir que vaya a pasar. Somos dos personas adultas, no somos animales, ambos tenemos en claro dónde se dibuja la línea que no podemos atravesar. —Como veo que no va a responder, continúo—. Te extrañé, Valen.

—Y yo a vos, Mati. —Imposible ignorar la sensación de su mano abierta sobre mi muslo.

Me estoy engañando a mí misma y lo peor de todo es que estoy buscando hacerle lo mismo a él. ¿Vamos a poder suprimir la

atracción tan evidente que sentimos por el otro? Mi lado egoísta quiere creer que sí. Es la parte que quiere verlo todos los días, ir a la playa con él, ir a su casa para visitar a Ringo, invitarlo a la mía para que cene con mi familia y Finn, que nos pasemos una noche entera viendo películas, ir a Conos&Helados para pedirnos los mismos gustos de toda la vida. Porque se siente fuera de lugar estar en Nanai y que Valentino no pase por la casa de mis abuelos para que vayamos a hacer cualquier cosa, pero juntos. Y quiero eso. Lo quiero un montón. Aunque tenga que extirpar mis sentimientos y fingir que mi piel no se estremece cuando él la acaricia.

—Necesito un amigo. —Eso ablanda la expresión de Valentino—. Mentira. No es eso lo que necesito. Lo que necesito es a mi amigo Valentino.

No le devuelvo el abrazo de inmediato. Mis brazos quedaron inertes a mi costado mientras Valentino se funde en mi torso, los brazos de él rodeándome por completo, su boca apenas perceptible sobre el hueco de mi cuello. Con lentitud le rodeo la espalda.

—Puede ser que yo también necesite a mi amiga Matilda. —El roce de sus labios sobre la sensibilidad de mi piel me hace contener el aliento. Creo que él se da cuenta porque percibo cómo se tensa.

Valentino se separa y toma distancia. Me ofrece su mano para bajar de la mesada.

—¿Amigos?

—Amigos.

Sellamos nuestras palabras con la unión de nuestras manos.

Y si alguien me hubiera preguntado si sabía lo que iba a pasar, hubiera mentido si decía que no.

# *Capítulo 28*

## Valentino

### *Dieciocho años atrás.*

No podía quedarme quieto. Energía me atravesaba desde la punta de la cabeza a la punta de los pies. Me movía de un lado al otro mientras esperaba frente a la puerta azul que conozco como la palma de mi mano. Si me preguntaran cuántas veces vine a esta casa, mi respuesta sería: todos los días. Hace años que perdí la cuenta.

Quiero volver a tocar la puerta pero mi abuela Lila me explicó que la paciencia es una virtud y tengo que aprender a esperar. También me dijo que ser hombre no equivalía a ser holgazán y que ayudara a levantar la mesa.

Justo ahora el primer consejo me estaría costando una barbaridad.

Estaba a nada de volver a dejar caer mi puño en la madera cuando Esmeralda me abre la puerta. Es como ver la versión adulta de Matilda.

—Valentino —me saluda con esa sonrisa tan cariñosa mientras se hace a un costado para dejarme pasar—. Mati está en el patio. Esta semana se le dió por pintar mandalas, así que estuvo toda la mañana enfrascada en eso.

—¿Mandalas?

—Son representaciones simbólicas y geométricas que facilitan la meditación y relajación. La vio a mi mamá y quiso hacerlo ella también.

—¿Y funciona?

—Pasa horas con la mente en eso, así que podría decirse que sí. —Esmeralda caminó hasta la cocina y abrió la heladera—. En un rato vamos a almorzar. Podés quedarte si querés. —Sacó una fuente que apoyó en la mesada y se agachó para buscar un par de papas—. Milanesas con puré. —Menos mal que me daba la espalda; no quería que viera la sonrisa que tenía en la cara. Era mi plato favorito.

—Le tendría que avisar a mamá…

La mamá de Matilda acomodó la verdura sobre la mesada, sacó el pela papa del primer cajón y me miró por encima del hombro.

—Yo le aviso —empezó a sacarle la piel al tubérculo, información que aprendí en el colegio.

—Gracias, Esmeralda.

—Ahora andá, que seguro ya te escuchó entrar.

—¿Aunque esté enfrascada con esos mandalas? —Mis ojos ya estaban en el camino que llevaba al patio. Si fuera más chico me hubiera ido corriendo sin que me importara que Esmeralda estuviera hablándome.

—A veces creo que es selectivo. Hace un rato le grité para que me viniera a ayudar con el almuerzo y nada. Pero la conozco. Y estoy segura que a vos sí te escuchó.

—En un rato volvemos para ayudarte —prometí mientras mis pies, completamente ansiosos, se empezaban a mover.

Cuando Esmeralda ya no estaba cerca para escucharme correr, lo hice.

La casa de los abuelos de Matilda era bellísima.

Antes del patio había un espacio cerrado. Parrilla, mesada, bacha. Todo eso estaba sobre la pared izquierda. En el centro había una mesa de madera larguísima, como para veinte personas. En la pared derecha había una heladera enorme de dos puertas y al lado una máquina que hacía helados. Sí, la casa de los Mancini era el sueño de cualquier niño. O al menos era el mío. Y lo que separaba el quincho del patio eran unos ventanales de vidrio. Estaban abiertos así que pude escuchar a Matilda antes de que saludarla.

Me estaba dando la espalda, su cabeza parecía moverse al ritmo de algo, y su boca balbuceaba palabras. El brazo derecho se movía ligeramente. Mis pies crujían debajo del pasto pero nada parecía

poder sacarla de lo que estaba haciendo. Cuando llegué a su lado me di cuenta que estaba con auriculares. Me incliné, estiré la mano y le tiré los cables.

—¡Mamá! —gritó con esa voz de fastidio que guardamos exclusivamente para nuestros padres. Sus ojos me miraron con sorpresa y casi como si no pudiera ser de otra forma me sonrió cuando reconoció quién era—. ¡Valen! ¿Qué haces acá? Pensaba que hoy nos veíamos a la tarde para merendar. Tito nos compró chocolatada porque no había más y Lila dijo que podíamos pasar a buscar algo rico para comer.

—Te tengo que contar algo. No podía esperar.

Matilda frunció un poco las cejas. Palmeó el espacio enfrente de ella. Una invitación para que me sentara.

—Bueno, no me hagas esperar.

Fue cuando me senté en el césped que pude ver más de cerca los mandalas que estaba pintando. No sé si ayudaban a relajarte o que, pero lo que sí podía decir es que Mati pintaba hermoso. Con tantos años de amistad no había dudas de que Matilda era una persona talentosa. Todo lo que se proponía lo hacía. Y bien. A veces me hacía enojar un poco. Creo que porque es más chica que yo. No sé.

Crucé las piernas, las descrucé, me llevé las rodillas al pecho, las estiré. Parecía una gaseosa que habían sacudido.

—¿Tenés pulgas? —preguntó divertida.

—Muy graciosa.

—¡Dale, contame!

Empecé a tirar del pasto. Lo hacía para ocupar mis manos en algo y distraerme un poco. De repente la ansiedad se había transformado en nerviosismo. Pero era mi mejor amiga, podía contarle lo que sea.

—¿Pasó algo malo? —la voz de Matilda sonó lenta y bajita.

—No, no —dije, e inhalé—. Es algo bueno.

Matilda asintió pero mi cara no la había dejado nada tranquila.

—Hoy di mi primer beso.

Silencio.

Más silencio.

La cara de confusión de Matilda pasó a ser una de entendimiento, con las cejas alzadas y la boca un poco abierta. Y después se empezó a reír bajito, con delicadeza.

—¿Y por qué parecía que me estuvieras por contar que te habías hecho caca encima?

Me encogí de hombros.

—Todos mis amigos ya lo habían dado —admití. No sabía que era algo que me molestaba hasta que lo dije.

—¿Y? —Empezó a juntar los lápices tirados por el pasto.

—Y que… no sé… —Me rasqué la nuca.

—Yo tengo compañeras que ya lo dieron y otras que no. —Guardó los lápices en la cartuchera y cerró el libro que estaba coloreando—. No me parece tan importante. Llega cuando llega.

—¿Vos diste el tuyo? —Me ganó la curiosidad.

—No. —Sacudió la cabeza como si le hubiera preguntado si se comía los mocos.

Matilda estiró las piernas dejándolas paralelas a las mías y se apoyó en sus manos.

—¿Con quién fue?

—No sé si la conocés…

Me miró seria.

—En Nanai todo el mundo conoce a todo el mundo. Estoy segura de que sí.

—¿Viste María Sol? La dueña de la peluquería.

Matilda me miró, estupefacta, palabra que había aprendido en Lengua el año anterior.

—¿¡QUÉ!? —su grito hizo que unos pájaros que estaban descansando en el árbol de su patio salieran despavoridos—. ¿¡TE BESASTE CON ESA MUJER?!

—¡NO! —Ahora los dos estábamos gritando y con el rostro desconfigurado. Una mezcla entre incredulidad y ¿asco? Sí, eso.

—¡Con la hija! —aclaré. Matilda suspiró aliviada.

—Dios, por un momento me había asustado. —Se rió nerviosa y yo también.

—Esa cabeza tuya…

—¿Y te gustó? —Cerró los ojos e inclinó su cabeza para que el rostro se bañara en el sol que brillaba arriba de nuestras cabezas. El movimiento hizo que su cortina de pelo se mezclara con el verde.

—Fue raro. Incómodo —volví a admitir—. Mucha saliva y nos golpeamos con los dientes. Jamás di un beso en mi vida pero sé que lo dí mal.

—Bueno, no te presiones. Es la primera vez que das un beso, ya vas a aprender. —Asentí con la cabeza pero me di cuenta que no me estaba mirando.

—Si —respondí—. Eso creo.

Nos quedamos en silencio debajo del sol. Era cómodo estar con Matilda. No importaba mucho lo que estábamos haciendo. Podíamos quedarnos en silencio el resto del día y yo iba a disfrutarlo igual. Matilda era, además de Carolina, mi única amiga mujer. A veces no sabía si era por eso que se sentía tan diferente al resto de mis amistades. Pero si me ponía a pensar, con Caro no era así.

—Le dije a tu mamá que la íbamos a ayudar con la comida.

Bufó y se dejó caer.

—¿Por qué tenés que ser tan vos? —Alzó los brazos por encima de la cabeza. Me reí.

—No sé qué responderte a eso. —Me paré y sacudí el pasto que se me había pegado al culo. Caminé hasta quedar por encima de Matilda. Me observó con odio. Le ofrecí mi mano para ayudarla a levantarse. La aceptó sin muchas ganas.

—Voy a ir a tu casa y empezar a prometer cosas. —Se sacudió el pasto de la ropa y empezó a caminar hacia el interior de la casa.

—Sos una exagerada.

Ese comentario hizo que me ganara un golpe en el brazo.

—Y una violenta —murmuré.

El resto de la mañana estuvimos pelando papas para luego cortarlas en cubitos y mandarlas a hervir. El encargado de pisarlas fui yo.

—Vos nos metiste en esto —justificó mientras me entregaba el pisa papa. Y sonrió de satisfacción cuando me quise quejar pero Esmeralda también estaba en la cocina, así que lo tuve que reprimir.

A la tarde hicimos el plan que habíamos arreglado el día anterior. Pero Matilda lo modificó un poco. Volvimos a estar en el patio, esta vez sentados en las sillas de afuera. En la mesa estaban las respectivas chocolatadas. La mía sin azúcar (como corresponde), la de ella con azúcar (un gravísimo error). Quedaban dos medialunas de la media docena que había en un principio. La idea era hacer esto mientras mirábamos una película, pero Mati tenía otra idea en mente.

—¿Me pasas el lápiz violeta? —Me lo alcanzó sin mirarme—. Gracias.

Esmeralda tenía razón, pintar mandalas era relajante.

* * *

Los vasos tenían restos de chocolatada, solo había quedado una medialuna y los mandalas habían quedado olvidados en la mesa. El cielo empezaba a teñirse de naranja. Sabía que era el momento favorito de Matilda. También el mío.

Hablábamos de un tema y no nos preocupamos en terminarlo para empezar otro. En ese momento la conversación había viajado a los cangrejos.

—¿Sabías que los cangrejos se disfrazan? —dijo de la nada.

—¿En serio?

–Si. Lo hacen para camuflarse. Se colocan esponjas en la cabeza y el cuerpo. Las esponjas los esconden de los depredadores —cada palabra salía emocionada—. Algunas especies también emiten sustancias químicas tóxicas o nocivas, para no ser muy apetecibles. ¿Y querés saber algo asqueroso? ¡Tienen sus dientes en el estómago!

—¿De dónde sacás estas cosas? —pregunté un poco asombrado, un poco entretenido por la catarata de palabras y un poco asqueado por lo último.

—Tito —eso lo explicaba todo. Al abuelo de Matilda le fascinaban las criaturas marinas y solía soltar algún que otro dato—. Me dan pena.

—¿Quiénes?

—¡Los cangrejos!

—¿Por qué? —pregunté algo confundido. Matilda me miró como si no entendiera nada de la vida.

—Porque nadie los elige como su animal favorito. Las respuestas siempre son: perro, gato, caballo, tigre, león o delfín como original. Pero, ¿cangrejo? Jamás. Creo que la gente no sabe lo interesantes que son. Mi abuelo me prestó una enciclopedia y hay un montón de animales que son lo más, solo que no tienen buena publicidad. ¿Sabías que en los caballitos de mar los machos son los que se embarazan? ¿O qué una anguila eléctrica produce electricidad suficiente para encender hasta 10 bombillas? ¡El pulpo tiene tres corazones y su sangre no es roja, es azul! ¿Cómo nadie lo elige?

—¿Te dejaría más tranquila si la próxima vez que me preguntan por mi animal favorito digo uno de esos? —ofrecí. Matilda me sonrió mostrándomelos dientes.

—Me haría feliz.

—Listo, ya tenés una persona que no va a decir que su animal favorito es el león.

Matilda entrecerró un poco los ojos.

—¿Ese es tu animal favorito? —cuestionó.

—Era.

Me siguió contando datos interesantes sobre animales marinos hasta que el sol se escondió. Hubo un punto del día en el que me había olvidado que más temprano había dado mi primer beso. Matilda a veces tenía el poder de ocuparlo todo, de hacer que mi mente solo pudiera enfocarse en ella, haciendo que lo demás se vuelva algo borroso.

Cuando entramos, los papás de Mati me ofrecieron quedarme a cenar pero tenía que volver a casa, sino mamá me iba a matar. Saludé a Tito y Carmencita, que estaban en el living viendo el noticiero. Esmeralda me agradeció por la ayuda en la cocina y Darío fue quien me acompañó hasta la puerta.

—Hasta mañana, Valen —me saludó consciente de que en un par de horas me iba a volver a materializar frente a la puerta.

Cuando llegué a casa, mientras ayudaba a mi mamá con la cena, le hice la pregunta que Matilda me había hecho a mí más temprano.

—¿Cuál es tu animal favorito, ma? Y no podés decir lo típico.

Puso sus manos sobre la tabla de picar y me miró pensativa.

—¿Lo típico?

—Claro, como perro o león. Esas respuestas que da todo el mundo.

—Mmmm… —Reanudó el movimiento de sus manos. La cebolla nos estaba haciendo llorar a ambos—. Dejame que lo piense bien, así puedo darte una respuesta a la altura. ¿Te parece?

Asentí con la cabeza.

Media hora después volví a hacer la pregunta. Mi papá dijo que los perros (típico pero entendible, en su casa solían tener muchos). Mi hermana dijo que las jirafas (me sorprendió). Mi mamá pellizco sus dedos y se selló la boca. Más tarde, cuando viniera a mi habitación para desearme buenas noches me confesaría que los colibríes eran sus favoritos sin lugar a dudas.

—¿Cuál es el tuyo? —preguntó Juana con la boca llena.

No lo tuve que pensar.

—Los cangrejos.

# *Capítulo 29*

## Matilda

—Buenos días. —Bostezo mientras me dejo caer en la única silla libre. Mi mamá, mi papá, Finn, Eugenio y Tito ocupan las otras, restos del desayuno frente a ellos.

—Buenos días —responden casi al unísono. Todos en español. Menos Finn, por supuesto.

—Mejor dicho, buenas tardes —agrega mi abuelo.

Estiro la mano hacia la cafetera. Vacía. Gruño.

—Yo me encargo —dice Eugenio. Le agradezco con la mirada.

—Ayer llegaste tarde —empieza mi mamá mientras apila las tazas y platos usados.

—¿Si? —Me llevo una tostada a la boca.

—¿Querés mermelada?

—No, ma. Gracias. —Lo único que quiero son carbohidratos que puedan absorber el alcohol que todavía se resiste a irse. Y café. Litros de café.

—Creo haberte escuchado. Me alegra saber que la pasaste bien con las chicas —continúa.

Le doy otro mordisco a la tostada y me aseguro que sea grande y me lleve un buen rato masticar. Sí, la pasé bien con Juana, Delfi y Caro. Necesitaba una noche de chicas y no tenía idea de cuánto hasta ayer. Les iba a mandar un mensaje para agradecerles y preguntarles si mañana tenían ganas de ir a la playa. Amé pasar tiempo con ellas y quería volver a hacerlo, pero por sobretodo, necesitaba hablar de Valentino con alguien, sino me iba a terminar implosionando una vena. Y ahí estaba el motivo de haberme metido

media tostada en la boca. Porque no fueron solo las chicas con las que estuve anoche.

—Con tu mamá queríamos ir a El Café de Lila. —Mi papá termina de levantar las cosas de la mesa y las deja sobre la bacha, agarra la esponja, el detergente y se pone a lavar—.Tu abuelo quiere ir también.

—Extraño a los chicos. Sobre todo a Fausto que siempre me da una medialuna extra con mi café.

Eugenio deja la cafetera sobre la mesa. El aroma del café recién hecho es uno de mis favoritos, ahora y siempre. Sobre todo ahora.

—Gracias —murmuro. Me guiña un ojo y va a ayudar a mi papá a secar los platos.

—Fuimos al café ayer —le recuerdo a mi abuelo mientras lleno mi taza.

—Cuando te estás muriendo el tiempo es relativo. —Se encoge de hombros.

—No podés chantajearnos constantemente con tu muerte. —Sonrío, entre triste y amarga.

—Pero puedo intentarlo.

Le doy un sorbo al café y la vida deja de ser tan terrible.

—Si van a ir a lo de Lila pueden llevarse a este de acá. —Señalo con mi pulgar a mi mejor amigo—. Le harían el día.

—¿Ah, si? —Mi mamá lo observa intrigada y entonces le pregunta en inglés si quería ir a El Café de Lila. Finn dice que sí con la cabeza con tanta violencia que temí por su cuello.

—Te dije. —Escondo mi sonrisa en el borde de la taza.

—¿Se puede saber por qué? —Me observa divertida mi mamá.

—Ya vas a ver.

Mi papá se seca las manos con el repasador que no está usando Eugenio y se vuelve a sentar al lado de mamá.

—Seguro es una chica. Siempre lo es —dice seguro, y me hace reír que tenga razón. —¿Vos venís?

Niego con la cabeza, la cara metida en la taza de café.

—¿Tenés planes?

Asiento.

—¿Se puede saber con quién?

No respondo, solo subo un poco los hombros.

—¿Te comieron la lengua los ratones? —Mi papá alza una ceja.

—Nop. —Apoyo la taza en la mesa.

Siento la mirada de mi abuelo en mí.

—Algo me dice que yo sé la respuesta a tu pregunta, Darío.

Abro ligeramente los ojos.

—¿Sí? —responde mi papá.

—Siempre es un chico.

Mi papá gira la cabeza para mirarme a mí. Mamá a su lado intenta no sonreír.

—¿Qué chico? —No es de esos padres súper protectores que amenazan novios y le dice a todo el mundo que su hija no va a tener un novio hasta los treinta. Pregunta puramente desde la intriga. Tiene sentido.

—Ah, esa pregunta también la puedo responder por ella —sé muy bien que Tito lo va a hacer—. Algo me dice que estamos hablando del nieto de Lila, ¿no?

No hace falta darle la razón.

—Ay, Valentino. —Mamá aplaude y se toma de las manos. Noto su emoción, cómo intenta controlarla—. Me encantaría verlo alguno de estos días; a Juana seguro la veo en el Café en un rato. —Me recuerdo que Valentino no es solo mi amigo de verano, sino el hijo de la mejor amiga de toda la vida de mi mamá. Al igual que Juana. Y sé que mi mamá quiere verlos, abrazarlos, chequear cómo están, ver si necesitan algo. Verlos y encontrar en sus rostros porciones de su mejor amiga e intentar que sea suficiente poder volver a verla a través de ellos.

—¿Entonces no te contamos para venir a almorzar a El Café de Lila? —interrumpe papá.

—No, gracias.

Girando sobre la silla, mamá se dirige a Eugenio.

—Acordate que tenes el fin de semana libre. —Voltea a verme—. ¿Qué planearon con Valentino? —Esa es una excelente pregunta. No podría decir que lo planeamos. Él no sabe que voy a aparecerle en la puerta de la casa y preguntarle si quiere ir a la playa. Siendo honesta, ni siquiera yo lo sabía esta mañana. Es solo que me

desperté con ganas de verlo y el saber que está de vacaciones no ayuda.

—Ir a la playa, lo paso a buscar por la casa —respondo. Dios. Si me llega a decir que no, voy a tener que ir sola. Por las dudas voy a llevar el libro que estoy leyendo.

—¿Querés que les prepare unos sanguches de jamón y queso?

—Mamá, tengo treinta años.

—¿Y? —dice seria y ofendida—. Hasta donde tengo entendido seguís siendo mi hija y te seguís alimentando.

—A lo que me refería es que puedo hacerlos yo. No hace falta que te pongas a hacer nada, ma.

Hace un gesto con la mano.

—No me cuesta nada.

—Gracias, ma. —Sonrío, y me termino el café.

—Voy a buscar la heladerita —agrega mi papá mientras se para.

—¡Gracias! —le grito a su espalda.

—Es agotador vivir confundido —se queja Finn a mi lado.

Su voz me toma por sorpresa. Por un segundo me olvidé que estaba.

—¿Te olvidaste que estaba sentado a menos de treinta centímetros de distancia? —pregunta ácido.

—Pasás tanto tiempo callado que sí, me olvido que estás. Perdón.

—Voy a tener que aprender algo de español —murmura, resignado.

—Delfina me dijo que te podía dar unas clases…

Su cara se ilumina.

—¿En serio? —las sílabas se deslizan sobre un tobogán de los felices que suenan.

—En serio. —Su entusiasmo es contagioso—. Preguntale hoy cuándo podrían comenzar.

Una heladerita de color rojo aparece en la mesa.

—Lo que sí, no sé cómo vas a hacer para llevarla, más las reposeras. ¿Querés que te alcance con el auto?

—Tengo registro —contesto estoica.

—Hija, todos sabemos que manejar no es una habilidad que poseas.

—Son diez cuadras. Y estamos en un pueblo.

—Y solo tenemos un auto —contraataco.

Una hora después estoy en la parte de atrás del auto con Finn y Tito, mis padres en los asientos de adelante. La situación me genera algo que no termino de descifrar y estoy todo el camino intentando hacerlo. Recién cuando llegamos a la casa de Valentino y mi papá me ayuda a bajar las cosas me doy cuenta de qué es lo que siento.

—Portate bien —dice papá a modo de despedida una vez que apoyó todo en la puerta.

Me siento como si fuera una nena de nuevo.

—Ustedes también —respondo. Mi papá mira la puerta y después vuelve la mirada hacia mí. Se lleva el índice debajo del ojo y estira su piel. El gesto universal que dice "ojito, eh". Estoy por decirle que se preocupe pero tampoco voy a mentir por mentir. No después de anoche. Y la otra noche.

Espero a que el auto con cuatro testigos se vaya antes de tocar el timbre. Escucho unos ladridos antes de escuchar los pasos acercándose.

Hay muchos momentos en la vida de una mujer en los que tiene que, previamente, prepararse mentalmente. Cuando se depila con cera, antes de que la depiladora decida dar el tirón. Cuando va a comprar mallas. Cuando se tiene que hacer el delineado. Cuando tenés que volver a ver a tu ex. Hay muchas instancias en las que estar preparada te sirve para afrontar las situaciones lo mejor posible. Y eso me digo a mí misma cuando Valentino abre la puerta con solo unos bóxers puestos.

Dios. Mío.

Menos mal que no tengo nada en mis manos porque estoy cien por ciento segura que se me hubiera caído.

Valentino tarda unos segundos en enfocar la vista y darse cuenta que soy yo quien está en la puerta de su casa a las once y media de la mañana. Es evidente que recién se despierta. Su pelo está todo parado, tiene unas pequeñas bolsas debajo de los ojos y puedo notar la marca de la almohada en su cachete. Algo me dice que no

tenía que presenciar la versión de Valentino recién salido de la cama. Me parece algo íntimo que no estaba destinado a ser visto por mí. Pero acá estamos. Y no tengo ninguna queja al respecto. Trago fuerte.

—Mati —dice con sorpresa aún tiñendo su expresión—. ¿Qué haces acá?

De repente todo me parece demasiado desubicado. Ni siquiera lo llamé. Yo simplemente decidí idear todo un plan sin consultarte y presentarme a su casa como si fuéramos los mismos que hace quince años. Calor. En mi cara, en mi cuello, en mis orejas. ¿Qué estoy haciendo?

La mirada de Valentino viaja hasta el piso. Las dos reposeras y la heladerita dicen a gritos lo que mi boca calla.

—¿Había pensado que podíamos pasar el día en la playa?

Ningún músculo de su cara se mueve. Nada.

—Mamá nos hizo sanguches.

—¿Tus papás llegaron?

—Sí, me olvidé de contarte ayer. —Es una necesidad para mí recordarle lo que pasó hace unas horas. Cómo estábamos. Su cuerpo entre mis piernas, mis manos en su pelo, nuestras bocas luchando por no tocarse. Y como si este hombre viviera dentro de mi cabeza, sus ojos se deslizan hasta mis labios.

—Dame diez minutos. —Se mete dentro de la casa. Deja la puerta abierta y lo tomo como una invitación para entrar. Ringo hace círculos y saltaba mientras entro—. Me cambio y estoy —grita desde algún punto de la casa.

Me inclino para acariciar el pelaje negro de Ringo y recorro con la mirada la casa de Valentino. Es la segunda que estoy acá pero la primera en la que puedo observar con detenimiento.

La casa tiene un solo piso pero es amplia teniendo en cuenta que solo viven Valentino y Ringo. Los techos son altos y tienen unas vigas de madera a la vista. En la parte del comedor hay un sillón naranja en el que pueden entrar tranquilamente tres personas, una mesita ratona de madera que en ese momento tiene una taza gigante con un posavasos por debajo. Hay un sillón enorme para una persona de color celeste que tiene pinta de que una vez que te

sentás no salís más. Detrás hay una ventana que te muestra el patio de la casa. Enfrente del sillón naranja hay un hogar y a los costados del mismo hay dos muebles repletos de libros. Me acerco y paseo mis ojos a través de los lomos. Las espinas de los libros indican que fueron leídos y noto que algunos fueron elegidos más de una vez. Miro el sillón celeste y me imagino a Valentino horas y horas sumergido entre páginas sentado ahí. Justo en el medio de todo, está la mesa circular donde cenamos la otra noche.

—¿Matilda? —grita desde el fondo de la casa.

—¿Sí?

—En el mueble abajo de la bacha de la cocina hay un recipiente para el agua de Ringo. ¿Lo agarrás?

El canino ladra al escuchar su nombre. Ambos vamos hasta la cocina. Es preciosa y luminosa a la luz del mediodía. Los muebles son de color azul francia y los detalles son de bronce. Hay una mesa mucho más chica que la del living. Es también de madera pero solo entran cuatro personas y es rectangular. Camino hasta la bacha; encima hay una ventana gigante que muestra el verde del jardín. Las cortinas son blancas y se sacuden ligeramente con la brisa. Me pongo en cuclillas, abro la puerta y saco el recipiente de agua de Ringo.

—Ya estoy —dice una voz detrás de mí. Me paro y me giro para encontrarme con Valentino, gracias a Dios, vestido. El short de malla es corto, llego a distinguir sin ningún tipo de interferencia la definición de los músculos de sus piernas. Trago con fuerza. Hasta ahora nunca había sentido atracción por las piernas de un hombre pero supongo que hay una primera vez para todo. Subo un poco más la mirada, una remera amarilla, un poco estirada y que pide por favor la jubilación, cubre su torso y un cuarto de sus brazos, dejando tapados casi todos sus tatuajes. El colibrí es el único que se ve completo. Una gorra color bordó le tapa la cabeza, pero se ven algunos mechones aplastados en su nuca. Esta versión tampoco me está ayudando mucho.

—¿Te sentís bien?

—¿Mmh? —Parpadeo rápido, intentando enfocarme en las palabras que salen de su boca en vez de en su boca en sí.

—Estás respirando un poco rápido y tus cachetes están colorados. ¿Tenés calor? —No espera mi respuesta que pasa por mi lado para abrir un poco más la ventana de la cocina. De alguna forma el aire extra me ayuda—. Voy llevando las cosas a la camioneta, ¿te parece? Hay agua en la heladera, servite lo que necesites. —Me sonríe brevemente antes de salir de la cocina.

Ringo observa sentado y sintiéndome completamente demente, juro que me juzga en silencio. Veo cierto brillo en sus ojos que me indica que sabe lo que estaba pensando al ver a su dueño.

—No me mirés así —le digo—. Una mujer no puede ser fuerte todo el tiempo. Además, ¿es un pecado apreciar la belleza de alguien? Yo creo que no —continúo—. Y siendo honesta no es que recién ahora me doy cuenta de lo lindo que es. Siempre lo pensé. Bueno, no sé si siempre. Pero desde que soy adolescente. —Ringo deja caer la cabeza y mueve un poco las orejas, indicando que me está escuchando con atención. Cruzo mis brazos a la altura del pecho y me apoyo en el borde de la mesada—. Y no es para justificarme, porque no estaba haciendo nada malo, pero me gustaría agregar que estoy ovulando.

—Es bueno saberlo. —Abro los ojos como platos. Valentino está recostado sobre el marco de la puerta, diversión en sus ojos y su boca torcida en una sonrisa demasiado egocéntrica.

—Te podría preguntar qué tanto escuchaste pero la verdad es que prefiero no saberlo.

—Tranquila, solo llegué a la parte donde le contabas a Ringo el calendario de tu ciclo menstrual.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas. —Estiro una mano y nos señalo a Ringo y a mí. Valentino se endereza y camina hasta donde estoy.

—Te pido perdón. —Su sonrisa da a entender que su disculpa es vacía—. Vine a buscar esto. —Se acerca un poco más y una voz interna suplica que me apriete contra la mesada. Las puntas de nuestros pies se tocan. Alzo un poco la cabeza para mirarlo a los ojos y no escondo lo que quiero. Frunce un poco las cejas, como si lo estuviera meditando, pero solo dura un segundo. Pestañeo y la expresión de incertidumbre se fue. La sonrisa en su boca no es de

las buenas. Se inclina un poco y por tercera vez desde que llegué a Nanai deseo que choque sus labios contra los míos. Estira su mano y me saca de las manos el recipiente de Ringo. Me había olvidado por completo de que lo seguía sosteniendo.

Valentino se da media vuelta y sale de la cocina con Ringo atrás. No muevo ni medio músculo, mis pies estáticos.

—¿No te estás moviendo porque estás aprovechando para mirarme el culo? —dice sobre su hombro. Engreído. Lo miro seria mientras me acerco a él.

—¡Fíjate si tu ego te permite salir por la puerta! —Valentino abre la puerta de la casa y se encoge de hombros.

—Tengo que admitir que ayer a la noche no te creí cuando dijiste que estabas enamorada de mí cuando eras chica, pero ahora empiezo a pensar que a lo mejor me estabas diciendo la verdad.

—Eso fue hace mucho tiempo —balbuceo mientras me subo a la camioneta roja.

Valentino abre la puerta de atrás para que se suba Ringo. Escucho el movimiento del arnés y el cinturón. Una vez que lo deja atado, cierra la puerta y se sube al auto.. Espera a ponerse el cinturón para responderme.

—No quiero sonar presumido —suspira exageradamente, como si le doliera lo que va a decir—. Pero te acabo de escuchar confesarle a mi perro que no podés sacarme los ojos de encima.

Frunzo el ceño, abro mi boca en una O perfecta, una mano en el pecho. La imagen de la indignación en su máximo esplendor.

—No estaba haciendo eso —me defiendo.

—Yo solo sé lo que escuché. —Gira la llave—. Y lo que sentí. —Me sonríe, inocente.

—¿Te estás olvidando la parte en la que dije que estoy ovulando?

—Para nada. —La camioneta se mueve y Valentino no espera mucho para prender el estéreo—. Pero entre nosotros dos creo que estás usando el ciclo menstrual de excusa. ¿Puede ser, Matilda? —Con ambas manos gira el volante mientras empieza a sonar *Never Going Back Again* de Fleetwood Mac. A mi lado Valentino canta sin preocuparse de que lo esté escuchando. No conozco la canción así que me limito a escucharlo y ver cómo mueve la cabeza al son de la

música, sus dedos marcando el ritmo en el volante y su boca haciendo los ruidos instrumentales ante la ausencia de la letra.

Las ventanillas están bajas; el viento entra, nos despeina y se queda. Me saco la colita de pelo de la muñeca y me hago un rodete improvisado. Fue todo un desafío con el aire insistiendo en revolotear los mechones. El cielo está celeste, el sol del mediodía brilla con intensidad. Me fijo en el celular y la temperatura es de treinta grados centígrados. Antes de poner un pie en la arena ya sé que va a ser de esos días de playa donde me voy a cocinar bajo del sol y a congelar cuando me meta en el mar frío argentino.

—Me acabo de dar cuenta que me olvidé la sombrilla. —No vamos a sobrevivir ni una hora sin una.

—Traje una carpa.

—Menos mal que te tengo —digo con una sonrisa. Valentino gira la cabeza y me guiña un ojo.

Estacionamos la camioneta y bajamos las dos reposeras, la heladerita roja y la carpa. Ringo se baja de un salto y Valentino le grita que no se vaya corriendo, que nos espere. Me río cuando no le hace ni un gramo de caso.

—Por suerte imponés respeto. —Me coloco una reposera de cada lado. Valentino agarra la heladerita, que pesa una tonelada, y apoya encima el tubo donde está contraída la carpa. Me ofrece la mano y yo solo la miro, sin entender del todo.

—Dame una reposera —insiste, moviendo un poco los dedos.

—No hace falta. —Empiezo a caminar—. Puedo.

—Ya sé que podés, pero no tenés porqué.

—Está bien, gracias. —Me alejo en dirección a la playa.

—Matilda.

Freno.

—¿Sí? —Me doy media vuelta para enfrentarlo.

—No te estaba preguntando si querías. Dame la reposera. La llevo yo. —Vuelve a ofrecerme la mano.

De repente me siento muy mal conmigo misma porque le estoy alcanzando unas de las reposeras y me doy cuenta que Ringo tiene más poder que yo. Si Valentino usara ese tono conmigo siempre,

podía pedirme lo que quisiera que se lo daría. Sin dudarlo ni un segundo.

—Gracias. —Se acomoda la reposera debajo del brazo que tiene libre—. Estoy seguro de que Ringo ya debe estar lleno de arena.

Dejo que camine adelante mío. La remera no es ajustada pero igualmente puedo ver la tensión en sus omoplatos debido al peso que lleva. Respiro hondo y cuento hasta diez con los ojos cerrados.

—Puedo sentir que me estás mirando —canturrea.

—Estoy, literalmente, con los ojos cerrados. No mientas —grito sin abrirlos.

—Seguro lo estás recreando en tu mente —grita.

—¿Qué cosa? —también grito.

—¡Mi culo!

Abro los ojos, Valentino está a dos metros de distancia, mirándome de frente.

—Sos insoportable —murmuro. No espera que lo alcance para retomar sus pasos.

—Me han dicho eso un par de veces.

—Se ve que no las suficientes.

—Por suerte estás vos para decirmelo las veces que hagan falta.

Camino dejando una distancia entre nosotros. Hay gente pero no mucha. De chicos, con Valentino solíamos pensar que esta parte de la playa era solo nuestra, como si fuera una especie de escondite que existía solo para nosotros dos. Cuando fuimos creciendo nos dimos cuenta que había un motivo por el cual nadie venía. Si bien estaba un poco escondida, la realidad es que quedaba bastante lejos del centro. Más de grandes dejamos de venir justamente por eso. No había absolutamente nadie. Los amigos de Valentino iban a la parte que estaba repleta de turistas, y nos interesaba más pasar tiempo con otros adolescentes que otra cosa. Aunque de vez en cuando nos escapábamos a nuestro pedacito de playa. Ni siquiera Juana sabía de nuestro secreto. Tomás y Carolina tampoco. Nadie de nadie. Solo Valentino y yo. Me gustaba. Me gusta.

Por eso cuando mis ojos enfocan la vista e identifican lo que tienen de frente mi corazón responde con un brinco y una aceleración inapropiada. O completamente apropiada. Porque el

hombre que camina delante mío nos trajo acá. No se olvidó. Justo en ese instante se gira para aniquilarme con una sonrisa que me hace querer ir corriendo, acortar la distancia y borrarla con mis labios.

—Apurate que tengo hambre —dice mientras busca un lugar no muy lejos del mar para instalarnos. Deja caer la heladerita y abre la reposera. Casi me tropiezo cuando Valentino se saca la gorra, dejándola sobre la reposera y con los dedos toma el borde de la remera. Verlo desvestirse es lo peor y mejor que me pasó en el día. Y solo llevo dos horas despierta.

Estoy lo suficientemente cerca para que no tenga que gritarme cuando vuelve a hablar.

—¿Tenés protector solar en ese bolso? —me pregunta.

Quisiera decirle que no. Porque decirle que sí significa que voy a tener que ayudarle a ponérselo cuando llegue la parte de la espalda. Podría mentirle. Estoy pensando seriamente en hacerlo. Pero no soy una hija de puta y no quiero que no pueda apoyar la espalda en ninguna superficie simplemente porque yo estoy hormonal.

Rebusco en el bolso hasta dar con el dichoso protector solar.

—Tomá. —Se lo lanzó y lo agarra con una sola mano.

—Gracias, Mati. —Abre la tapa y se pone un poco del producto en la mano—. Te aviso cuando necesite que me pases por la espalda.

Valentino no tiene los abdominales demasiado marcados pero están ahí, levemente definidos y me está haciendo mal ver cómo se flexionan mientras se pasa la crema. Me digo a mí misma que necesito tener un poco de decencia y me concentro en colocar la reposera al lado de la otra y en cualquier otra cosa que no sea Valentino y sus brazos, que se flexionan mientras se pasa el protector solar por todo el cuerpo.

Estiro la lona gigante que traje justo por delante de las reposeras. Pongo la heladerita en una punta y mi bolso en la otra con la intención de que no salga volando. Me saco el vestido de crochet. Es largo y de color verde. Debajo tengo una malla rosa de dos piezas. Es simple pero me sostiene bien y es lo único que puedo

pedirle a un corpiño los días previos a que me venga. Las tetas se me hinchan y pesan toneladas.

—¿Me ponés? —Estoy agachada, guardando el vestido en el bolso cuando Valentino habla. Cierro la cremallera, me pongo los anteojos del sol y me incorporo para tomar el protector solar.

Valentino no disimula ni un poco. Con descaro, me estudia el cuerpo completo. De abajo hacia arriba. Dos segundos se demora en despegar la mirada de mis tetas para llegar hasta mi cara. Esta vez es mi turno de sonreír con petulancia, satisfecha de saber que no soy la única que la está pasando mal.

—Girate. —Hago un remolino con el dedo. Inhalo. Exhalo y me adentro a la misión de pasarle crema a este hombre por la espalda. Y puede ser que le haya visto un poco el culo en el proceso. ¡Pero es que estoy ovulando!

# *Capítulo 30*

## Valentino

Claramente no pensé esto bien. Porque si lo hubiera hecho entonces no estaría padeciendo el tacto de la piel de Matilda sobre la mía. Puedo sentir cada fibra de sus dedos hundiéndose en mi espalda y creo que me están quedando minutos de vida. Me gustaría poder encontrar mi voz para decirle que se encargue de encontrarle una persona a Ringo, pero todo lo que no sea concentrarme en no darme media vuelta, tomarle la cara entre mis manos, y estamparle la boca en la suya, va a tener que esperar un rato más. Su mano viaja por mis hombros, el costado de mis costillas, los omoplatos, la columna vertebral, la parte inferior de mi espalda. Estoy tan tenso. Tengo miedo hasta de respirar. ¿Se estará dando cuenta lo mucho que me afecta su tacto? Una parte mía espera que no pero otra muy distante desea que si, que se entere lo mucho que ella me remueve.

Si cualquier otra persona se hubiera presentado en la puerta de mi casa a las once de la mañana después de haber dormido unas míseras tres horas, mi más amable reacción hubiera sido cerrarle la puerta de un portazo. Ayer toqué mi cama a las cuatro de la mañana y hasta las cinco no me pude terminar de dormir. A las ocho de la mañana sonó mi celular y con un gruñido estiré la mano. Ni me preocupé en ver quien era. Juana, como de costumbre, para notificar que había pasado a tocarle el timbre a Daniel y corroborar que siguiera vivo. Eso era lo único en lo que le permitía ayudar. Y porque le quedaba de paso al café. Después podía visitarlo las veces que quisiera, pero intentaba que no fuera una situación que la consumiera de más. Las compras las hacía yo. Rescatarlo. Emergencias. Situaciones que requerían fuerza física y mental.

Intentaba dejarle a mi hermana los escenarios más inofensivos. No quería que se preocupara. Pero como suele recordarme, no podía no hacerlo cuando su padre era un alcohólico con la intención constante de morir. Tenía razón. Y justamente por ese motivo quería dejarle lo fácil, aunque nada lo fuera realmente. Que Juana tuviera que ir a buscar a nuestro papá a la comisaría solo le rompería más el corazón. Intentaba que no tuviera que chocarse con esa versión de Daniel.

En definitiva, nunca había sido muy bueno en decirle que no a Matilda. No me creía capaz de mirarla a los ojos y pronunciar esas dos letras. Debería estar aterrado. Algo lo estoy.

—Listo. —Su aliento golpea justo entre mis omóplatos mientras su mano derecha palmea un poco el costado de mi torso. Reprimo el temblor.

—Gracias.

—No es nada. Además en un rato te voy a cobrar el favor. —Levanta las cejas y me sonríe. Contradicción pura se instala en mi cuerpo. Quiero tocarla pero porque ella quiera, no porque no tengo otra opción. Quiero que me lo pida. Que me mire como ayer en el bar, con esos ojos desbordantes de hambre y me suplique que la toque con mis manos, con mi lengua, con mis dientes, con mi propia piel.

—Ringo está feliz.

Me siento a su lado. Matilda se bajó los lentes y me parece que está haciendo trampa. No puedo saber a dónde está viendo, qué está viendo. Me reto a mi mismo por no haber traído unos.

—No hay nada que disfrute más que la playa. Se transforma en un cachorro.

—Es un cachorro. —Gira su cabeza para deslumbrarme con una sonrisa.

—Técnicamente no. —Apoyo mi cabeza sobre el respaldo de la reposera. No me interesaba ver nada más.

—Los perros siempre son cachorros. Aunque crezcan. Se transforman en bebés gigantes. —Vuelve la mirada al mar. No me muevo ni medio centímetro. La estoy bebiendo por completo.

Tiene el pelo en un rodete más desarmado que peinado, vuelan mechones de su pelo dorado, y se encarga de sacarse los que se interponen en su rostro. La envidio. Su boca esconde una sonrisa. Minúscula. Las comisuras levemente alzadas, casi tímidas. Parece estar relajada.

—¿Y vos estás feliz?

Gira la cabeza hasta copiarme la postura. Ahora ambos tenemos los rostros enfrentados. Parece pensar mi pregunta, meditarla. Mastica mis palabras antes de devolverme unas. Apenas se ve el ceño fruncido por encima de los anteojos de sol.

—No lo sé —suspira al fin—. ¿Sí? ¿No? Ahora lo estoy, pero cuando ponga un pie en casa voy a, inevitablemente, dejar de estarlo. Es complicado. Estoy feliz de estar acá. Extrañaba Nanai. Los extrañaba a ustedes. —Nos sonreímos—. Este lugar es especial para mí. Y ahora que regresé me arrepiento de no haberlo hecho antes. La verdad es que no le encontraba sentido. No había nada acá que requiriera que volviera. —Odio esos lentes de sol. Me hacen sentir un poco desnudo, vulnerable. Estoy seguro que mis ojos gritan que yo estaba acá, que donde yo estuviera quería que lo esté ella también—. Pero ahora me doy cuenta lo equivocada que estaba. Perdón —me ofrece. Niego levemente la cabeza.

—Mati, no tenés que pedirme perdón por nada. —Inflo mi pecho con todo el aire posible. —Yo fui un par de veces a Nueva York. Viajes de negocios, cuestiones relacionadas con los hoteles… —Me mojo los labios—. No importa. A lo que voy es que yo tampoco fui a visitarte. Y pude haberlo hecho. Pero hubiera sido raro, creo yo. Entiendo por qué no volviste a pasarte por Nanai, porque es la misma razón por la cual yo nunca me pasé por tu departamento en 36 Bleecker St., Unidad 4A.

Matilda se sube sus anteojos, exponiendo sus ojos completamente abiertos. Ni un parpadeo.

—¿¡Sabés dónde vivo!?

Agradezco que el ser humano no haya desarrollado demasiado el sentido auditivo porque sino Matilda hubiera escuchado cómo mi corazón se resquebrajaba. Al final del día, ella sigue viviendo en la otra punta del continente.

—Puede ser que lo haya averiguado la última vez que fui…

—¿A quién tuviste que sobornar? —Sus ojos pasan de ser dos óvalos gigantes a una línea apenas visible.

—Nada de soborno. La persona estuvo más que complacida de darme dicha información.

—Estoy entre dos posibles. —Acomoda su cuerpo para estar totalmente de frente a mí. Esconde uno de sus pies bajo la pierna.

—Solo tenés una oportunidad. —Levanto el dedo índice para dar énfasis.

—¿Y qué pasa si pierdo?

—Te vas a tener que meter al mar.

—Con el calor que hace no me parece tan grave.

Choco mi lengua contra el paladar, frenando sus palabras.

—No ahora. Cuando el sol se vaya —puntualizo.

—¿Me odiás? —Me tragué la risa y muere en mi garganta—. No, en serio te pregunto. Va a estar helada. Si me enfermo va a ser tu culpa. —Me señala acusatoria con su dedo.

—Prometo que si te enfermás voy a ir hasta tu casa a cuidarte —y lo digo en serio. Y además me voy a odiar fervientemente si Matilda llega a estornudar una vez por mi culpa—. ¿Trato? —Estiro mi mano y ella no medita absolutamente nada antes de estrecharla con fuerza y decisión.

Cuando éramos chicos, nuestras mamás se estresaban cada vez que salíamos juntos. Ambas decían que no sabían quién de los dos era peor. El debate caía en si era ella quien me impulsaba a mandarme cagadas o viceversa.

—Trato.

—¿Te acordás cuando te abriste la pera? —No le suelto la mano. Ella tampoco la aleja. Dejamos nuestra unión colgando entre las reposeras, mi mano cubriendo por completo la de ella. Y como si mi pulgar no tuviera conexión con mi cerebro, empieza a hacer dibujos en sus nudillos. Tomo como una victoria que se quede, que me lo permita.

—Nunca vi tan enojada a mi mamá. —Se ríe.

—Estaba preocupada— la corrijo.

—Me castigó. —Su semblante es serio. Es verdad. Me había olvidado de ese detalle. Al otro día cuando la había ido a buscar, Esmeralda me dijo que Matilda estaba en penitencia y que no iba a salir de la casa hasta nuevo aviso. Al día siguiente fue libre. Pero haber perdido un día fue terrible para nosotros, escandaloso. Mati estuvo arisca el resto de esa semana con su madre.

—La voy a defender. —Matilda bufa, y yo me rio ante su cara de hastío—. ¡Lo voy a hacer! No dejaba de chorrearte sangre, yo también te hubiera cagado a pedos.

—¡Fue tu culpa!

—Qué feo, echarme toda la responsabilidad a mí. —Sacudo la cabeza—. Si mal no recuerdo ambos estuvimos de acuerdo.

—Sí, pero la idea fue tuya.

—¿Cómo podía adivinar que te ibas a caer de lleno justo sobre una roca? —Alzo ambas cejas y me encojo de hombros. En ningún momento le suelto la mano.

—Igual te gané.

—Y sí, si literalmente te lanzaste sobre la meta —respondo divertido. Matilda alza la cabeza y se señala la cicatriz con la mano libre. Mi corazón se infla tanto ante el hecho de que ella tampoco me quiera soltar que me preocupa que vaya a explotar justo delante de ella.

—Valió cada sutura.

Me acerco y con mis dedos le rozo con delicadeza la línea un poco más blanca que el resto de la piel. No paso desapercibido cómo su respiración se corta. Dejo que mi pulgar se aventure hasta su labio inferior. Lo recorro. Mis ojos están fijos en esos labios rosas, llenos, suplicantes de mi tacto. Lo sé por la forma en la que se abren. Me están invitando a que los pruebe. Presiono su labio inferior, dejando a la vista sus dientes. Su pecho sube y baja, sube y baja. Y entonces hace algo que de haber estado parado hubiera hecho que me arrodillara ante ella. Matilda abre un poco más la boca y me muerde con delicadeza el dedo. Casi me atraganto. Se queda unos segundos con mi pulgar entre sus dientes, mirándome como si me quisiera desvestir en el medio de la playa. Empujo despacio mi pulgar y Matilda no se resiste. Me chupa el pulgar con

los ojos cerrados y agradezco que no haya nadie cerca para vernos. Agradezco que nadie escuche el sonido que escapa de mi boca. Matilda gime y me hace vibrar el cuerpo completo. Toda la sangre de mi cuerpo viajó hasta mi pija. Abre sus ojos, mi dedo todavía en su boca y la imagen de ella chupándomela no me hace ningún favor. Matilda succiona una última vez antes de alejarse.

—¿Vos me odiás a mi? —mi voz suena grave, lenta, pausada. Matilda responde con una carcajada que le hace tirar la cabeza hacia atrás.

—Mi mamá. —Tengo que hacer uso de cada célula de mi cerebro para entender de qué mierda me está hablando—. Estoy segura que fue ella quien te facilitó la dirección de mi departamento.

¿Cómo puede hablar como si nada? Yo siento que me estoy muriendo. Aún así, sonrío.

—Perdiste.

Ella no me devuelve la sonrisa.

—Me cago en todo. —Alza ambos brazos al cielo para luego dejarlos caer como si ella fuera una muñeca de trapo.

Ringo se acerca hasta nosotros trotando pero no se gasta en frenar antes de pisar la lona. Tampoco se preocupa demasiado por no sacudirse encima de ella.

—¡Ringo! —decimos los dos al mismo tiempo cubriéndonos, inútilmente, con nuestras manos. Sigue sacudiéndose, desprendiendo granos de arena por todas partes. Cuando está satisfecho da un par de giros sobre sí mismo y se acuesta dejando salir un pequeño suspiro de satisfacción. Nos miramos de reojo. Estamos llenos de arena.

—¿Qué tan fría puede estar? —pregunta Matilda mientras se para e intenta limpiarse un poco con las manos, también llenas de arena.

—Helada. —Empezamos a caminar hacia el mar. La dejo ir unos pasos por adelante mío.

—Ahora sos vos el que me está mirando el culo —dice. Se gira y empieza a caminar hacia atrás, sus ojos fijos en mi.

—Jamás haría algo semejante. —Me llevo la mano al pecho.

—Te va a crecer la nariz. —Me acusa con el dedo.

Doy un paso. Luego otro. Y de repente estoy corriendo hacía ella. Para mí es tan natural como respirar.

Matilda se da cuenta de mis intenciones y empieza a correr y a reírse, el sonido trenzándose con el sonido de las olas.

Pero yo soy mucho más rápido que ella y no me cuesta atraparla entre mis brazos.

Se ríe tanto que su cuerpo se sacude. Mi corazón. Me preocupa mi corazón. El sonido de su risa es como adrenalina pura y hace que el órgano de mi pecho lata al trote.

Acomodo a Matilda en mi hombro y corro a toda velocidad.

—¡Bájame! —su voz es inestable debido a la risa y a que su cuerpo se agita sobre mi hombro. Y como es mala me pellizca el culo. Y como yo no soy bueno le doy una nalgada.

Mis piernas se chocan con el mar pero no la suelto, solo la acomodo hasta que la tengo agarrada por debajo de las rodillas y de la espalda. Nos empezamos a sumergir juntos. Hasta que llega un punto en que la tengo que soltar.

—¡Estás loco! —Quiere parecer enojada pero su cara y su voz la traicionan.

Le salpico un poco de agua y ella me salpica medio océano. Le lanzo el agua desde mi boca como si fuera una fuente. Ella nada hasta mi, me empuja hacia abajo y me hunde. Cuando emerjo le hago lo mismo. Estamos unos minutos ahogándonos mutuamente, hasta que la tomo por la muñeca y la atraigo hacia mi. Me gusta que sus piernas no duden en rodear mi torso. Aprieta con fuerza. Envuelve mi cuello con sus brazos y me encargo de que no se mueva por nada del mundo, agarrándola del culo contra mi cuerpo. Solamente la suelto para sacarle el pelo de la cara. Sus ojos parecen más celestes que verdes. Y estando tan cerca puedo vislumbrar un par de pecas que le empezaron a salir debido al sol.

La mano de Matilda me peina el pelo hacía atrás. Le doy un beso en la parte de adentro de su antebrazo. Ella baja la cabeza y me deja uno en la mandíbula. Se lo devuelvo en la frente. Me da un beso en el cuello. Le doy uno en la palma de la mano. Me da un beso en el hombro.

—Tenés sabor a sal —sus labios se mueven sobre mi piel. Coloca su cachete sobre mi hombro. Nos quedamos abrazados, unidos. El mar nos mece.

Hundo un poco los dedos sobre la carne de su culo y ella responde moviendo sus caderas. La estrujo con más fuerza. Responde con otro movimiento de sus caderas, su centro haciendo fricción con mis abdominales. Dios, la tengo tan dura que me voy a desmayar. La muevo para que pueda frotrarse contra mi miembro. Y lo hace. Ambos dejamos salir un suspiro entrecortado. La empujo de nuevo y Matilda esta vez no se detiene. Adelante y atrás, sin parar. Estoy seguro que le van a quedar las huellas de mis dedos marcadas en la piel.

Matilda me muerde el hombro y escucho algo parecido a un llanto. Sus caderas van aumentando la velocidad.

—Valentino —dice contra mi cuello. Cierro los ojos y me concentro en no acabar. Matilda diciendo mi nombre con ese tono meloso, hecho para que se me pegue en cada centímetro de mi cuerpo, es una tortura y un premio a la misma vez.

—Matilda, si no dejás de moverte sobre mi pija, vamos a tener un problema enorme.

Levanta la cabeza y me mira con la sonrisa más sensual del mundo, se mueve dos veces más antes de frenar. Quiero retirar lo dicho. Que se mueva todo lo que quiera. Puede vivir arriba mío si quiere. ¿Quién era yo para decirle lo que puede o no hacer? Y como Matilda no es de las que siguen reglas, decide romper con la alta carga de tensión sexual picándome la nariz con su dedo índice.

—Pup —agrega, como si hubiera reventado una burbuja. Se gana un pellizco en el culo—. ¡Ay! Bruto. —No hace falta que se toque la zona, me encargo yo de esparcir el dolor. Le hago unos mimos, saco la mano, me la llevo a la boca, me doy un beso y se lo implanto en el cachete de cola.

—Sana sana, colita de rana —recito, mi mano todavía viajando por su piel—. Si no sana hoy, sanará mañana.

—Estás hecho una idiota. —Se muerde los labios para esconder la sonrisa que insiste en salir.

Pienso que me va a besar, pero sus labios aterrizan en mi cachete.

—Me muero de hambre, siento cómo mi panza se está pegando a mi columna vertebral. —Deshacimos nuestra unión. La extraño al instante.

—¿Podés ser más exagerada? —respondo. Es gracioso ver cómo intenta encogerse de hombros mientras nada.

—Solo tengo una tostada en mi estómago. Si no me meto algo en la boca dentro de los próximos minutos me voy a poner de muy mal humor.

—Tengo algo para que te metas en la boca… —Hubiera sido un desperdicio no decirlo. Tenía que hacerlo.

Matilda frena en medio del mar. Se gira en cámara lenta y sus ojos parecen lanzar cuchillos. Me arrepiento al instante..

—Matilda. —Alzo ambas manos—. Te pido perd…

No llego a terminar la frase que diez litros de agua salada entran en mi boca.

Cuando llego a la orilla sigo escupiendo restos de mar. Pongo las manos en las rodillas y Matilda me pega con más fuerza de la necesaria en la espalda. La miro desde abajo con odio. Pero ella solo me sonríe con soberbia.

—A veces hay que cerrar la boca —dictamina.

Quise responderle pero mis pulmones me piden que siga eliminando el agua de mi sistema.

—Vamos a comer. —No espera que me recomponga para empezar a caminar hacia nuestro lugar en la playa.

Y puede ser o no que haya aprovechado para verle el culo.

# *Capítulo 31*

## Matilda

Si pudiera cavar un pozo y esconderme en él, lo haría. Me metería en ese agujero y empezaría a llenarlo nuevamente con arena. Conmigo adentro. En eso pienso mientras mis pies se mueven, mientras me pongo de cuclillas al lado de la heladerita y levanto la tapa, mientras busco el tupper con los sanguches, saco una botella de agua y dos vasos de plástico. Son los de Coca Cola con los osos polares. Me encantan estos vasos. Me concentro en la comida y en preparar todo para almorzar, porque si pienso en lo que acabo de hacer dentro del mar puede ser que me muera de la vergüenza. Literalmente me refregué en él. *Dios mio*. Quería meter la cabeza adentro de la heladerita, pegar mis cachetes contra la bolsa de hielo.

Hace meses que no tengo sexo. Ahora que me detengo a pensar ni me acuerdo muy bien cómo fue la última vez. Supongo que esa parte de mi vida la había pausado un poco. Mi último año fue hace muchos pero muchos años. Tampoco es que hubiera conocido a nadie que valiera totalmente la pena como para que una relación seria y próspera. ¿A lo mejor era esa la razón por la cuál Valentino me hacía actuar como una adolescente? No se me viene a la cabeza ningún hombre que tuviera tanto poder sobre mi cuerpo.

No puedo creer lo que hice.

Pero si me concentro lo suficiente puedo escuchar de nuevo los sonidos que escapaban de Valentino. Puedo volver a sentir sus dedos enterrados en mi culo. Algo me dice que si me giro y me fijo seguramente encuentre sus huellas sobre mi piel. Mi cuerpo hierve. Un nudo crece debajo de mi estómago y mis pezones se erectan.

Voy a meter la cabeza en la heladerita.

—¿Necesitas ayuda? —No me doy vuelta. No cambio mi posición. No puedo mirarlo a la cara cuando mi cabeza solo reproduce formas indecentes en las que quiero que me ayude. —Decime y te doy una mano. —¿Lo está haciendo a propósito? ¿Lee mentes? ¿Está escuchándome ahora mismo?

*Mente en blanco, Matilda.*

—No hace falta —odio cómo suena mi voz.

—¿Segura?

—Sip. —En algún momento voy a tener que girarme, voy a tener que volver a hablarle a la cara. No puedo evitarlo durante el resto del día.

—Bueno, si cambiás de opinión avisame. —Dejo escapar la bola de aire que no sabía que estaba conteniendo—. Voy a armar la carpa así comemos ahí adentro.

Sirenas. Alarmas. Luz roja. Toda señal usada para advertir peligro se hace presente al mismo tiempo.

No.

¿Valentino y yo en una carpa? Pésima idea. La peor que tuvo en su vida. No puedo entrar a ese espacio diminuto con él. Me rehuso.

—Podemos comer en la lona —ofrezco. Guardo las bananas que traje de postre y que ahora no puedo dejar de ve con un doble sentido. ¿Desde cuándo me convertí en un varón?

—No hay nada que odie más que darle un mordisco a la comida y que la mitad sea arena.

Le pongo la tapa a la heladerita y me paro. Valentino está luchando un poco con la carpa.

—¿Te ayudo?

—Por favor.

Hago diez pasos y me pongo enfrente de él. Tiene el pelo hacía atrás, oscuro debido a que está mojado y puedo notar cómo caen gotas de agua sobre sus hombros, su cuello. Bajo un poco la vista cuando me tiende una parte de la carpa que no tengo idea de qué es ni para qué sirve, pero es ahí cuando me fijo en su abdomen. Y mis ojos se tropiezan y se resbalan en la V que se le marca. Trago saliva. Los shorts negros son tan cortos y sus piernas tan grandes que no me cuesta tanto imaginármelo encima mio, aplastándome…

Por favor, ¿qué me está pasando? ¿Tendré fiebre? A lo mejor sí. Eso explicaría el delirio que estoy sufriendo y el por qué me estoy sofocando.

Escucho un carraspeo.

—¿Podés meterla en el agujero?

Me va a bajar la presión.

¿Estoy muriendo?

—¿Cómo? —digo casi a los gritos.

—La vara —habla pausado, como si le estuviera explicando el abecedario a una nena de cinco años—. ¿Podés meterla en ese agujero de ahí?

Pongo la vara de mierda en el agujero de mierda.

Estamos más tiempo del que admitiríamos ante cualquier ser humano para armar la carpa. Cuando terminamos estamos cubiertos de sudor de nuevo. Siento las gotas de transpiración encima de la boca, en la frente, entre mis pechos. Soy un asco. Me quiero meter al mar de nuevo. Pero el hambre es mucho peor.

—Deben estar haciendo cincuenta grados. —Mi mano es lo más cercano a un abanico.

—Más razones para comer dentro de la carpa —dice desde adentro—. ¿Le podés agregar agua a Ringo? ¿Y poner el recipiente en la sombra que da la carpa? Gracias, Mati.

Pongo un pie en la carpa y puedo jurar que se achica.

—Ponete cómoda. —Puso una de las toallas como si fuera un mantel. El tupper con los sanguches está abierto, la botella de agua en el medio y de cada lado los vasos con osos polares. Todo parece tan infantil, inofensivo, inocente. Si esto fuera una cita (que no lo es, nada más lejos de la realidad), sería una que claramente había sido idea por un adolescente. Pero ahí está Valentino, que me sonríe con todos los dientes, sus piernas estiradas, los tobillos cruzados, las manos un poco más atrás que su cuerpo, lo que resalta la forma de sus hombros y marca los músculos de sus brazos. Y ese de ahí no es un adolescente, no. Es un hombre.

Me acomodo frente a él. Cruzo ambas piernas y nos sirvo agua.

—Gracias —dice cuando le entrego el vaso. Mis ojos están anclados a lo largo de su garganta. Quiero pasarle la lengua, los

labios, mis dientes. Termina de tomar y me fijo en mi vaso—. ¿De qué son? —señala con el mentón el tupper.

—Queso, tomate y albahaca.

—Tu mamá es un ángel —dice estirando la mano—. ¿Cómo está?

Me llevo el sanguche a la boca y mientras mastico pienso en la respuesta.

—Ya sabés cómo es Esmeralda. —Valentino asiente con la cabeza, la boca llena—. No va a mostrar que está mal. No va a decir que se encuentra profundamente triste. Sé que es su forma de transitarlo, que a ella le sirve fingir un poco que todo está bien. Pero sé que espera a estar en su habitación para llorar, para estar triste. Espera que sea de noche y estemos todos durmiendo, para no escucharla. Me doy cuenta por las ojeras que no está durmiendo lo suficiente, y porque la conozco. Es mi madre. Y si bien es una mujer fuerte, no puede serlo todo el tiempo. Este viene siendo un año difícil para ella. —Inhalo aire. Valentino vuelve a asentir con la cabeza, los labios fruncidos y los ojos apenados. Ya sabe lo que voy a decir—. La muerte de tu mamá…

—Mi mamá no se cansaba de decir que Esmeralda había sido la hermana que nunca tuvo.

—La mía dice lo mismo —sonreímos por un instante, pero son sonrisas efímeras—. No me imagino lo difícil que debe ser para ella estar en Nanai sin Andrea. Eran cosas que iban de la mano. No existe Nanai sin tu mamá para ella. Y como si la vida no fuera lo suficientemente cruel la razón por la cual volvió es porque su papá se está muriendo. —Una bola se instala en mi garganta, quiero tragarla pero me arde—. ¿No te parece cruel? —Siento las lágrimas querer escapar de mis ojos y Valentino también lo percibe. Un minuto está sentado enfrente mío y al siguiente está rodeándome con sus brazos—. A mí me parece cruel. —Antes de que pueda contenerlo, se escapa el llanto; lo siento que sale desde mi garganta. Valen aprieta con un poco más de fuerza, apoyando su mentón sobre mi cabeza y meciéndose, adelante y atrás, adelante y atrás. Mis manos encuentran el camino hacia su cintura y lo abrazo. Con determinación.

—Matilda. —Siento cómo su boca se mueve sobre mi cabeza, y siento cómo la pena que envuelve mi nombre me llega al pecho.

—Todo está mal —digo entre sollozos—. Todo el mundo se está muriendo. Todo está mal, Valentino.

—Sh, Mati. Todo va a estar bien. —Con mi oreja pegada a su pecho puedo escuchar el latido de su corazón. Y, porque mi mente disfruta de jugar con la maldad, me imagino este mismo corazón dejando de latir. Pánico. Puro pánico corre por mis venas y mi única respuesta ante eso es abrazarlo como si pudiera desaparecer con un soplido fuerte.

—Que año de mierda. —Mi cabeza se mueve cuando infla el pecho y deja salir el aire en forma de una risa agria.

—Sí. Qué año de re mil mierda.

Respiramos por unos minutos más. Valentino dibuja tramos con sus dedos sobre mi espalda y yo me entrego al mimo. Cierro los ojos e intento recomponerme. Sé que le moje el pecho con mis lágrimas, pero a Valentino no parece importarle. Su mano me acaricia con delicadeza y dulzura. Intento pensar nuevamente en un hombre que me haya tratado de forma tan sensible y tierna y mi mente vuelve a quedar en blanco.

Nuestras respiraciones son pausadas y tranquilas. De fondo escuchamos el ruido del mar y de cerca puedo escuchar su aire saliendo y entrando.

—¿Cómo está tu papá, Valen?

Siento cómo se tensiona por completo, cómo aumenta su frecuencia cardíaca, cómo frena las caricias.

—No tenés por qué decírmelo si no querés. No tiene porqué ser ahora tampoco. Pero quiero que sepas que voy a estar acá para escucharte las veces que sean necesarias. Para ayudarte si me dejás. No soy boluda, me doy cuenta que te cuesta hablar de él, apenas lo nombrás. Pero conmigo podés hablar de todo, Valentino. Siempre.

—Es una situación de mierda —responde con acidez pero también con tristeza.

Pasan los segundos, minutos y empiezo a pensar va a volver a hablar.

—Estoy tan pero tan cansado, Mati. A veces me gustaría tener diez años de nuevo. Primero la muerte de Lila que fue como un baldazo de agua fría. Este año la muerte de mi mamá y ahora esto. Me siento cansado todo el tiempo y encima inútil porque siento que todo se va a la mierda y yo no tengo el poder para arreglar absolutamente nada.

Lo abrazo con más fuerza. Daniel era un papá divertido. Sí, solía estar ocupado y apenas lo veía cuando venía a Nanai porque trabajaba todo el día para darles lo mejor a Juana y Valentino, pero cuando iba a cenar a su casa siempre tenía un chiste guardado para compartir o una anécdota que contaba como si fuera un cuento. Tengo el recuerdo de no pestañear cuando llegaba el momento de escuchar al padre de los Díaz relatar una de sus historias. Era un buen hombre, un buen padre, un buen esposo. Y saber que está padeciendo esa enfermedad me llena de pena y tristeza y dolor. Por él. Por Juana. Por Valentino.

Levanto la cabeza y la apoyo en su pecho. Coloco mis dedos sobre sus pómulos, acariciándolos. Cierra los ojos ante mi tacto y antes de que pueda alejar mis palmas de él, toma mis muñecas y me pide en silencio que me quede ahí.

—Para él perder a Andrea fue… —Exhala con fuerza—. Demasiado. No puede estar consciente en un mundo sin ella. No lo soporta, Mati. —Dios, su mirada está llena de desolación—. Una vez me miró directo a los ojos y me dijo sin tartamudear que prefería estar muerto, que no tenía sentido estar vivo si ella no estaba acá. Soy su hijo, Mati. Su hijo. ¿No se da cuenta que yo lo necesito? ¿Qué yo también la perdí? ¿Que todavía tiene personas que lo aman?

Valentino inhala, juntando fuerzas.

—El primer mes sin ella fue…confuso. El tiempo pasaba rápido y tortuosamente lento. No sabía cuándo era de día y de noche. Juana venía a dormir a casa y a veces iba a la casa de nuestros papás. Yo no podía pisar esa casa. Era mucho. Podía verla en cada rincón. Todavía lo hago. —Sé que me está contando algo que todavía no verbalizó con nadie más que consigo mismo. Lo noto por cómo le cuesta formar las palabras—. El segundo mes fue un poco más fácil.

La vida es así. La gente nace y muere todo el tiempo y uno tiene que seguir. Con Juana nos turnábamos para visitar a papá. Un día y un día. Apenas se levantaba de la cama y estábamos tan preocupados que había empezado a analizar la idea de que se mudara con alguno de los dos. Y cada día me arrepiento de no haberlo hecho.

—Valentino, todos estaban pasando por un momento de mierda. No es fácil tomar decisiones importantes cuando estás en el medio de un duelo.

Mis palabras no pueden disipar la tormenta en esos ojos tan verdes. No tengo ese poder. Él tiene que perdonarse. Nadie va a poder convencerlo.

—A los tres meses de la muerte de mamá empezó a tomar. Una mañana entré a casa y… —Su cabeza está en un lugar lejano. A lo mejor en ese día—. Estaba desplomado en el sillón del comedor. Había una botella vacía y un par de cosas rotas en el piso. Se me había helado la sangre porque le hablaba y no me respondía y pensé que se había muerto. Recuerdo haber pensado que iba a tener que llamar a Juana y decirle que ya no teníamos ni mamá ni papá, que ahora nuestra familia era de dos integrantes.

No digo nada. ¿Qué podría decirle para apaciguar su dolor? Absolutamente nada. Lo único que hago es apoyar mi cachete sobre su pecho y abrazar su torso con fuerza. Me concentro en el sonido de su voz, en el latido de su corazón y en cómo se mueve su pecho cada vez que toma aire.

—A partir de ahí todo empeoró. Intentamos meterlo en un centro de rehabilitación pero se escapó. Y ahora vivo con el terror de que un día Juana entre a su casa y lo encuentre sin vida. O yo. O que alguien más lo haga y me llame. Cada vez que suena el celular, ese es mi primer pensamiento. Se me viene la imagen de mi papá muerto en su casa, que se ahogó con su propio vómito o que su cuerpo no resistió la dosis de alcohol. Cada vez que suena, Mati. Cada vez.

Este hombre que sufrió tanto en tan poco decidió mantener su corazón amable, cariñoso, bueno. Elige que lo que le sucedió no lo defina como persona.

—No puedo perderlo a él también. No puedo —dice con un hilo de voz y no necesito mirarlo para saber que está intentando no llorar.

—No es tu culpa, Valen. —Siento que es algo que tengo que decirle, porque algo me dice que él siente responsabilidad por todo lo que está sucediendo. Y porque además lo conozco, y Valentino es de esas personas que se culpan por todo.

Eso hace que me abrace con más fuerza, pero no dice nada. No soy ingenua, sé que no sirve de mucho lo que yo le diga. Él tiene que creerlo.

—No lo es, Valen. No es tu culpa. Él tuvo que haber estado para vos, para Juana. Perdieron a su mamá, él tuvo que haber estado con ustedes. Ambos necesitaban a su papá — inhalo—. No quiero ser insensible, sé que Daniel no hizo esto a propósito. Pero así como no podemos echarle la culpa a él, tampoco a vos. ¿Entendés? Sería injusto, Valen. Hay situaciones donde no es tan fácil como señalar a un culpable.

Esperé a que mis palabras calaran en su cerebro, un poco esperanzada que hicieran algún efecto, tal vez no ahora pero sí más tarde cuando estuviera en su casa y repasara esta conversación.

Nos quedamos así por unos minutos, con nuestras respiraciones apelmazadas. Le acaricio el pelo y le doy un beso en la frente. Tiene los ojos tristes y un poco húmedos y se me achica el corazón.

—Perdón —dijo bajito.

—¿Por qué? —Vuelvo a peinarlo, llevando los mechones hacia atrás.

—No tenía planeado hablar de mi papá. —Exhala—. Ni ponerme así.

—Yo tampoco. —Me encojo de hombros—. Pero, ¿podés culparnos? —Sus comisuras se levantan un poco—. Me preocuparía más que no lloremos. Y además soy de las que creen que llorar hace bien. Es necesario.

—Gracias.

—¿Por? —Frunzo las cejas.

—Por escucharme.

Acerca su boca y me deja un beso en el cachete.

—Para eso están los amigos —fue lo único que pude armar en mi cabeza.

Una sonrisa ronca es su respuesta.

—¿Qué? —pregunto y no sé por qué pero me gano un beso en la frente. Después de eso me levanto de su regazo y me apoyo en el piso de la carpa.

—Nada, Mati —dice con una sonrisa discreta en su rostro. Cierra el tupper, junta los vasos, agarra la botella de agua y guarda todo en la heladerita en una esquina de la carpa.

Me quedo mirándolo, embobada. Y al mismo tiempo preocupada.

Valentino está atravesando demasiado y tengo miedo de que no pueda soportarlo. ¿Pediría ayuda?

Cuando termina de guardar todo vuelve a mi lado. Dentro de la carpa hace un poco menos de calor que afuera pero tampoco hay tanta diferencia. Valentino toma la toalla que usamos de mantel y la abolló. Apoya su cabeza sobre la almohada que acaba de improvisar y baja los párpados. Su pecho se infla y deja salir un suspiro largo y denso. Me quedo sentada con ambos pies debajo de mis muslos. Observo su rostro y la paz que parece ir adquiriendo a medida que pasan los segundos. Decido dejarlo dormir e ir a buscar el libro que me traje. Voy a hacer justamente eso cuando su voz me detiene.

—¿A dónde vas? —Me giro; no abrió los ojos.

—A leer y tomar sol —respondo con la mitad de mi cuerpo fuera de la carpa y el libro en la mano. Ringo sigue dormido en la lona, imperturbable.

—No.

¿No?

—Vení. —Me meto en la carpa y lo miro. Está desplomado sobre el piso. Entra justo. Se palmea el pecho dos veces—. Por favor. —Y cuando me mira directo a los ojos, sé que no voy a decirle que no. Gateo hasta su lado y él abre un poco más su brazo izquierdo, invitándome a que me acomode a su lado nuevamente. Eso hago.

Dejo caer mi cabeza sobre su pecho y él me envuelve con ambos brazos. Apoyo mi brazo sobre su abdomen y lo deslizo hasta que también lo estoy abrazando. Él entrelaza nuestras piernas. Pareciera que nada es lo suficientemente cerca. Una vez que no se puede ver

dónde empieza uno y termina el otro, estamos lo suficientemente satisfechos.

Dejo un beso en su pecho. Justo encima de su corazón. Otro en su cuello. Uno más en su mandíbula. Un último en su cachete. Valentino respira con tranquilidad, una sonrisa diminuta en sus labios, sus ojos cerrados. Siento una dosis de satisfacción al saber que puedo poner sonrisas en su cara.

—Contame un secreto que no sepa —dice cuando pensé que se había quedado dormido.

—¿Un secreto?

—No nos vimos durante quince años. Estoy seguro que hay muchas cosas que me perdí. Algo debés tener para contarme.

Bueno, hay algo que no le conté a nadie todavía.

—Te escucho pensar —agrega.

—Estuve comprometida.

Valentino apoya los codos de golpe y eso hace que tenga que incorporarme un poco.

—¡¿QUÉ!?

Estoy segura de que todo Nanai lo escuchó.

—¿Me estás jodiendo, no?

—Nop.

Valentino se pasa una mano por el pelo y deja de mirarme. Por un segundo pienso que está enojado, aunque no tiene sentido. Pero de repente se empieza a reír.

—¿CASI TE CASAS? —dice mientras se ríe.

—¿Sí? —respondo con lentitud. El hombre que tengo enfrente parece haber entrado en una ataque de risa y de incredulidad.

—Pero… —Respira, sacude la cabeza y me mira estupefacto—. ¿Con quién?

—Era un amigo de Finn.

Pausa.

—¿Me estás diciendo que tu ex prometido es amigo de tu mejor amigo?

—*Era* —remarco.

—Necesito más información.

Decido que esta conversación no la puedo tener con la mitad de mi cuerpo encima de él así que me alejo un poco y me siento con las piernas cruzadas.

—Primero quiero aclarar que esto fue hace seis años. Tenía veinticuatro y claramente una crisis existencial. Joshua era un amigo de Finn de la vida. La primera vez que lo vi me había caído para el culo. Después me enteré que ese día había cortado con su novia y lo habían echado del laburo, todo el mismo día. La siguiente vez que nos vimos fue mucho mejor. No me invitó a salir de inmediato, al principio éramos amigos. Bah, amigos que se tenían ganas, pero bueno. —Me encojo de hombros—. Empezamos a salir, nos pusimos de novios y al año me propuso casamiento.

—¿Al año?

—Sí.

—¿Y dijiste que sí? —Valentino me observa como si intentara entender pero sin juzgarme.

—Si —suspiro—. Te dije que tenía una crisis existencial.

—Pará, ¿y qué pasó?

—Si me dejaras de interrumpir… —canturreo.

Valentino hace un gesto de que no va a hablar más y continúo con la historia.

—Con Joshua todo fue muy…explosivo. E impulsivo. Y si soy honesta, bastante infantil. No sé si alguno de los dos entendía muy bien lo que estábamos haciendo. En resumen, una noche me senté en el borde de la que era nuestra cama y mirándolo a los ojos le dije que no podía casarme. Que no quería. Al principio le costó entenderlo pero creo que hoy en día puedo decir que nos hicimos un favor a los dos. Hace un par de años vi que se casó y tuvieron una hija preciosa. Se llama Aurora, creo.

La boca de Valentino está ligeramente abierta.

—Cuando te pregunté por un secreto ni en un millón de años pensé que me ibas a decir que estuviste comprometida.

—Qué puedo decir, soy una mujer llena de sorpresas. —Valentino se recuesta de nuevo y lo tomo como una invitación para volver a la posición que estábamos antes.

—Decime que soy el único que lo sabe —murmura.

—El primero y el único.

—Avisame cuando les cuentes a las chicas.

—¿Por? —pregunto.

—Así puedo refregarle a Juana en la cara que yo ya lo sabía.

Bufo.

—A veces parece ella la mayor.

Valentino no se siente ni un poco ofendido por mis palabras.

—Sería una deshonra de mi parte como hermano mayor no hacer de su vida un sufrimiento.

Nadie más agrega nada y pasan unos minutos hasta que Valentino se queda profundamente dormido.

Yo tardo un poco más en conciliar el sueño. No dejo de pensar en si estamos incentivando algo que a lo mejor no tiene que suceder. La cercanía se siente bien pero al mismo tiempo es peligrosa. ¿Estaré siendo impulsiva nuevamente? ¿Será parte de una crisis? ¿Estoy pensándolo bien? Porque yo me voy a ir. Él se va a quedar. Y a lo mejor esto va a complicarlo todo. Valentino no es cualquier hombre. Es mi amigo. No quiero que las cosas queden ácidas o raras o incómodas. Pero así como sé que estar cerca de Valentino cambia todo, también sé muy bien que no puedo evitarlo.

No me doy cuenta de que me quedo dormida yo también.

Hay algo peludo a mi costado. Giro la cabeza para encontrar a Ringo durmiendo a mi lado. Sonrío. La carpa está un poco más oscura. Debería estar empezando a atardecer. ¿Cuánto dormimos?

—Buenos días.

Alzo la cabeza, apoyo mi mentón en su pecho y lo observo. Tiene el rostro descansado y una sonrisa discreta en la boca. Sus dedos juegan con el largo de mi pelo. Mientras dormía se me habrá desarmado el rodete.

—¿Qué hora es? —bostezo. Nunca pensé que dormir sobre un pecho podía ser tan cómodo pero acá estoy comprobando que es mejor que cualquier almohada.

—La hora de que cumplas la parte de tu trato.

Puta madre. Me había olvidado. Pero no es opción echarme atrás.

—Te odio —murmuro mientras me incorporo.

—Odiás perder.

Ambos salimos de la carpa. El sol todavía está pero dentro de treinta minutos ya no vamos a contar con su presencia. La temperatura bajó bastante y el viento es un poco más fuerte. Me voy a congelar como una hija de puta.

—Cuando quieras. —Me sonríe.

—Me estoy arrepintiendo de la ropa que traje.

—Si. —Ambos miramos al frente—. Ese vestido lleno de agujeros no te va ayudar mucho.

Suspiro.

—Ser humano cruel. —Empiezo a caminar hacía el mar. Valentino se ríe.

—Te acompaño —dice.

Cuando mis pies hacen contacto con el mar doy un salto hacia atrás.

—Nop. —Niego con la cabeza—. Ni loca. Está helada, Valentino. No pienso meterme ahí. —Señalo con el dedo.

—Una apuesta es una apuesta. —Se encoge de hombros, poco conmovido.

Tomo aire y entro corriendo al mar. Grito cada vez que una parte nueva de mi cuerpo entra en contacto con el agua fría. Extraño el calor que me había dado Valentino mientras dormíamos pegados.

Cuando saga de acá lo voy a matar.

—¡No te veo hundir la cabeza! —grita desde la orilla, las manos como un megáfono.

Nunca pensé que iba a tener las mismas ganas de besar y matar a alguien. Pero acá estoy. Meto la cabeza y salgo del mar con los brazos cruzados sobre mi pecho y titiritando. Valentino me está esperando con una toalla. La apoya sobre mi cabeza y me envuelve y es tan obvio que se está esforzando por no reírse de mí. Antes de que pueda decirle algo me abraza.

—Tenés los labios azules. Me estás haciendo sentir culpable. —Mueve sus brazos de arriba abajo intentando hacerme entrar en calor. Se aleja para volver a verme y no le gusta comprobar que mis labios seguramente siguen pálidos. Está frunciendo las cejas, molesto.

—¿Te recuerdo que esta fue tu idea? —Me mira a los ojos pero no responde. Quiero decirle que me suba a la camioneta y ponga la calefacción. Incluso voy a tener que pedirle prestada la remera porque mi vestido no va a servirme. Dios, me estoy helando. Necesito moverme. Pero Valentino tiene sus manos en mi rostro y no parece tener la intención de ir a ningún lado. Y tiene esa expresión que no logro entender.

Unos labios calientes hacen contacto con mis labios fríos. Cuando me doy cuenta de lo que está pasando, termina. Valentino se aleja y me observa. Mi lengua mojo mis labios intentando buscar rastro de lo que acaba de pasar. Fue tan rápido que pensé que me lo había imaginado.

Valentino me estudia y cuando decido que voy a besarlo yo si él no lo hace de nuevo, vuelve a hablar.

—Siguen azules —dice tan cerca de mi boca que nuestros labios se rozan con cada palabra. Sonrío. Y él se come esa sonrisa. Con ganas. Con hambre. Con ternura. Vuelve a romper el beso—. Te voy a besar hasta que vuelvan a tener color, ¿puedo?

Saco mis manos por debajo de la toalla y hundo mis dedos en sus mechones de pelo, bajándolo hasta que su boca hace contacto con la mía de nuevo. Su lengua choca con la mía. El beso es desprolijo y desesperado. Y cuando gime sobre mi boca me tengo que sostener con fuerza. Valentino me alza y entrelaza mis piernas en su torso. La toalla se cae pero no me importa. Siento calor por todo el cuerpo.

Solo dejamos de besarnos para buscar aire. Y cuando nos miramos nos sonreímos con nuestros labios hinchados.

—Ya no están más azules.

—Gracias por tu servicio.

—De nada. Fue un placer.

Ringo nos ladra como si estuviera pidiendo irse. El sol ya se escondió y si bien el beso de Valentino me sacó el frío, sé que necesito con urgencia una ducha y ropa seca.

Valentino me deja en el piso y me vuelve a envolver con la toalla. Parezco una monja. Pasa un brazo por encima de mi hombro y caminamos pegados.

Guardamos las cosas, desarmamos la carpa y subimos todo a la camioneta.

Valentino me presta su remera y no es para nada saludable tener que verlo manejar en cuero.

Cuando llegamos a mi casa no quiero decirle adiós. Por alguna razón, haber pasado casi todo el día con él no fue suficiente.

—¿Mañana hacés algo? —pregunta antes de que pueda bajarse a ayudarme con las reposeras y la heladerita.

—No, ¿por? —Me bajo y vamos hasta la parte de atrás de la camioneta. Pero Valentino no me deja llevar nada más que una de las reposeras.

—¿Puedo pasarte a buscar?

Mariposas. En mi pecho. En mi panza. En mi cerebro. Me hacen cosquillas. Me revuelven los órganos.

—Podés. —Le sonrío.

Saco las llaves del bolso y antes de que pueda ponerlas en la cerradura Valentino me toma de la cara una vez y me deja un beso corto y dulce en los labios.

—Nos vemos mañana —dice mientras camina de espaldas en la camioneta. Quiero decirle que sí, pero me quedé en el beso.

Me llevo los dedos a mis labios y sonreí con la mirada fija en la camioneta roja que se pierde en la noche.

Ah, Valentino. ¿Qué me hiciste?

# *Capítulo 32*

## Valentino

—Estás haciendo trampa.

Mis dedos atan las citas del delantal y mis ojos esquivan la mirada acusatoria de Juana.

—No es trampa. —Hago el nudo final y me acerco a la mesada—. Y no vayas a decirle a Carolina. —La apunto con mi dedo índice.

—Si no querés que le cuente es porque sabés que no es del todo correcto lo que estás haciendo —canturrea.

—Si me quedo todo el día encerrado en casa me voy a volver loco. —Agarro el pincel y lo mojo en el almíbar antes de pintar las medialunas.

—Debes ser el único ser humano del mundo que se queja de que tiene vacaciones.

Esa mañana salí a correr como de costumbre. Y cuando llegué a casa me di cuenta de que no tenía nada por hacer. Al menos hasta la tarde tenía el día completamente desocupado. Me di una ducha, le dejé comida a Ringo y me vine al café. No contaba como trabajo venir a ayudar a mi hermana.

—Juana, ¿viste el trapo del piso? —Fausto entra bostezando pero cuando me ve frunce las cejas—. Vos no tendrías que estar acá. —Pongo los ojos en blanco.

—No sabía que a mis treinta y dos años necesitaba un ejército de niñeras y niñeros. —Es increíblemente relajante pasar el pincel por las medialunas. No tenía idea lo pacífico que es cocinar. Intento poner toda mi atención en la tarea que me asigné a mi mismo, pero es complicado cuando se suma Delfina a la cocina también.

—¿Qué haces acá? ¿No estás de vacaciones? —cuestiona mientras se ata el pelo.

—Dice que no es trabajo si no le pagan —responde mi hermana por mí.

—Si Tomás se entera… —Fausto se coloca a mi lado, apoyado en la mesada con los brazos en la cintura.

—Olvidate de Tomi —agrega Delfina—. Se llega a enterar Carolina y… —Me giro justo en el momento en el que la mejor amiga de Juana se pasa un dedo por la garganta.

—No sé por qué tengo la sensación de que están exagerando un poco. —Termino de pincelar y llevo la bandeja al horno—. Para empezar, ni siquiera necesitaba estas vacaciones que me impusieron.

—Con todo el cariño del mundo —empieza Fausto—. ¿Vos te viste en un espejo este último tiempo?

Me cruzo de brazos y lo miro serio. Fausto se encoge de hombros.

—Podés venir a ayudarme un rato por la mañana. Si eso te hace feliz —dice Juana, y yo empiezo a sonreír—. Pero no quiero que después te encierres todo el día en tu casa, Valen. —Frunzo el ceño. No hago eso. No me *encierro*, lo que pasa es que no tengo nada que hacer—. La idea de las vacaciones no era simplemente descansar del horario laboral, sino que tuvieras tiempo y espacio para hacer otro tipo de cosas. Tus últimos meses se basaron en trabajar, cuidar a papá y volver a trabajar. Ahora tenés las veinticuatro horas del día para ocuparlas como vos quieras. No las desaproveches quedándote en tu casa viendo el techo.

—Ayer fui a la playa.

Por alguna razón necesito aclarar que no soy un triste hombre que no hace más que deambular por las cuatro paredes de su hogar, con la mirada perdida y solamente la compañía de su perro que también está empezando a sentir un poco de pena por el hombre.

—¿Ah, sí?

—Ajam. —Abro la heladera y saqué las tortas que tienen que ser cortadas en porciones para luego exponerlas.

—¿Se puede saber con quién? —pregunta Fausto.

—Matilda —respondo mientras hundo el cuchillo en una torta puramente de chocolate.

Silencio.

Levanto la mirada y me encuentro con sonrisas que no descifro y cejas ligeramente alzadas. Hay sorpresa en sus miradas pero también algo más.

—¿Qué? —digo un poco seco, cuchillo en el aire.

—Nada. Me parece una maravillosa idea que pases tiempo con Mati —resuelve mi hermana.

Vuelvo a enfocarme en las tortas que esperaban ser cortadas.

¿Se me notará en la cara lo que estoy recordando? Espero realmente que no. Porque desde que abrí los ojos a las siete de la mañana, solamente soy capaz de reproducir una y otra vez el tacto de nuestros labios, el sabor de su lengua, la sensación de su boca devorando la mía. La escena del mar viene automáticamente después. Nuestros torsos pegados, sus tetas aplastadas contra mi pecho, mis manos sosteniendo los cachetes de su culo, nuestras bocas dejando rastros de besos en toda la piel alcanzable con la intención de torturar y alimentar el deseo. Ayer cuando me encontré solo en mi habitación mi mano viajó directo hacia mi miembro, mientras mi cabeza replicaba cómo Matilda me cabalgaba. Nunca me sentí tan vacío al momento de acabar.

—Ayer vinieron los Mancini —comenta mi hermana.

—Y Finn —agrega Fausto y lo engancho justo que hace un baile con las cejas dirigido a Delfina.

—¿Finn? No sabía que había regresado. —Limpio el cuchillo antes de agarrar la torta de zanahoria.

—Si —responde Fausto—. Y estuvo la hora y media completa con los ojos pegados a cada movimiento que hacía Delfi. —Señala la susodicha con el pulgar. Delfina niega con la cabeza y falla en esconder la sonrisa.

—Estás exagerando.

—Por supuesto que no —se defiende—. Mientras vos atendías la mesas yo era el que estaba en la caja observando cómo ese hombre te seguía como si fueras luz y el una polilla. Hubo un punto en el

que me preocupé de que te fuera a agarrar entre sus brazos y salir corriendo con vos a upa.

Juana se ríe. Y yo sonrío.

—Tu cabeza funciona de una forma maravillosa.

—Solo digo la verdad.

—¿Pensaste en lo que te dijo Mati? —Juana hace la pregunta y Fausto responde con otra.

—¿Qué dijo Mati? —Yo también quiero saberlo.

Delfina se acerca al carro de bandejas donde hay varias galletitas horneadas. Saca una bandeja que tiene las de vainilla con pedacitos de chocolate.

—Le dije que sí. Tengo el tiempo y quiero ayudarlo.

Juana se lleva el puño a la boca y finge una tos.

—¿Qué? —dice ácida su mejor amiga.

—Creo que te faltó agregar que tampoco te molestaría ver esa cara más seguido. —Mi hermana sonríe con malicia.

Fausto asiente, completamente de acuerdo.

—Puede ser o no que cuando se acercó a pagar me quedé unos segundos admirando la estructura de su rostro —añade Fausto—. ¿Y podemos hablar del color de sus ojos? Nunca vi unos ojos tan azules. Estoy seguro que cuando apagás la luz debe brillar en la oscuridad. —Abre un montón los ojos para darle énfasis a sus palabras—. No te culpo si querés tener esa cara cerca tuyo. —Mueve sus hombros de arriba hacia abajo.

—Matilda me pidió el favor y no me cuesta nada. No tienen porqué buscar segundas intenciones —responde seca Delfina, con la mirada en las galletitas.

—Es un lindo chico —insiste Juana.

—Hermoso —suma Fausto.

—Lo vi bajar de un avión, transpirado y lo segundo que pensé es que no había chances de que ese hombre no fuera modelo —agrego.

El suspiro de Delfina se escucha diez cuadras a la redonda.

—¿Qué fue lo primero que pensaste?

—¿Mhm? —Le coloco la tapa de vidrios a las bandejas que tienen las tortas ya cortadas en porciones.

—Dijiste que eso fue lo segundo que pensaste. —Fausto toma una de las bandejas. —¿Qué fue lo primero?

Que lo más probable era que fuera la pareja de Matilda. Ese fue el primer pensamiento que se me cruzó por la cabeza cuando los vi a ambos caminando. Celos. Eso fue lo que sentí cuando me di cuenta que era una posibilidad que ella estuviera de novia. Y no encontraba lógica a que me sintiera celoso. Pero ahí estaba, viéndola después de quince años con un hombre a su lado y el pecho estrujado ante la idea de que ella estuviera perdidamente enamorada de otro. No me siento orgulloso del alivio que me dio cuando me enteré que era su mejor amigo.

—Que estaba a dos minutos de tener un golpe de calor —digo en lugar de la verdad.

Continuamos preparando la comida y llevándola para la vidriera que está al lado de la caja. Fausto barre y pasa un trapo. Delfina limpia las mesas. Juana corrobora que haya suficiente cambio. Yo ayudo limpiando lo que se usó en la cocina. Quedan quince minutos para abrir y mi hermana los aprovecha.

—Estuve averiguando algunos centros de rehabilitación.

Suspiro.

—No podemos encargarnos nosotros —continúa—. Hoy a la mañana lo encontré dormido y me asusté, Valen.

Sé a lo que se refiere.

—Tuve que poner la oreja en su pecho.

—Ya te dije que puedo ir a verlo yo —respondo.

—Es mi papá también. —Frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Ya intentamos el centro y se escapó. Sabés que no podemos encerrarlo ahí contra su voluntad. Tenés que entender que él tiene que querer mejorar, sino nada de lo que hagamos va a servir —puede ser que mis palabras salieran más duras de lo que quería, pero es la verdad—. Y siendo sincero no sé si quiere.

—¿Entonces qué? —su lengua disparaba dagas—. ¿Lo dejamos morir? ¿Nos sentamos a esperar el día en el que finalmente lo logre? —grita. Me paso una mano por el rostro, cansado, estresado, perdido.

—No estoy diciendo eso…

—Bueno, dejame decirte que pareciera que dijeras justo eso.

La miro. Tiene las cejas unidas, unos círculos oscuros debajo de esos ojos marrones tristes, la mandíbula tensa y la boca fruncida. No sé si lo siguiente que va a hacer es romper en llanto o romper algo.

—No perdemos nada intentando otro centro de rehabilitación.

Un intento de sonrisa se plasma en los labios de Juana.

—Gracias.

Abro mis brazos.

—Vení.

Mi hermana se apoya en mi pecho y yo me aseguro de abrazarla con todo el amor que tengo por ella. Quiero protegerla de todo lo malo y feo que el mundo ofrece constantemente. Pero a medida que vamos creciendo, los demonios se hacen más imponentes, más inteligentes, menos invencibles.

—Voy a hablar con él. Intentar que entre en razón.

No le digo que para eso tiene que estar sobrio.

—No podemos perderlo a él también, Valen.

No le digo que en realidad hacía meses que lo perdimos. Nuestro padre no está en ese hombre.

—Tengo una lista. Después te la mando.

No le digo que me desperté en plena la madrugada, abrí la computadora y me puse a buscar todos los centros de rehabilitación que había cerca. Que había anotado un par de números para llamar. La diferencia está en que yo no tengo ni un gramo de fe en que vaya a funcionar, en que Daniel vaya a caminar por la puerta de un centro de rehabilitación y lo más importante: no creo ni por medio segundo que le vaya a servir. Apenas ponga un pie afuera va a volver a tomar. No me doy el lujo de pensar en la otra posibilidad, que es que se mantuviera sobrio. No. No me lo permito. Porque pensar en esa opción me da esperanzas y duele un huevo cuando te las aplastan. De esta manera no puedo ilusionarme ni decepcionarme. Y no quiero que le pase a Juana. Pero está caminando sobre una línea muy delgada y tampoco quiero ser un cínico.

—¿Abrimos? —dice bajito Fausto, asomando la cabeza.

Juana desarma el abrazo y me mira una vez más antes de irse hacia adelante.

—Va a estar bien. —Intenta sonreír. Es evidente que ella necesita decir esas palabras en voz alta para creerlas un poco.

No le digo que si. No puedo mirarla a los ojos y mentirle.

Me saco el delantal, me lavo las manos, me despido de los tres y salgo a la calle.

Vuelvo a casa, caminando sin prisa. La ventaja de no tener horarios que cumplir.

Saco el celular y le mando un mensaje a Matilda.

**Valentino: Buenos días, Mati.**

**Matilda: ¡Valen! Justo estaba pensando en vos.**

Le doy una sonrisa al celular y automáticamente la borro.

**Valentino: ¿Si?**

**Matilda: Sip.**

**Valentino: ¿Se puede saber por qué?**

Matilda escribe y deja de escribir. Espero a que responda pero cuando va que no lo va a hacer. guardo el celular en el bolsillo.

Estoy poniendo la llave en la cerradura cuando siento vibrar el celular. Por suerte no hay testigos que vean la rapidez con la que agarro el celular.

**Matilda: Porque desde que me desperté no dejo de estornudar. Cada vez que me**

**sueno los mocos pienso en tu hermosa cara.**

**Valentino: Yo lo único que leo es que pensás que mi cara es linda.**

**Matilda: Por favor, como si no te lo dijeran todo el tiempo.**

**Valentino: No tengo la menor idea de lo que hablás.**

**Matilda: La falsa modestia te queda horrible.**

**Valentino: Pero por suerte lo compenso con mi cara hermosa.**

Ringo me saluda con la misma dosis de emoción de siempre. Me inclino y le acaricio detrás de las orejas. Voy hasta la cocina y me quedo pensando en qué puedo cocinar para el almuerzo.

**Matilda: Tengo tu remera. Ya la lavé y se está secando.**

**Valentino: Podés quedártela, tengo más remeras.**

**Matilda: Ah, menos mal. Por un momento me preocupé de que hoy tuvieras que salir desnudo. Aunque sé que las mujeres y hombres de Nanai me lo hubieran agradecido.**

Parezco un loco riéndome a carcajadas en el medio de la cocina, con la cabeza hacia atrás, una mano sosteniendo el celular.

**Valentino: ¿Te caíste de la cama y te golpeaste la cabeza?**

**Matilda: Sí. Cuando era chica. Varias veces.**

Abro la heladera y saco una lechuga, tomates cherrys, queso en fetas y una palta.

**Valentino: Eso explica muchas cosas.**

**Matilda: Che, no tenés derecho a ser cruel conmigo cuando se me caen los mocos por tu culpa.**

Lavo las verduras, sacó la tabla de cortar, un cuchillo y me pongo a preparar la ensalada.

**Valentino: Tenés razón. Dejame compensarte.**

**Matilda: Te escucho.**

Busco una lata de atún y se la agrego.

**Valentino: ¿Hacés algo a la tarde?**

**Matilda: Nop.**

**Valentino: A las cinco te paso a buscar.**

Me serví un vaso de agua y me siento en la mesa. Pincho un poco de ensalada y me la llevo a la boca. No me doyi cuenta lo ansioso que estoy por su respuesta hasta que llega.

**Matilda: Mis mocos y yo estaremos esperándote.**

Bloqueo el celular y lo apoyo boca abajo en la mesa. Sigo comiendo con una sonrisa en la cara y deseando que los minutos se apiaden de mí y pasen un poco más rápido.

# *Capítulo 33*

## Matilda

Estoy en el patio, más específicamente en la hamaca paraguaya que instaló mi abuelo hace. Bueno, no era exactamente la misma. La original se había roto. Esta la compré hace unos días.

—¿Cómo me veo? —Levanto la mirada del libro que estoy leyendo para encontrarme con mi mejor amigo.

Tiene puesta una camisa de mangas cortas de color celeste y unos shorts de jean que le llegan a la mitad del muslo y en los pies unas alpargatas blancas con rayas azules. Sobre los mechones marrones tiene unos anteojos de sol negros.

—¿Bien? —respondo en inglés.

—¿Bien nada más? —bufa con las manos en la cintura. Lo noto levemente preocupado. Cierro el libro y dirijo toda mi atención hacia él.

—¿A dónde vas? —Inclino la cabeza. Su mirada vuelve hacia mí. Se muerde el labio inferior y mueve los ojos hacia la derecha.

—Tengo una clase de español. —Eso hace que me siente en la hamaca paraguaya, mis pies colgando. Le sonrío.

—¿En serio? No puedo creer que te convencí.

Sigue sin mirarme. Quiere pasarse una mano por el pelo, pero se choca con los lentes. Se los baja para taparse los ojos y poder hacer ese gesto, que denota nerviosismo.

—¿Estoy bien vestido o no? —pregunta evidentemente inquieto. Pocas veces en mi vida lo vi intranquilo por lo que se ponía. Me encuentro intrigada.

—Sí —respondo lentamente.

—Perfecto. Genial. —Sonríe un poco más relajado pero no tranquilo del todo. Camina hasta la hamaca y se tira a mi lado.

Muevo mis pies y comenzamos a mecernos débilmente. Los pájaros cantan perdidos en los árboles y el sol va poco a poco intensificando la temperatura en el aire. Esta es la tercera semana que estoy acá y todavía no vi llover ni un solo día.

—¿Puede ser que tus nervios sean por una chica de ojos celestes y pelo ondulado negro?

—Primero y principal, estoy muy tranquilo —empieza a enumerar Finn con sus dedos—. Y segundo, no sé de qué estás hablando.

—Me lastima que me quieras mentir a mi. —Me llevo una mano al pecho—. Tu mejor amiga.

—No estoy nervioso —insiste—. Pero, en caso de que fuera a estarlo, no sería por una mujer.

Finn es un hombre que tiene facilidad con las mujeres. Una sonrisa, un comentario y pum, tiene el número de cualquier mujer entregado en bandeja. Tampoco voy a adjudicar todo a su carisma, porque con esa cara yo también podría simplemente chasquear los dedos y hacer aparecer una fila de personas que quieren salir conmigo.

Por eso me da ternura, y no voy a mentir, intriga, ver que Delfina se le metió en la piel, provocando una picazón que hace que mi mejor amigo no pueda quieto, que los dedos de la mano derecha hagan tambor sobre su muslo.

—¿Dónde te encontrás? —Decido dejarla pasar. Ya va a llegar el momento.

—En El Café de Lila —dice todo en inglés excepto el nombre de la abuela de Valentino y Juana.

—¿Ya te vas?

Finn se lleva el reloj de muñeca a los ojos al mismo tiempo que se pone los anteojos de sol de vincha.

—En un rato. Me dijo que vaya cerca del mediodía. Es cuando tiene el descanso para almorzar. —Finn me observa, deja caer un poco la cabeza y me estudia. Junto un poco las cejas y lo miro con desconfianza—. Estás rara —sentencia. Y como mi mejor amigo me conoce casi como mi madre, por las dudas abro el libro que

descansa sobre mis piernas y finjo leerlo—. Algo pasó, pero no sé qué —susurra lleno de sospecha.

Bufo y paso la página. No leí ni medio párrafo.

Finn se acerca poco a poco y yo me alejo lo más que puedo. Lo tengo tan cerca que puedo sentir su aire golpeándome la cara. Me agarra el mentón y me tira la cabeza hacia un costado. No entiendo qué estaba pasando.

—¡AJA! —grita hasta el punto en que los pájaros salen volando. Finn suelta mi cara y vuelve a entender el concepto de espacio personal. Cuando lo veo tiene los brazos cruzados y una expresión de suficiencia.

Mi mano recorre la piel de mi cuello.

—¿Qué? —digo bajito y un poco perdida.

—Tenés un chupón —responde con una sonrisa más mala que buena.

Abro los ojos y empiezo a tocarme el cuello con desesperación.

—¿Dónde? —pregunto alarmada. ¿Un chupón? ¿Qué tengo, quince años?

El dedo de mi mejor amigo toca la piel marcada. Es del lado derecho, cerca de la base del cuello.

—Por favor, decime que no es enorme —suplico.

—No lo es, tranquila.

—Vos lo viste…

—Pero porque estaba literalmente respirándote en la cara. No todo el mundo se te va a acercar tanto. Bueno, no todo el mundo excepto ya sabemos quién. —Se ríe.

Mi cara expresa lo mucho que me gustó su comentario.

—Ahora el que tiene que estar ofendido soy yo —contraataca—. ¿Estuviste a los besos con Valentino? —Le tapo la boca con mi mano antes de que toda la casa salga a hacer preguntas.

—¿Querés que te mate? ¡No grites! —siseo, y después suspiro—. La respuesta es sí.

Las cejas de Finn suben hasta el nacimiento de su pelo.

—Pero fue uno solo.

Frunce el ceño y puedo escuchar su pregunta.

—Antes del beso tuvimos un momento en el mar…

Inclina la cabeza. Se muere de ganas de hablar.

—No sé cómo pasó. Estábamos nadando, más específicamente, intentando ahogarnos, y de repente me encontré con mis piernas abrazadas a su torso y sus manos agarrándome y nuestras bocas buscándonos y… —Vuelvo a suspirar.

Finn abre la boca; no para decir algo, sino sorprendido.

—Y me acaba de escribir que ahora a la tarde pasa a buscarme. Quiero verlo. Pero hasta ahora no había pensando en que a lo mejor lo que pasó fue solo algo de ayer y no va a volver a suceder. No lo sé. Tal vez se dejó llevar por el momento y lo pensó mejor y se dio cuenta que es una pésima idea.

Finn levanta la mano, pidiendo permiso para hablar.

Le saco el bozal.

—¿Por qué?

Tomo aire.

—¿Porque no vivo acá?

—Nadie está hablando de casarse.

—No sé si puedo ser casual con él —admito. Y es la verdad.

—¿Por qué no?

—Porque es Valentino, no es cualquier hombre.

Finn asiente con la cabeza, perdido en sus pensamientos.

—Entiendo, no te sentirías cómoda.

—No es esa la palabra. —Encuentro dificultad para explicarme, porque siendo honesta, es una situación confusa—. No sé si me saldría tener sexo un par de veces y después volverme a Nueva York como si nunca hubiera pasado.

—Ah, tenés miedo.

—¿Miedo?

—De enamorarte.

—Esa es una palabra muy fuerte.

—¿Pero tengo razón? —Sonríe.

No respondo de inmediato y mi mejor amigo me permite pensar en lo que acaba de soltar su boca. Nos balanceamos sin hablar.

—Cruzar esa línea con Valentino siento que solo va a hacer todo mucho más complicado.

—Entonces no lo hagas. Si sentís que no es lo correcto, evitalo.

Pero ahí radica el conflicto conmigo misma. Sé que sería un desastre cruzar la línea, volver a besarlo, saber a qué sabe cada centímetro de su piel, la sensación de él adentro mío, poder escuchar cómo son sus gemidos. Trágico. Porque sé muy bien que una vez que la cruce nada va a volver a ser igual. Ni entre nosotros ni en mi. Lo sé solo con lo que sucedió ayer. Porque un beso no se debería sentir así. Como si mi boca hubiera estado esperando la suya durante todo este tiempo y al fin se encontraron. Parecían felices, aliviadas, de que la espera hubiera terminado. No. Un beso no debería sentirse tan predestinado, acertado, natural, lógico. Y es por esa razón que solo el hecho de pensar que no voy a poder volver a besarlo se siente como si unos dedos me estrujaran el pecho.

A mi lado, escucho la risa de Finn. Giro mi cabeza para mirarlo.

—El problema es que no querés hacer eso —sentencia—. ¿Tan malo sería? —Su pregunta es delicada.

Mis manos se deslizan por mi cara. Estoy frustrada.

—Él está atravesando demasiado. Su mamá falleció hace unos meses y su papá… —Niego con la cabeza. No puedo contarle esto a Finn. No cuando se sintió como un secreto que me otorgó—. No quiero agregar algo más a la lista.

Los pies de Finn se mueven adelante y atrás, moviéndonos. Ambos miramos hacia el frente, a la casa de mis abuelos. Justo en ese instante la puerta se abre y la figura de Eugenio aparece ante nosotros.

—Podría pasar por un guardaespaldas tranquilamente —murmura Finn a mi lado.

—¿Sabés que podés hablar en voz alta? No sabe inglés.

—Estoy seguro que antes de ser enfermero fue uno —insiste mi mejor amigo.

—¿Guardaespaldas?

Finn asiente con la cabeza.

—¿Almuerzan acá? —La voz de Eugenio viaja desde dónde está, apoyado sobre el marco de la puerta, hasta la hamaca paraguaya que nos sostiene.

—Yo sí. —Señalo a Finn con el pulgar—. Él no. —Mi tono es poco disimulado. Eso hace que la expresión de Eugenio sea de pura intriga.

—¿A dónde vas? —le pregunta en español y se da cuenta de que no va a recibir una respuesta de la boca de Finn—. Necesita aprender español —me dice firme.

—Entendí esa palabra —dice Finn.

—Ese es el motivo por el cuál no almuerza acá. Delfina le va a dar su primera clase de español.

—¿Delfina? —Ambas cejas de Eugenio se elevan y encuentro diversión en su pregunta y en su cara. Debe estar pensando lo mismo que yo.

—También esa. —Los ojos de mi mejor amigo están un poco entrecerrados y sé que está intentando entender de qué estamos hablando. Pero creo que si captó la palabra "español" y "Delfina" ya lo habrá descifrado. Por las dudas le hago un resumen de la charla.

—Y pronto vas a entender muchas más palabras —le digo en inglés.

—¿Entonces te cuento a vos sola para el almuerzo? —aclara Eugenio.

—Si.

—Perfecto. Comemos en una hora. —Y con eso se da media vuelta y entra a la casa.

—Si no fuera hetero… —dice Finn.

El comentario me hace reír. Entiendo perfectamente a lo que se refiere. Eugenio es un hombre atractivo. No estoy ciega. Pero cuando lo veo no se me da vuelta el estómago. Eso parece que solo sucede ante unos ojos verdes muy específicos.

Finn me cuenta del próximo casamiento que tiene que organizar, que no es hasta dentro de un mes.

—Me despejé la agenda. —Y sé que lo hizo por mi.

—No tenías que hacerlo.

—Pero quería. Quiero estar acá cuando… —Una sonrisa triste se plasma en sus labios.

Cuando mi abuelo se muera. No lo digo en voz alta pero sé que ambos estamos pensando en esas palabras.

La conversación con Finn sigue durante unos minutos más hasta que se fija en el reloj de su muñeca.

—Bueno, mejor me voy. No quiero llegar tarde — dice bajándose de la hamaca paraguaya, lo que genera un envión que hace que me balancee con velocidad.

—¿Sabés cómo ir? Puedo acompañarte —ofrezco. Las posibilidades de que se pierda son altas.

—No hace falta. Ya aprendí el camino. No es tan lejos ni tan complicado.

—Suerte en tu cita —le digo con una sonrisa gigante. Me cuesta tanto no molestarlo. Me sale casi natural ser una molestia.

Finn mueve la cabeza hacia la izquierda y la derecha un par de veces, sus labios intentando no sonreír.

—Suerte en la tuya —Sus ojos azules brillan con maldad. Sus pies comienzan a alejarse antes de que pueda responderle. Me está dando la espalda y está lejos cuando vuelvo a hablar.

—¡No es una cita! —grito desde la hamaca. Escucho la carcajada de Finn pero no se gira para responderme, solo sigue caminando.

Vuelvo a abrir el libro e intento con todas mis fuerzas concentrarme en las palabras que están plasmadas sobre el papel. Después de leer por quinta vez el comienzo del mismo párrafo, cierro el libro y lo lanzo a mi lado.

*No es una cita.* Me digo a mí misma en el patio de la casa de mis abuelos.

*No es una cita*. Lo repito mientras almuerzo con mi familia.

*No es una cita.* Pienso cuando me estoy poniendo el vestido blanco con flores chiquitas azules.

*No es una cita.* Vuelvo a decirlo cuando se escucha el timbre que indica que Valentino llegó.

*No es una cita.* Tengo que repetirlo por última vez cuando abro la puerta y la presencia de Valentino parece robarse el oxígeno de mis pulmones.

# *Capítulo 34*

## Valentino

No soy un hombre que le dé mucha importancia a la ropa. Pero cuando me veo frente al espejo del baño (no tengo uno de cuerpo entero en toda la casa, eso indica lo mucho que me interesa la ropa) me doy cuenta de que estoy nervioso, porque me estoy fijando si voy bien vestido o no. Y no estoy yendo a trabajar.

No admitiría ante nadie cuánto tiempo me lleva estar a gusto (una hora) ni cuántas prendas quedaron tiradas en el piso y la cama y por toda la habitación prácticamente (quince).

Nunca dieciocho cuadras se sintieron tan largas y tan cortas al mismo tiempo. Mis piernas parecen no decidirse entre si caminar con calma o como si el suelo quemara. Decir que estoy nervioso sería un mimo. La verdad es que me estoy cagando encima del miedo.

¿Se arrepentirá?

Dios, espero que no. Porque ahora que la besé, no sé si soy capaz de no volver a hacerlo. Quiero poder besarla por cada vez que quise hacerlo y no pude. Nos debemos una buena cantidad de besos.

Tomo aire antes de tocar la puerta. Y el aire me queda atascado en los pulmones cuando Matilda Mancini aparece. Tiene el pelo suelto, dos hebillas lo despejaban de su rostro. Sus ojos me miran sonrientes. Los míos le devuelven el saludo.

—Hola, Valentino.

—Hola, Matilda.

—No sé a dónde vamos, pero con este calor la única opción soportable era un vestido— dice pasándose las manos por la tela y

eso me hace bajar la mirada para ir subiendo poco a poco, recorriéndola por completo.

—Estás perfecta —respondo.

Agarra la cartera que usó en el bar la otra vez, grita un "me voy" adentro de la casa y cierra la puerta.

—Ir caminando me había parecido una buena idea —digo—. Pero si tenes mucho calor, puedo ir a buscar la camioneta.

Matilda baja los tres escalones y empieza a caminar hacia la vereda.

—No, no. Vayamos caminando.

—¿Segura? —pregunto, alcanzándola—. No tardaría más de veinte minutos…

—En serio —insiste—. Es soportable. Además, me gusta caminar.

—¿Cómo está tu abuelo?

Matilda toma aire por la boca y lo mantiene por unos segundos antes de soltarlo todo junto.

—Cansado. A veces… —Aprieta los labios y veo en su rostro la pena que le da decir las siguiente palabras— A veces dice que preferiría estar muerto que seguir viviendo de esta forma, tomando pastillas todo el tiempo, agotado de hasta lo más mínimo, sin poder ir al baño solo y necesitar ayuda constantemente.

No es meditado, es natural la búsqueda de su mano.

—Lo siento, Mati.

—Todos los días es ver cómo él se va yendo. —Le doy un apretón a su mano. Ella me sonríe con pesadez.

—Visto de esa manera se podría decir que dentro de todo yo tuve suerte.

Matilda se frena, por lo tanto yo también.

—Valen, perdón, no quise… —Con nuestros dedos aún unidos tiro de ella para que vuelva a mi lado. A lo mejor tendría que llamarme la atención lo cómoda que se siente mi mano unida a la de ella, pero no lo hace.

—Sé que no quisiste, pero es que me lo pongo a pensar y no sé si hubiera soportado ver a mi mamá perderse en una enfermedad. —Me peino con la mano libre—. A veces me relaja saber que no sufrió, ¿sabés? Que no fue una muerte lenta, dolorosa. —Es el turno

de ella de apretar mi mano—. No lo sé. Supongo que necesitamos buscarle el mejor lado a las cosas. Hasta a la muerte.

—Es una manera de sobrevivir, Valen.

No volvemos a hablar, pero nuestras manos no se sueltan tampoco. Ni siquiera cuando me cruzo con el ayudante de cocina del hotel.

—Disfrutando las vacaciones por lo que veo —dice Beto con una sonrisa y mirando hacia Matilda. Estira su mano hacia ella—. Un placer conocerla señorita Mancini, trabajo en el hotel. —Matilda complacida le estrecha la mano.

—Un placer…

—Beto Suárez.

—Beto Suárez. —Sonríe con todos sus dientes.

—Bueno, mejor los dejo seguir —responde el hombre. Y no se guarda la expresión pícara.

Si tengo suerte, a lo mejor tengo dos horas antes de que mi hermana me mande un mensaje preguntándome por qué le llegó el rumor de que estaba caminando por Nanai de la mano con nadie más ni nadie menos que la nieta de Tito Mancini.

El problema es que yo sé muy bien que no tengo respuesta para esa pregunta. O no al menos la que los demás van a querer escuchar. Porque la pura verdad es que cuando se trata de ella no sé por qué hago lo que hago. Por qué la besé, por qué parezco estar pensando todo el tiempo excusas para volver a verla, por qué mi piel se sienta aliviada de estar en contacto con la de ella, como si mi cuerpo estuviera sediento y Matilda fuera la única solución. Todo lo que hago es porque simplemente se siente *bien*.

Llegamos al centro del pueblo. Y es cuando saludo a la tercera persona en menos de diez pasos que me doy cuenta que no pensé demasiado al traerla acá. Si antes tenía dos horas ahora solo tengo minutos. La incógnita es quién iba a hablarme primero: si mis amigos, mi hermana, o los amigos de mi hermana.

En estos quince años cambiaron varias cosas, algunas siguen estancadas en el tiempo, pero se ve que el pueblo cambió lo suficiente para que Matilda no sé de cuenta a donde estamos yendo.

—¿Te conté que Finn empezó a tomar clases de español?

—¿En serio?

Matilda dice un "mhm" afirmativo.

—¿Dónde? —pregunto curioso.

—La pregunta que tendrías que hacer es con quién —dice sugestiva.

—¿Juana? —Mis cejas están unidas por el miedo. Matilda niega con la cabeza, una sonrisa impresa.

—Nop.

Vuelvo a mirar al frente, pensando.

—¡Delfina! —dice Matilda. Ah, de eso estaban hablando en el café. No me había quedado del todo claro a qué se referían.

—¿Por qué estás tan feliz? —digo señalándole la cara con el dedo —. ¿De qué me estoy perdiendo?

—No puedo decir nada. No todavía. El tiempo dirá —responde con voz seria y un rostro solemne.

—Sos tan rara a veces.

Su mano derecha, la libre, me golpea en el hombro.

—Qué bien que pegar sea un hábito que no hayas soltado — murmura mientras acaricio la zona afectada con mi mano libre. Matilda, desde que tengo memoria, es una mujer con una fuerza abismal.

Estamos a una cuadra. Estoy ansioso y algo nervioso.

—¿Hasta cuándo se va a quedar? —Necesito llenar el silencio, por las dudas de que se escuche lo fuerte que me late el corazón.

—No va a volver hasta que no tenga que hacerlo yo.

*Hasta que se muera Tito.*

—Entonces es una buena decisión que aprenda algo de español. Al menos para hacerse entender un poco. No tenía idea de que Delfina sabía inglés. Tampoco que le gustara enseñar.

—Ah, no es eso lo que le gusta —por cómo lo dice es evidente de que me estoy perdiendo de algo. Pero no sé de qué. Y claramente se me nota en el rostro—. Hombres —dice decepcionada.

Sobre la vereda, enfrente del local, hay un banco. Sentados comiendo helado hay una señora mayor y una nena de entre cinco y siete años que seguro es la nieta.

—Llegamos.

Matilda deja de caminar y levanta la vista, lee el nombre y se da vuelta con una sonrisa que me estruja el corazón. Vuelve a mirar a la heladería y puedo ver como el perfil de su sonrisa poco a poco se va esfumando.

—¿Mati? —pregunto algo preocupado por su silencio y su expresión.

—Mi abuelo me dijo hace unos años que había cerrado.

Ahora ambos estamos viendo la tipografía blanca en cursiva que dice Conos&Helados.

—El dueño, el hijo de Jorgelina y Miguel, no podía seguir manteniendo el lugar. Cuando su papá falleció pasó a hacerse cargo pero digamos que no de la manera correcta. No tardó en fundirlo, obligándolo a tener que cerrarlo. Y así estuvo durante mucho tiempo. Pero el año pasado lo compré.

No necesito girarme para saber que Matilda me está mirando. Siento sus ojos en mi cara, pero no me animo a enfrentarla.

—¿Por qué?

Me aseguro de estar mirándola cuando hago una confesión.

—Se sentía incorrecto que uno de tus lugares favoritos no existiera más.

—Valentino…

—¿Entramos?

El interior no es idéntico a como ella lo debe recordar. Pero me esforcé por mantener la esencia.

Jorgelina me saluda con una sonrisa enorme.

—¡Valen!

—¿Cómo estás, Jorgelina?

—Respirando un poco. Por suerte viene siendo una buena temporada —dice aún con la sonrisa en la cara.

—¿Dónde están los chicos? —Detrás del mostrador solo está ella.

El año pasado, en la primera temporada, descubrimos que lo mejor era contratar a personas exclusivamente para trabajar durante el verano y poder darle una mano a Jorgelina. Violeta y Paulo habían pasado a quinto año y necesitaban un trabajo para ahorrar algo de plata para la fiesta de egresados y el viaje a Bariloche. Y era a esos dos que estaba buscando.

—Están haciendo el inventario —agrega las comillas con sus dedos.

—Una vez. —Paulo aparece con un pote de helado—. Solo una vez nos encontraste con las manos en la masa y desde ese día nos lo recordás constantemente. —En un movimiento cambia el recipiente vacío de un sabor de helado que no tengo idea cuál es y coloca el nuevo.

—No sé si yo diría que estaban en la masa. Creo que tus manos estaban en…

—Jorgelina. —Asoma la cabeza Violeta—. Te quiero volver a pedir perdón por el incidente. No sabíamos qué habías regresado del almuerzo. Por favor no nos sigas atormentando. Te quiero. —Con eso el rostro de Violeta desaparece. Jorgelina se encuentra dichosa haciéndole pasar calor a Paulo y Violeta. El chico tenía los cachetes colorados.

—Dejá de torturarlos, Jorgelina —digo con una sonrisa.

—Pueden soportarlo. —Por primera vez le presta atención a la mujer que está a mi lado. —Hola, querida —dice dulce y amable pero con los ojos concentrados, como si la mujer intentara descifrar el rostro de Matilda. Pestañea rápidamente varias veces—. Perdón, pero tu cara me es familiar.

—Es la nieta de Tito. —Los ojos de Jorgelina se iluminan con reconocimiento.

—¡Matilda! Por supuesto. Ahora que me lo decís puedo verlo perfectamente. ¿Un cono de mousse de limón y dulce de leche?

—Por favor —responde Matilda con una sonrisa.

—Y un cono de mascarpone con frutos rojos y chocolate amargo para vos —dice Jorgelina mirándome.

—Gracias, Jorgelina. —Extiendo la tarjeta para pagar pero me la rechaza.

—Dejame invitarlos.

—¿Sabe que no lo voy a descontar de tu sueldo, no?

—Ya te dije que no hace falta que me trates de usted. —Se cruza de brazos.

—Y ya le dije que ese es un capricho que no voy a poder cumplirle.

—Hombre terco.

—Ese soy yo. —Amplío mi sonrisa.

La puerta se abre y entra una familia de cinco a la heladería.

—Te dejo seguir atendiendo.

—Paulo les entrega el helado —responde Jorgelina—. Fue lindo volver a verte, Matilda. Me enteré lo de Tito. —Su cara se ensombrece un poco pero se esfuerza por sonreír ligeramente—. Mandale un beso.

—Le mando. Gracias, Jorgelina.

Nos alejamos de la caja y nos apoyamos sobre el mostrador. Paulo estaba terminando de armar el primer cono cuando aparece Violeta para ayudarlo

—Tuyo. —Le da el cono a Matilda.

—Gracias. —Se detiene a leer el cartel con el nombre que cuelga de la remera—. Paulo. Muchas gracias, Paulo.

—Acá está el tuyo, Valen. —Agarro el cono de la mano de Violeta —. ¿Servilletas? ¿Cucharitas?

—Servilletas —pide Matilda. Violeta le da una buena cantidad.

—Gracias —les digo a los chicos—. Tengan una buena jornada.

Salimos de la heladería. El banco está libre.

—¿Queres sentarte? —ofrezco. Matilda responde sentándose, cruzando una pierna por encima de la otra. El largo del vestido deja ver tanta piel que no sé si voy a sobrevivir el resto de la tarde. Me dejo caer a su lado. Giro la cabeza en el momento justo que la lengua de Matilda recorre el helado. No. No voy a sobrevivir.

—¡Tiene exactamente el mismo sabor!

—Lo primero que hice fue llamar a los mismos proveedores. Y a Jorgelina.

—No puedo creer que esté comiendo este helado otra vez. Cuando Tito me contó que habían cerrado quedé devastada. Gracias, Valen. En serio. No puedo creer que hayas comprado este lugar.

—Era un poco triste pasar por la puerta y ver las persianas bajas.

—Director general de un hotel que pertenece a una de las cadenas más importantes del mundo y dueño de Conos&Helados. ¿Algo más que no sepa?

Escondo mi sonrisa dándole un buen bocado al helado.

—¿Valen?

—Técnicamente soy socio de la cadena de los Hoteles Mancini —confieso. Mis palabras son ligeras pero estoy un poco preocupado de cómo se lo pueda llegar a tomar. Después de todo yo no soy un Mancini, no me lo merezco ni me corresponde.

Matilda se queda estática, sin parpadear, ni hablar.

—¿Cómo? —no detecto enojo en su voz, sino una gran cantidad de asombro.

—Tu abuelo me lo ofreció. Tus papás no objetaron, al contrario. Así que podríamos agregar eso también a mi currículum.

Estupefacta, así estaba la mujer a mi lado. El helado se derrite sobre el cono.

—Decí algo— suplico, empezando a preocuparme.

—Estoy sin palabras. —Mira hacia adelante, en su expresión se nota que está digiriendo la información—. ¿Por qué? —Abro la boca para responder pero Matilda alza la mano, frenándome—. No me molesta, quiero aclarar eso. Pero me da intriga el porqué.

—Citando a Tito: necesitaba un heredero. Ellos saben que a vos no te interesa ni un poco el mundo de los Hoteles Mancini, ni estar a cargo.Y tus papás jamás te obligarían a cumplir con un rol que no querés, pero también sabían que iba a llegar el día en que quisieran jubilarse. Fue entonces cuando Tito se contactó conmigo y me preguntó si quería tomar la responsabilidad que conlleva ser la persona que toma las decisiones vitales. —Me acuerdo perfectamente que cuando me lo preguntó pensé que me estaba jodiendo. La cara seria de Tito indicaba todo lo contrario, pero es que sus palabras carecían de lógica para mí—. Le dije que sí. No de inmediato. Tuve que pensarlo durante un par de semanas. —Lo que me estaba pidiendo era seguir con un legado que era demasiado pesado. No era una transacción, no iba a ser el dueño por completo, pero para el resto del mundo iba a ser la cara de los Hoteles Mancini, con más de trescientos hoteles dando vueltas por el mundo. Y me di cuenta que lo quería. Que otra vez Tito me estaba ofreciendo una oportunidad que no sabía si me merecía—. Por supuesto que seguís siendo una Mancini y si el día de mañana

querés tener un lugar en la junta directiva, o donde quieras, nadie te puede impedir nada.

La boca de Matilda está algo abierta, el cono intacto.

—Tiene todo el sentido del mundo.

—¿Si? —pregunto algo inseguro.

—Sí. —Le da un lengüetazo al helado—. Alguien va a tener que hacerse cargo de los hoteles en un futuro. Y ambos sabemos lo importante que es para mi abuelo que el negocio se mantenga dentro de la familia. Jamás estuvo interesado en vendérselo a nadie que no fuera un Mancini. —Hizo una pausa pensativa—. O bueno, un Díaz, en su defecto. —La ligereza de su voz me hace soltar el aire.

—No soy el dueño —aclaro antes de llevarme el helado a la boca.

—No me sorprendería que en unos años lo seas —lo dice sin un rastro de malicia—. Creo que me ganaste. —La miro confundido—. Tu secreto es mucho mejor que el mío. Haber estado a punto de casarse pierde ante "soy socio de unas de las hoteleras más importantes del mundo".

—¿En serio no te interesa hacerte cargo? —mi pregunta nace exclusivamente de una duda pura y genuina. Matilda es una mujer que nació, literalmente, en este mundo. Toda su familia se dedica a esto.

—A lo mejor es el síndrome de la oveja negra. —Se encoge de hombros—. Pero a medida que fui creciendo, tenía esta necesidad de buscar mi propio camino y no solo eso, sino de que ese camino sea lo más alejado posible al de mi familia. Necesitaba que las personas me conocieran no porque era la nieta del gran Lorenzo Mancini, sino por lo que yo elegí hacer de mi vida. No te voy a decir que fue fácil y estoy segura de que a veces cuando me ven solo pueden ver a la heredera de los Hoteles Mancini. Pero también soy Matilda Mancini, una de las diseñadoras más importantes de Nueva York. Novias de todas partes del mundo viajan exclusivamente para que sea yo quien les diseñe el vestido para uno de los momentos más importantes en su vida. ¿Y eso? No tiene precio, Valen. No lo tiene.

Tiene sentido. Cada palabra. Nunca me había puesto a pensarlo de esa manera. Supongo que cuando nacés en una familia donde no

te espera un camino libre de obstáculos y no tenés un trabajo millonario preparado para vos, te cuesta entender por qué alguien no lo tomaría sin pensarlo dos veces.

—Sé lo que estás pensando —dice mirándome de reojo—. Problemas de Niña Rica Blanca. Soy consciente de lo frívolo que puede parecer visto desde afuera. Hasta parece que me estoy quejando de que mi familia es dueña de una empresa multimillonaria.

Niego con la cabeza.

—No. Y entiendo a lo que vas.

—Muchas personas no. Y me ven como una desagradecida. Pero hace muchos años aprendí que la mirada de las personas que ni conocen el sonido de mi voz no me tienen que afectar. —Sus cejas están algo fruncidas, como si estuviera recordando algún momento donde alguien le dijo esas exactas palabras.

—Brindo por eso —digo estirando mi cono de helado. Ella me sonríe con la boca cerrada y lo siento un triunfo.

—Chin chin. —Nuestros conos impactan uno con el otro.

Con Matilda no existen los silencios incómodos. Nunca lo hicieron. No necesitamos hablar para llenar el espacio.

Pero lo que sí parece que yo necesito es mirarla. Desde que abrió la puerta que mis ojos parecen obstinados a dejar de observar el mundo que existe más allá de ella. Observo su boca, cómo se hunde en el helado, cómo su lengua relame los restos que quedan en sus labios. Esos mismos labios que ayer probé por primera vez y que desde el momento en que despegué mi boca de la suya solo pude pensar cuándo iba a poder volver a besarla.

—¿Hacés algo a la noche? —Matilda me mira y yo no puedo evitar reírme en su cara. —¿Qué? —pregunta divertida.

No le respondo. Solo acerco mi pulgar a su mentón y lo deslizo una, dos, tres, cuatro veces, hasta que la mancha de helado de dulce de leche desaparece.

—Tenías… —empiezo la oración con mi mirada sobre ese pedazo de piel, pero cuando la veo a los ojos su mirada me corta las palabras.

Nunca quise que me hicieran un cumpleaños sorpresa. Soy una persona a la que le gusta saber exactamente lo que va a suceder. No me gusta que me tomen desprevenido. Pero cuando la boca de Matilda colisiona con la mía, me digo que a lo mejor las sorpresas no son tan malas y que no me molestaría sorprenderme más seguido si eso significa tener más besos de ella.

Siento su lengua pidiendo permiso y mis labios brindando la entrada. El beso tiene sabor a mousse de limón, dulce de leche, mascarpone con frutos rojos y chocolate amargo. Sabor a nosotros.

Matilda se acomoda para quedar enterrada en mi, sus brazos me rodean el cuello, siento la punta del cono pinchandome la espalda pero no emito objeción, porque de esta forma nuestros pechos están pegados. Mis manos la toman por la cintura, con cono incluido. El beso se empieza a intensificar y es ahí cuando recuerdo que estamos en la vía pública. Parece que Matilda piensa lo mismo porque rompe el contacto de nuestras bocas.

—Tengo miedo —dice sobre mis labios.

—¿Miedo?

—De que Jorgelina nos atrape con las manos en la masa. Creo que no podría volver a poner un pie adentro de la vergüenza .—Abre muchos los ojos y yo no puedo evitar reírme con la cabeza hacia atrás. Y es maravilloso que ella se ría también, porque puedo sentir su risa en mi pecho.

—Estoy seguro que lo superarías. —Mi mano derecha se pierde entre los mechones de su pelo.

—¿Que cada vez que me vea me recuerde cuando te succioné la cara? —Alza una ceja. —¿Vos podrías vivir con eso?

—No tendría ningún tipo de inconveniente con que me recuerde que le di un beso a la chica más linda de Nanai. —Le guiño un ojo y ella pone los suyos en blanco.

Nuestras manos siguen en contacto, reacias a querer soltarse.

—No respondiste mi pregunta.

—Perdón, alguien me distrajo. ¿Me repetís la pregunta?

—Si hacés algo hoy a la noche.

—No. —No voy a admitir que me despejé el resto del día para ella, aunque no tuviéramos ningún plan.

—Entonces estás invitado a cenar en casa. Mi familia va a estar más que feliz de que vengas. El otro día cuando fueron al café a visitar a Juana volvieron casi decepcionados de que no pudieron cruzarse.

—Sería un placer.

—¡Genial! —Su sonrisa es tan gigante, tan brillante. Estoy seguro que el sol se debe querer morirse de celos.

Y es entonces cuando confirmo lo que siempre supe. Haría lo que esté a mi alcance para verla feliz. Por ver cómo sus ojos se achican debido al tamaño de su sonrisa. Envuelvo el contorno de su cara y le deposito un beso corto en sus labios.

—Si vamos a ir a tu casa, entonces tengo que ir a la mía a sacarlo a Ringo y dejarle comida.

—Perdón, pensé que me había explicado. Él también está invitado. En realidad, es él quien quiero que venga, pero iba a quedar mal si no te decía a vos también.

—Me rompés el corazón, Matilda.

Porque soy un hombre débil vuelvo a dejarle un beso, pero esta vez en la frente.

Terminamos de comer los conos de helados mientras caminamos hacia mi casa, mi brazo rodeando sus hombros. Cada roce, beso, toque, mimo, entre nosotros, se siente tan pero tan familiar.

—¿Qué tenés ganas de comer?

El atardecer comenzó poco a poco a plasmarse sobre el cielo.

—Odio esa pregunta —respondo.

—Nunca fuiste muy bueno decidiendo, es verdad. La mayoría de las veces tenía que elegir yo la película que íbamos a ver, o a qué juego de cartas íbamos a jugar, o qué colores usar para hacer la pulsera. Debo decir que me cuesta creer que tu trabajo no sea nada más ni nada menos que ser el director general de un hotel de cinco estrellas reconocido a nivel mundial. Tal vez quien realmente lleva las riendas es Carolina y vos solo sos una cara bonita… Auch —grita y me fulmina con la mirada. Su mano acaricia el cachete derecho de su culo, que acabo de pellizcar.

—Lo que quiera tu familia, Mati. Me da lo mismo, en serio. —Le doy una palmadita en la zona afectada y una sonrisa ladeada.

Antes de que pueda poner la llave en la cerradura ya se escuchan los ladridos del otro lado. Y antes de que podamos poner un pie dentro de la casa, Ringo ya está con las patas delanteras en los hombros de Matilda.

—Sabes que ahora que presto atención…

—¿Si? —El perro más feliz del mundo en este momento es Ringo siendo mimado por las manos cariñosas de Matilda, quien ni siquiera me mira para hacer la pregunta.

—Ringo es más alto que vos. —Eso la hace mirarme. Con odio.

—Te informo que mi altura es la media.

—En personas que están en primaria, sí, me imagino que sí.

—Deberías agradecerle a Ringo, porque el hecho de que tenga esta carita que te suplica que no lo dejes de mimar, es la única razón por la cual no voy hasta donde estás y te pellizco.

—La venganza no te queda bien, Mati —le digo desde la cocina, mientras le pongo la comida a Ringo en su plato.

No escucho su respuesta, pero si oigo que se acerca.

—¿Te ayudo con algo? —Niego con la cabeza. Tomo el otro recipiente y le cambio el agua.

Silencio.

Pasos.

Manos que primero recorren la parte baja de mi espalda, la tela de la remera moviéndose al mismo tiempo que esas mismas manos se cierran delante de mi estómago, a la altura de mi ombligo. Cierro la canilla y me quedo con las manos apoyadas sobre la mesada de la cocina. Lo siguiente es su cabeza descansando justo entre mis omoplatos. Es entonces cuando con mis manos paso sobre las de ella pero sigo de largo, agarrándola por sus antebrazos. Ella me abraza con más fuerza y puedo sentir cómo su pecho se eleva un poco antes de soltar el aire con serenidad, sin prisa.

La fragilidad del momento hace que mi respiración se ralentice, que mis dedos queden congelados en sus brazos, mi boca cerrada, por temor a decir algo que rompa la armonía.

—Gracias. —Siento su boca moverse sobre la tela de mi remera.

—¿Gracias? —pregunto bajito.

—Por este día. Por comprar la heladería. Por haberme ido a buscar al aeropuerto. Por escucharme. Por ser mi amigo. Por todo. Gracias, Valen, por estar conmigo.

—No me tenés que agradecer nada, Mati.

—Lo sé. —Me da un beso en la espalda—. Pero quiero. —Su cabeza vuelve a acomodarse en mi espalda.

—Matilda. —Giro mi cabeza para poder mirarla, ella apoya el mentón sobre mi omoplato izquierdo y me observa con esos ojos caprichosos.

—¿Si?

Doy media vuelta, pero ella en ningún momento suelta su agarre por completo, solo lo necesario para que pueda girarme y que quedemos cara a cara. Mis manos viajan desde la base de su cuello hasta poder agarrarla por la mandíbula.

—Beso.

—¿Me estás pidiendo o avisando?

Sonrío antes de poder formular una respuesta.

Me trago el sonido de sorpresa que emite su boca.

Y es como si no la hubiera besado hace una hora. En realidad se siente como si esta fuera la primera vez que mis labios prueban el sabor de la boca de Matilda. Hambriento, desesperado. Así me siento. Abandono su boca para poder besarle la mandíbula, el cuello, los hombros, el esternón. Pego su cuerpo con el mío, haciendo que su espalda se curve. Sus dedos se hunden en mi pelo y su boca parece igual de ansiosa que la mía.

Me trago un gemido de ella cuando mi mano derecha exprime el cachete de su culo. El que pellizqué antes.

—Esa es una buena forma de pedir perdón. Pero creo que sos un hombre creativo, seguro se te ocurre alguna mejor.

—¿Ah, si? —respondo con mi boca de nuevo en su cuello.

—Sí —suspira.

—Podría morderlo para después pasarle la lengua. —Eso hace que todo su cuerpo busque estar más cerca del mío y sé que está de puntas de pie en este momento porque mis brazos solo pueden pensar en estrujarla contra mí. Quiero sentir cada centímetro de su cuerpo.

—Valentino. —Y no. Matilda diciendo mi nombre cargado con tanta lujuria es más de lo que puedo soportar.

En un movimiento rápido la alzo del piso para apoyarla sobre la mesada. Me posiciono entre sus piernas, que no duda en abrir. Eso solo consigue que más sangre viaje hacia mi miembro. Saber que ella me desea igual que yo la deseo a ella…

Volvemos a besarnos, con más violencia, con más saliva y más choque de dientes. Poco a poco mis manos van subiendo la tela de su vestido. Puedo sentir cómo su piel se eriza bajo mi tacto.

—¿Me dejás pedirte perdón? —pregunto con mi boca muy cerca de la suya y mis ojos penetrando los suyos. Matilda tiene sus manos sobre la mesada, inclinada hacia atrás, con su pecho que sube y baja. Puedo notar la erección de sus pezones a través de la tela del vestido. Paso mi pulgar por uno y después por el otro. Todo su cuerpo tiembla ante mi tacto y eso me hace sonreír.

Con la palma sobre su estómago la empujo despacio un poco más hacia atrás, hasta que sus codos son los que hacen de soporte. Subo un poco más su vestido y Matilda levanta la cola para ayudarme. Hago un nudo con la tela y es ahí cuando veo su ropa interior, blanca. La miro a los ojos cuando paso los dedos por la zona. Esta vez el temblor es un poco más evidente. Deja caer su cabeza hacia atrás y me lanzo hacia su cuello expuesto para mí. Bajo con lentitud hasta atrapar uno de sus pezones por encima de la tela. Succiono con más ganas cuando Matilda toma mi cabeza y me empuja hacia abajo. Mis dedos siguen jugando sobre la tela de su tanga.

—No respondiste mi pregunta. —Dejo el lazo izquierdo de la tela húmeda y como no soy un hombre que haga las cosas a medias, bajo mi boca hacia el otro pezón. Esta vez lo muerdo con delicadeza antes de aplastarlo con la lengua y chuparlo. Matilda se mueve con energía buscando poder frotar su clítoris contra mi mano. Cuando levanto la cabeza sé que no me escuchó, porque ni siquiera me está mirando.

—Dios, Valentino —balbucea y no estoy segura de que sea consciente de que está hablando.

—Matilda —digo un poco más firme. Eso hace que me mire. Tiene los cachetes algo rojos y sus párpados se ven pesados. Todavía tengo la tela del vestido en mi puño, dejando a la vista parte de su abdomen. Con mi mano libre juego con el borde su ropa interior—. ¿Puedo disculparme como corresponde, Matilda?

—Sí.

Con una sola mano y mucha destreza, consigo ir bajándole la tanga. Pasa por sus muslos, rodillas, gemelos y cuando llegan a sus tobillos Matilda misma se encarga de deshacerse de ella.

Deshago el agarre del vestido, apoyo ambos antebrazos sobre la mesada, uno de cada lado, atrapándola. Matilda se reclina de nuevo, sin acostarse del todo, con su mirada atenta a cada movimiento que hago. Vuelvo a levantar la tela, hasta que lo único que queda cubierto son sus tetas. Y no espero mucho más para enterrar mi boca entre sus piernas. Está mojada. La parte interna de sus muslos presiona mis orejas cuando aplasto mi lengua contra su clítoris. Vuelvo a hacerlo una vez más y después empiezo a hacer movimientos más cortos con la punta de mi lengua. Me acomodo ambas piernas sobre mis hombros y Matilda usa sus talones para empujarlo más adentro de ella. Y eso hago.

—¿Me perdonás, Mati? —Matilda se mueve para poder mirarme, y yo me pierdo entre sus ojos y la forma en que su pecho sube y baja. Con una mano presiono una de sus tetas, la aprieto y le pellizco el pezón. La cabeza de Matilda vuelve a caer. Mi mano libre va entre sus piernas y juego con su clitorís con mi pulgar antes de meterle un dedo.

—Dios, Valentino —jadea y mueve sus caderas hacia adelante.

Bajo de nuevo mi boca y sumo otro dedo en su interior. Mientras la penetro con mis dedos, le succiono el clítoris y eso hace que ella me estruje. Gimo sobre ella y mi boca se mueve con más agresividad. Matilda no para de moverse y todo es tan desprolijo y caótico. Parecemos animales.

Saco mi mano de su interior, mis dedos húmedos. Aprieto la carne de su culo y me hundo un poco más, hasta que estoy casi enterrado en ella.

Lamo, chupo, muerdo. Solo se escuchan los gemidos de la boca de Matilda y el sonido de mi lengua deslizándose sobre su humedad.

Cuando Matilda tira de mi pelo con fuerza sé que es porque está cerca. Puedo sentir en mi boca también cómo tiembla. No freno, no desacelero.

Matilda dice mi nombre una última vez antes de acabar.

El orgasmo hace que su cuerpo tenga espasmos. Duele la forma en la que tira de los mechones de mi pelo pero no me importa. Sus talones presionando con firmeza mi espalda. Mi boca sigue enterrada entre sus piernas, absorbiendo cada gota.

Paso mi lengua una última vez y antes de enderezarme le dejo un beso.

Ahora que sé lo que es hacerla acabar con mi boca, solo puedo pensar en que quiero hacerlo de nuevo para después volver a hacerlo. Una y otra vez.

Matilda está desplomada sobre la mesada de mi cocina, sin hablar, sin moverse. Tiene un brazo sobre los ojos. Me agacho y busco su ropa interior. Se la paso por las piernas hasta colocarla en su lugar y bajo la tela del vestido para taparla. Acomodo mis manos entre su torso, y la observo desde arriba.

—¿Vivís? —pregunto. Mueve la cabeza de derecha a izquierda. Me río.

—Necesito unos minutos —dice ella, aún con su antebrazo de antifaz.

—Los que necesites.

Siento su humedad en mi boca, en mis dedos y estoy conteniéndome tanto para no arrastrarla a mi habitación en este preciso momento.

—¿Qué hora es?

Giro la cabeza hacia el reloj del microondas.

—Siete y veinte.

—Deberíamos ir yendo —su voz suena como su aspecto. Desinflada. No parece que fuera a moverse dentro de los próximos minutos.

Me dirijo hasta la heladera y saco una botella de agua. Agarro un vaso y lo lleno. Lo apoyo en la mesada.

—Voy a sacar a Ringo a que haga un pis rápido y vamos, ¿está bien? —Matilda se incorpora un poco sobre sus codos, ve el vaso y se lo lleva a la boca. Le da un trago largo casi terminándolo por completo—. Hay más agua en la heladera y podés agarrar lo que quieras para comer. Podés esperarme en el sillón, que creo que va a ser un poco más cómodo que estar sentada sobre el mármol. —Eso hace que me gane una sonrisa—. ¿Querés que te lleve hasta allá?— propongo.

—Me parece que todavía puedo caminar— dice con una sonrisa en los labios y se baja de la mesada.

—Ya vengo. —Le corro el pelo de la cara. Matilda toma mi muñeca cuando mi mano se queda anclada sobre su mandíbula.

—Acá te espero —murmura.

Me despido con un beso que le roba una risa tierna de la boca.

Con Ringo solo damos vuelta a la manzana y le prometo que mañana los paseos van a ser más largos.

Cuando entro a casa y encuentro a Matilda sentada en el sillón, con uno de sus pies debajo de su cola, distraída mirando algo en el celular, me azota esta misma escena pero con otra realidad. Una donde no somos solo amigos. Donde lo normal es que ella esté en el sillón de mi casa. Donde tenga un espacio en mi placard para poner su ropa. Un cepillo de dientes al lado del mío. Un juego de llaves. Donde la noche nos encuentre juntos, cocinando o cenando o teniendo sexo, pero juntos. Y las mañanas nos atrapen en la misma cama, diciéndonos buenos días con los ojos un poco hinchados y el pelo despeinado.

Pero no importa cuánto lo desee, esa no es nuestra realidad. No puede serlo. Porque ella no vive acá y no va a hacerlo.

# *Capítulo 35*

Matilda

Apenas escucho la puerta cerrarse voy, sin mucha estabilidad, al baño.

No sé en qué momento se me enredó el pelo. Supongo que debido a la fricción contra la mesada, cuando me recosté. La pollera del vestido está algo arrugada, le paso la mano para alisar pero se que no va a servir de mucho. Observo mi cara con escrutinio y es tan evidente que acabo de tener un orgasmo que espero realmente que se vaya disipando, porque no puedo sentarme así en una mesa con mi familia, Finn y Eugenio, cuando cada parte de mi cuerpo grita a los cuatro vientos lo que acaba de pasar en la mesada de la cocina de Valentino. Dios, todavía puedo sentir su boca hundida en mi.

Abro la canilla y me mojo la cara en un intento pobre de recomponerme.

Busco mi celular cuando llego al comedor. Bueno, en realidad primero tengo que encontrar mi cartera, que está tirada en el sillón individual cerca de la ventana. Con el aparato en mano me siento en el sillón grande naranja.

Tengo varios mensajes.

## NOCHE DE CHICAS

## Carolina: ¿Almuerzo mañana?

**Juana: Podría pedirle a Valen que se haga cargo del café por un par de horas.**

Solo leer su nombre hace que se me acelere el pulso.

**Delfina: Tengo que pedirle permiso a la jefa.**

¡Delfina! No veo la hora de llegar a casa y hacerle un interrogatorio a Finn. Le diría a Amelia que se sume vía videollamada pero gracias a la diferencia horaria esa opción es descartada. Excepto que quiera llamarla a las tres de la mañana y ganarme una enemiga de por vida. No, gracias.

**Juana: La jefa tiene que buscarte un reemplazo.**

**Delfina: Conozco a alguien que podría ayudarnos…**

**Juana: ???**

**Delfina: Empieza con T y es dueño del único bar decente en todo Nanai.**

**Juana: Estoy casi segura que Tomás duerme hasta las cuatro de la tarde después de trabajar el viernes.**

**Delfina: Y yo estoy segura de que si se lo pedís te va a decir que sí.**

**Carolina: ¿No están juntas ustedes dos? ¿En el café? ¿Trabajando? Podrían hablar esto cara a cara y ahorrarnos la conversación al resto.**

**Delfina: Qué simpática.**

**Carolina: Soy práctica. Y Delfi tiene razón, Juana. Pregúntale a Tomi, seguro que puede.**

**Matilda: Almuerzo el sábado. Agendado.**

**Carolina: La única persona que me interesaba que confirmara.**

*Delfina ha abandonado el grupo*

*Juana ha agregado a Delfina al grupo*

**Juana: Gracias por hacernos sentir queridas, Caro de mi corazón.**

**Carolina: A ustedes dos las veo casi todos los días de mi vida desde que tengo**

**memoria. A Matilda no.**

**Delfina: ¿Escuchaste eso? Es mi corazón, rompiéndose.**

**Carolina: Dramática que sos. Te amo.**

**Delfina: Y yo a vos.**

**Juana: Me estoy empezando a poner celosa…**

**Carolina: Esta es la principal razón por la cual no tengo novios.**

**Matilda: ¿Hacemos picnic en la playa?**

**Delfina: ¡Sí! Juana dice que ella se encarga de llevar la comida.**

**Carolina: Perfecto. Sábado a las doce nos encontramos en El Café de Lila y de ahí vamos todas juntas. Después arreglamos bien qué lleva cada una. Me voy que desde que el director general del hotel se tomó vacaciones todo recae en mi.**

## Juana: Vos le dijiste que se tomará esas vacaciones…

## Carolina: Tecnicismos.

Se escucharon las llaves y cuando levanto la mirada ahí está él. Las nubes detrás de él son de un color rosa intenso, el cielo oscuro, y el viento que entra por la puerta uele a verano. Sonrío. Y él hace lo mismo pero puedo notar que su cabeza está armando un pensamiento. Quiero abrirle el cráneo con ambas manos y buscar lo que está pensando, porque por la diminuta arruga entre sus cejas, es algo que le preocupa.

—¿Estás lista? —pregunta sin cerrar la puerta. Solo se inclina sobre el mueble que está en la entrada y del cuenco saca lo que supuse son las llaves de la camioneta. Me doy cuenta que al auto no lo usa en Nanai.

—No usás el auto —suena como una afirmación.

—Me lo compré para ir al trabajo porque llegar a un hotel cinco estrellas con la camioneta desentonaba un poco. —Gira las llaves sobre sus dedos y con la cabeza me indica la puerta—. No quiero hacer esperar a tu familia.

Nos subimos a la camioneta y bajamos las ventanillas. Valentino primero pone música y después arranca la camioneta. Es un viaje que nos va a permitir escuchar dos canciones, tres como mucho, pero es evidente que para él es vital que el viaje esté musicalizado.

La mano de Valentino descansa sobre mi muslo y solo la aleja cuando necesita hacer un cambio. Me gusta que no lo piense tanto, que simplemente lo haga. Como el beso de ayer. Hay algo en Valentino actuando casi por inercia que me endulza la sangre que corre por mis venas. Es como si su cuerpo tuviera el impulso de estar cerca del mío. De tocarme, de besarme, de sentirme debajo de sus yemas, de sus labios, de su lengua. Todo su ser anhela al mío y es incontenible. Por eso su mano buscó mi pierna apenas pudo hacerlo y no se aleja a menos que sea necesario.

Cuando la camioneta frena enfrente de la casa de mis abuelos me doy cuenta de que estoy inquieta, nerviosa. Valentino apaga el motor, se desabrocha el cinturón pero no se baja de inmediato. Sin movernos, sin hablar. Solo se escucha la melodía de una canción que creo conocer pero no estoy segura del todo.

—Estás preocupada —afirma Valentino.

Volteo la cabeza para dejar de ver hacia la casa y poder verlo a él. ¿Lo estoy? No, no lo estoy. Pero tampoco puede decirse que estoy tranquila.

—Estoy… pensando.

—¿Se puede saber en qué? —Sus ojos son tan amables. Tan receptivos. En todos estos años nunca los recordé de otra forma. Decido escuchar a mi instinto que me pide que lo toque y que le borre la línea de preocupación que quiere formarse entre sus cejas.

—En qué no sée qué somos, pero es lindo y me gusta y no sé… —Inevitablemente vuelvo mi mirada a la casa.

—Matilda, no tenemos porqué entrar tomados de la mano y besarnos enfrente de tus padres. —Tiene una sonrisa tímida en sus labios—. No tenemos que contárselo a nadie si no querés. Puede ser nuestro secreto hasta que decidamos lo contrario. —La mueca que se me dibuja en los labios lo hace dudar—. ¿O no? —dice, claramente confundido.

—Es que la palabra secreto hace que esto… —nos señalo a nosotros dos—, parezca algo malo.

—Entonces eliminemos la palabra secreto. —Se encoge de hombros—. Esto puede seguir siendo solo nuestro, Mati. No tenemos por qué anunciarlo ni explicarlo. Al menos no por ahora.

—¿Estás de acuerdo con eso? —pregunto en un susurro. Paso mi pulgar por su pómulo y puedo sentir cómo el músculo de su cara se mueve para darle paso a una sonrisa más grande que la anterior.

—Cien por ciento seguro, Matilda.

—Nuestro. —Sonrío.

—Nuestro. —Y se gira para darme un beso en mi mano que descansa en su rostro—. Ahora bajemos antes de que vean la camioneta estacionada y nos vengan a buscar.

No llego a abrir la puerta de la camioneta que dos manos toman el costado de mi cara y me arrastran hasta la boca de Valentino. Dulce. Esa es la única palabra que puedo usar para describir el beso que me dio.

—Ahora sí.

Y nos bajamos de la camioneta.

# *Capítulo 36*

## Valentino

A medida que fui creciendo empecé a entender que el significado de hogar no tiene una sola pertenencia y que no suelen ser estructuras de cemento, sino que más de una vez me encontré con la sensación de que una persona de carne y hueso puede ser ese lugar al que vas para sentirte en casa.

Pero la casa de los abuelos de Matilda me hace respirar hondo y me genera un torbellino de recuerdos. Por muchos años esta casa se encargó de ser un hogar para mí. Cierro los ojos por un minúsculo segundo.

—Hola —escucho una voz masculina que reconozco pero que al mismo tiempo suena diferente.

—Hola —dice a mi lado Mati, divertida.

—¿Cómo estás? —pregunta Finn en un español oxidado. Me giro para ver cómo su mejor amiga intenta no reírse.

—Bien —noto que habla con lentitud y claridad—. ¿Vos cómo estás?

—Estoy bien —es evidente el esfuerzo que le significa decir esas dos palabras. Apenas pestañea mientras su boca se mueve.

La conversación sirve para que el resto de la casa se acerque a la entrada. Esmeralda, Darío y Eugenio.

—¡Valentino! —La mamá de Matilda camina hacia mí con los ojos brillosos y los brazos extendidos. Es un poco más baja que su hija, así que me tengo que encorvar ligeramente para devolverle el abrazo. Cuando trago se siente como si me hubiera comido una bolsa de clavos. Esmeralda me hace extrañar a mi mamá—. Estás ojeroso. —Toma mi rostro entre sus manos y me estudia el aspecto

como lo haría una madre y tengo que esforzarme por no llorar. Me arde el pecho y la garganta y los ojos—. ¿No estás durmiendo bien? —susurra para que solo yo pueda escucharlo. Mi respuesta es pobre y ambigua, porque solo le ofrezco un encogimiento de hombros y una sonrisa chiquita.

—Dale al hombre un respiro —escucho que dice el papá de Matilda. Esmeralda pone los ojos en blanco y me suelta antes de dar media vuelta—. Hola, Valen —me saluda sonriente Darío—. ¿Te quedás a cenar?

—Sí —responde Matilda por mí—. ¿El abuelo? —Estira el cuello, buscando—. ¿En la cocina?

—Está acostado —contesta Eugenio—. Hoy… no fue un buen día.

Es el instinto, supongo, que lo primero que hago al escuchar esas palabras es fijarme cómo le impactan a Matilda. Y le impacta en todo el cuerpo, como si un relámpago le hubiera impactado. Antes de que mi cuerpo se pueda mover, Finn ya la está abrazando.

Este hombre no entiende una mierda de español pero la conoce tanto que no requiere hacerlo. Solo con ver cómo sus labios decaen, sus ojos parecen sumergirse en pena, cómo sus pestañas se arquean con preocupación, cómo su cuerpo parece tensarse, Finn sabe que su mejor amiga necesita a su mejor amigo.

Observo a sus papás. Esmeralda está conteniendo el llanto, lo sé. Y su marido también lo sabe, por eso la rodea con su brazo. Viajo mis ojos hacia el rostro del enfermero y me conmueve notar que a él también le afecta la situación.

Finn le dice algo a Matilda de lo que solo puedo captar un te amo. Ella sube y baja la cabeza un par de veces, señal de que lo está escuchando. Matilda le responde en inglés y de nuevo, solamente entiendo cuando le dice que lo ama.

—Voy a fijarme si quiere acompañarnos en la cena —vuelve a hablar Eugenio y se aleja hacia el fondo de la casa por ese pasillo que tan bien conozco. Ahí solía estar mi habitación y la que fue transformada para que sea un cine.

—Pasa, pasa —dice Esmeralda y sé que no pestañea para que no caiga la lágrima que tanto se está esforzando en reprimir—. Sentite como en tu casa. —Sonríe.

Sigo a Matilda, como si tuviera cinco años y estuviera en un cumpleaños donde no conozco a nadie más excepto a ella. O a lo mejor es de nuevo mi instinto que me suplica que no esté lejos de ella. Cerca. Quiero estar siempre lo más cerca de ella posible. Lo más cerca que ella me permita estar. Por la mayor cantidad de tiempo que me deje.

Entramos a la cocina, Matilda, Finn y yo. Los papás de Matilda nos dijeron que ya venían y se fueron hacía las escaleras.

—No tengo la menor idea de qué podemos comer —exclama Matilda haciendo una observación panorámica de la cocina, con las manos en la cadera. Dice algo en inglés y los labios de Finn dibujan una mueca que denota que él tampoco tiene idea. Él le responde y solo entiendo un nombre de toda la oración que dice. Dios, debería retomar las clases de inglés. Parece que, sea lo que sea que haya dicho, a Matilda le parece una idea estupenda. Vuelvo a quedarme fuera de la conversación cuando ella le contesta y su mejor amigo le guiña un ojo.

—¿Te conté que mi mejor amiga es una chef profesional? —esta vez sus palabras son para mí. Niego con la cabeza—. Amelia es el ser humano más magnífico que puede existir dentro de una cocina.

—¿Vive allá en Nueva York? —no sé porque mi pregunta ensombrece un poco la expresión de Matilda.

—Ojalá —responde con un dejo de lástima en su voz. Le dice algo a Finn y él se saca el celular del bolsillo. Matilda agrega algo más en inglés y su mejor amigo le responde levantando uno de sus hombros y diciendo algo en su idioma por última vez antes de centrarse en la pantalla de su celular—. Si tenemos suerte, a lo mejor podes conocer a la gran Amelia —me dice. Los tres nos sentamos en la mesa de la cocina y Finn usa el rollo de cocina como soporte para el celular, dejándolo horizontal.

Solo pasa un minuto.

Una mujer de pelo y ojos castaños aparece en la pantalla. El agotamiento es evidente en su cara, pero desaparece casi de manera instantánea cuando ve el rostro de sus amigos. Sonríe hasta con los ojos.

Los tres hablan y se ríen y ponen caras. No hace falta decir que no entiendo una mierda de lo que están hablando. Le voy a preguntar a Finn si no quiere enseñarme inglés mientras esté en Nanai.

—Amelia vive en Francia —me explica Matilda, Finn y Amelia siguen hablando vaya uno a saber de qué—. Tiene un restaurante. Suyo. Tres estrellas Michelin. Ella ganó cada una. —Matilda no puede disimular el orgullo que siente por su mejor amiga. Abro los ojos, claramente asombrado. No soy un experto en el mundo gastronómico pero no hace falta serlo para entender que esa mujer es un animal en lo que hace.

—¿Francia? —es lo que pregunto, un poco perdido. Juraba que los tres se habían conocido en Nueva York.

—Es una larga historia. —Por la forma en la que lo dice le creo. Y no sé muy bien por qué, pero no creo que sea una historia fácil tampoco.

Finn se lleva una mano al pecho y exclama un "auch" a lo que sea que le haya dicho Amelia. Matilda a mi lado se ríe, ojos cerrados, cabeza hacia atrás.

—Hola, Valentino. —Levanto las cejas. No esperaba que Amelia hablara español. Es acentuado, más cercano al español de España que al argentino—. Al fin nos conocemos. No voy a mentir, me estaba empezando a sentir un poco celosa de que Finn fuera el único privilegiado.

—Me vas a tener que perdonar —digo, todavía asombrado—. Pero me tomaste completamente desprevenido. No me esperaba que hablaras español.

—Y Francés. —Se tapa el bostezo con el puño—. En mi restaurante trabajan los mejores de los mejores y no siempre vienen de países donde se habla inglés. Y no soy de las que creen que tienen que ser los demás los que se tienen que adaptar, uno también tiene que esforzarse e intentar aprender el idioma del otro. Cuando vivía en Nueva York, Matilda me ayudó bastante. —Sus ojos van brevemente a su mejor amiga antes de volver a mirarme—. A veces hablábamos solo español cuando estábamos solas. —Esta vez observa a Finn—. Este de acá nunca quiso saber nada con aprender

español. Pero ahora sorpresivamente sí… —no paso por alto la sugerencia en el tono. Giro la cabeza para mirar a Matilda, que niega con una sonrisa en los labios.

—Estoy tan sorprendida como vos —le responde—. Escucha, sé que es tarde allá y no te quiero privar de las horas de sueño que sé que necesitás. —Amelia bosteza por segunda vez—. Te llamamos para preguntarte por alguna receta rápida y fácil. —Matilda le sonríe con todos los dientes.

—Y yo acá pensando que era una llamada desinteresada porque me extrañan tanto que no pueden respirar sin que les duela el pecho.

—Una cosa no quita la otra —contesta Matilda. Amelia pone los ojos en blanco.

—¿La pizza margarita de mi abuela?

—¡Si! —exclama Matilda—. Siento amor por esa pizza.

Justo en ese momento los papás de Matilda entran a la cocina.

—¿Esa es Amelia? —Esmeralda se inclina y saluda—. Hola, linda —le habla en español—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te trata París? —Amelia abre la boca pero parece dudar de lo que estaba a punto de decir.

—Ma —dice Matilda—. Es la una de la mañana allá. Ya nos estábamos despidiendo. La llamé para pedirle la receta de la pizza margarita de su abuela. —Amelia parece agradecerle con la mirada a su mejor amiga, aliviada de no tener que responder las preguntas de Esmeralda.

—Cierto, cierto —dice Esmeralda con una sonrisa que Amelia le responde con otra.

—Ahora te mando la receta por mensaje.

La conversación vuelve a ser puramente en inglés. Saludo a Amelia una vez más y le digo que fue un placer conocerla y ella me responde que el placer fue todo suyo, que al fin pudo conocer a el famoso Valentino. Matilda sisea algo en inglés que solo parece divertir a su amiga.

La videollamada se termina y Matilda saca el celular para ver los ingredientes que necesitamos.

—Bueno. —Suspira como si estuviéramos a punto de despegar un cohete—. Manos a la obra.

* * *

Terminamos cocinando Matilda, Finn, Eugenio y yo. Nos quedamos perplejos de lo bien que se le da cocinar a Eugenio.

—Si no fuera por mí —dice el enfermero—, estas primeras tres semanas no nos hubiéramos alimentado.

—Ey —exclama indignada Matilda—. Algunas veces cociné yo.

—Poner el agua a hervir y tirar unos fideos no cuenta como cocinar.

Cocinamos casi en silencio. De vez en cuando se escucha alguna que otra palabra en inglés o en español. A veces Finn entiende algunas y a veces yo entiendo otras.

Eugenio cada treinta minutos va a la habitación de Tito para ver como está.

—Sigue durmiendo —dice por segunda vez en una hora—. No sé si va a querer comer, pero si se despierta podés ir a verlo —se dirige a mí—. Estoy seguro de que le va a encantar verte. Te nombra bastante.

La cuchara que estaba poniendo la salsa sobre la mesa queda quieta.

—A veces se desorienta y no sabe con exactitud en qué día está, o en qué año —continúa Eugenio—. Y es ahí cuando me pregunta si su nieta está con el chico que siempre la viene a buscar. Me costó entender a quién se refería al principio pero cuando hoy le conté que Matilda estaba con vos y dijo "siempre está con el chico", me cerró todo.

Me río soltando aire por la nariz. Pero una parte de mi cerebro se quedó en lo primero que dijo.

—¿Pasa seguido? —le pregunto mientras meto la pizza en el horno.

—¿Qué cosa?

—Que se desoriente.

Veo como Eugenio toma aire y sé que no es el mejor tema de conversación pero quiero saber cómo está Tito. Y además Matilda se fue al baño, así que este momento es como una oportunidad para poder hacer las preguntas.

—Por suerte no —responde—. Y tampoco duran tanto los episodios. Pero existe la posibilidad de que sean más duraderos y recurrentes. Si me preguntás cuál es la peor parte de la enfermedad, te diría que esta, sin dudarlo ni un segundo. Es una mierda.

Asiento. Hundo la cuchara en la salsa y vuelco el contenido en otra masa. Me cae bien Eugenio. Es profesional pero tampoco es un robot.

Medito por unos segundos si hacer la pregunta que gira en mi cabeza. Cuando abro la puerta del horno la suelto.

—¿No hay forma de saberlo?

Eugenio está lavando la albahaca, ni siquiera me mira cuando responde. Tampoco tiene que pedirme que especifique mi pregunta. Él sabe perfectamente a qué me refiero.

—No, no puedo decirles la fecha y hora exactas.

Vuelvo a asentir, me apoyo en la mesada y cruzo los brazos a la altura de mi pecho. Mi mirada se pierde un poco, se va lejos.

Matilda entra a la cocina con el pelo atado en una especie de rodete y cambiada de ropa. En vez del vestido ahora tiene puesta una remera estampada que le queda enorme y se le ve el borde de unos shorts de jean.

—¿En qué ayudo? —dice poniéndose a mi lado.

—Podés ir poniendo la mesa, si querés —le responde Eugenio. Está secando las albahacas y colocándolas en un recipiente—. En unos minutos saco las dos primeras. Y después solo quedan las otras cuatro, pero yo me encargo, tranquila.

Amelia dijo que calculáramos una pizza por persona.

—No son como las argentinas —le dijo por mensaje a Matilda—. Esta masa es más fina.

—¿Estás seguro? —noto la duda en Matilda—. No tenés porque cocinar, Eugenio. No es tu trabajo.

Él solamente se encoge de hombros, abre la puerta del horno y le pone la mozzarella a las dos pizzas que puse hace un par de

minutos.

—No me cuesta nada —responde.

—Yo me encargo de Tito. —Eugenio abre la boca para protestar pero Matilda no le deja decir ni media palabra—. Ambos sabemos que lo mejor es que me aleje de la cocina lo más que pueda.

Matilda le pide ayuda a Finn para poner la mesa.

—¿Podés ir a verlo? —Me pide mientras estira el mantel sobre la mesa del comedor. Asiento empiezo a caminar pero vuelvo después de tres pasos—. Está en la que era tu habitación —agrega, como leyéndome la mente. Salgo de la cocina y me dirijo hasta el pasillo —. ¡Termino acá y voy!

La habitación no está completamente a oscuras, hay una luz tenue que proviene de la lámpara que descansa en la mesa de luz. Hay un vaso con agua y un pastillero. También hay un paquete de pañuelos de papel y un reloj.

No me doy cuenta de que Tito está despierto hasta que escucho su voz.

—¿Valentino?

Camino hasta el borde de la cama y espero que la luz me ilumine lo suficiente el rostro para ayudarlo.

—Hola, Tito. —Sonrío—. ¿Cómo estás? —Hace un sonido de hastío.

—Estoy harto de que la gente me haga esa pregunta todo el tiempo —responde mordaz. Y me cuesta acordarme de Tito alguna vez enojado, o molesto, o malhumorado. Si alguien me pregunta, esta debe ser la primera vez que lo escucho hablar con tanto desdén. Mueve su cuerpo con la intención de sentarse. Al ver que no va a poder me acerco para ayudarlo—. Por supuesto que no estoy bien. Me estoy muriendo. —Acomodo su espalda en el respaldo de la cama y me quedo parado, mirándolo—. ¿Vos como estarías, Valentino?

No sé lo que debe sentirse ser consciente de que te quedan pocos días de mi vida pero lo más cercano a sentir que estaba muriendo fue cuando me enteré que mi mamá ya no estaba en este mundo. Nunca más iba a escuchar su voz. Todavía hay días en los que ese pensamiento me genera un agujero en la mitad del pecho.

Nunca más iba a ver su cara. A veces me quedo un par de minutos, u horas, mirando sus fotos y videos. Nunca más iba a poder oler su esencia. Semanas atrás descubrí que la ropa de ella, que sigue en la casa de mi infancia, ya había perdido su olor.

Así que no, no puedo mirarlo a los ojos a Tito y decirle que lo entiendo, porque no. Pero la muerte me respiró cerca cuando mi mamá murió. Algunas noches, cuando no puedo dormir, pienso que si todavía sigo acá es por Juana. Y solo por ella. No puedo dejarla sin familia. Solo me tiene a mí. Solo a mí. No puedo irme.

—Abuelo. —Matilda nos hace girar a ambos la cabeza hacia la puerta. Está parada justo debajo del marco y quiero saber cuánto de la conversación escuchó. A juzgar por su mirada, lo suficiente.

Tito no responde, la mirada anclada en la pared.

Matilda entra a la habitación como si su abuelo fuera un animal salvaje. Cada paso es delicado. Llega a mi lado, cierro los ojos e inhalo. Su perfume. Su esencia. Su ser. Dios, nunca quiero extrañarla. No quiero despertarme un día y que ella no exista en mi mundo. Cuando abro los ojos solo lo hago para observar su rostro. No quiero olvidarlo. Quiero tener la capacidad de poder invocarlo cada noche al cerrar los ojos. Estudio el contorno de su nariz, el relieve de sus labios, la línea un poco más blanca que tiene en el mentón, las pequeñas pecas que le aparecieron en los pómulos y nariz, el color de sus ojos que no se van a decidir jamás por una tonalidad, la forma en que su pelo parece siempre resistirse a ser peinado. Y cuando vuelve a hablar procuro poder guardar el tono de su voz en alguna parte de mi cuerpo.

—Hola, abue —dice con amor—. Estamos haciendo pizza, ¿vas a querer cenar?

—No.

—No hace falta que te sientes en la mesa —continúa. Tito sigue sin mirarla a los ojos—. Te puedo traer una porción acá.

—Te dije que no, Esmeralda —escupe cada palabra, esta vez sí mirándola a la cara—. ¿Dónde está tu mamá?

Matilda mira al techo y sé que está intentando esconder las lágrimas.

—Mamá está ayudando en la cocina.

—Decile que venga.

—¿Necesitás algo? Te puedo ayudar yo.

—No. Llamala a tu madre —insiste Tito.

—Si me decís lo que necesitás…

—¡Carmen! —grita Tito con la mirada en la puerta—. ¡Carmen, vení!

Con Matilda nos miramos preocupados.

—¡Carmen! —esta vez es más desesperada que la anterior—. Vení, por favor. Carmencita, vení.

Matilda se da media vuelta, dándole la espalda a Tito y llevándose el puño a la boca para tapar el llanto. Sus hombros se sacuden con delicadeza.

—¿Lorenzo? —El hombre reacciona a su nombre—. Lorenzo, su mujer nos pidió que lo ayudemos en lo que necesite. Ella va a regresar en unos minutos, pero mientras tanto nos dejó a cargo de usted, ¿si?

Tito parpadea lentamente. Mira hacía la puerta, a mí y de nuevo hacia la puerta. Después de unos segundos de meditar mis palabras asiente despacio.

—Está bien —otorga pero se nota que todavía no está del todo convencido. Continúa moviendo sus ojos hacia la puerta. Esperándola a ella. A Carmen. A su mujer.

—¿Qué necesita, Lorenzo? —pregunto nuevamente. Pestañea rápidamente y frunce un poco las cejas.

—No lo sé —admite en un susurro. Permanece en silencio durante unos segundos—. ¿Quién sos? —Inclina levemente la cabeza. La pregunta hace que el llanto de Matilda se intensifique.

—Mati —susurro para que solo ella pueda escucharme. Camino hasta quedar enfrente de ella y le pongo ambas manos en los hombros. Su cabeza está agachada, sus ojos cerrados con fuerza y los nudillos blancos de la fuerza—. ¿Querés ir abajo y decirles que todo está bien? Estoy seguro de que escucharon los gritos. Yo me quedo acá. —Sacude la cabeza pero todavía no puedo hacer que me mire—. Amor, mírame. —Poco a poco levanta la cabeza y cuando abre los párpados casi hubiera preferido que no lo hiciera. Jamás vi

unos ojos tan tristes—. Anda con tu mamá. —Le limpio las lágrimas con mis dedos.

—¿Qué le pasa a ella? —La voz de Tito suena genuinamente preocupada.

—Extraña a su abuelo —respondo.

—Oh. Lo lamento mucho. ¿Cómo te llamás?

Su nieta termina de sacarse los restos de lágrimas de la cara con manotazos brutos y desprolijos y da media vuelta.

—Matilda.

—Matilda —repite Tito—. Qué hermoso nombre. —Sonríe.

—Gracias.

Tito la estudia, sus ojos analizando lo que tienen enfrente.

—Te parecés a mi hija.

—¿Si? —respondió Matilda, esa sola palabra temblorosa en sus labios.

—Sí. —El rostro de Tito no comprende por qué esta mujer que no conoce, esta mujer que ve por primera vez en su vida, se parece tanto a su hija—. Recién estaba acá, no sé a dónde se fue… —Observa la habitación que lo rodea. Los muebles. La cama. Y después vuelve a mirarnos—. ¿Dónde estoy?

—Bajá, y llamá a Eugenio —le pido a Matilda sin ni siquiera mirarla. Sale de la habitación sin responderme.

Lorenzo Mancini me mira pero su cerebro no le está brindando la información de quién soy yo. Noto el esfuerzo que está haciendo por poder ponerle un nombre a mi cara, por poder llenar el espacio en blanco.

Algo parecido al reconocimiento le atraviesa la cara pero cuando habla lo hace dudando.

—¿Tu abuela era Lila Marquez? —Asiento con la cabeza—. Vos sos su nieto, ¿no? ¿Valentino?

—Sí.

—Sos el que viene todos los días a mi casa para ver a mi nieta.

Sonrío un poco.

—Matilda —saborea el nombre—. Mi nieta viene durante dos meses a visitarnos a mí y a mi mujer. —Su ceño se vuelve a fruncir y aprieta los labios—. Antes. Eso era antes. Ahora…no es así, ¿no?

Carmencita… —Veo el dolor antes de que diga las siguientes palabras—. Ella ya no está conmigo. Matilda me hace acordar mucho a ella. Tienen los mismos ojos. Tan especiales. —Se mantiene en silencio por unos segundos y no lo presiono. Espero a que vuelva a hablar si así lo quiere—. Carmencita no se cansaba de repetir que solo era cuestión de tiempo.

Lo miro sin entender a qué se refiere.

—¿Qué cosa, Tito?

—Matilda y vos.

Escucho primero los pies en los escalones y luego en el pasillo y luego Eugenio está preguntando si puede pasar.

—Lorenzo, ¿cómo se siente?

—Cansado. —Suspira y se acaricia la frente con tres dedos.

—¿Quiere dormir? —Eugenio se acerca a la cama y toma el pastillero. Se coloca unas pastillas en la palma de la mano y se fija la hora en su reloj de muñeca. Lorenzo mueve la cabeza arriba abajo —. Tome esto por mí antes de acostarse, por favor. —Tito abre la boca, Eugenio deposita dos pastillas y luego le ayuda a beber el agua para que las pueda tragar—. Gracias, Lorenzo. —Le coloca las manos por debajo de las axilas y con la pulcritud que solo te brinda los años de experiencia, lo recuesta—. Si necesita algo más no dude en tocar el botón. —Le da unos golpecitos a un aparato que simula ser un timbre—. Lo toca y yo aparezco, así como una especie de genio de la lámpara —el comentario le sacó una risa ronca y oxidada a Tito—. Descanse, Lorenzo.

Salimos de la habitación y nos encontramos con Esmeralda, Darío, Finn y Matilda esperando en el pasillo.

Eugenio les explica el episodio que tuvo, parecido al de más temprano y repite que es común que esto suceda. Todos asienten pero hay un abismo entre comprender y aceptar.

Es profundamente desgarrador que la persona que amás te vea a la cara y no sepa quién sos. Dejás de existir. Dejás de ser alguien para esa persona. No tenés nombre. Sos un fantasma al que no pueden colocar en ningún espacio de su mente. ¿Quién sos? ¿Por qué sabés mi nombre? Yo no sé el tuyo. ¿Nos conocemos? Es la primera vez en mi vida que te veo. ¿Por qué me hablás como si nos

conociéramos? ¿Lo hacemos? No me acuerdo. De repente todos los momentos compartidos recaen solo en vos, la única persona que tiene la capacidad de recordarlo. Pero no importa que vos llenes todos los espacios en blanco, a veces eso no alcanza, porque del otro lado solo vas a recibir una mirada de desconfianza y van a asegurar que no saben quién sos, que a lo mejor los estás confundiendo con alguien más.

Mientras bajamos las escaleras Matilda le explica a Finn en inglés lo que sucedió dentro de la habitación. Su mejor amigo la abraza por los hombros y le deja un beso en la cabeza.

—Bueno —Esmeralda rompe el silencio una vez que entramos a la cocina, las pizzas ya listas sobre la mesa—. Con Darío fuimos a buscar un par de juegos de mesa. Y creo que todos necesitamos una noche para distender. —Sin girarse para verlo agrega —. Vos también, Eugenio. Aunque si querés ir a descansar, también podés hacerlo.

Sentados en el piso, en el sillón, en una silla sacada de la cocina, nos acomodamos en el living para poder jugar mientras cenamos. A medida que la partida va avanzando, el aire se va relajando. Eugenio se para un par de veces para ir hasta la habitación de Tito y corroborar que esté durmiendo. No hablamos de él, es un acuerdo mutuo ignorar el elefante en la habitación.

Pero durante el resto de la noche mis ojos no se despegan ni una vez del rostro distante y ensombrecido de Matilda.

# *Capítulo 37*

## Matilda

El sábado me despierto con el sol en la cara y el sonido de alguien roncando. Me olvidé de correr las cortinas a la noche, y Finn está durmiendo a mi lado boca abajo, abrazado a la almohada y babeando un poco.

Ayer después de que Valentino se fuera, sin querer hacerlo, y mis papás y Eugenio se fueran a dormir, le pedí a mi mejor amigo si podía quedarse un rato más conmigo.

—Para eso estoy, Mati —me respondió mientras me empujaba hacia un abrazo—. ¿Querés que hagamos maratón de *How I Met Your Mother*? —Asentí con la cabeza metida en su pecho y él me acarició el pelo y me dio unos golpecitos arriba de la cabeza.

—No soy un perro— le dije y su carcajada hizo vibrar mi rostro. Sonreí un poco.

La televisión está apagada y supongo que habrá sido Finn porque yo no tengo recuerdo de haberlo hecho. Solo sé que mis párpados se sentían tan pesados que no pude luchar contra el sueño que al fin me había encontrado. Solo quería dormir y dormir y dormir. Porque era el único lugar donde dolía menos saber que mi abuelo se estaba yendo poco a poco cada vez más rápido.

Por eso cuando abro los ojos presiono mis párpados con fuerza. No quiero salir de mi cama. No quiero afrontar la realidad que me espera una vez que ponga un pie en el suelo.

Entrelazo mis dedos y los apoyo en mi abdomen, miro al techo y me doy cuenta de que quiero irme lejos, muy lejos. Quiero escapar. Correr. Necesito moverme. Pero mis piernas siguen inmóviles, mis brazos laxos, mi respiración tranquila.

—Buenos días. —Muevo la cabeza y me encuentro con unos ojos azules y preocupados, que intentan no estarlo tanto.

—Hola —digo, y vuelvo a ver el techo.

—¿En qué estás pensando? —Escucho las sábanas moverse. Finn se acomoda con la espalda contra el respaldo de la cama, observando desde arriba y yo desde abajo, acostada.

—En que quiero irme —respondo.

Mi mejor amigo inhala y suelta el aire pero no responde. Sigo observando el blanco del techo hasta que mis ojos empiezan a perder el foco. Pestañeo.

—Quiero irme lejos —mi garganta de repente está más cerrada. Mi voz sale apretada.

Finn sigue sin hablar, escuchando con atención. Dejándome descargar todo lo que tengo adentro mío. Y justamente es eso lo que más amo de él. No siempre tiene una solución, unas palabras mágicas que transformen toda la mierda en algo lindo, pero saber que hay alguien a quien le importa lo que me está sucediendo es sumamente valioso. Y además Finn es de esas personas que nunca se rinden ni se conforman. Entonces a lo mejor hoy no sabe cómo ayudarme pero se va a quedar pensando en qué puede hacer él para que todo esté un poco mejor.

—Te entiendo. Pero hay problemas a los que no les interesa qué tan lejos te vayas, te siguen. Hay situaciones de las que no te podes esconder, te encuentran.

Lo sabía, pero aún así…

—Querés estar acá. Sé que es así. Es entendible que tu cuerpo quiera escapar de algo que le genera dolor, miedo. Supongo que es una forma de protección. Si tu casa se estuviera prendiendo fuego saldrías corriendo. —Lo miro—. Bueno, creo que esto funciona bastante parecido.

—Puede ser.

Finn abre los brazos con una sonrisa enorme. Apoyo mis manos sobre el colchón y me muevo hasta quedar sentada a su lado. Con un brazo sobre mis hombros me aprieta y me susurra.

—Te amo. Acá voy a estar siempre.

No quiero llorar, así que no hablo. Sé que si abro la boca el agua se me va a escapar los ojos. Solo lo abrazo con toda la fuerza que tengo en mi cuerpo y creo que sabe que lo amo con cada fibra de mi ser y que es mi persona favorita en este mundo.

—¿Qué hora es? —pregunto. Se mueve antes de responder.

—Las once de la mañana pasadas.

Abro los ojos de golpe.

El almuerzo con las chicas.

Salgo de la cama de un salto. Finn se queda algo perplejo mientras corro al baño. Con el cepillo de dientes en la boca me apoyo sobre la puerta e intento hablar.

—Almuerzo. —Toda mi concentración está en que no se me caiga la pasta de dientes de la boca—. Chicas.

Encuentro adorable cómo los ojos de Finn brillan con la mención implícita de Delfina.

—¿Necesitás que te lleve a algún lado?

Si mi boca no hubiera estado llena de saliva y pasta de dientes seguramente me hubiera reído con propiedad por su falta de disimulo. Voy hasta la bacha, escupo, me enjuago y vuelvo a la habitación. Abro el cajón de las mallas. Con la espalda hacia Finn le respondo que no hace falta, que le agradezco por su generosidad completamente desinteresada.

—Puedo oler el sarcasmo —dice mientras se para y se encierra en el baño.

Agarro el bolso de la playa, que ya está preparado con todo lo que necesito. Solo agrego una toalla seca, mi billetera y un mazo de cartas.

—¡No salgas!— grito hacia la puerta del baño cuando escucho que tiró la cadena—. ¡Me estoy cambiando!

Diez minutos después ya estoy lista dirigiéndome a la cocina.

—Buen día, hija. —Me llevo una mano al pecho del susto. Mi mamá está acostada en el sillón, con un libro en la mano.

—Casi me matas de un susto, ma. —Mi respiración sigue agitada; mi mamá simplemente me sonríe con un encogimiento leve de hombros.

—¿Salís? —pregunta observando con más atención lo que llevo.

—Me junto con las chicas. —Entro a la cocina, lleno un par de botellas de agua y guardo un pack de seis latas de cerveza. Tendría que ver si paso por un supermercado y consigo latas de vino para Caro—. Vamos a almorzar a la playa.

—¿Quién va a estar en el café?

—Creo que Tomi va a ir a dar una mano.

Mi mamá hace un sonido con la garganta y me giro para poder intentar descifrar qué significa.

—¿Qué fue ese "mmmm"? —Guardo todo en la heladerita, le pongo la tapa y la llevo hasta la mesa enorme del comedor.

—Nada, nada. —Veo cómo se acomoda con la intención de volver a acostarse y seguir leyendo como si no hubiera hecho una declaración silenciosa.

—Decime. —Camino hasta el sillón y me siento en el apoyabrazos. El rostro de Esmeralda está tapado por completo gracias al libro. *El alma de las flores* de Viviana Rivero. En mi mente coloco una nota para no olvidarme de pedírselo cuando lo haya terminado.

—Sé que no estás leyendo —insisto. Con un bufido teatral, cierra el libro con fuerza, lo apoya sobre su pecho y me mira con hastío. Le sonrió.

—Fui una sola vez a El Café de Lila. Y justo coincidí con Tomás, que le estaba llevando el almuerzo a Fausto. Solo necesité una vez, Mati. Me sorprende que vos estando acá hace tanto tiempo todavía no hayas sumado dos más dos.

Mis cejas se juntan en el medio, mi cabeza algo inclinada en un intento pobre de poder entender lo que me quiere decir mi madre.

—Vas a tener que darme más información.

Esmeralda Mancini me revolea los ojos.

Sus manos abren nuevamente el libro dejándome a la espera de una respuesta a mi pedido.

—Abrí bien los ojos la próxima vez que veas a esos dos juntos —es todo lo que me ofrece.

Finn baja la escaleras, bañado y vestido.

—¿Estás segura de que no querés que te lleve? —Señala la heladerita y las reposeras que descansan sobre las patas de la mesa

—. No tengo problema.

Estoy a punto de decirle que no hace falta pero la verdad es que, aunque no son muchas cuadras, no me creo capaz de poder llevar todo esto caminando.

—¿Seguro? —Finn entra a la cocina y reaparece en el marco de la puerta con una taza de café. Le da un sorbo y asiente.

—Déjame terminar mi café primero. —Alza la taza—. Y te alcanzo.

—Gracias. —Le ofrezco una sonrisa.

—No es nada. —Da otro sorbo—. Es una acción completamente egoísta. —Me guiña un ojo.

Mi mamá se ríe escondida detrás del libro.

—Buenos días, Esmeralda —y aunque mi mamá entiende y habla a la perfección inglés, Finn lo dice en español.

Mi mamá se incorpora y la imagen de ella, hasta los hombros, aparece. Sonriente.

—Buenos días, Finn —le responde en español—. ¿Cómo amaneciste?

Mi mejor amigo absorbe las palabras y puedo notar cómo está traduciendo su respuesta antes de abrir la boca, y en un español que evidentemente le falta trabajo, responde:

—Con ronquidos. Su hija —indica a mi dirección con un gesto de la cabeza.

—No puedo creer que sepas decir *ronquidos* en español —digo seria. El solo se encoge de hombros y tira la cabeza hacia atrás para terminar su café. Vuelve a perderse en la cocina, escucho que enjuaga la taza antes de venir caminando hacia donde estoy.

—Delfina es una buena profesora — dice en inglés.

Mi mamá vuelve a hacer el mismo sonido que hizo hace unos minutos.

—¿Algo que quieras acotar? —mantengo la conversación en el idioma que Finn puede comprender sin problemas.

—Nada, nada.

Ahora es mi turno de poner los ojos en blanco.

—No entiendo lo que está pasando. Y esta vez no tiene nada que ver el idioma…

—Lo que pasa es que a mi mamá le gusta hacerse la misteriosa —respondo. Mi mamá se ríe bajito, sin salir detrás de su escudo. Finn me mira un poco perdido pero no presiona.

—Voy subiendo las cosas al auto.

—Gracias.

Cuando Finn sale por la puerta mi mamá vuelve a hablar.

—Es una pena saber que no voy a estar para presenciar ciertos acontecimientos que van a suceder por acá…

Camino hasta el sillón y me inclino para darle un beso en el cachete.

—Hoy te levantaste extremadamente críptica —le digo con una sonrisa. Ella mueve los dedos al mismo tiempo que dice "buuuuu" como si fuera una bruja. O eso creo que es lo que intenta personificar.

—Pasalo lindo, hija —me grita desde el sillón—. Y abrí bien los ojos —repite—. ¿Quién me va a contar los chismes sino cuando yo ya no esté acá?

No es hasta que el auto frena enfrente del café que me doy cuenta de las palabras de mi mamá. De su significado. Finn me saluda pero apenas puedo articular un adiós. Las chicas me reciben con abrazos y sonrisas. Delfina se acerca hasta la ventanilla del conductor y creo que tiene una conversación con mi mejor amigo, pero me es imposible captar sílaba alguna. Carolina y Juana mueven la boca pero yo no escucho absolutamente nada. Porque mi cabeza solo puede prestar atención a las palabras que dijo mi mamá y que parecen no querer irse hasta que yo las haya comprendido por completo.

Mi mamá dio por sentado que yo voy a quedarme.

Ni un gramo de duda.

Un hecho.

Y acá la pregunta era solamente una…

¿Quiero quedarme?

Juana se ríe con una carcajada estridente. Pestañeo para enfocarme en lo que está sucediendo delante mío. Y cuando mis ojos chocan con los de Carolina ella ya me estaba viendo desde antes. Su expresión me cuestiona.

—¿Creés que van a estar mucho más tiempo haciéndose ojitos? —murmura Juana. Caro y yo movemos las cabezas para ver mejor lo que está pasando en la calle. Solo podemos verle la espalda a Finn pero tenemos la visión completa del rostro brillante de Delfina. Su pelo negro ondulado peinado en una media colita, sus ojos celestes parecen deslumbrar mientras su boca no para de moverse, ya sea para hablar o para reírse.

—¡Delfi! —grita Carolina—. ¡Me estoy cagando de hambre! —Tengo que apretar los labios para contener la risa y no reírme de la mirada que le lanza Delfina.

Sus ojos gritan "te voy a matar apenas te descuides". Carolina le sonríe sin que le importe la amenaza implícita dibujada en el rostro de su amiga. Delfina se acerca un poco más a Finn, le dice algo que no podemos escuchar y después mi amigo se gira hacia nosotras, toca la bocina una vez y se va. Nuestra amiga se queda un segundo mirando en dirección al auto hasta que este desaparece, y solo está ella parada en el asfalto, con sus ojos como dagas.

—¡Te voy a matar! —vocaliza al fin, con un dedo apuntando a Carolina.

—Lo ves *todos* los días. ¿Qué tanto tienen para hablar? Y es verdad: me estoy cagando de hambre —se defiende Carolina. Juana me mira como diciendo "esto es con lo que tengo que vivir" y yo tengo que volver a apretar con fuerza los labios.

—¿No podías esperar cinco minutos? —Delfina se agacha para agarrar una de las reposeras que trajo ella. Las cuatro nos repartimos todos los artefactos y comenzamos a caminar en dirección a la playa. Por suerte solo son cinco cuadras.

—Por favor —continúa Carolina—. Cinco minutos mis dos tetas. No iban a ser cinco minutos y vos lo sabés. Íbamos a tener que arrancarte del asfalto porque parecía que tus pies se habían quedado pegados.

—No podés ser más exagerada —responde Delfina.

—¿Me estás desafiando?

Ambas caminan a la par, más adelante que Juana y yo. Y por esa razón no vieron la cara de fastidio mezclada con diversión que tenía la menor de los Díaz.

—¿Cómo estás? —pregunta Juana ignorando la conversación que sigue ocurriendo a un metro y medio de nosotras.

—Bien. —Me digo que no me conoce demasiado como para poder leer el tono de mi voz.

—¿Bien? —De reojo veo esos ojos marrones, tan distintos a los de su hermano, dudando de mi afirmación. Una ceja está más elevada que la otra, la boca algo torcida hacia la izquierda. Sigo mirando hacia el frente y respiro—. No tenés que contarme si no querés —agrega con amabilidad—. Pero en caso de que quieras, acá estoy, *estamos*, para escucharte.

Giro mi cabeza hacia la derecha para verla bien. Una sonrisa diminuta se dibuja en sus labios.

—Para eso están las amigas —dice como si la amistad fuera algo simple, fácil. Y a lo mejor lo es. Tal vez, por primera vez, encontré un grupo de amigas. Uno donde puedo ser yo misma sin tener que pensar en cada palabra que sale de mi boca por miedo a ser juzgada, dejada de lado. No tengo que encajar entre Juana, Delfina y Carolina. Ellas me quieren por como soy. Y ellas no lo saben, pero son un regalo que estaba esperando hace tanto, pero tanto tiempo.

—Necesito distraerme un poco —respondo—. Pero más tarde les cuento.

Juana asiente una vez y terminamos la última cuadra antes de la playa en silencio. Bueno, eso es una manera de decir. Porque adelante nuestro Carolina y Delfina siguen teniendo una conversación que se puede comparar perfectamente a la que tendrían dos nenas de siete años.

—¡Juana! —grita Delfina mientras bajamos a la playa. El sol radiante hace brillar el agua del mar—. ¡Carolina me está rompiendo un poco mucho las pelotas!

Carolina se ríe. Juana bufa. Y yo contemplo el regalo que está enfrente mío y con delicadeza mis manos lo empiezan a desenvolver. Poco a poco, con lentitud, por miedo a que desaparezca antes de que pueda tomarlo entre mis brazos y abrazarlo con una inhalación eterna.

# *Capítulo 38*

## Valentino

Paso la totalidad del fin de semana con mis ojos frente a la pantalla de la computadora. Investigando, buscando. Para luego pasar minutos al teléfono. Preguntando. El domingo a las cuatro de la tarde le mando un mensaje a mi hermana y me responde que cierra el café y va para mi casa.

A las seis y cuarto escucho a alguien tocar la puerta. Mi hermana está del otro lado, su rostro lleno de preguntas.

—¿Todo bien? —Me doy cuenta en ese instante que solemos preguntarnos mucho eso. A lo mejor porque nos acostumbramos a los golpes que las cosas a veces no están bien. No. A veces la vida es todo lo contrario a bien. Nuestra mamá, nuestra abuela, nuestro papá. Juana es todo lo que tengo. O al menos lo que puedo tocar los dedos y abrazar sabiendo que sigue siendo ella. Y porque sé que la vida a veces es cruel, estiro ambos brazos y la abrazo con todo el amor que tengo solo reservado para ella—. Me estás preocupando, Valen…

—Pasá, tengo algo que mostrarte.

Juana entra como quien pone un pie en la jaula de un león. Ringo aparece corriendo y es recompensado con un mimo en la cabeza. Pero mi hermana no deja de caminar hasta llegar al comedor, donde la espero yo algo nervioso, algo expectante. Quiero ver su cara cuando ate los cabos de los folletos que descansan sobre la mesa. Mi perro sigue bailando entre sus piernas cuando sus ojos se dirigen de la mesa a mi cara, para volver a mirar hacia abajo. Se acerca y toma uno entre sus manos. Lo lee. Me observa. Y vuelve a leer. Con delicadeza lo deja nuevamente sobre la mesa y toma el

segundo. Esta vez solo enfoca su mirada en las palabras impresas. Lo coloca en la mesa y agarra el último folleto. A esta altura creo que ya no puede diferenciar una a de una o, porque sé que está a segundos de romper en llanto. De la forma que uno trata un tesoro, Juana deja el tercer folleto en la mesa y me mira.

—Valentino… —murmura y se lanza a abrazarme.

—Tengo un archivo en la computadora con toda la información detallada de cada centro —le digo sin romper el abrazo. Juana me aprieta con más fuerza—. ¿Querés verlo? —Siento su cabeza subir y bajar.

Pasamos el resto del domingo analizando nuestras tres opciones, lo que ofrece cada centro de rehabilitación y lo que pensamos que puede ir mejor con la situación de nuestro papá. Hacemos una pausa breve para pedir unas pizzas y continuamos debatiendo lo positivo y negativo de cada lugar.

—Gracias —dice Juana mientras tira el tronco de la pizza dentro de la caja y yo estiro la mano para tomarlo y comerlo. Alzo una ceja sin entender por qué me agradece—. Por esto. —Alza un hombro. Abro la boca para responder pero me gana de mano—. No, por la pizza no.

Y con eso entiendo a qué se refiere. Lo que me está agradeciendo. Y lo siento como veneno en las venas. Arena en mis pulmones. Cuchillos en mi garganta. No se siente correcto que me agradezca por averiguar dónde puede rehabilitarse nuestro padre alcohólico.

—Creo que en realidad debería pedirte perdón yo a vos —respondo. Tomo aire—. Perdón por no haber peleado más por él. Esto lo tendría que haber hecho hace meses.

Juana le da un mordisco a su porción de pizza pero no agrega nada una vez que traga. Tampoco luego de haberle dado un trago a su cerveza. Nos quedamos en silencio mirando el cielo de la noche arriba nuestro. Ringo está sobre el césped, durmiendo. Y por unos minutos me concentro solamente en el presente, sin querer adelantarme a lo que puede llegar a suceder en unas semanas, en unos meses, en unos años. Puede ser que tenga razón y que ya sea tarde para mi papá, que esto solo derivará en un segundo fracaso. O

aún peor. Que una segunda visita a un centro de rehabilitación tenga el efecto contrario y lo empeore aún más. Me llevo el vaso con agua a los labios y le doy un sorbo, contemplando el manto oscuro con pocas estrellas visibles. Apoyo el vaso sobre mi muslo y continúo observando hasta que la imagen de Matilda aparece en el cielo.

Matilda.

La vi hace dos días pero la extraño como si no la hubiera visto durante quince años.

Y la voy a extrañar tanto cuando se vaya.

Iluso. Así me siento cuando la idea delirante de que se quede atraviesa mi mente. El amor nos hace tontos. Sé que no existen posibilidades de que se quede en Nanai. ¿Por qué lo haría? Acá no tiene absolutamente nada. Su vida existe en Nueva York. Pero últimamente me dedico a ser un tonto que sueña con lo que no puede y cree en lo que no existe. A lo mejor me equivoco y en realidad no es que el amor nos transforme en seres estúpidos sino en seres soñadores. Porque yo cierro los ojos y me imagino esa realidad donde tengo el privilegio de compartir mis días con Matilda.

—Tenía miedo, ¿sabes? —hace tanto tiempo que estamos en silencio que la voz de mi hermana me sobresalta—. Sigo teniendo miedo. Por eso nunca averigüé para que lo lleváramos a otro centro. Volver a intentarlo abría la puerta a volver a fracasar. Y sinceramente no sabía si estaba preparada para afrontarlo. Creo que fui una cobarde de mierda. —Sus hombros se mueven ligeramente—. Pero esa es la verdad. Dos cagones, esos somos. —Se lleva la cerveza a los labios—. Ahora que lo pienso creo que estoy empezando a dudar sobre la teoría de la selección natural. Quedamos vivos los más pelotudos. —Despreocupada, agarra otra porción de pizza.

Me río tan fuerte que Ringo alza su cabeza, tanto que Juana me mira perpleja. Lo más probable es que esté pensando que me volví loco. Y entonces ella empieza a reírse conmigo.

Tenemos los ojos aguados y las respiraciones agitadas cuando logramos recomponernos un poco. Evitamos mirarnos a la cara por miedo a que eso inicie todo de nuevo.

—Por eso te agradezco —agrega—. Por ser el más valiente de los dos. —Sonríe. —Gracias, Valen.

Alzo mi vaso de agua, ella su botellín y hacemos un brindis.

—Por los valientes —dice mi hermana con una sonrisa radiante como las estrellas que no se pueden ver.

—Por los valientes —repito.

Pero cuando el agua corre mi garganta se siente como una mentira.

Porque si fuera lo suficientemente valiente mi boca diría tantas palabras. Y todas serían para una sola persona. Todas estarían pidiendo, suplicando, anhelando. Pero sé que además de no ser valiente, soy vulnerable. Y que a lo mejor voy a tener que ver cómo se aleja de mí sin saber todo lo que mi corazón la ama.

—Quiero que vengas conmigo a decírselo.

Suspiro. Aprieto más el vidrio del vaso que descansa ahora sobre mi estómago.

—No sé si es una buena idea. Se lo va a tomar mejor si es algo que proviene exclusivamente de vos. Ya sabés cómo es papá conmigo.

—Voy a necesitar de tu firmeza, Valen. Papá puede ser que sea más dócil conmigo pero es algo mutuo. Me cuesta ser dura con él y creo que para esto vamos a necesitar mano firme.

Volteo mi cabeza.

—La última vez discutimos.

—Lo sé.

—No lo volví a ver desde ese día.

Los grillos cantan de fondo. Ringo acompaña con un ronquido suave.

—A veces me pregunta por vos —comenta Juana—. Dice que hace mucho no lo visitás. Creo que ni se acuerda de la última vez.

No le respondo.

Esa noche mi hermana me despide con un abrazo y un gracias que intento sentirlo como lo que es pero fallo estrepitosamente. Buscarle a mi padre alcohólico la ayuda que necesita es lo mínimo que puedo hacer.

Al otro día abro los ojos por el timbre que insiste sin parar. Salimos los dos al mismo tiempo de la cama, Ringo y yo, y nos dirigimos hacia la puerta.

—Cambiate rápido que los dejé a los otros dos solos para la apertura y me da terror que para cuando vuelva no haya quedado ni la estructura del local.

Bostezo y parpadeo. Pero esos son mis únicos movimientos.

—¡Apurate, dale! —Juana hace un gesto que indica que entre nuevamente a mi casa.

Hago caso a las órdenes de mi hermana menor. Voy al baño, me cambio, le dejo agua y comida a Ringo y lo acaricio con la promesa de un paseo por la playa cuando regrese.

Cuando vuelvo a abrir la puerta me encuentro con Juana. Pero no está sola.

—Hola, Valen —me dice esa voz que me acelera la sangre.

Matilda tiene puesto un short de jean que le llega hasta la mitad del muslo y una remera roja corta. Me sonríe con la misma intensidad que pega el sol al mediodía y me digo a mí mismo que es lo único que necesitaría en los días de invierno para sentir calor.

—Refuerzos —dice mi hermana.

—Me dijeron que hoy tenemos una misión muy importante. —Asiente Matilda.

La conversación que tuvimos Juana y yo anoche.

Mi papá.

El centro de rehabilitación.

Miro a mi hermana con dagas en los ojos y ella me sonríe con inocencia.

—No hace falta que vengas —le digo a Matilda, más frío de lo que me gustaría.

Ella está por decir algo, pero es la voz de mi hermana la que se hace escuchar.

—Estaba en el café con Finn cuando llegué. —Juana se sienta atrás del volante de su auto—. ¿Se suben? —dice sin gastarse en mirarnos en los ojos. Una vez que Matilda y yo estamos sentados, yo en el asiento del acompañante y ella atrás en el medio, mi hermana retoma lo que estaba diciendo—. Cuestión, estaban los dos parados hablando con Fausto y Delfina y le pedí que se encargaran del café durante la mañana. Matilda es una persona curiosa. —Giro lo suficiente para observar cómo se encoge de hombros la acusada—.

Cuando dije que tenía que ir a lo de papá, dijo que quería acompañarnos. Y acá estamos, en esta especie de excursión un poco retorcida.

Matilda apoya su cabeza en el cuero de mi asiento.

—¿Estás enojado? —Con su barbilla sobre mi hombro, niego con la cabeza.

—No será una visita divertida —advierto.

—Tu hermana me comentó de qué se trataba. Por eso quiero ir. Entiendo perfectamente que es algo que les corresponde a ustedes, que es un tema de familia. Por eso voy a esperar en el auto de Juana. Pero quiero acompañarte, estar para vos. Si me dejás.

¿Se puede perder el corazón? ¿Es factible que salgan alas a través de las membranas del músculo y salga disparado hacía el pecho de ella? Es como si mi corazón me suplicara que lo dejara estar cerca del suyo, pegados, unidos, abrazados.

Muevo todo lo posible mi torso y me acomodo para poder tomar su cara entre mis manos. Le dejo un beso corto sobre esos labios que cada vez que se mueven me provocan cosas a las que no les puedo poner nombre.

—Lo tomo como un sí —dice sobre mi boca. Le sonrío.

—Mi papá… —Cierro los ojos y tomo aire—. No es algo fácil de ver. No es que no te quiera ahí conmigo, es que… —Suspiro—. Suele ponerse violento cuando me ve. No quiero que veas esa versión de él. —La palma de su mano acaricia mi rostro.

—Te espero en el auto —repite—. Y si me necesitás ahí dentro, llamame y en menos de un minuto voy a estar a tu lado, Valen.

Le doy otro beso en los labios y uno en la frente antes de volver hacia el frente. Mi hermana Juana finge tener arcadas y Matilda le da un golpecito en el hombro.

—Lo que toda hermana quiere ver: su hermano besuqueándose con una chica.

Matilda se ríe y yo le respondo a mi hermana que más de una vez me tuve que desayunar verla en situaciones más avanzadas que un simple beso. A lo que su respuesta es que ella, a diferencia de mí, no tenía la menor idea que yo estaba presente. Y de paso me tilda de chusma. Eso hace que Matilda se vuelva a reír.

—¿De qué lado estás? —le pregunto con mi rostro serio. Ella aprieta los labios con la intención de que no se le escape la sonrisa.

—Ella sabe quien es el mejor Díaz —responde mi hermana—. Dejala en paz. —Pone el giro y doblamos a la izquierda. Aprovecho ese momento para acercarme a Matilda y susurrarle al oído.

—El otro día en la mesada de mi cocina me pareció que yo era tu favorito. —Percibo cómo se estremece ligeramente—. ¿No es así, Matilda? —Le dejo un beso en el pulso de su cuello antes de apoyar la espalda contra el asiento y esconder una sonrisa al saber que ella sigue donde la dejé. Volteo la cabeza y le guiño un ojo. Ella me bufa y pone los suyos en blanco.

—Dios, son asquerosos —murmura mi hermana.

Esta vez soy yo el que se ríe.

# *Capítulo 39*

## Matilda

—Ya volvemos —avisa Valentino antes de bajarse del auto y dirigirse a la casa de su infancia.

—Acá los espero —respondo. Con un asentimiento y una sonrisa apretada, se saca el cinturón, abre la puerta y se aleja con Juana.

Veo las espaldas de los hermanos Díaz y pienso en lo caótica que es la vida a veces. Juana y Valentino están a punto de entrar en esa casa, que poco tiene del hogar que alguna vez fue, para decirle a su padre que es el momento de que vaya a un centro de rehabilitación porque sino lo único que va a terminar pasando que es se va a morir. Esta puede ser la última forma de salvarle la vida. Y por lo que me dijo Juana, puede ser que Daniel Díaz se rehuse a tratarse.

Los veo entrar, desbloqueo el celular y toco el botón de llamada.

—¡Matilda! —No puedo evitar sonreír ante su voz y rostro tan felices de verme—. Por Dios, estás preciosa. ¿Esas son pecas? Te quedan espectaculares. A veces me pregunto si no tendría que maquillarlas, pero mi miedo es que no queden naturales y parezca que me salpiqué café en la cara.

—Hola, Stef. —No me escucha.

—Pero debería intentarlo, porque a vos te quedan taaaaan hermosas. Dios, ahora quiero tener pecas naturales. —Me río.

—Stef, literalmente las personas piensan que sos modelo cuando entran al local. —Sus ojos vuelven a la pantalla y se enfocan en mi presencia virtual.

—Te extraño. Todos te extrañamos.

Suspiro.

—Yo a ustedes. ¿Cómo estuvo la semana pasada? Sam me dijo que fueron unos días un poco intensos. —Apoyo el celular sobre mis piernas y busco en mi cartera el paquete de chicles. Tengo hambre. No desayuné exclusivamente para hacerlo en El Café de Lila. Ayer a la noche Finn, sin mucha sutileza, lo propuso y le dije que sí siempre y cuando fuéramos temprano. Y ahora estoy sentada en el auto de Juana con un vacío en el estómago y algo inquieta por lo que sea que esté sucediendo en la casa de los Díaz. Después de sacudir un poco la cartera, encuentro un envoltorio plateado.

—Sam exagera. —Me meto el chicle en la boca y mastico un par de veces—. Estamos bien, te extrañamos, pero estamos sobreviviendo. ¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo *tu* semana?

Inhalo. Exhalo. Y le cuento mi semana al mismo tiempo que ella me pone al día de la suya. Con Stef hablamos todos los lunes y viernes. Pero el viernes pasado fue la excepción. Con todo el asunto de Tito la verdad es que me olvidé por completo. Cuando al otro día me mandó un mensaje preguntándome si estaba todo bien le respondí que el lunes le contaba mejor.

—Los últimos diseños que mandaste son preciosos.

—¿Se fijaron qué tela podría funcionar para la pollera?

—Sí, pero ninguna nos convence.

Hace dos semanas retomé la tarea de armar algunos diseños de vestidos y mandárselos a los chicos para que fueran viendo cómo podíamos hacerlos funcionar. La idea era adelantarme a mi llegada. La cual no tiene una fecha asegurada, solo puedo estimarla.

—Hoy vino una novia que se va a casar en septiembre. —Stef me habla con cuidado, como si estuviera tomando precauciones para no asustarme—. Nosotros siempre respondemos que te estás tomando unos meses por una emergencia familiar y no quiero sonar a que te estoy presionando, pero… —Aprieta los labios y sé que no va a hacer la pregunta.

—¿Cuándo voy a volver? —la ayudé. Asiente—. ¿Puedo ser sincera?

—No esperaría lo contrario. —Sonríe.

Vuelvo a mirar la puerta de la casa a mi derecha. Hace veinte minutos que entraron y me tranquiliza y me alarma en partes iguales

que no me hayan llamado. Mi boca acuna la uña de mi pulgar por unos segundos. ¿Qué estará pasando?

—¿Matilda? —la voz distante de Stef es lo único que se escucha en el auto—. Estabas por decir algo.

La miro a los ojos. Y me devuelve la mirada como si pudiera anticipar lo que estoy a punto de decir.

—No sé si voy a volver.

Es la primera vez que digo esas palabras en voz alta, que escapan de mi cabeza. Ni siquiera me animé a decírmelo a mí misma frente al espejo después de bañarme. No atinaba a que mi boca pronunciara esa oración. Y ahora que escapó de mi cuerpo, me siento liviana.

Del otro lado del celular y a kilómetros y kilómetros de distancia, veo la expresión de asombro de Stef, sus labios ligeramente separados y esos ojos castaños enormes.

—¿Cómo? —es todo lo que dice.

—Extraño mi vida en Nueva York, pero… —Me encojo de hombros.

—No quiero ser *esa* amiga —dice—, pero acá no solo tenés una vida. Acá tenés tu trabajo, tu pasión. Mati, vos amás lo que haces. ¿Qué vas a hacer en Nanai? —Sus cejas se juntan en el medio, un gesto que denota que su cuestionamiento nacía de la preocupación.

—Supongo que acá también se casan —respondo.

—Matilda —su voz es firme—. Estoy hablando en serio.

Me paso la yema de los dedos por la frente y suspiro.

—No sé, Stef. Algo voy a hacer. No tengo miedo de empezar de cero. Repito: en esta parte del mundo también se casan. Y si no consigo trabajar como diseñadora de vestidos de novia entonces haré diseños de otra cosa, o me buscaré cualquier otro tipo de trabajo. —Tomo aire—. No lo sé. No lo pensé demasiado, es solo algo que empezó a surgir estas últimas semanas.

El rostro de Stef es uno de paciencia mezclado con temor. Supongo que debe estar preocupada de que esta decisión sea tomada desde todos los sentimientos que me rebalsan: tristeza, nostalgia, el recuerdo que tengo sobre este lugar pero que es solo eso, un recuerdo de cuando era una niña. Y sé que hay un poco de

eso en mis ganas de quedarme acá. La verdad es que no me quiero ir porque muy en el fondo sé que voy a extrañar Nanai, voy a extrañar a las chicas, voy a extrañar a Valentino.

—¿Es por él? —La cabeza de Stef está inclinada y los ojos entrecerrados.

Inhalo. Exhalo. Inhalo y vuelvo a exhalar cuando hablo.

—No. —Miro de nuevo la puerta—. En parte sí. Pero no es la única razón.

—No te juzgaría. Por amor se han hecho cosas peores que mudarse a otro país, Mati.

Arrastro la piel de mi cara con ambas manos y un ruido de exasperación surge del fondo de mi garganta.

—Matilda. Decidas lo que decidas, está bien. Es tu vida. ¿Y lo mejor? Nada es permanente. En unos años si te das cuenta de que tomaste la decisión incorrecta, o que dejó de ser la correcta, siempre podés volver. O no. Y te podés ir a cualquier otra parte del mundo. ¿Tenés una amiga en Francia,no? —Asiento—. ¿Ves? El ser humano tiene la condición particular de poder migrar las veces que crea necesarias.

Mastico el chicle pensativa. Stef es la primera persona con la que hablo de la posibilidad de quedarme y lo que me dice me brinda calma y seguridad. Suena un poco más cuerdo.

—No es solo por Valentino —remarco porque es importante para mí que ella lo entienda. Y a lo mejor también me lo digo un poco a mí.

—Lo sé.

Muevo la cabeza arriba y abajo pero con la mirada más allá del celular y más allá del parabrisas.

Intento imaginarme mi vida en Nanai. Poco a poco van apareciendo imágenes mías creando diseños en la habitación que dejaría destinada exclusivamente para mis proyectos. Las mañana iría a la playa, aunque fuera pleno invierno, para poder ver el mar y pedirle prestada un poco de esa calma y llevarla puesta durante el resto del día. Pasaría por El Café de Lila con frecuencia. A veces para comer algo y otras tantas simplemente para saludar. Me veo abriendo un local, más modesto que el de Nueva York, pero que no

por eso sería peor. Solo sería distinto. Me imagino a las novias de Nanai, y por qué no de diferentes partes del país, viniendo a que yo les haga su vestido. Y como es mi mente y puedo imaginarme lo que yo quiera, también visualizo un hombre alto y de ojos verdes como la cáscara de la manzana verde. Escucharía la campana de la puerta sonar cuando entrara al local y sabría que es él porque siempre vendrá para el cierre. Terminaría de acomodar y de dejar listo todo para el día siguiente y levantaría la vista con una sonrisa que podría interpretarse como tímida pero que sería todo lo contrario. Valentino me sonreiría con cada uno de sus dientes, sus ojos achicados debido a que su boca ocupa casi la totalidad de su cara.

—¿Estás lista? —me preguntaría, apoyando sus antebrazos en el mostrador.

—Guardo esto y estoy —le respondería mientras mis pies se mueven por el local. Mi cuerpo apurado por terminar lo que estoy haciendo así puede irse con él lo antes posible.

—¿Te ayudo con algo? —ofrecería enderezándose y mirando alrededor como si supiera en *qué* podría ayudarme.

—No hace falta —diría mientras cierro un cajón y empiezo a apagar luces.

En mi mente todo ocurre en otoño, y es un día particularmente frío, por lo que Valentino me ayuda a ponerme el abrigo y cuando sube la cremallera hasta arriba me deja un beso en la frente. Me abre la puerta y dejándome pasar primera me preguntaría.

—¿Qué tenés ganas de cenar?

Y llegaríamos a su casa donde me prepararía unos fideos con tuco. Hablaríamos de nuestros días, de cómo le fue en el trabajo y cómo me fue a mí. Tal vez me diría que estaba agotado o tal vez me diría que dentro de todo fue un día tranquilo. Pero siempre me quedaré tranquila porque su rostro se iluminará cada vez que habla de su trabajo. Como a mí (según él). Después nos iríamos a su cama. Algunas noches tendríamos sexo y otras simplemente nos abrazaríamos con un buenas noches murmurado como un secreto, un beso fugaz en los labios y luego nos despertaríamos cada uno en un extremo de la cama para volver a abrazanos por la mañana una vez más antes de levantarnos. Él se iría con Ringo a la playa

mientras yo revisaría mi agenda. Luego nos encontraríamos en El Café de Lila para desayunar juntos. Esa sería nuestra rutina los días que me quedara a dormir en su casa. Y después tendríamos nuestras citas, como a Valentino le gustaría llamarlas.

Me muerdo el labio inferior para obligar a mi boca a que no sonría ante la pieza ficcional que acaba de crear mi cerebro.

—Te voy a extrañar tanto —dice bajito Stef y si no la conociera bien diría que vi una lágrima caer por su cachete.

Mis dientes liberan mi boca y sonrío.

—No tomé ninguna decisión —puntualizo sin dejar de sonreír.

Mi amiga revolea los ojos.

Quiero decirle que es la verdad, que todavía no es algo definitivo pero escucho la puerta de la casa de los Díaz abrirse.

—Stef, te llamo después —le digo sin mirar la pantalla. Escucho que se despide y que le prometa tenerla al tanto y eso hago. Bloqueo la pantalla del celular y salgo del auto.

Decido quedarme apoyada sobre el auto, esperando que ellos se acerquen. Al principio solo veo sus espaldas, el movimiento de sus manos al hablar y por último solo llego a identificar los brazos de Daniel abrazando a cada uno de sus hijos. Sonrío. Pero cuando Valentino y Juana dan media vuelta, y a medida que se acercan, esa sonrisa se va derritiendo.

Valentino me sonríe pero sus ojos están ligeramente rojos.

—¿Y? —pregunto cuando solo un par de pasos nos separan.

Él no me responde. Simplemente se lanza hacia mí y se amolda a mi cuerpo. Me estruja con delicadeza y lo siento inhalarme. Mis manos se cierran a la altura de sus hombros en forma de cruz. De fondo escucho una puerta abrirse y cerrarse y adivino que es Juana metiéndose en el auto para darnos privacidad.

—Dijo que sí.

Cierro los ojos de alivio. Mentiría si dijera que no tenía miedo de que la conversación no tuviera éxito. Aunque supongo que el abrazo de despedida fue un buen indicador.

Con mis manos sobre sus hombros lo alejo para que podamos vernos a la cara. Necesito ver su cara de alivio. Y ahí está. El verde de sus ojos rodeado de venas rojas a causa de la irritación que seguro le provocó el llanto, pero todos los músculos de su cara bailan al ritmo de la felicidad.

—Dijo que sí —dice de nuevo y esta vez su sonrisa crece tanto como su boca se lo permite. Mis dedos acarician los mechones de su pelo y él parece entregarse al cariño de mi tacto, con sus ojos cerrados y con su pecho inhalando con timidez.

—¿Y ahora qué sigue? —Valentino abre los ojos y si bien su expresión es una más concentrada no hay forma de camuflar la felicidad que escapa de sus poros.

—Tengo que llamar a los tres centros que estuvimos viendo con Juana y coordinar una visita. Queremos que vea todas las opciones y nos diga cuál prefiere. Siento que es una forma de decirle que él tiene poder de decisión en esto también y que es importante que él se sienta a gusto con el lugar en el que va a vivir por un tiempo.

—Me parece una buena decisión, Valen. —Puedo ver el alivio en sus ojos. Y si me acerco un poco más también la inseguridad inevitable—. Va a salir todo bien —le digo—. Y yo voy a estar acá, con vos. —Mi mano recorre el camino desde su hombro hasta donde late su corazón. Ambos ojos me observan con asombro pero antes que pueda explicarme escuchamos un carraspeo.

—Odio ser la persona que interrumpe pero necesito volver a trabajar. No todos estamos de vacaciones.

Valentino revolea los ojos solo para mí. Después se mueve hacia el costado para que su hermana pueda verle la cara de fastidio.

—¿Tengo que aclarar que fueron unas vacaciones que me *obligaron* a tomar?

—Seguís diciendo eso —le responde Juana—. Pero la verdad es que no te veo sufriendo, eh.

—Tiene razón —agrego solo para que me escuche Valentino. Me giro para meterme al auto y al parecer le ofrezco la oportunidad perfecta para que me dé un cachetazo en el culo. Me doy vuelta con una indignación fingida y solo se acerca a mi oído para decirme palabras que no tienen el derecho a acelerar mi respiración.

—No te estás portando muy bien, Matilda.

—¿No? —respondo con una voz que me da vergüenza lo mucho que deja entrever el poder que tiene su tono de voz, su respiración cerca de mi piel.

—No —dice como si lo hubiera decepcionado—. Vení a mi casa a la noche. Tomalo como una oportunidad para reivindicarte.

Y con eso se aleja y se sube al asiento del acompañante.

Me quedo unos segundos intentando recomponerme.

Cuando me subo al auto me encuentro con la mirada de Juana por el retrovisor. También tiene los ojos un poco rojos pero me mira divertida, como si supiera mi más oscuro secreto. En unos días yo podría devolverle la misma expresión. Pero por ahora ella me lleva ventaja y yo me mantengo en silencio el resto del viaje mientras los hermanos adelante hablan de logísticas y coordinación. Cada palabra chorrea entusiasmo, felicidad y una pizca de temor. Pero se escuchan tan contentos que casi saco el celular para grabar sus voces.

Juana me deja a mí primero.

—Gracias. —Le doy un beso en el cachete antes de bajarme.

—A vos —me responde, aunque no ayudé en absolutamente nada.

Valentino se baja del auto justo cuando estoy a punto de saludarlo también. Camina hasta la puerta trasera del auto y la abre. Juana se ríe.

—¡Sos asqueroso! —le grita entre risas.

—¡Se llama ser caballero! —le responde agachándose y metiendo un poco la cabeza dentro del auto.

Juana hace una mueca de asco y me mira.

—¿Estás segura de que te gusta? —dice en un susurro que claramente tiene la intención de que no se escuche a una cuadra—. Todavía estás a tiempo de arrepentirte.

—Perdón. —Aprieto mis labios y coloco mi palma sobre su hombro con pesar—. Pero estoy completamente segura de que me gusta.

El suspiro de Juana roza lo dramático.

—Está bien. Lo tendré que aceptar. Tenía una lista de pretendientes exclusivamente para vos, pero ya voy a encontrar a alguien que la necesite.

De reojo veo cómo Valentino arrastra una mano por su cara en clara señal de hartazgo.

—¿No estabas apurada? —dispara.

—Siempre tengo tiempo cuando se trata de molestarte —responde su hermana.

Saludo una vez más a Juana y me bajo del auto antes de que estos dos se enrosquen en una pelea infantil y extensa.

Valentino cierra la puerta y ya sé que va a caminar conmigo hasta la puerta antes de que mis pies se muevan.

—Ahora que lo pienso, no desayunaste —dice.

—Olvidate. Entre nosotros la verdad es que era Finn quien tenía ganas de ir al café.

—Dios, Matilda. —Niega con la cabeza—. Sos tan poco disimulada. Pareciera que me estás pidiendo por favor que te pregunte por qué Finn tenía tantas ganas de ir al café.

Saco las llaves de mi casa pero las mantengo en mis manos.

—Finn. Delfina.

—Em, voy a necesitar una oración completa, creo.

Tiro mi cabeza para atrás. Hombres.

—Perdón. —Alza ambas manos mostrándome sus palmas—. ¿Tenía que entenderlo solamente con esas dos palabras? —Digo sí con la cabeza—. ¿Finn y Delfina? —Vuelvo a asentir—. ¿Las clases de inglés? —lo dice tan emocionado que casi le digo que sí para no romperle el corazón. Muevo la cabeza de derecha a izquierda—. Matilda. Dame más información.

—A Finn le gusta Delfina —susurro con mis ojos amplios.

—¿En serio? —responde Valentino mucho más entusiasmado de lo que hubiera imaginado que reaccionaría ante esta noticia.

—No puedo asegurarte absolutamente nada porque mi mejor amigo todavía se encuentra en la etapa de la negación —digo sin elevar ni un poco mi tono de voz. Valentino me observa concentrado, sus dedos acariciando su mentón.

—Sabés que ahora que hago memoria me pareció escuchar su nombre el otro día en el café.

—¿Delfina lo nombró? —Si alguien nos viera, se encontraría con un hombre de un metro ochenta y una mujer de un metro sesenta que pareciera que están en medio de una conspiración.

—Mi hermana. —Mis hombros se hunden algo desilusionados—. Pero estaba hablando con Delfina. —Me esperanzo.

—¿Qué dijo? —Estoy a dos segundos de ponerme a dar saltos en el lugar.

Valentino tuerce la boca y se rasca el cuello.

—No sé. —Así de fácil desaparece mi sonrisa. Valentino parece notarlo—. ¿Hablamos de lo lindo que és? Pero no sé si cuenta. Y ahora que lo pienso ella no emitió comentario. Fausto, Juana y yo éramos lo que no parábamos de hablar de lo hermoso que es. No sé si esta información te sirve.

—No mucho, la verdad —respondo.

—No estaba prestando atención —se defiende. Me toco el puente de la nariz, la otra mano en la cintura, y exhalo derrotada.

—Perdón no sabía que tenía que espiar a mi hermana y su mejor amiga —dice con sarcasmo. Levanto la mirada y lo miro seria. Pero de repente me doy cuenta de algo.

—¡Eso!

—¿Qué? —pregunta completamente perdido—. ¿Espiarlas?

—No. No eso. —Muevo ambas manos como si estuviera espantando un mosquito—. Pero vos podés sacarle información a Delfina y así vamos a poder saber qué es lo que *ella* siente.

—O sea, espiarla —repite.

—Ponele el nombre que quieras.

Valentino aprieta los labios.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Sabés que tenemos treinta y treinta y dos años, no? —Su índice me señala para después señalarse a él.

—No estoy entendiendo a dónde querés llegar…

Veo cómo inhala y exhala.

—¿Te haría feliz que averigüe si a Delfina le gusta Finn?

Asiento.

—Entonces prometo volver con información al respecto.

Escuchamos el sonido de unos nudillos golpeando contra la madera de la puerta. Nos miramos algo extrañados. ¿Quién toca la puerta desde adentro?

Pongo la llave en la cerradura, giro y empujo la puerta despacio por si la persona que tocó sigue del otro lado. Veo unos pies. Y luego la cara de mi padre.

—¿Papá?

—Quería avisarte que pueden entrar si quieren. Creo que todos estamos al tanto de ustedes dos. —Nos señala a ambos—. Ya sos lo suficientemente grande como para que traigas chicos a casa, Mati —dice al mismo tiempo que se aleja hacia la profundidad de la casa.

Con Valentino nos miramos y suprimimos la risa la mayor cantidad de tiempo que podemos.

—Treinta años —digo.

—Treinta y dos —agrega él.

Nuestras miradas cómplices se saludan una última vez antes de que nuestros cuerpos entren a la casa que nos vio crecer. Aunque a lo mejor no crecimos tanto como creemos. O al menos así se siente a veces cuando estamos juntos.

Me gustaría que existieran las palabras para poder describir lo que mi alma siente cuando se acerca a Valentino. Tal vez si comparo lo que se siente que el sol te bese la piel. O cómo se siente cuando entrás a tu casa después del colegio y te encontrás con el olor de tu comida favorita. Es un sentimiento parecido a poner esa película de la que te sabés los diálogos casi de memoria. También podría hacer la comparación con la sensación de acostarte en tu cama luego de un día agotador. A lo mejor se acerca un poco más a lo que sentís cuando escuchás el sonido de la risa de las personas que amás. O a cómo te sentís cuando estás con fiebre y tu mamá se acerca con una toalla mojada para apaciguar un poco la temperatura.

Valentino se queda a almorzar. Comemos fruta de postre. Hablamos de todo y nada a la vez. Y cuando se va, dos horas después, diciendo que tiene que darle de comer a Ringo y sacarlo a pasear, me quedo el resto del día intentando buscar las palabras que

me den la posibilidad de describir lo que mi alma siente cuando está cerca del alma de él.

Pero no lo logro.

Lo único que sé con certeza es que no quiero dejar de sentirlo.

Nunca.

# *Capítulo 40*

## Valentino

Está empezando a atardecer cuando chiflo con la intención de que Ringo vuelva a mí. Como es de esperar regresa mojado y lleno de arena.

—Te voy a tener que limpiar —le digo una vez que me alcanza—. Hoy tenemos visitas. —Ringo mueve la cabeza como si realmente estuviera entendiendo lo que le digo.

Se sube a la camioneta, lo ato y me coloco detrás del volante con una sonrisa tan genuina que necesita de cada músculo de mi cara para funcionar.

Un tema de Los Piojos es lo primero que suena cuando prendo la radio y mis dedos tocan la perilla encargada de subir el volumen. Bajo la ventanilla y el resto del camino somos Ringo, el viento, la voz de Ciro, mis dedos golpeando el volante al ritmo de la canción y mi garganta escupiendo las letras.

Estoy feliz. Lo siento en cada célula que me compone, en cada órgano, en cada inhalación y exhalación, en cómo pareciera que el mundo a mi alrededor tiene un color diferente.

Subo el volumen hasta que puedo sentir cómo retumban un poco los parlantes de la camioneta. Ringo ladra y mi risa nace desde lo más profundo de mis entrañas. Canto, o grito, con la boca tan grande que mi mandíbula se queja un poco. No me importa. Estoy tan feliz. Y tal vez es cierto eso de que la felicidad necesita de la calma para nacer. Porque la realidad es que también estoy tan, pero tan *tranquilo*. Siento que puedo respirar sin que mis pulmones pongan resistencia. Puedo disfrutar de algo tan simple como una canción sin que mi cerebro se enfoque en todo lo que tengo

pendiente. Por primera vez en meses no pienso en cómo ayudar a mi papá porque ya lo estoy haciendo. Río de vuelta y agradezco que solo esté Ringo conmigo porque me sale una risa un poco psicótica. No me importa. Estoy tan pero tan feliz.

Cuando llego a mi casa la veo a Matilda sentada en la puerta. Tiene una fuente en sus manos. Ringo la saluda con un ladrido, sacando la cabeza por la ventana y ella mueve su mano en respuesta.

—¡Hola, Ringo! —dice con una sonrisa amplia y dulce. Y hay algo en el hecho de que primero salude a mi perro antes que a mí que me dan ganas de besarla con amor.

Apago el motor, saco las llaves y me bajo lo más rápido que puedo sin parecer un desesperado de mierda. Apenas abro la puerta de los asientos de atrás Ringo sale disparado como una flecha. Matilda llega a apoyar la fuente donde antes estaba sentada y pararse para acariciar con violencia a Ringo.

—¿Quién es el perro más hermoso de este mundo? —Ringo está sobre sus patas traseras. Casi tan alto como Matilda—. Usted, por supuesto. Sí, sos.

—¿Qué tanto te asustaría si te dijera que me estoy poniendo celoso de mi perro? —pregunto apoyado sobre la trompa de la camioneta, absorbiendo la escena frente mis ojos. Matilda levanta la mirada pero no deja de mimar a Ringo.

—Te pondría una restricción —responde plenamente seria.

—¿Qué contiene? —Señalo la fuente.

Matilda sonríe como una criatura que está a punto de mostrar la coreo que aprendió en medio de una cena familiar.

—Traje el postre.

Avanzo hacia ella.

—Matilda, si no querías venir me lo podías decir. —Mi rostro permanece estoico—. No hacía falta que cocinaras.

Me gané el golpe que vino a continuación.

—Callate. Me dijiste que te gustó la otra vez. —Ringo se baja y Matilda aprovecha para ir hacia la puerta y recoger la fuente. Abro la puerta y los tres entramos a la casa. Apoyo las llaves en el mueble de la entrada y observo por el rabillo del ojo a Matilda colgando la

cartera en el perchero de forma tan natural que me asusta al mismo tiempo que me genera una sensación agradable en el pecho.

—Las cosas que uno dice cuando está enamorado… —agrego con una exhalación exagerada. La misma que te daban alguno de tus padres cuando eras chico y les contabas que habías desaprobado alguna materia.

Mis pies se mueven hacia el sillón pero no escucho los de ella. Cuando me giro, la encuentro petrificada.

—¿Matilda? —Pongo un pie delante del otro, despacio, intentando entender a qué se debe su cara de susto.

Noto sus nudillos pálidos. Está agarrando esa fuente como si fuera un salvavidas.

Sus párpados ni se gastan en pestañear.

—¿Amor? —insisto un poco más preocupado. ¿Le llegó algún mensaje en los segundos que tardé en dar quince pasos, con mi espalda dirigida a ella? ¿Dije algo malo?

El borde de la fuente de vidrio golpea contra mi abdomen. Con lentitud se la saco de las manos y la apoyo en el mueble junto a las llaves. Ahora que estoy a centímetros de su cara me doy cuenta que tiene los ojos húmedos. Frunzo un poco el ceño.

—¿Qué pasa? —mi voz sale como un hilo.

Una de las tantas cosas que me fascinan de esta mujer es que tiene la costumbre de tomarte desprevenido. Es casi imposible adivinar hacia qué dirección va a ir, qué camino va a elegir. La conozco. A lo mejor ahora un poco menos de lo que años atrás, pero con Matilda tenemos ese tipo de conexión que te permite comunicarte sin hablar. De las que te brindan la oportunidad de decirte cosas con los ojos. Sin embargo, le gusta sorprender. Y es lo que sucede cuando sus comisuras se elevan con sutileza y como si tuviéramos años para esperarlas. Hasta que tiene una sonrisa con sus labios pegados pero esos pómulos tan elevados que apenas puedo ver el color de sus ojos.

—Te amo.

Y lo dice tan *feliz.* Como si en vez de decirlo lo estuviera escuchando.

Quiero decirle que no recuerdo ni un solo día en donde no la hubiera amado. La diferencia entre el pasado y el presente es que antes no lo sabía, no lo entendía a lo mejor. Siempre supe que Matilda era diferente. Cuando era chico solo podía alcanzar a comprender que mi amistad con ella se sentía ligeramente distinta a las demás que tenía. Pero me faltaban unos lentes que me ayudaran. Solo podía ver borroso. Supongo que tenía sentido que a los diez años mi cerebro de niño no tuviera la capacidad de identificar el amor como lo puedo hacer ahora siendo adulto. Pero igualmente, cuando miro hacia atrás puedo encontrar ese amor moldeándose, creciendo, cambiando, a la par de nosotros. Siempre fue amor. Más infantil en ese entonces, pero amor igual. Y ahora que veo con claridad no puedo parar de encontrar momentos en los que mi cuerpo sintió amor por Matilda. Es algo similar a cuando te comprás un auto y a partir de ese instante lo empezás a ver en todos lados, de repente todo el mundo maneja el mismo modelo que vos.

Pero no digo nada de eso.

"Te amo desde siempre", le dicen mis ojos. Ella parece descifrar el código porque me abraza, con su pera sobre mi esternón, su mirada penetrando cada poro de mi rostro.

"Te amo, te amo, te amo," parecen decir sus ojos.

Años después voy a estar en mi cama, mi cabeza brotada de canas, la piel arrugada como un acordeón, mis músculos débiles, mi cerebro yendo y viniendo. Me queda poco, lo sé. Cada mañana pregunta si es la última vez que voy a tener el privilegio de ver el sol salir a saludarme. Cada noche voy a desear que no sea así. Sin embargo, aunque mi mente y mi cuerpo están embadurnados en la vejez, voy a memorizar este beso. La elasticidad de nuestros labios, la firmeza de nuestras bocas, el atrevimiento de nuestras lenguas, y los sonidos que escapaban de nuestras gargantas. Voy a recordar la primera vez que nos dijimos te amo y nuestras almas respiraron alivio porque *al fin* luego de tantos años esperando, habían llegado a casa.

# *Capítulo 41*

## Matilda

Cenamos unas pastas que Valentino hizo caseras y yo tengo que preguntarle si en realidad no hizo algún curso o algo por el estilo. No le creo cuando me dice que lo más cercano que estuvo de una cocina profesional es cuando ayuda en el café.

—Ayudabas mucho a tu mamá —comento mientras levantamos la mesa.

—No creía en las "tareas de hombres y las tareas de mujer". En casa éramos todos iguales. No tenía un trato especial por el simple hecho de haber nacido con genitales diferentes a los de mi hermana.

Después de limpiar los platos, secarlos y guardarlos, Valentino me dice que vaya al patio, que hay unos sillones, que él ya va. Apenas abro la puerta de vidrio que da al patio me doy cuenta de lo mucho que refrescó. Tengo puesta una remera azul ajustada, el borde de las mangas blancas y por encima un overol de jean. Gracias a Dios es largo. Pero mis brazos me agradecerían si mi yo del pasado hubiera agarrado un buzo. Me siento en uno de los sillones sorprendentemente cómodos, subo las piernas y escondo uno de mis pies debajo del muslo. Las estrellas parpadean pero no son sencillas de encontrar, no sobran. Sin embargo, son muchas más de las que podría encontrar en mi antigua ciudad. Mi cerebro no se siente incómodo al referirse a Nueva York como un hogar que dejó de serlo. Solo hay lugar para la aceptación.

Escucho la puerta abrirse pero no muevo mi vista del cielo.

—Tomá —dice al mismo tiempo que veode reojo su brazo ofreciéndome un buzo negro—. ¿No voy a volver a verlo, no? —Paso la cabeza por el agujero y a continuación mis brazos. Valentino

acomoda dos copas y una botella de vino blanco en la mesa bajita que hace juego con los sillones.

—Me gustaría decirte que sí —le digo con pena.

—Lo voy a extrañar —murmura concentrado en abrir la botella.

Tomamos. Nos reímos. Las conversaciones inician, toman un rumbo y aterrizan en cualquier lado.

—Me estás jodiendo. —La expresión de Valentino es impagable. Parece que se le va a descolocar la mandíbula, que se le van a caer los ojos. Y la copa.

—Nop —respondo simplemente, llevándome el vino a la boca.

—No. —Niega con la cabeza demasiadas veces y muy rápido—. Me niego a creer que lo que estás diciendo es verdad. No. Ni en pedo.

—¿Tan difícil es de creer? —pregunto ligeramente ofendida. Y se ve que él percibe mi tono.

—No es eso, es que….

—¿Qué? —lo aliento a terminar la oración. Valentino se pasa una mano por el pelo y el pecho se expande. Cuando sus ojos me miran mi lengua moja mis labios. El vino y la conversación están comenzando a dejar al buzo como un objeto obsoleto.

—Nunca me hubiera imaginado que habías hecho un trío.

No necesito meterme dentro de su cabeza para corroborar que en este preciso momento solo puede ver destellos poco exactos de mí con dos persona más.

—Qué puedo decir. —Mis hombros suben y bajan—. Nueva York es una ciudad extravagante. Una noche fui invitada a esas fiestas que tienen contraseña para entrar, repleta de gente excéntrica. Era como si ahí pudieras ser quien vos quisieras que nadie te iba a decir absolutamente nada. Se respiraba libertad. No sé. Suena medio boludo dicho así, pero fue lo que sentí. —Le doy un sorbo al vino—. Un chico me invitó un trago y me dijo que estaba con un amigo, una cosa llevó a la otra y bueno…

Su mandíbula está apretada, sus dedos estrangulan el tallo de la copa y los orificios de la nariz se expanden con cada respiración.

—¿Te sentís bien? —¿Yo? La inocencia en persona. Valentino se termina lo poco que le queda de vino y apoya la copa con tanta

fuerza que es un milagro que no estalle. En cambio es todo lo contrario cuando me saca la copa de mis manos con delicadeza.

Se para sin parar de mirarme. Inclina su cuerpo para que pueda apoyar sus manos en los costados del sillón donde yo sigo sentada, intrigada por cuál va a ser su próximo movimiento, sus próximas palabras. Baja su rostro hasta el punto en que nuestras narices chocaron.

—Este secreto fue demasiado. Necesito una ducha. Fría.

Sin esperar ninguna respuesta da media vuelta y entra a la casa.

Tardo en reaccionar; tardo en hacer que mis piernas respondan a la necesidad de seguirlo. Por unos segundos solo somos mi respiración agitada y yo debajo de la noche.

Sigo el sonido de la ducha. Está repleta de una necesidad primitiva, como si mi cuerpo supiera algo que yo no. "Corre, corre, corre, por favor", parecía rogarme.

No dudo cuando giro el picaporte. Tampoco cuando me meto en el baño. Imposible encontrar en mi sistema un rastro de duda cuando poco a poco empiezo a sacarme las capas de ropa.

En ese momento descubro que la ducha de Valentino tiene una mampara de vidrio. Nada interfiere en la visión de su cuerpo largo, grande, y desnudo. Su mirada mientras se pasa las manos enjabonadas por el torso tampoco hacen que dude. Al contrario. Solo incrementan mis ganas de tocarlo, saborearlo, morderlo.

Deslizo la mampara y me meto en la ducha. Nuestros ojos nunca se alejan. Valentino me mira como si pudiera abrir esa boca y devorarme de un solo mordisco. Siento cmo si una mano invisible me estrujara el estómago. Mi clitorís está *sufriendo*. Dios, ni siquiera me tocó y ya estoy excitada.

—¿Te puedo pedir un favor? —Su tono es normal, casi desinteresado. Como si no estuviéramos desnudos en su ducha.

Solo soy capaz de asentir con la cabeza.

—¿Si, qué? —pregunta con la cabeza algo inclinada. Sus manos ahora bajaron hasta la zona abdominal.

—¿Qué necesitas? —Me duelen las manos de las ganas que tengo de tocarlo.

—¿Podés arrodillarte? —lo dice de forma tan casual que pienso que escuché mal. Y soy una mujer transparente, mi cara seguro refleja mis pensamientos—. Necesito que te arrodilles y abras tu boca, por favor.

Poco a poco mis piernas se flexionan, hasta que mis rodillas chocan contra el piso de la ducha. Nunca dejo de mirarlo. Puedo sentir su mano trabajando el largo de su miembro, pero Valentino me mira como si fuera un regalo y quiero quedarme ahí un rato más. Abro la boca y saco la lengua. Esos ojos desbordando de deseo, los párpados pesados, los labios un poco despegados. Pareciera que le estuviera doliendo algo.

—¿Puedo? —dice acercando la punta a mi boca. Sigo mirándolo cuando asiento.

Valentino entierra su miembro en mi boca y ni siquiera tengo que mirarlo para saber que es grande. Puedo sentirlo.

Los dos gemimos cuando me muevo hacia adelante, abarcando un poco más. Bajo los ojos y observo cómo su miembro se va perdiendo dentro de mi boca. Sus dedos se entierran en mi pelo, corriendo los mechones de mi cara. Lo miro, tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, exponiendo su garganta.

No tarda demasiado en guiar mis movimientos. Al principio despacio, casi temeroso. Pero cuando siento su punta en el fondo de mi garganta sus caderas empujan hacia adelante. Se alejan solamente para volver. Intento relajar la garganta haciendo lugar.

—Matilda —mi nombre suena a súplica, como si esto fuera una clase de premio y castigo al mismo tiempo. Gimo ante el placer que me da saber que yo soy quien le genera eso. Yo soy la que está de rodillas pero él es quién está a implorando, escupiendo mi nombre como parte de un rezo solo para mí. *Matilda, Matilda, Matilda*—. Sí, Matilda, sí. —Mis manos toman sus caderas y las detienen. Tengo los ojos llorosos y necesito respirar. Valentino desliza su dedo índice por mi cara con ternura—. Hermosa.

Me observa desde arriba, de su pelo mojado caen gotas, al igual que del resto de su cuerpo. Una por una. Le secaría con la lengua una por una. Pero en vez de hacer eso decido recorrer su erección con mi lengua, desde la base hasta la punta y cuando llego a esa

parte tan sensible, hago un movimiento circular. Tiembla. Lo vuelvo a hacer. Tiembla.

Lo devoro por completo mientras mis manos masajean sus testículos. Escucho cómo las palmas de sus manos chocan contra la pared detrás mío. Ahora el torso de Valentino sobrevuela el mío.

*—Oh.*

Mi lengua se desliza. Mis dientes raspan lo justo y necesario. Mis labios se cierran con fuerza a su alrededor. Mis rodillas me ayudan a impulsarme. Y mis manos sobre sus caderas marcan el ritmo.

—Ah, Matilda. —Lo encuentro mirándome—. Podría morirme en este preciso momento y no podría quejarme. Dios, mirá cómo me la chupás. Tan perfecta, Matilda.

Eso solo hace que aumente la intensidad.

—Mati, pará —escucho que dice, pero sigo moviéndome. Mis ojos fijos en los suyos. Quiero verlo cuando me acabe en la boca. Y quiero que me vea.

Lo siento crecer, lo siento pesado en mi boca y luego siento el líquido caliente llenándome. Trago y me limpio una gota que resbala por mi mentón. Todo bajo la atenta mirada del hombre que sigue apoyado contra la pared e intenta recuperar el control de su respiración.

Me ofrece su mano para ayudarme a incorporarme. Ninguno de los dos dice nada. Dejo que me mueva debajo de la ducha. Dejo que me ponga shampoo en el pelo y me masajee con sus manos. Dejo que me enjabone el cuerpo de pies a cabeza.

—Gracias —su voz es una caricia. Giro la cabeza para verlo. Él tiene la mirada concentrada en la tarea que están haciendo sus manos: ponerme acondicionador en el extremo de mi pelo—. Por el favor —completa.

—Un favor poco convencional debo decir— respondo volviendo mi mirada al frente—. Yo toda inocente pensando que me ibas a pedir que te pasara jabón por la espalda que no llegabas.

Valentino responde dándome una cachetada en el culo.

—¿Sabés qué dicen de los favores? —pregunta su boca muy cerca de mi oído. Necesito que me toque. Valentino bañándome es lo más cercano a la tortura que viví.

—No, ¿qué dicen?

Valentino me pasa un tallón. Me lo coloca debajo de los hombros mientras él se lo ata en la cintura.

—Los favores se pagan con favores.

Y eso es lo último que dice antes de poner mi mundo al revés.

# *Capítulo 42*

## Valentino

—¡Bájame! —Mi brazo izquierdo agarra la parte de atrás de sus rodillas, mientras que mi otro brazo intenta mantenerla quieta, presionando justo debajo de su culo—. ¡Valentino! ¡Bájame ya mismo! —Su cuerpo se retuerce sobre mi hombro sin mucho éxito.

—Pedime por favor.

Silencio.

Puedo escucharla pensar. Y putearme. Eso también.

—¿Por favor?

—¿Eso fue una pregunta? —Abro la puerta de mi habitación y la cierro dándole una patada con el pie.

—Odio que me hagas upa —murmura.

La bajo con lentitud. Pero no hasta el piso. Acomodo su cuerpo para que su cara quede a la altura de la mía.

—¿En serio lo odiás?

—Peso —dice con timidez y sin mirarme a los ojos—. Te voy a lastimar. —Esta vez sí me mira.

Por unos segundos intento descifrar si me está hablando en serio. Me doy cuenta que sí cuando esquiva mi mirada.

—Mati. —Sigue sin mirarme—. Amor. No me pesás. —Me mira poco convencida—. En serio. Podría limpiar la casa entera con vos sobre mi hombro sin ningún tipo de problema. Pero si no te gusta, no lo hago más.

—¿Me prometés que no te peso?

—Ni un poco. —Sonrío. Sus ojos se entrecierran sospechando mi afirmación, pero no dice nada más.

Camino hacía el borde de la cama y siento a Matilda sobre el colchón.

La toalla aprieta sus pechos cada vez que respira. Tiene los tobillos cruzados y las palmas de sus manos apoyadas al costado de su cuerpo, su cabeza un poco hacia atrás para poder mirarme fijo con esos ojos que me hacen acordar al mar. Un mes y medio de sol le dieron color a su piel y pecas a su cara, van de un extremo del cachete al otro. Caen gotas sobre la cama desde su pelo húmedo que ya no es más de ese tono rubio que parece brillar cuando lo toca un rayo de luz. Es demasiado.

*Ella* es demasiado.

La parte más animal que sigue escondida en mi cuerpo humano quiere encerrarnos acá durante una semana hasta que ella termine oliendo a mí y yo a ella. Quiero marcarla. Decirle de alguna forma al resto del mundo que es *mía*.

Siento como mi miembro crece solo ante el pensamiento. Hace casi un año que no tengo sexo. Pero sé que ese no es el motivo. Matilda lo es. Tengo miedo de transformarme en un ser insaciable respecto a ella. Que mi cuerpo la necesite así como los humanos necesitamos el agua, el sol, el oxígeno. No poder funcionar si no tengo una dosis de ella. Y es justo en este preciso momento que me doy cuenta que haría lo que sea para no tener que alejarme nunca más de ella. Me mudaría a Nueva York. Viajaría las veces que fueran necesarias. Haríamos seis meses allá, seis meses acá. No tengo la más puta idea. Pero lo haríamos funcionar porque no verla nunca más… Ni siquiera puedo pensarlo sin que me duela el pecho.

—¿Valen? —Pestañeo un par de veces seguidas para volver al presente que es tan lejano a lo que mi cabeza estaba pensando. Matilda me mira algo preocupada desde abajo.

—Perdón. —Peino mi pelo húmedo y me siento al lado de ella. Matilda gira su torso para mirarme de frente. Me doy cuenta que hace mucho eso. Es de las personas que les gusta mirarte a los ojos.

—No me pidas perdón —dice en un tono ligeramente indignada —. ¿En qué estabas pensando? Es como si te hubieras ido a otra parte.

Respiro profundo y tomo sus manos. Mis pulgares acarician en círculos su piel.

—Podés decirme lo que quieras. —Me ofrece una sonrisa diminuta—. ¿Lo sabés, no? —Asiento y ella se queda esperando que termine de formar las palabras que dan vueltas en mi cabeza.

—No quiero que esta sea la primera y última vez —admito. Y hasta que lo digo no me doy cuenta que de ahí surgió mi pensamiento intrusivo de no volver a verla. El pánico de que esto se transforme en una simple anécdota, en algo de una sola vez.

Hay un segundo en que Matilda me mira sorprendida y en el que me siento ligeramente ofendido ante su asombro, como si hubiera dado por sentado que yo quería que esto fuera una vez y ya está.

—Podemos hacerlo funcionar —me adelanto antes de que diga algo que puede llegar a dolerme. Algo como que ella se va a ir y yo voy a estar acá y las relaciones a distancia nacen para el fracaso—. Puedo viajar una vez al mes, quedarme una semana. O podemos hacer la mitad del año en Nueva York y la otra mitad en Nanai. ¿No sé si es una posibilidad teniendo en cuenta tu trabajo? —Matilda abre la boca pero no le dejo lugar para hablar. Terror. Tengo terror de que me diga que no—. También pensé en mudarme, en irme a Nueva York. Cada uno viviría en su propio departamento —aclaro—. Pero puedo irme para allá, Mati. Puedo hacer todo lo que te dije antes y si vos tenés otra idea seguramente pueda hacerla funcionar también. Puedo hacer todo menos alejarme de vos, amor. No me pidas eso, por favor. Quince años fue mucho tiempo y ahora sé que no podría vivir ni un mes alejado de vos.

Suelto una de sus manos para acariciarle una lágrima.

—No llores, Mati —murmuro.

—No estoy llorando —responde mientras llora.

—Me estás mintiendo en la cara.

—Son lágrimas de felicidad.

Sonrío.

—¿De felicidad? —Asiente mientras se seca otra lágrima. Se mueve hasta sentarse en mi regazo, con su cabeza enterrada en mi pecho desnudo y sus muslos uno de cada lado de mi cuerpo.

—Suelo ser feliz cuando estoy cerca tuyo— responde.

—Pero no estabas llorando por eso, ¿no? —Mi pera está apoyada en su cabeza, mis brazos rodeándola. Su cabeza se mueve de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

—Tampoco quiero que sea una despedida. —Hay vulnerabilidad en su tono y algo que me dice que le tranquiliza que yo quisiera lo mismo. Como si en algún punto hubiera dudado de que no estuviéramos en la misma página.

Tiro un poco el torso hacia atrás y coloco mis manos en su mandíbula, haciendo que me mire. Su boca encuentra la mía y lo tomo como una señal de que no quiere seguir hablando del tema, al menos no ahora. Y cuando sus caderas se mueven hacia adelante, me olvido por completo de lo que quería decir.

# *Capítulo 43*

## Matilda

No le digo que me voy a mudar a Nanai. Podría. Lo pienso. Pero son palabras tan grandes que tengo miedo que con su brutalidad rompan la fragilidad del momento. Además tengo que admitir que no quiero contárselo sin tener absolutamente nada arreglado. Me acabo de dar cuenta de que soy una mujer sin casa, sin trabajo. Bueno, a lo mejor estoy exagerando un poco. La realidad es que desde que corté con Stef más temprano me quedé pensando en que no tengo porqué dejar el diseño de vestidos de novias. Desde que empezó febrero que voy mandando a diario algún que otro boceto y ellos se están encargando de lo que yo no puedo: tocar las telas, apreciar la textura y verlas con sus ojos en vivo. No estaría para ver la cara de entusiasmo de las novias entrando al local. Así como tampoco voy a presenciar las lágrimas de alivio y felicidad cuando al fin encuentran el elegido. Estaría mintiéndome a mí misma si me dijera que no lo voy a extrañar, después de todo es lo segundo que más disfrutaba de mi trabajo. Pero me tengo que recordar que lo primero siempre va a ser el poder crear algo tangible a partir de una imagen que se origina en mi cerebro y que mis manos plasman en un pedazo de papel. Lo demás es solo un agregado que voy a extrañar pero solo hasta que pueda hacerlo acá. En Nanai las mujeres se casan y tengo la esperanza de poder tener mi lugar acá también. Y además sé que voy a viajar a Nueva York cada vez que pueda, así que tampoco me preocupa no poder ver los vestidos en vivo y en directo. Después de todo, allá no solamente está mi trabajo.

Finn vive ahí.

Dios, Finn.

La primera vez que Amelia se fue del país fue difícil para él adaptarse al asunto de la virtualidad. Extrañaba lo cotidiano de la amistad: ir al cine, visitarnos sin avisar, conciertos, ir a tomar un café, cenar en la casa del otro o ir a algún lugar, quedarnos a dormir en su departamento cuando volvíamos de ir a tomar unos tragos, poder llamarnos sin tener en cuenta la diferencia horaria y las mil y una cosas que solo existen en la amistad que no es a larga distancia. Y eso que en nuestro caso fuimos extremadamente privilegiados porque pudimos viajar bastante seguido a visitarla. Pero así y todo, los tres supimos entender que no había sentido en querer que la amistad fuera exactamente igual a lo que era cuando estábamos todos en Nueva York. Sabíamos que tenía que evolucionar y moldearse para sobrevivir. Debo decir que tuvimos éxito porque acá seguimos. Quizás debería llamar a Amelia, si hay alguien que puede ayudarme con este tema es ella.

—Tampoco quiero que sea una despedida. —Es patético, pobre, a lo mejor un poco cruel de mi parte no darle más información. Sé que lo tranquilizaría, que borraría esas líneas de preocupación que le surcan la piel que existe entre las cejas, relajaría las comisuras, se esfumarían las nubes de preocupación de sus ojos. Pero mi plan no es sólido. No todavía. Y quiero esperar tener al menos un lugar en donde vivir. No quiero que piense que estoy tomando una decisión apresurada. O peor. Que piense que es algo de lo que podría arrepentirme. Por eso necesito tener algo palpable, algo que pueda mostrarle para que me crea cuando le diga que estoy hablando en serio. Solo necesito un poco más de tiempo.

Y cuando Valentino coloca cuatro de sus dedos al costado de mi cuello y sus dos pulgares justo debajo de mi mandíbula, solo quiero besarlo.

De repente mi cuerpo es consciente de la posición en la que estamos, de que solo existe la toalla que aún tiene atada en la cintura como barrera. Mi cadera da un latigazo hacia adelante cuando siento los dedos de Valentino hundirse en la carne de mi culo, insistiendo en que me siga moviendo, pidiéndome más. Nuestro beso se transforma en uno más desprolijo, errático, no

siempre le embocamos a nuestras bocas, hay dientes y lengua y gemidos y necesidad. Y siento que nada es suficiente, nada alcanza, siento la desesperación en cada célula. Sin despegar mi boca de la suya, llevo las manos al borde de mi toalla para sacarla. El alivio es casi instantáneo, como si me hubiera sacado un equipo para esquiar en medio de un desierto. Cuando Valentino se da cuenta de lo que hice rompe el beso para mirarme. Nunca en mis treinta años de vida vi a un hombre comer con los ojos, pensé que era una expresión, algo que la gente simplemente decía por decir. Pero Valentino es ese hombre. Podría acabar solamente con el peso que tienen sus ojos sobre mi cuerpo desnudo sentado en su erección.

Cuando sus ojos vuelven a mi cara una risa de incredulidad sale de su boca.

—Qué suerte la mía —dice antes de bajar la cabeza hacia mi pezón derecho y morderlo con delicadeza. El placer es inmediato. Su boca toma turnos para ir de un pezón al otro, casi como si no quisiera que ninguno se ponga celoso. Cada vez que mis caderas se mueven mi clítoris hace fricción contra la tela áspera de la toalla de Valentino. Pero no es suficiente.

—Sí, Valentino. Sí. —Tengo mis manos enterradas en su pelo, presionando su cabeza para que su boca no deje de hacer lo que está haciendo. Quiero su lengua, sus labios, justo ahí, pero también en todos lados. Al mismo tiempo. Nada alcanza.

—Parate —su voz parece miel, espesa, dulce. Y mi cuerpo parece que está hecho para seguir cualquier orden que este hombre diga.

Lo primero que hace una vez que salgo de su regazo es sacarse la toalla. Su erección es grande, la punta brillante, las venas marcadas. Me avergüenza el gemido que sale de mi boca. Pero Valentino no hace comentario alguno. No. Lo segundo que hace es acostarse en la cama, su cabeza cerca del respaldo.

—Vení, Mati. —Extiende su mano y yo apoyo una rodilla y luego la otra, hasta estar sobrevolando encima de él, mis rodillas apoyadas en el costado de sus costillas. Nos miramos por unos segundos—. Quiero que te sientes. —Inclino la cabeza. Estoy por preguntarle cuándo fue la última vez que se hizo un análisis de sangre cuando vuelve a hablar—. Acá arriba, amor —dice con una sonrisa

hambrienta. Y como al parecer Valentino tiene un poder sobre mí, mi cuerpo no medita ni medio segundo antes de desplazarse hasta que mis rodillas quedan una a cada lado de su cabeza. Puedo sentir su aliento acariciándome. Tengo que cerrar los ojos. Ningún músculo se mueve.

—Voy a necesitar que bajes un poco más, amor. —No tengo que verlo para saber que cada palabra de esa oración estuvo acompañada de una sonrisa.

Deslizo mis rodillas hacia afuera hasta que siento la boca de Valentino por completo. Mi cuerpo reacciona como si alguien me hubiera pasado un hielo por toda la columna vertebral. Al instante las manos grandes de Valentino se encuentran con la carne de mis caderas. Empieza a moverme adelante y atrás, y tengo que agarrarme del cabezal. Cada vez que mi clítoris golpea contra su nariz, siento un latigazo y otro, y otro, y otro.

No sufro de vértigo. Jamás tuve ningún tipo de problema con las alturas, ni las montañas rusas, ni nada de ese estilo. Pero cuando decido mirar a Valentino mientras estoy encima de él y parece un hombre que está hace semanas famélico por la forma en que su boca me come, me tengo que replantear el asunto del vértigo.

Con ambas manos me empuja hacia arriba. Tiene la boca húmeda y brillante. Quiero volver a bajar. Estaba tan cerca. Cuando lo intento, Valentino opone resistencia.

—Necesito que te sigas moviendo, ¿si? —Libera su agarre, dándome permiso a que vuelva a sentarme sobre su cara—. No te dejes de mover, Matilda —es lo último que dice.

Valentino cierra su mano derecha en una de mis tetas, pellizca el pezón, lo aplasta con su palma. La otra mano la siento rozar el costado de mis piernas, pero sigue de largo. Cuando sus ojos se cierran con fuerza, me doy cuenta de lo que está haciendo. Se está tocando mientras yo me froto sobre su cara. Lo escucho y lo siento gemir.

Acabo antes de que pueda siquiera procesarlo. Es instintivo cuando hago fuerza con mis rodillas para empujarme hacia arriba, alejándome de su boca. Me encuentro con la sonrisa de Valentino. Satisfecho, orgullo. Estira el cuello y me da un último lengüetazo y

tengo que suprimir un llanto. Antes de que pueda volver a hacerlo me corro.

—¿A dónde vas?

Gateo hasta quedar entre sus piernas.

—No —dice completamente serio, ambos codos presionando el colchón—. Ni se te ocurra —repite cuando ve que deslizo mis palmas a la altura de su abdomen y bajo mi cabeza hasta que mi respiración acaricia la punta de su erección. Hay desafío en nuestras miradas. Abro la boca y hago mi recorrido como si tuviera toda la noche. Valentino insulta y se deja caer de nuevo sobre el colchón. Solo llego a hacerlo dos veces más antes de que unos brazos me tiren hacia adelante y me dejen caer sobre él. Mis pies tocan sus pantorrillas, nuestros pechos pegados, sus manos descansando en mi cintura—. Te dije que no. —Sus ojos me miran entrecerrados. Con mis antebrazos sobre su pecho me intento encoger de hombros, indiferente—. Mati —dice con dulzura mientras sus dedos juegan con un mechón de mi pelo aún algo húmedo—. ¿Querés chupármela? —Me muerdo el labio inferior y asiento—. ¿Cuánto? —el tono de su voz no combina con las palabras. Y de repente me siento algo intimidada. Me mira de nuevo con la palabra desafío saltando en sus ojos—. Quiero escucharte. ¿Cuántas ganas tenés de chupármela?

—Muchas —respondo. Y descubro que Valentino tiene una facilidad para excitarme que debería asustarme.

—¿Si? —dice poco convencido. Es entonces cuando vuelvo a moverme. Imito su postura de hace unos quince minutos. Tendida por completo, con mi cabeza no tan cerca del cabezal de la cama. Ambos tenemos nuestras cabezas dirigidas al centro de la cama. Me gusta ver su expresión de desconcierto. Mi sonrisa es lo más cercana a una felina.

—Sentate, *amor.* —Impagable la cara de Valentino en el momento en que mis palabras impactan. Ojalá tuviera mi celular cerca para sacarle una foto a la cara de estupefacción—. ¿Vas a tardar mucho más?

Con una gracia que alguien de un metro ochenta no debería tener, Valentino se mueve hasta quedar encima de mi cabeza. Siento sus muslos en mis orejas. Desciende hasta qué puedo tomarlo

entero con mi boca. Desde abajo puedo ver por completo el cuerpo de Valentino estremecerse, ver cómo se le marca la garganta cuando su cabeza, derrotada, se echa hacia atrás. La mandíbula tensa como si estuviera esforzándose por no moverse. Lo empujo hacia adelante levemente con mis manos en su culo y lo toma como señal para empezar a moverse. Su cabeza cae hacia adelante, su pelo es un desastre. Me sonríe y me llena de calor. Tiene ambos brazos estirados, usando el cabezal de soporte. Me tomo un momento para verle cada tatuaje. Dios, es tan hermoso. Podría pasar horas y horas en las que lo único que haría sería sentarme a mirarlo.

Veo cómo se tensiona su abdomen. Y un segundo después sale de mi boca.

—Voy a acabar —sentencia ante mi mirada.

—Sí, es la idea de todo esto —respondo al mismo tiempo que mi mano hace un círculo en el aire. Valentino suelta el aire entre una mezcla de risa y de persona que recién llega de correr. Está arrodillado entre mis piernas y solo puedo pensar en *lamerlo*. Por favor, mi mente no tiene control alguno.

—Te necesito arriba mío. Ya mismo. Ahora. Antes de que me muera, Matilda —dice con los ojos bien grandes y como si efectivamente su vida pendiera de un hilo y yo fuera la única con el poder de salvarlo.

—Tomo las pastillas.

—Me hice un test hace poco —dice mientras se acomoda sobre la cama, codos haciendo soporte de su torso—. No tengo nada. Pero igual podemos usar protección. Lo que vos prefieras, Mati.

—No estuve con nadie desde la última vez que me hice un análisis de sangre.

—¿Segura?

Bajo mi mirada a donde está la palma de Valentino acariciando su longitud. No vuelvo a hablar. Deja que sea yo quien tome su miembro y me lo acomodo. Bajo poco a poco. Al principio hay un poco de resistencia pero cuando su pulgar acaricia el mío de repente soy agua.

Repito los movimientos que hice arriba de su cara. Valentino me ayuda con sus manos agarrándome con fuerza el culo. Estoy casi

segura que mañana cuando me despierte voy a encontrarme con sus huellas dáctilares. No pasa demasiado tiempo para que las caderas de Valentino se sincronicen con las mías. De vez en cuando haciéndome brincar.

—Así, Mati —dice agitado—. Muy bien, amor. Muy bien. —Hace círculos sobre mi parte más sensible.

Quiero decirle que pare. Quiero suplicarle que no deje de tocarme.

La habitación se llena con el sonido de nuestros cuerpos chocando, nuestros gemidos, palabras abarrotadas: *Dios, qué hermosa sos. ¿Te gusta así? Mirate, sos perfecta. ¿Más fuerte? Te quiero encerrar en esta habitación para siempre. Mía. Mía. Mía.*

El segundo orgasmo es como un látigo. Tengo que apoyar las manos sobre el pecho de Valentino. Mis caderas todavía están moviéndose pero con menos violencia. No debe pasar más de un minuto antes de que pueda sentir el líquido llenándome. Me desplomo sobre Valentino. Al instante unos brazos fuertes me encierran. Sigue dentro mío pero ninguno de los dos tiene la energía suficiente para atinar a moverse.

—Tenemos que limpiarnos —dice.

—Al pedo nos bañamos. —Siento la vibración de su risa.

—Nadie se murió por bañarse dos veces.

—No me gustaría arriesgarme.

Sufro de solo pensar en tener que mover mis piernas, caminar hasta el baño, tener que meterme adentro de la ducha, usar mis brazos para limpiarme y luego secarme, para después tener que volver a caminar hasta la habitación.

—Te baño yo.

—Todavía está el problema de llegar hasta el baño. —Siento mis párpados pesados.

—Si no te molesta puedo llevarte.

—Dios, ¿cómo podés tener energía? —La palabra *energía* se la come un bostezo mío.

—Y esperá que me agarre hambre dentro de diez minutos.

Media hora después estamos los dos bañados —otra vez—, él solo con unos shorts demasiado cortos para mi salud mental. Le

quiero dar un mordisco a los músculos de sus piernas. Yo tuve que pedirle prestado un bóxer que me queda suelto y una remera que me queda ridicula.

—Lo bueno es que no me tengo que preocupar porque me la robes —dijo cuando me la puse.

—No cantes victoria.

Estamos sentados con la fuente de la chocotorta en medio de nosotros. Una cuchara grande cada uno. Y básicamente nos estamos dedicando a devorar el postre.

—Hay algo que jamás te conté. —Justo me llevo una cucharada a la boca, así que levanto las cejas a modo de pregunta—. Creo que tenía catorce cuando empecé esta especie de juego conmigo mismo.

—Valentino Díaz —digo completamente seria—. ¿Estás a punto de contarme sobre cuando descubriste la masturbación?

Mis reflejos no son lo suficientemente rápidos para esquivar el almohadón que me revolea

—Debe ser un esfuerzo enorme —dice.

—¿Qué cosa?

—Ser tan mal pensada. —Le saco la lengua y él responde de la misma forma.

—Perdón. —Dejo la cuchara sobre la fuente y voy gateando hasta llegar a su lado. Valentino deja que apoye la cabeza en su regazo, mi cachete pegado a su piel. Me hace sonreír la velocidad con la cual sus dedos miman mi piel. Ah, nuestros cuerpos, tan encantados, tan débiles para luchar el deseo de estar permanentemente cerca. Mi sonrisa crece un poquito más ante ese pensamiento.

—Como te decía. —Intento no cerrar los ojos pero las caricias no ayudan—. Tenía este juego conmigo mismo y nunca se lo conté a nadie. Ni siquiera a vos, que te lo contaba absolutamente todo. Supongo que me daba un poco de vergüenza. Y también tenía miedo de que pensaras que era un loco obsesionado con vos. —Creo que estoy enamorada de su voz. No quiero que pare de hablar—. No lo sé. Pero cuestión, jamás te lo dije. ¿Querés saber en qué consistía el juego? —Muevo ligeramente la cabeza—. Cada mañana que iba a buscarte a la casa de tus abuelos, antes de que abrieras la puerta,

tenía que adivinar de qué color eran tus ojos ese día. Podría decirte que casi siempre adivinaba, pero no te voy a mentir. Y recuerdo decirme "no pasa nada, seguro mañana lo adivinas". Y de nuevo, no solía acertar, pero lo seguía intentando. Uno, quería ganar. Después de todo debo ser el segundo humano más competitivo del mundo. —Me río débilmente a causa del sueño. Pero me esfuerzo para que mis labios se muevan.

—¿Quién vendría a ser el primero? —pregunto conociendo la respuesta.

—Vos, por supuesto.

Hay un instante de silencio. Casi quedo rendida ante la combinación del olor de Valentino, las caricias, la luz tenue de la lámpara de su mesita de luz y el silencio de la noche. Casi.

—¿Cuál era la segunda razón?

—¿Mmm?

—Del juego. Además de querer ganar.

—Ah —una pausa—. De esa forma tenía una excusa.

—¿Para qué?

—Para mirarte a los ojos por más tiempo del que debería.

—Ahora que lo pienso solías tener esa mirada de acechador cuando abría la puerta —digo jodiendo. Valentino dice algo como "no te tomás nada en serio" por lo bajo.

La segunda vez que bostezo Valentino me dice que vayamos a dormir.

—No quiero. —Me acomodo como si sus piernas fueran una almohada.

—Estás a dos segundos de empezar a babearme.

—No quiero que el día termine.

Una risa diminuta, de esas que tienen más cariño que otra cosa. Su mano me peina por última vez y luego con sutileza levanta mi cabeza.

—Te propongo un trato: vamos a dormir y mañana podemos hacer todo esto de nuevo.

Eso suena bien. Sí. Bostezo por tercera vez.

Escucho que sale un segundo de la habitación. Supongo que a dejar la chocotorta en la heladera. Luego siento el movimiento de las

sábanas y del acolchado. Quiero ayudarlo pero al parecer solo tengo la energía para percibir lo que pasa alrededor. Me mete debajo de las sábanas y después lo siento a él hundiendo el colchón.

Duermo con sus latidos deseándome buenas noches y susurrándome "te amo, te amo, te amo, Matilda".

"Te amo, te amo, te amo, Valentino" late el mío.

# *Capítulo 44*

## Valentino

Escucho el sonido de los pájaros cantando. Frunzo un poco el ceño y me giro hasta chocarme con la luz que entra por el estrecho espacio que deja la cortina. Me quedo mirando la ventana. Es de día. Y pareciera que hace un rato largo, no que recién está amaneciendo. Un rayo de sol golpea en Matilda quien duerme profundamente a mi lado, cerca pero no encima. Se ve que en algún momento de la noche nos desarmamos. Su pelo le tapa la mitad de la cara, tiene ambos antebrazos sumergidos debajo de la almohada, una pierna flexionada y la otra completamente estirada, la remera levantada dejando entrever un poco de la piel de su panza y la totalidad de sus piernas. Mis ojos se toman su tiempo para verla, estudiarla, apreciarla. Y me doy cuenta esta mañana calurosa de febrero que es la primera vez en mi vida que estoy enamorado y espero tener la suerte de que sea la última.

—¿Me estás mirando mientras duermo? —Solo mueve la boca, no abre ni un ojo.

—Atrapado.

—*Creepy.*

—Che, no podés hacer eso. Cambiar de idioma es trampa. Queda prohibido desde este preciso momento. —Matilda solo me muestra un ojo, todavía sin preocuparse por cambiar la postura tan cómoda en la que está.

—Tenés que aprender inglés. Yo te puedo enseñar.

—¿Ah, sí? —Coloco un brazo de cada lado de su cuerpo. Matilda ahora está boca arriba. Dios, quiero despertarme todos los días y poder ver su cara de dormida. Tiene los ojos levemente hinchados y

el pelo hecho un quilombo. Es un momento tan íntimo como el que tuvimos anoche.

—Ajam —responde—. No podés ser el socio de una de las hoteleras más importantes del mundo y no saber inglés. —De repente su expresión cambia a una más calculadora—. ¿Cómo haces con las reuniones internacionales?

—Te vas a reír.

—Seguramente.

Revoleo los ojos.

—Tengo un traductor.

Silencio.

Y de golpe Matilda se empieza a reír. Niego con la cabeza y me dejo caer de espaldas a su lado.

—Es mi culpa —murmuro—. No te tuve que haber dicho nada. —Siento el colchón moverse y después la cara de Matilda aparece encima de la mía. Cuento hasta tres antes de mirarla. Tiene una sonrisa en los labios

—Perdón, perdón —dice con rastro de risa—. Pero, ¿un traductor? Dejame que te enseñe. No es tan complicado como parece. De hecho, el español es muchísimo más difícil. Ni siquiera tienen que ser clases, con que cada día intentemos hablar un poco vas a ver cómo vas a ir adquiriendo vocabulario. Creeme, es la forma más práctica de aprender un idioma. Al menos así me funcionó a mí. Las clases me servían pero terminé aprendiendo mucho más en la vida real.

Ya acepté hace cinco minutos, pero está tan emocionada que la dejo terminar de hablar.

—Te advierto que soy un asco para los idiomas —es mi única advertencia.

—Me gustan un poco los desafíos —agrega.

Y solo con esa oración tan inocente el clima de la habitación cambia. La siento, la tensión ascendiendo, haciéndose lugar entre nuestros cuerpos, pidiendo estímulo.

Pero tengo que sacar a Ringo a pasear. Y cuando le digo eso a Matilda parece mucho más emocionada por el paseo que por el sexo. Sale corriendo (literalmente) al baño y yo aprovecho para

sacar las sábanas, ponerlas a lavar y hacer la cama. Agarro el celular y lo pongo a cargar y es cuando vi la hora que me doy cuenta que por primera vez desde que mi mamá murió no tuve miedo de cerrar los ojos y no volver a despertar, después de mucho tiempo pude *dormir.* Pestañeo dos veces y vuelvo a corroborar la hora: once de la mañana. Más de ocho horas. No pensé en mi papá, no pensé en que me iba a morir.

Matilda entra como un torbellino a la habitación, sonriente, con un brillo del cuál quiero ser encargado de pulir para que nunca deje de resplandecer. Tiene dos vasos con agua, me entrega uno.

—Gracias —digo.

Pero mis gracias abarcan algo mucho más inmenso.

*Gracias porque tenerte a mi lado mientras duermo, no me da miedo a morirme.*

—De nada, amor.

Se acerca y de puntitas de pie me deja un beso lleno de cariño en el cachete.

Pasamos lo que queda de la mañana en la playa con Ringo y luego vamos a El Café de Lila para almorzar.

—¡Los tortolitos! — exclama Fausto con un entusiasmo que me enternece y avergüenza un poco porque todo el café se gira para ver quiénes son efectivamente esos tortolitos. Levanto una mano con timidez y saludo. Matilda a mi lado hace lo mismo pero con mucha menos vergüenza encima.

Durante una hora tenemos que atravesar (padecer en mi caso) preguntas, comentarios y chistes de doble sentido. Son mucho peores cuando llega Tomás de la nada.

—¿Qué hacés acá?

—A veces vengo a almorzar después de entrenar. —Se mueve en la cocina como si fuera la suya propia. Estudio sus movimientos. Y sobre todo me quedo pensando en lo que acaba de decir.

—No sabía que eras regular.

—Hace un tiempo ya —responde con la cabeza adentro de la heladera—. Me queda más cómodo y tu hermana me lo ofreció.

—¿Así que prácticamente la ves todos los días?

Tomás se da vuelta con queso en una mano y jamón en la otra, cierra la heladera con la cadera y responde con un "mhm" despreocupado.

Quiero hacerle más preguntas al respecto. La primera sería: ¿por qué recién me vengo a enterar que mi mejor amigo viene a almorzar al café todos los días desde "hace un tiempo"? La segunda: ¿por qué Juana tampoco me lo contó?

Estoy a punto de abrir la boca cuando Matilda entra riéndose de algo que está hablando con Fausto. Es solo un segundo el que están en la cocina, pero para cuando se van Tomás ya está masticando su sanguche, la conversación anterior olvidada.

—Hablé con mi papá. —Al instante levanta la mirada, es casi cómica la forma en la que abre la boca y me bendice con la imagen de su bolo alimenticio.

—¿Centro de rehabilitación? — dice cuando recupera la compostura. Asiento con la cabeza. Mira un segundo detrás de mi hombro, donde está la entrada a la cocina—. ¿Cenamos en casa hoy?

—Le aviso a Caro. —Ya estoy sacando el celular para mandarle un mensaje. Tomás solo sigue masticando.

A la velocidad de la luz Juana entra a la cocina, agarra algo, y sale. Y si no fuera porque estaba a punto de preguntarle a mi mejor amigo qué tenía ganas de comer me hubiera perdido el cambio ligero en sus ojos cuando apareció mi hermana.

Tengo la boca preparada para hacer la pregunta pero entonces entra Matilda y se pone a hablar con Tomás.

—Hace días que no te veo —dice mi mejor amigo—. Te tiene secuestrada.

—Es un secuestro mutuo —responde Mati.

—Dan asco —sonríe Tomás.

Mis ojos se tropiezan con los caprichosos de ella. Y nos sonreímos como si todavía tuviéramos el poder de un secreto que ya no es nuestro.

# *Capítulo 45*

## Matilda

—¿Me escuchás bien?

—Perfecto —responde Amelia—. ¿Cómo estás?

Apenas conocí a Amelia, en una fiesta de fin de año organizada por Finn, sabía que era un cactus hecho persona. Si te acercás mucho seguro te pinches pero al mismo tiempo necesita agua, no demasiada porque sino se muere, pero si te olvidás de regarla el destino es el mismo. Amelia no necesita de nadie pero sigue siendo un ser humano al final del día. A veces me siento culpable por no haberla ayudado con lo de Sebastiano. Tendría que haber estado para ella, sacarla de ahí. Pero es que con Amelia uno jamás sabe cuándo darle una mano. Ella todo lo puede. O eso le quiere hacer creer al resto del mundo.

—Bien, bien. —Ella no puede ver mi pierna subiendo y bajando, llena de ansiedad. —Contame cómo andan las cosas por allá. —Me conoce tanto que sabe que no la llamé para hablar de eso pero igual me sigue la corriente.

—Avasallador. Pero bien. —Sonríe pero no le completa el resto de la cara. Quiero preguntarle: ¿te arrepentís? ¿lo extrañás? ¿sos feliz? Pero me muerdo la lengua. No se habla de Amadeus. Aunque, ¿no me estaré equivocando de nuevo? Abro la boca, tengo cataratas de preguntas en la punta de la lengua—. Ahora hablemos de la verdadera razón por la cual me llamaste. —Inhalo. La próxima. La próxima vez vamos a hablar de ella.

—¿Cuánto te costó irte de Nueva York la primera vez? —Amelia intenta disimular la sorpresa que le genera mi pregunta, pero falla.

Carraspea una vez. Inclina levemente la cabeza hacia un lado. Entrecierra los ojos un poco. Estudia. Entendimiento cubre su cara.

—Poco para mi gusto —respira—. Es complicado. En su momento me pareció una buena decisión, tenía todo el sentido del mundo. Pero ahora que sé cómo terminó creo que no lo pensé demasiado. Así que si me preguntás, mi respuesta es que pudo haberme costado un poco más deshacer toda mi vida para irme corriendo detrás de un sueño y un hombre.

Siento una presión en el pecho. Me doy cuenta que no son las palabras que estaba buscando. Una parte mía quería que le validaran de entrada la decisión de quedarme.

—Pero lo volviste a hacer. —Sé que estoy entrando en terreno peligroso, pero es necesario. —¿La segunda vez lo pensaste mejor?

Amelia me mira como si la hubiera desnudado en el medio de la calle. Abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir. No me mira.

—No tenés que responder…

—Lo pensé mejor, sí —es su respuesta. Cortante. No hay lugar para que siga por ese camino y ella tampoco me lo permite—. ¿Puedo saber por qué me estás preguntando esto?

—No voy a volver, Lia.

Mi mejor amiga asiente, pensativa.

—Parece que es una decisión que ya está tomada.

—Me da miedo.

—Ah, lamentablemente no existen palabras que te pueda dar para que dejes de tenerlo.

—No quiero arrepentirme —confieso.

—Solo hay una forma de saber si te vas a arrepentir o no.

—¿Cómo?

—Probando. —Se encoge de hombros.

—Estoy a punto de cambiar toda mi vida —admito.

—Así parece, mi amiga. —Me sonríe.

Levanto las piernas y me abrazo, apoyando el mentón en mis rodillas.

—Finn me va a extrañar.

Amelia pone los ojos en blanco.

—Existen los aviones. Las videollamadas. Los mensajes. Va a sobrevivir. —Muevo la cabeza despacio, dándole la razón. Pero igual siento que no es suficiente—. Absolutamente nada va a reemplazar el vivir a pocas cuadras de distancia, pero hay herramientas que ayudan.

—¿Me vas a venir a visitar?

—Prometo organizarme unos días para ir. Siempre quise conocer Argentina. ¿Sabías que mi abuela paterna era argentina?

—¿En serio?

—Ajam. Se mudó a Estados Unidos a los ochos años, así que no hubo mucha herencia cultural. Pero estoy lista para sumergirme en sus costumbres cuando vaya.

—Más que invitada.

Unos nudillos golpean la puerta. Suave. Tres veces seguidas.

—La cena está lista.

—Ya bajo —le digo a la puerta—. Me tengo que ir —le digo a Amelia—. Gracias.

—No hay de qué, Mati hermosa.

El mejor cactus del puto mundo.

* * *

A la mañana siguiente abro los ojos con pereza. Y así hago toda la rutina matutina, un poco adormilada. Cuando entro a la cocina me encuentro con Tito, solo. A lo mejor Eugenio fue a buscar algo. O tal vez mi abuelo le pidió un poco de espacio.

Al principio no registra mi presencia, está sumergido en la ventana que da afuera, en cómo se mueve la cortina llena de limones. Tiene las manos apoyadas con delicadeza en su regazo. Me pregunto en qué estará pensando, quiero hacerme chiquita y meterme en su mente. Estos últimos días estuvo más tiempo perdido en sí que conectado en el presente. Habla mucho sobre Carmencita. Sobre Lila. Juan. A veces se confunde a mi abuela conmigo y yo me trago el llanto para poder interpretar el papel. Eugenio nos dijo que no tiene sentido romper la ilusión. Lo mejor es

seguirle la corriente. Yo quiero gritarle que soy Matilda, su nieta, a la que llevaba a tomar helados, a la que le enseñó a andar en bicicleta, a la que le armó un cine, a la que le daba los abrazos con aroma a verano.

—¿La volveré a ver?

Su voz es tan suave que tengo miedo que el viento se la llave.

Camino con miedo de romper el momento de tranquilidad. No sé si me reconoce, pero en este momento no me interesa. Deslizo la silla con delicadeza y me siento enfrentada a él. Tito no se mueve para mirarme.

—¿A quién, Tito? —Evito decirle abuelo. No sé cuántas veces más puedo soportar ver su cara de confusión y escucharlo decir que él no tiene ninguna nieta, solo a su hija Esmeralda.

—A ella. A Carmencita. —Esta vez si mueve su cabeza para mirarme de lleno. Dedos invisibles estrujan mi corazón. Medito mi respuesta por un instante.

—Me gusta creer que sí, que se van a volver a encontrar.

—A mí también. Tengo tanto para contarle —dice esperanzado y a la vez un poco rendido.

Acomodados en el silencio, me obligo a memorizar cada surco, cada arruga, cada marca.

—Tengo que contarle de cuánto creció nuestra maravillosa nieta —agrega con una sonrisa que lo hace parecer más jovén.

Ah, mis ojos, luchando por no derramar agua a borbotones.

—Abuelo —susurro.

—Ya puedo escucharla decirme "¿viste que tenía razón?" —Es mi turno de mirarlo un poco confundida—. Ella tenía la certeza de que vos y Valentino iban a terminar juntos.

No puedo esquivar, ni quiero, la risa infantil que burbujea en mi pecho, en mi garganta. Los momentos de lucidez son tan escasos y breves que no puedo creer que acaba de usar uno para hablar de mí y Valentino.

—Reíte todo lo que quieras —continúa—. Pero ella no se cansaba de repetir que estaban destinados el uno al otro. Solo que les iba a costar un poco encontrarse. Y a veces pienso que mi inconsciente

fue el que tomó la decisión de hacerlo parte de la empresa, para ayudarles un poco. Un punto más de conexión, por si lo necesitaban.

No respondo porque no sé qué decir.

—¿Te puedo dar un consejo?

—Siempre, abuelo.

—La vida tiene una dinámica particular. Por momentos se siente larga, pesada, chiclosa. Las horas son eternas y los días parecen durar más de veinticuatro horas. Preguntale a una persona atravesando un duelo cuánto dura un minuto. Pero por momentos la vida es un abrir y cerrar de ojos, se te escurre, corre de vos. Uno quiere abrazarla, decirle que vaya más despacio, atraparla, pero ella se resiste, se rinde ante su naturaleza de avanzar, y avanzar, y seguir avanzando sin mirar atrás, sin tomarse un descanso. A lo que quiero ir con esto es que no pierdas tiempo, mi querida Matilda. No pienses tanto, no importa cuánto lo hagas nunca vas a tener la certeza de que estás haciendo lo correcto hasta que lo intentes y veas. Tomá riesgos, muchos. Frená y mirá a tu alrededor, no tiene sentido vivir acelerada. Pedí perdón y no seas orgullosa, nunca sabés cuándo puede ser la última vez que veas a alguien. No des por sentado nada, que encima de rápida la vida es cruel e injusta y caprichosa. Y no te olvides de decir te amo, dar abrazos, hacerle saber a la otra persona que la querés, que la apreciás, que la amás. Hacelo, Mati, hacelo aunque te haga sentir vulnerable. Porque cuando uno se muere se queda con todo eso dentro del cuerpo que no le corresponde, porque era para alguien más.

Aprieto los dedos de su mano, me concentro en el tacto de su piel bajo la mía. Me esfuerzo por intentar almacenar ese sentimiento en algún sector de mi cerebro donde permanezca protegido, donde no se rompa el recuerdo.

—Te voy a extrañar.

—Necesito irme sabiendo que no me vas a llorar de más, que no vas a quedarte encerrada poniendo tu vida en pausa. Quiero que sepas que me voy después de haber vivido mucho y bien, no hay motivos para que estes tristes mi Matilda. Me voy feliz, lleno, satisfecho. Hubiera sido de glotón haberle pedido más a la vida.

Siento una bola en mi garganta, me araña la garganta, la quiero empujar hacia abajo, tragarla, pero no quiere irse. Los ojos se me humedecen y quiero hablar pero no quiero llorar. Aprieto los labios con fuerza y mi nariz tiembla.

—Podes estar triste, Mati —continúa—. Pero no quiero que estés triste durante mucho tiempo, solo eso te pido. ¿Podés prometérmelo? —Sin tener la opción de las palabras, asiento—. Voy a estar bien, apenas me reencuentre con ella, voy a estar bien.

Mi abuelo y yo permanecemos sentados en las sillas de la cocina que me vieron crecer, que fueron elegidas por él y mi abuela Carmencita, que usó mi madre para hacer la tarea y donde estuvieron sentados por última vez los tres, mi madre, Tito y Carmencita antes de que mis padres decidieran mudarse a Estados Unidos.

Cada cimiento de esta casa pesa en recuerdos y por un segundo puedo entender perfectamente por qué mi abuelo necesitó escapar. Pero cuando me freno y le doy espacio a ese pensamiento me doy cuenta de que, en realidad, pienso lo opuesto a él. Mis ojos escanean el espacio a mi alrededor y lo único que quiero es anclarme acá. No quiero escaparle a los recuerdos, todo lo contrario, quiero sumergirme en ellos hasta que pueda sonreírles sin dolor.

—Contame de vos y Valentino —dice de repente. Y aunque la tristeza parece querer apoderarse de cada parte de mi ser, no puedo evitar sonreír cuando escucho su nombre.

—¿Qué te gustaría saber?

—A ver, veamos. —Me mira con diversión en sus ojos—. ¿Te trata bien?

—Sí.

—¿Es cariñoso?

—Y atento —respondo.

—Valentino siempre fue un hombre fanático de los detalles, y este último tiempo que lo pude ver trabajar varias veces tuve que llamarlo para decirle que no se enrosque en la búsqueda de la perfección, que no existe y que solo iba a conseguir frustrarse y perder tiempo. Cuidalo de no perderse en sí mismo, Mati.

Nunca tuve dudé del amor que mi abuelo siente por Valen. Él lo trató, desde el día en que Andrea lo dejó tomarlo entre sus brazos, como uno más de la familia.

—Díganse te amo, no se vayan a dormir enojados, no discutan por lo que tiene solución, no den su amor por sentado, hay que alimentarlo siempre. Cuídense entre ustedes, Mati. Apoyénse y quiéranse cuando sea complicado. Y lo más importante, háganse reír.

—Abuelo, estoy haciendo un esfuerzo enorme para no llorar.

—Llorá, Mati. —Con su pulgar aplasta una lágrima mía—. Llorá todo lo que tengas que llorar. Pero no te quedés ahí por mucho tiempo.

Justo en ese momento aparece mi mamá en la puerta de la cocina. No sé cuánto escuchó de nuestra conversación pero evidentemente está emocionada.

—Ah, hija. Justo quería hablar con vos.

Nos miramos con mi abuelo una última vez antes de que mis piernas entiendan que me tengo que ir. Sus ojos me dice que no me olvide de lo que hablamos y los míos le responden que, ¿cómo iba a hacerlo? Voy a *atesorar* nuestra conversación.

Le dejo el asiento a mi mamá, que me da un tirón en la mano y sé que le cuesta darme la sonrisa que me regala. Como a mí también me cuesta devolvérsela. Va a pasar un tiempo hasta que podamos hacerlo sin sentirlo raro en la boca.

Antes de que mi cuerpo salga por completo de la puerta, mi abuelo vuelve a hablar.

—Te amo, Matilda.

Respiro entrecortado, doy media vuelta y lo miro con todo el amor que me cabe en el cuerpo.

—Y yo te voy a amar siempre, abuelo.

# *Capítulo 46*

## Valentino

—¿Sabés que tenés una obsesión con esta película, no?

—No me gusta tu tono acusatorio.

—Es una observación.

—Me suena más a qué me estás juzgando.

—¿Yo? —Me llevo la mano al pecho—. Jamás.

Matilda agarra un almohadón y lo estampa contra mi cara.

—Violenta.

—Exagerado.

—Me gusta cuando nos decimos cosas despectivas.

—Y después dicen que el amor murió —agrega ella con una sonrisa

Es la segunda vez en la semana que Matilda viene a cenar a casa. Y me doy cuenta que necesita esto, el poder respirar un poco de lo que se vive dentro de la suya. La otra noche me pidió perdón por la invasión y yo le respondí completamente serio que la puerta de mi hogar va a estar siempre abierta para recibirla.

Esta vez quiso cocinar ella, como una manera de devolver el favor. Quise decirle que el favor me lo estaba haciendo ella y no al revés. Creo que Matilda todavía no tiene ni idea lo bien que me hace, la paz que me genera verla flotar por mi casa, que puedo dormir cuando siento su perfume en mi nariz y su cuerpo entre mis brazos.

Y como ella cocinó le dejé elegir la película.

—Estoy seguro de que te sabes los diálogos de memoria.

—No me desafíes. —Alza las cejas.

Ringo está cómodo, con su cabeza apoyada en el regazo de Matilda y ganándose unos mimos. No hace falta ser muy inteligente para saber que mi perro está enamorado de ella. Y lo entiendo perfectamente. ¿Cómo no hacerlo?

Antes de que la película llegue a su fin, Ringo ya se fue del sillón y Matilda descansa su cabeza sobre mi hombro. Mi mano traza círculos sobre su muslo y puedo palpar la tensión que se está construyendo con cada caricia de mi parte. Y cuando ella deja un beso en mi cuello, corto, inocente, mi palma aprieta su pierna y como Matilda a veces era cruel y despedida, me pasa la lengua justo debajo de la oreja.

—Cama. Ahora —digo apagando la tele, levantándome del sillón y ofreciéndole mi mano.

La risa de Matilda me hace hinchar el pecho de orgullo.

—Alguien está apurado.

—No te das una idea.

No volvimos a tener sexo. Ayer Matilda estaba triste y cansada, apenas tocamos la cama fue para dormir y nada más que eso. Le costó conciliar el sueño, lloró durante unos minutos que para mí fueron días. Me sentía inútil, porque no importaba lo que le dijera o cuánto la abrazara, ella solo podía llorar. Hasta que entendí que mi tarea no es frenar su llanto sino estar ahí para ella.

—Gracias por ayer —dijo esta mañana mientras le entregaba su taza de café—. Y perdón, seguro que no era lo que tenías en mente cuando te dije que quería venir a cenar.

La tomo por los hombros y me nivelo con sus ojos.

—Matilda, no me agradezcas por ser un ser humano decente, por favor. Y lo único en lo que pienso cuando me decís que vas a venir a mi casa es que tengo la suerte de volver a verte. En nada más.

Además de no haber tenido sexo tampoco tuvimos ninguna conversación al respecto de qué es esto entre nosotros. Es que para mí no hacía falta explicarnos demasiado. Estar con Matilda entra en la lista de cosas naturales en mi vida, como respirar. Pero estoy listo para tener esa charla si ella lo quisiera, aunque no tengo mucho para decirle más que la amo y no puedo imaginarme sin ella en mi vida.

Cuando llegamos a mi habitación cierro la puerta, respiro hondo y soy bendecido con la imagen de Matilda sacándose la remera y bajándose lentamente la pollera corta que me enloqueció toda la noche.

—Dios mio, Matilda —es lo último que digo antes de estampar mi boca contra la suya y cerrar mis brazos en su cintura, su espalda se arquea y pude sentir sus pezones a través de mi remera. La cual me molesta al instante. Me despego rápidamente y me deshago de cualquier barrera entre mi piel y la suya.

Matilda camina hacia atrás y la sigo como un perro sigue a su dueño. Se sienta al borde de la cama y me doy cuenta que ella permanece acá. Y no hablo solamente de mi cama, sino de un concepto más amplio. A veces pienso que Matilda estaba destinada a volver a mi, y que yo estaba destinado a esperarla exactamente acá.

Poco a poco sus rodillas se separan, y como el hombre muerto de hambre que soy en este instante, me arrodillo entre sus piernas, mis manos viajando desde sus tobillos hasta el borde de su ropa interior. Matilda no espera para levantar su cola para ayudarme a sacársela.

No le doy ningún tipo de aviso antes de enterrar mi boca entre sus muslos. Está mojada. Empapada. Y no puedo evitar gemir ante el hecho de que está así por mí.

Por instinto las piernas de Matilda quieren cerrarse pero las mantengo fijas en su lugar con mis manos.

Cuando levanto la vista me encuentro con la longitud de su torso y cómo sube y baja su pecho. Tiene la cabeza ligeramente hacia atrás y los ojos cerrados. Estiro mi mano y le pellizco un pezón. La reacción de Matilda es mirar hacia donde mi dedo hace contacto con ella y vuelvo a girar mi índice y pulgar, haciendo que esta vez sus ojos se posen en los míos. Aprovecho que me está mirando para pasar mi lengua justo en ese momento, siento su clitorís y circulo la punta de mi lengua un par de veces, lo que la hace temblar debajo de mí.

—No pares.

Se tendría que estar quemando la casa para que yo saliera de entre sus piernas.

Meto dos dedos en su interior, los cuales aprieto cuando succiono con delicadeza su clítoris. Quiero hacerla acabar así, quiero sentirla.

Siento su orgasmo primero en mis dedos y después en mi boca. Todo su cuerpo se tensiona, y luego da pequeños espasmos que le hacen moverse lejos de mí. Recorro su humedad una última vez con mi lengua para finalizar con un beso. Trepo hasta quedar por encima de ella, con mis manos en cada lado de su cabeza, y me agacho hasta quedar a centímetros de su boca. La beso y ambos gemimos.

—Ponete vertical y con la cabeza colgando del borde. —Con un gesto de brazo intento explicarme mejor que con mis palabras. Matilda no tiene problemas en entenderme cuando gatea hasta recostarse boca arriba y se desliza hasta quedar en la posición que quiero: la garganta expuesta, la cabeza fuera de la superficie y su mirada en mi. Camino despacio, con una mano tocando mi miembro. Cuando estoy lo suficientemente cerca Matilda abre sola la boca y saca la lengua.

—La puta madre —murmuro solo para mí, pero por la malicia en su mirada sé que me escuchó.

Tengo que concentrarme para no acabar cuando la boca de Matilda me envuelve por completo. Es ella quien me incentiva a moverme, poniendo sus manos en los cachetes de mi culo y empujando. Y eso hago, al principio despacio por miedo a lastimarla, pero hay un punto de quiebre donde pierdo un poco el control. Dejo caer mis manos sobre sus tetas y mientras me la chupa yo masajeo sus pezones, los retuerzo y eso hace que me gane un gemido de su parte que me atraviesa por completo. Matilda no usa solo la boca, también la mano y la lengua que rodea la punta de mi miembro y de repente todo es demasiado.

—¿Te gusta, no? —digo entre dientes, con el sudor cayendo en la frente y mis caderas moviéndose sin parar—. ¿Querés que te llene, Matilda? —Veo cómo cierra sus ojos y arquea sus cejas y gime. Mueve cómo puede la cabeza arriba y abajo, dándome el permiso para acabar en su boca. No deja ni una gota afuera y cuando termina se sienta sobre sus rodillas con fuego en sus ojos y determinación. Yo me dejo caer sobre mi espalda a su lado, necesitando aire, necesitando tiempo. Los ojos de ella me miran

desde arriba, complacida, orgullosa, con ganas de devorarme entero y se ve que es todo lo que necesito para volver a sentir la excitación correr por mi cuerpo. Le tomo la mano y le beso el interior de la muñeca. Y dejo subir mi boca para recorrerla el brazo y el hombro y el cuello. La puedo sentir derretirse bajo mi tacto y me siento poderoso. Mis labios se mueven hasta sus clavículas, hasta el centro de su pecho y le dejo un beso a cada una de sus tetas—. Las amo.

Matilda se ríe y me siento realizado.

—Lo digo en serio —repito y esta vez las aprieto a ambas, llenándome las manos de sus pechos—. Estoy fascinado con ellas.

—Ah, ¿solo con ellas?

—Bueno, vos me caés bien también —digo encogiéndome de hombros.

Matilda vuelve a reír y creo que soy insaciable cuando se trata de escuchar su risa.

—Me deja tranquila saber que me soportás.

—A lo mejor hago más que soportarte —respondo.

—¿Si?

—Ajam.

—¿Le gustaría explayarse al respecto?

—Prefiero mostrarte —digo mientras la recuesto en la cama y me dedico unos minutos a simplemente rebasarla de besos.

—Valentino —dice al mismo tiempo que siento su mano entre nuestros cuerpos, tomando mi erección con firmeza—. ¿Vas a tardar mucho más?

—Dicen que la paciencia es virtud —respondo mirándola con una sonrisa que sé que finge odiar.

—Carezco de ella.

Y de repente Matilda está descansando sobre mis piernas, una rodilla de cada lado. Y no agrega nada más cuando se empuja para acomodarse. Solo vuelve a hablar cuando mi pija entra por completo en ella.

—Dios mío, Valentino.

Ninguno de los dos se mueve por unos segundos.

Es ella la primera en romper la quietud, con las palmas apoyadas en mi pecho como sostén, empieza a desplazarse arriba mío.

—Así, Mati. —Mis manos encuentran sus pechos de forma automática—. Muy bien, amor. Así.

Mis palabras hacen que vaya más rápido y más rápido. Se endereza y me observa desde arriba y me gustaría decirle que nunca nadie me miró así, que jamás me sentí tan deseado, ni tan caliente. Siento que voy a explotar en cualquier momento, no sé si mi cuerpo puede soportar lo que esta mujer provoca en mí. Pero son demasiadas palabras y mi cerebro está casi obsoleto en este momento, así que le digo lo primero que me sale.

—No hay nadie como vos, Matilda. Nadie. —Mis caderas se mueven para acompañar su ritmo errático.

—Valentino —gime cuando apoyo mi pulgar sobre su clitorís.

—Decímelo —exijo.

—¿Qué?

—Decime que no hay nadie como yo, Matilda. Decime que nadie te coge como lo hago yo, que nadie te calienta así, que todo esto es solo para mí. —Alejo mi mano, esperando a que me responda—. Decilo.

—No hay nadie como vos, Valentino. —Vuelvo a presionar su clítoris y sus próxima palabras salen agitadas, como su cuerpo—. Siempre vas a ser vos, siempre.

Sus palabras me calientan la sangre, me aceleran la respiración, me alteran el cerebro, me hacen encoger el estómago, me la ponen más dura de lo que ya la tengo.

Acaba primero ella, y cuando sus paredes internas se contraen sobre mi miembro sé que perdí.

Su torso se desploma sobre el mío. Todavía estoy dentro de ella pero parece no importarle. Quedamos pecho con pecho, ambos sudados, tomando aire.

—Tengo que ir al baño —murmura contra mi piel. Le acaricio el pelo, con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción.

—Un ratito más —le pido.

—Me voy a hacer pis encima —agrega, esta vez con su mentón apoyado en mi pecho y sus ojos en los míos ahora abiertos.

—No me importa.

—Diu, Valen. —Su cara se contrae en una expresión absoluta de asco—. Ahí vengo, no me extrañes mucho.

¿Cómo le explico que hay veces en que la extraño cuando está al lado mío?

Febrero se está terminando. Su tiempo acá se está terminando. Nuestro tiempo juntos se está terminando. Y por momentos siento que estoy intentando atrapar granos de arena entre mis manos.

# *Capítulo 47*

## Matilda

—¿Cena y desayuno? Debo ser el hombre más afortunado del mundo.

—Qué puedo decir. —Le entrego el plato repleto de tostadas—. Me gusta tener a mi hombre contento. —Le guiño un ojo y no paso por alto la mirada de bobo que se le forma cuando dije "mi hombre"*.*

La verdadera razón de porqué hice el desayuno es porque no podía dormirme. Di un par de vueltas sobre la cama pero tenía miedo de despertarlo así que llegó un punto en el que me rendí, sabiendo que no iba a volver a conciliar el sueño, y salí de la cama. Eran las siete de la mañana, nos habíamos ido a dormir cerca de las tres. Pero mi cabeza estaba tan llena que me era imposible relajarme. Me lavé los dientes, le robé una remera a Valentino y unos shorts que me quedaban como bermudas.

Ringo estaba durmiendo en su cucha, en el comedor, y me agaché para saludarlo y me gané un movimiento de cola.

—¿Querés ir a pasear?

No tuve que preguntárselo dos veces.

Mientras caminaba junto a Ringo por la arena, solo podía pensar en que quería que *esto* fuera mi vida. Cenar en lo de Valentino. Ir a El Café de Lila para encontrarme con Juana, Delfi y Fausto. Que tengamos nuestras Noches de chicas y algún que otro fin de semana vayamos a la playa, aunque sea invierno, no me importa. Tener una habitación exclusivamente para Finn para cuando venga a visitarme. También le haría una a Amelia. Encontrar algún local en venta donde pueda ver mis prendas. Despertar abrazada a Valentino. Ir a leer a la playa. Vivir en el lugar que mantiene los recuerdos de mis abuelos

latentes. Ir a tomar un helado a Conos&Helados aunque no haga calor. Besar mucho a Valentino. Reírme con mis amigas. Sentir el pelaje de Ringo mientras estoy sentada en el sillón con Valentino. Quiero tener una vida acá. Y necesito decírselo a él, necesito que sepa que me quiero quedar. *Necesito* quedarme. Este es mi lugar, ningún otro.

Cuando volvimos a la casa, Valentino seguía durmiendo y fue ahí cuando me propuse a hacer el desayuno. Estaba nerviosa, tenía que distraerme un poco. También algo ansiosa y el hecho de que no se despertara me estaba carcomiendo por dentro. Tenía miedo de que apenas lo viera soltara con un grito "me mudo a Nanai". Estaba burbujeando debajo de mi piel.

Fui hasta la heladera y saqué un dulce de leche y una mermelada de durazno.

—¿Te ayudo con algo?

—Prepará el mate si querés. —Abro la puerta de la alacena y saco una taza para mi café.

—Tomo café con vos. —Siento el calor de su pecho sobre mi espalda cuando se acerca para agarrar una taza de más para él. Cuando se aleja para servirse el café me doy cuenta de que estaba conteniendo el aire.

¿Podrá sentir mi nerviosismo?

—¿Qué pasa, amor?

Ahí está la respuesta a mi pregunta.

—Tengo que decirte algo.

Valentino se tensa de pies a cabeza, sus cejas decaen y puedo ver cómo cambia su mirada. Miedo. Mucho miedo.

—Algo bueno —agrego y veo cómo su cuerpo se relaja un poco —. ¿Querés sentarte?

—Prefiero estar parado, si no te molesta.

Así que mientras yo me siento en la silla y él se queda apoyado en el borde de la mesada de la cocina, digo las palabras que nos van a cambiar la vida.

—No voy a irme. —Valentino mueve las cejas en una clara señal de confusión—. Quiero quedarme acá, en Nanai. Ya hablé con mis compañeros de trabajo en Nueva York. Hablé con mi mamá hace dos

días, después de haberme quedado a dormir acá. Lo sabe Amelia y creo que Finn lo empezó a sospechar cuando le dije que no me espere para sacar los pasajes de regreso juntos. Mi papá me acaba de mandar un mensaje con opciones de propiedades y después de acá voy a encontrarme con las chicas en el café para contarles las noticias —a cada palabra que sumo, la sonrisa de Valentino se expande—. Ah, y le dije a Ringo más temprano mientras caminábamos por la playa. Creo que está contento con la noticia.

No se mueve, tiene la taza entre sus manos, la sonrisa enorme y los ojos húmedos.

—¿Valen? —Me paro despacio—. Decime algo, por favor.

Apoya despacio la taza sobre la mesada y solo necesita dos pasos para alcanzarme y envolverme en un abrazo.

—Necesito saber que no lo hacés por mí, Mati. Que no vas a cambiar toda tu vida solo por mí, porque no sé si valgo la pena.

Aprieto mi abrazo.

—No lo hago solo por vos pero mentiría si no dijera que sos un factor muy importante, Valen. Y para mí vale completamente la pena. Me hacés feliz, Valentino, ¿te parece poco?

Con lentitud desarmo el abrazo, y con mi rostro entre sus palmas y esos ojos verdes llenos de devoción mirándome, sé que no me estoy equivocando.

Mi alma pertenece cerca de la suya. Sería cruel separarlas.

—Te amo. —Un beso en mis labios—. Dios, cuánto te amo, Matilda. —Un beso en la frente—. Te amo. —Un beso en mi cachete —. Te amo, te amo. —Un beso en cada comisura.

Mi risa llena la cocina.

—¿Sabés que yo te amo, no? —le digo con una sonrisa gigante en mi cara.

—Mmm, ¿lo sé?

—Te amo, Valentino. Y mientras más lo pienso me doy cuenta de que siempre te amé.

Valentino me besa con ternura, con adoración.

—Cancelale a las chicas.

—No seas egoísta, ellas merecen saber las buenas noticias también.

—Pueden esperar hasta mañana —responde con su boca enterrada en mi cuello.

—Prometo volver mañana, ¿si?

—Si no queda otra opción…

Esta vez soy yo la que toma su rostro entre mis manos, tiene que inclinarse un poco para que pueda quedar a mi altura.

—Nos vemos mañana.

Y ambos entendemos que también me refiero al día después de mañana, y al siguiente y así por el tiempo que él me permita.

—Nos vemos mañana, Mati. —Me deja un último beso corto y dulce en los labios.

Llego a El Café de Lila con la felicidad escapándome por los poros, mis dientes a la vista y los ojos felices.

Juana llora un poco y me abraza con la misma intensidad que su hermano y me dice un gracias que me hace derramar un par de lágrimas. Carolina salta de la silla y me hace girar al son de "lo sabía, lo sabía, lo sabía". Delfina pega un grito que hace asustar a Fausto que se comprometió a atender el café él solo mientras hablábamos. Por supuesto que apenas dejó el pedido en la mesa vino corriendo para enterarse de la noticia.

—Estoy tan feliz. Uno porque te quedás y dos porque me acabás de hacer ganar plata y se la hiciste perder a Tomás. Sos lo más, Mati. —Y me abraza.

Me cuesta desprenderme de las chicas, y a ellas dejarme ir, pero necesito llegar a casa y pasar lo que queda del día con Tito.

Y eso hicimos. Eugenio, Finn, mis padres, Tito y yo. Cenamos pizza, a pedido de mi abuelo, y de postre helado y las medialunas de El Café de Lila que me traje más temprano.

Tito está de buen humor, se ríe y habla sin parar. No está tan perdido y si entrecierra los ojos casi parece que el tiempo retrocedió y mi abuelo es un poco más jovén y está sano.

—Buenas noches, abuelo —le digo cuando finalmente le pide a Eugenio que lo lleve a la cama.

—Descansen todos —responde sonriente—. Gracias por la cena

—¿Querés que te acompañe? —se ofrece mi mamá.

—No hace falta, hija. Puedo con la ayuda de Eugenio. —Mi mamá se vuelve a sentar no muy segura, pero no insiste.

—Hasta mañana, Tito. Te amo.

Y como estos últimos meses entendí que el error es dar las cosas por sentadas, me paro y lo abrazo.

—Te amo, mi nieta hermosa. Cuidate, ¿si? Y no te olvides de lo que hablamos.

No me gustó el tono de la despedida.

—Nos vemos mañana —repito. Quiero que lo diga. Lo miro a los ojos suplicándole que lo diga.

—Hasta mañana, Mati —agrega con una caricia en mi cara, me doy el privilegio de cerrar los ojos un instante. Cuando los abro sé que mi abuelo me está viendo llorar.

—Te amo —vuelvo a decirle.

—Y yo no te explico, Mati.

Luego de eso se pierde por el pasillo y todo mi cuerpo me suplica que lo siga, pero cuando doy el primer paso con esa intención, Tito me mira sobre su hombro y ligeramente niega con la cabeza al mismo tiempo que me sonríe.

*Quedate,* me dice.

*Quedate con ella, cuídala. Cuídalos a todos. Te amo y te prometo que nos vamos a volver a ver mi hermosa Matilda. Espero que sea dentro de muchos, muchos años. Tu abuela y yo vamos a esperar lo que haga falta para ver esos ojos tan tuyos otra vez y escucharte reír y poder abrazarte una vez más.*

Así que le hago caso y lo dejo ir.

# *Capítulo 48*

## Valentino

Lorenzo Mancini falleció a las 4:58 de la madrugada de un veinticinco de febrero mientras dormía.

# *Capítulo 49*

Matilda

*Día 1.*

# *Capítulo 50*

## Valentino

### *Día 7.*

Esmeralda me dejó un juego de llaves el día que Lorenzo falleció. Vine a las seis de la mañana, corriendo, sin nada en los pies, sin nada en el torso y con el corazón en la boca. Me llamó Eugenio.

—Valentino —dijo en un tono que no dejaba lugar para que me pregunte cómo seguía esa oración. Eso y que eran las cinco y pico de la mañana y por qué me llamaría Eugenio si no era para darme la noticia de que había fallecido Tito.

Uno puede tender a equivocarse y pensar que cuando vive un duelo tiene más herramientas para poder ayudar a alguien más a transitarlo. Pero eso sería subestimar el dolor del otro, querer simplificarlo, aguarlo. Si fuera tan sencillo, si hubiera una receta para que pudiéramos duelar de forma menos dolorosa entonces ya la tendríamos.

Sabía que lo único que podía hacer era acompañarla, sostenerla, arrollarla, escucharla si quería hablar al respecto o simplemente quedarme en silencio a su lado.

El primer día después de la muerte fue el más duro de todos.

—No quiere salir de la cama —me dijo Darío. Tenía los ojos algo hinchados y el rostro desencajado.

—¿Comió algo?

—Estamos enfocándonos en que tome agua.

—Está bien. —Pongo un pie en el escalón y la mano en la baranda.

Toqué la puerta pero nadie habló del otro lado. Respiré y la abrí despacio. Lo primero con lo que me encontré fue con oscuridad, por más que me esforzara no podía ni siquiera empezar a definir la silueta de Matilda. También hacía frío. Mucho. Me acerqué hasta la ventana y atiné a correr las cortinas para que entrara algo de luz.

—No —su voz era casi imperceptible—. Por favor, no.

—¿Amor?

—No soporto saber que es de día.

Siguiendo su voz la encontré, hecha un bollito en el lado izquierdo de la cama. Estaba enterrada bajo el acolchado.

—Que sea de día significa que el mundo se sigue moviendo, que nada cambió. Pero eso es mentira. Todo cambió. Todo.

Sin mover las frazadas me coloqué detrás de ella y la envolví como pude. Mi cuerpo vibraba con cada sollozo del suyo.

Ese día lo empezó y terminó en la cama. Intenté que comiera algo pero no quiso y no la iba a obligar. Lo que no se negoció fue el agua.

El segundo día fue bastante parecido al primero. El tercero tuvo un poco más de apetito. El cuarto pasó unos minutos en el patio, llorando, pero al menos había salido de la cama, de la habitación. El quinto día no salió ni quiso verme, ni a mi ni a nadie. Y ayer me preguntó por cómo estaba Ringo y quién lo cuidaba si yo estaba casi todo el día acá, en su casa.

—Tomás tiene una debilidad por Ringo. —No fue una risa pero si algo similar lo que salió de la boca de Mati—. No le digas que te dije. Viste que él tiene toda una reputación que cuidar. —Esta vez la intención de la risa fue más marcada.

Inhalo antes de colocar la llave en la cerradura. No sé cómo va a ser el día de hoy. Pero sé que no voy a dejar su lado en ningún momento.

# *Capítulo 51*

Matilda

*Día 14.*

# *Capítulo 52*

## Valentino

### *Día 21.*

El rugido del mar acompaña el silencio que elegimos tener. El día está llegando a su final, el sol está escondiéndose en el horizonte. Se podría decir que estamos casi solos, acá en nuestro escondite, en este pedacito de playa que pocos conocen y que es un poco nuestro.

Matilda tiene un buzo (mío) y un short holgado de jean. Está descalza, con las sandalias en la mano. Su pelo suelto lucha por salir de adentro de su capucha. Tiene los ojos hacia adelante y sé que está pensando en Tito. Puedo darme cuenta por cómo se fruncen sus cejas, cómo se arquea hacia abajo sus comisuras y cómo se encorva un poco de hombros.

No la presiono para que me diga lo que está circulando en su mente. Tampoco quiero consolarla para evitar que esté triste. Es normal que lo esté. Lo necesita. Llorar, putear, gritar, romper algo. Es necesario. Reprimir los sentimientos es solamente estirar lo inevitable y complicarlo de paso.

Ringo vuelve corriendo desde el mar, rama en la boca, arena en todo su pelaje. Niego con la cabeza. Es una tortura que vuelva a estar limpio. Sin embargo me agacho para tomar la rama que me dejó y vuelvo a lanzarla hacia el mar. Y cuando va corriendo feliz me digo que un poco de mugre no es nada.

Esta semana iniciaron los paseos por la playa. Sacando las veces que sale a comprar algo, este es el único momento del día largo y tendido que pasa afuera de la casa. Todavía no quiso ir a El Café de Lila. Tampoco vino a mi casa. Así que por ahora se podría decir que

estoy medio instalado en el hogar de los Mancini. Bueno, *instalados* en realidad. Ringo y yo.

—Hoy lloré mientras ponía la ropa en el lavarropas.

El viento ruge. Siento cada grano de arena en las plantas de mis pies. La piel de mi brazo roza con la tela de su buzo al dejarlo descansar sobre sus hombros.

—A veces pienso que no tengo más lágrimas, que ya terminé de llorar, pero al parecer no. Tengo miedo, Valen. Miedo de nunca parar.

Freno en mis pasos y la atesoro entre mis brazos.

—No te presiones, amor.

—No lo hago, pero… —Sé que está frustrada, cansada, enojada —. Quiero volver a ser yo.

Ahora el que se siente frustrado soy yo. Me pasa seguido. No sé cómo ayudarla, no sé qué decir ni qué hacer. Me siento inservible. Pero es entonces cuando recuerdo que lo único que puedo hacer para que se sienta bien sería traer a su abuelo de nuevo, y eso escapa de mis posibilidades. No soy ningún tipo de dios, ni mago, ni nada más que un simple e inútil humano. Hago lo que puedo y ella me lo agradece constantemente.

—Nadie vuelve a ser la misma persona que era, Mati. Una parte nuestra se va con la persona que murió. No tiene sentido querer mantenerse inalterable. —Paso mis pulgares por debajo de sus ojos. Esta semana empezó a acomodar su sueño. Las ojeras están pero no tan marcadas—. Estás aprendiendo a vivir en un mundo donde tu abuelo ya no existe, es normal que llores cuando estás poniendo la ropa a lavar, o pelás una papa, o simplemente te estás duchando. Te estás adaptando a una nueva realidad, amor. Date tiempo.

—La muerte es una mierda.

Me inclino para darle un beso en la frente y reanudamos nuestros pasos.

—Una mierda gigante —concedo.

# *Capítulo 53*

Matilda

*Día 28.*

# *Capítulo 54*

## Valentino

### *Día 35.*

—Matilda, no puedo creer lo que me estás contando —dice mi hermana con una mano en su garganta.

—Yep —responde con un suspiro mi Matilda. Se lleva la boca del botellín a la boca y le da un sorbo a su cerveza.

—Pero… —Juana está claramente sin palabras. Y algo indignada si me preguntas.

—Ni me lo digas. Yo estoy igual que vos.

—Pero, ¿no intentaste hablar con ella? —esta vez es Tomás quien hace la pregunta. Mis cejas llegan casi hasta el techo. Me sorprendió lo involucrado que está en este asunto que yo titulé "La historia de un tal Amadeus y la amiga de Matilda, Amelia". Yo ya la sé. Una noche me la contó de pe a pa. Me guardé mis opiniones porque sinceramente no sé qué habría hecho si fuera ellos y estuviera en sus lugares. A veces es más fácil opinar y señalar con el dedo cuando sos espectador.

—Es un tema delicado. Amelia a veces es como un animal escurridizo y asustado. Hay que acercarse de a poco, sino sale corriendo a guardarse en su escondite.

—¿Y él? —pregunta Carolina, copa de vino en mano.

Matilda toma tanto aire que casi nos deja sin al resto.

—Complicado —sentencia.

Fausto elige ese momento para estornudar. Una cadena de *salud* le sigue.

Estamos todos en el patio de mi casa. Carolina, Delfina, Juana, Fausto, Tomás, Matilda, Finn y yo. Y es la primera vez en más de un mes que Matilda va a pasar la noche en otra cosa que no es la de ella.

—¿Estás segura? —le pregunté por décima vez en una hora. Ella se giró, poniendo en pausa el armado del bolso que solía llevarse cuando se quedaba a dormir.

—Si te soy sincera me estás empezando a dar un poco de miedo. —Inclinó un poco la cabeza—. ¿Estás planeando matarme?

No quise resaltar que estaba haciendo chistes con la muerte. Pero lo tomé como un triunfo.

—Tu mente funciona de maneras magníficas —respondí.

—No estás diciendo que no…

—No, Mati. —Revoleé los ojos—. No estoy planeando matarte.

Resopló, fingió secarse el sudor de la frente y prosiguió armando el bolso.

La idea de la cena fue su idea. Dijo que todos habían estado acompañándola con tanto amor y paciencia y quería devolverles el gesto. No porque se los debiera sino porque quería. Matilda se encargó de todo. De cocinar (algunas cosas fueron compradas ya hechas), de decorar, de hacer invitaciones digitales, de conseguir unas luces para colgar afuera. Le ofrecí mi ayuda, la cual negó reiteradas veces. Y la dejé ser. Ella se conocía, ella sabía lo que estaba haciendo. Algo me decía que *necesitaba* organizar esta reunión. Aunque en realidad si le di una mano cuando la vi tambaleándose de la escalera para poder colgar las lucecitas.

La noche es cálida, pero como las de fines de verano. Se puede sentir el otoño mezclado con los restos de la estación anterior. Si alguien me pregunta, una de mis épocas favoritas del año.

—Contanos de este chico con el que estás saliendo —pide Matilda, apoyando la cerveza en la mesa y cruzándose de piernas.

—No hay mucho para contar… —responde Juana.

—Complaceme. Estoy segura que vas a encontrar algo por ahí.

Mi hermana toma el aire para hablar y al mismo tiempo Tomás se para de manera abrupta. Se queda unos segundo ahí, congelado. El

resto del grupo lo miramos, expectantes. Cuando vemos que no va a hablar el aire empieza a tornarse incómodo. Delfina mira de reojo a Fausto, Fausto alza los hombros como diciendo "ni idea". Carolina observa a nuestro amigo con intriga. Matilda quiso preguntarme a mí con la mirada pero yo estoy igual que ella: perdido. Juana se queda con la boca entreabierta, esperando a ver cuál va a ser el siguiente paso de Tomás. Y Finn… Bueno, él simplemente le da otro sorbo a la cerveza.

—Voy a buscar algo adentro —es todo lo que dice Tomás antes de esfumarse.

—Raro… —agrega Delfina, que no deja de mirar a Fausto.

—Yo siempre lo dije —responde él—. Mi hermano es un tipo rarísimo. Pasa que lo disimula con esa fachada que se armó.

—¿Pueden dejar que Juana cuente sobre Lucas?

Y Juana lo hace. Cuenta cómo se conocieron, hace cuánto estaban saliendo y que era alérgico a los perros. Fausto va directo a taparle las orejas a Ringo y susurrarle que no hay ningún problema con él, el mundo entero está mal. Delfina pone los ojos en blanco.

Nos reímos cuando Tomás vuelve a los quince minutos con las manos vacías.

—No entiendo qué fuiste a buscar y por qué tardaste tanto —señala Caro.

—Quise decir dejar algo. —Se deja caer en su reposera. Matilda se encargó de comprarlas. Cuando le dije para qué queríamos tantas reposeras ella respondió que eran un souvenir—. Acá uno no puede tener un error, eh.

Algo minúsculo cambió en el humor de Tomás.

—Bienvenido a mi mundo —dice Fausto y levanto el botellín de cerveza.

Hablamos de todo pero sin hablar de nada. A veces nos damos turnos para hablar y otras tantas nos pisamos. Tenemos ataques de risas. Viajamos al pasado para recordar. Se menciona el trabajo, cómo le fue al café en la temporada, cuáles eran los planes de Matilda, y cuándo tenían fecha de regreso sus papás y Finn.

Los tres decidieron quedarse hasta que Matilda estuviera un poco mejor. Pero ella venía insistiéndoles que podían ir tranquilos, tiene

amigos acá, familia, se corrigió.

—Y tengo a Valentino —agregó.

Si hay alguien en este mundo que puede decir que me tiene es ella. Ah, las locuras que haría solo por esta mujer. Me tiene en todos los sentidos de la palabra.

—Pasado mañana —responde Finn. Su español avanzó bastante y se nota que está orgulloso porque cada vez que puede lo hace notar.

No se habla del elefante gigante de la habitación. Es decir, Delfina y Finn. Finn y Delfina. Nadie sabe mucho pero todos sabemos que no es nada. Ellos solo se sonríen con misterio. Sin agregar ni media palabra más. Nadie pregunta.

A medida que la noche avanza puedo contar las veces que Matilda ríe. Con ganas. Esas risas que nacen desde el centro y se sienten en el estómago y te hacen cerrar los ojos y aplaudir. Cruzamos un par de veces las miradas.

—Te amo —digo solo moviendo los labios, sin voz.

—Te amo —me imita con una sonrisa llena de cariño y adoración y promesas que todavía no dimensiono.

Y con el otoño flotando en el aire, las voces de nuestros amigos enredadas, Ringo durmiendo en mis pies, me digo que la vida a veces es una mierda, pero a veces es majestuosa.

# *Capítulo 55*

## La carta

*Querida Matilda:*

*Esta carta existe porque yo no lo hago más. Espero que no estés triste. Bueno, a lo mejor estoy pidiendo demasiado. Me corrijo. Espero que seas feliz. Lo sé, lo sé. Es un poco infantil desearte la felicidad eterna. Pero es mi carta y hago lo que quiero.*

*No quiero divagar demasiado, sabés que me jacto por ser un hombre que va al grano, sin tantas vueltas.*

*Dejaste muy en claro, más de una vez, que no te interesaba continuar con el legado familiar. Los hoteles nunca te pudieron importar menos. Pero igualmente quiero que sepas que si en un futuro cambiás de opinión, una parte te corresponde.*

*Vas a tener que compartirla con Valentino Díaz. Sí, el mismo. Tu amigo de la infancia. Supongo que si estás leyendo esta carta ya sabés que Valentino es dueño de la mitad de la empresa y el futuro heredero, pero él sabe muy bien que existe la posibilidad de que lo tenga que convidar con vos. No me preocupa lo más mínimo. Sé que ese chico te entregaría el mundo entero si se lo pedís por favor.*

*Puede ser que te estés preguntando (o no) cuál fue el motivo de mi decisión. Como dije antes, a vos jamás te interesó y tus padres van a querer jubilarse en algún momento y qué mejor que mantener la compañía en familia. Los Díaz siempre lo fueron. Desde Lila hasta Andrea y hasta Valentino y Juana.*

*Me estoy explayando de más, te pido perdón. Lo que quiero decirte, mi hermosa Matilda, es que la casa es tuya.*

*Con esto no quiero decirte qué hacer, ya sos una mujer grande y sé muy bien que tu vida está armada en otro país. Pero este lugar*

*supo hacerme extremadamente dichoso. Todo lo bueno en mi vida se lo debo a este pueblo. A lo mejor también tiene algo planeado para vos, Mati. Y quiero darte la opción, por si la querés tomar.*

*Escribo esto sabiendo que mañana voy a verte. Y no puedo esperar para estrujarte entre mis brazos.*

*Es raro escribir sabiendo que voy a ser leído en el futuro, pero realmente espero no haberme quedado con nada guardado. Ya sabés lo que pienso al respecto. Pero por si acaso, te quiero decir una última cosa: te amo, mi nieta hermosa.*

*Mañana nos vemos.*

*Con todo el amor que me puede entrar en el cuerpo, tu abuelo Tito.*

# *Capítulo 56*

## Matilda

Estoy sola. Solo se escucha mi respiración y una canción que suena lejana. Puse música para sentirme un poco acompañada pero ya no le estoy prestando atención.

Mis padres se fueron hace una semana, un poco obligados por mí. Finn se fue con ellos. Quería quedarse más días pero le dije que el mundo entero no debía ponerse en pausa, no era justo. Y sabía que él necesitaba volver a su rutina. No se fue sin que antes le prometiera que cualquier cosa lo iba a llamar si lo necesitaba.

Valentino volvió a vivir en su hogar, también a pedido mío. Sus vacaciones terminaron hace semanas pero debido a la muerte de Tito había extendido una licencia. Pero era hora de que volviera al trabajo. Le iba a hacer bien. No fui la única que perdió a alguien importante. Valentino había aprendido a adorar a Tito como un abuelo propio.

Así que ahora estoy sola, viendo el atardecer, con un café en la mano y el casi silencio como amigo. Se siente bien un poco de soledad luego de un mes y medio donde estuve tan acompañada.

Nunca iba a encontrar la forma de agradecerles a todos por lo mucho que me ayudaron a transitar el duelo. El cual sigo procesando y empiezo a creer que va a ser una constante en mi vida, que con el tiempo dolerá menos pero no desaparecerá. Me puse a pensar en cómo había sido para mí la muerte de mi abuela Carmen. Tengo latente lo mucho que me escoció, la forma abrupta en la que rompió mi realidad. Pero a lo mejor el haber sido más chica me ayudó. O el hecho de no haber estado con ella en sus últimos días. O en realidad es que el tiempo es amable y supo sanar

su muerte, para que hoy en día pueda recordarla con paz y una sonrisa en la cara. Ese pensamiento me lo guardo porque es uno que me da paz. El saber que va a llegar un día en que pueda pensar en mi abuelo Tito sin sentir que me están sacando el aire, estrujando el pecho, apretando la garganta.

Pero ahora me doy cuenta que también necesito estar sola, conmigo misma. Yo también tengo que ordenarme, explicarme a mí misma cuáles son los planes y cómo voy a ejecutarlos.

Decidí quedarme con la casa. No hay chance que la deje ir.

Mi papá empezó a mandarme propiedades habilitadas como locales en vez de viviendas. Me compré un par de equipamientos de costura, telas, cuadernos para mis bocetos, un maniquí y ambienté uno de los muchos dormitorios de la casa para que fuera mi espacio de trabajo. Es una habitación mediana, en la cual entra mucha luz, hasta en invierno. Cuando terminé de acomodar todo en su lugar, apoyé mis manos en la cintura y le di un vistazo repleto de orgullo.

—Va a funcionar —le dije al aire. No obtuve respuesta, pero no la necesitaba. Muy en el fondo de mi ser sabía que había tomado la decisión correcta.

Le doy un sorbo al café, el cielo empieza a tornarse entre una mezcla de azul y naranja. De mis momentos favoritos. Me gusta ver cómo las estrellas empiezan a salpicar de a poco el manto cada vez más oscuro.

Fue un día productivo. Me sentí inspirada y pasé gran parte de la tarde enterrada dibujando y creando con papel y lápiz. Fue catártico desaparecer en mi propio mundo por un par de horas. Paré cuando la luz del sol comenzó a debilitarse. Ahí fue cuando decidí hacerme un café e ir a tomarlo afuera, en el patio.

Dos golpes en la puerta, que no tengo derecho a poder escuchar estando afuera, tan lejos. Pero ya acepté que estoy destinada a escuchar siempre su llamado, sin importar distancias o circunstancias. Hechos para encontrarnos.

Con una sonrisa voy con calma hacia la puerta. No es necesario correr, sé que me va a esperar, tardara lo que tardara. Así como yo haría lo mismo por él.

Pongo la mano en el picaporte y lo hago girar.

Valentino está parado, ramo de flores en la mano, camisa un poco desarmada, pantalones negros de vestir, que combinan con sus zapatos. Ringo está sentado a su lado, la lengua fuera, su pelaje negro moviendose debido al viento frío que ya es habitual en esta época del año.

—Hola, Mati —dice inclinándose para dejarme un beso delicado en los labios.

Desde que se mudó nuevamente a su casa, Valentino vuelve todas las noches luego del trabajo para cenar juntos. No puedo decirle lo mucho que me endulza el corazón. Quiero creer que se nota por la forma en la que mis ojos lo miran cada vez que abro la puerta.

—¿Esas flores son para mí? —pregunto al mismo tiempo que lo dejo pasar. Me permito ojearlo de pies a cabeza. Valentino es un placer para la vista.

—En realidad, eran para el gordo. —Su mentón señala a Ringo que ya está acomodado en la cama que le compré—. Pero me las rechazó.

—Ah —respondo mientras lo abrazo por la cintura—. ¿Así que soy tu segunda opción? —Alzo una ceja y me muerdo la sonrisa.

Valentino me besa con lentitud, profundo, con su lengua deslizándose sobre la mía.

—Tuve un día de mierda —apenas las palabras escapan de su boca me doy cuenta la cara de cansado que tiene—. Alguien se mandó una cagada en el laburo y fue un dolor de cabeza resolverlo. Y mientras todo era un completo caos solo podía pensar en que solo quedaban un par de horas que nos separaban, que en un rato iba a verte y todo iba a estar mejor.

Envuelvo su cuello.

—¿Y? —pregunto—. ¿Mejor?

Valentino me complace con esas sonrisas que parecen pertenecerme solo a mí, que parecen existir para que pueda verlas solo yo.

—Mucho mejor.

# *Capítulo 57*

## Valentino

—Te noto mejor. —Coloco una carta sobre la mesa y mi papá refunfuña. Siento la victoria. Otra vez.

Daniel Díaz está sobrio desde hace tres meses.

La parte más cínica de mi me dice que es solo la espera para una recaída catastrófica, que es cuestión de tiempo que vuelva a tomar, que es imposible que este hombre dure mucho más sin una gota de alcohol. Es complicado renunciar a esa voz que me susurra que me va a decepcionar otra vez. ¿Cómo no voy a creerle? Si tantas veces mi padre me aplastó la ilusión como si fuera un mosquito que le molestaba. Quiero creerle, confiar, apoyarlo, pero está lejos de ser fácil. La confianza tan volátil, tan escurridiza. Cuesta construirla y es estúpida la facilidad con la que se desarma.

Sin embargo, una porción de mí suplica en silencio que esta vez sea la definitiva. La última. La que va a sacarlo de ese infierno que él piensa que es su hogar, donde pertenece. La esperanza es peligrosa, pero me obligo a elegirla. Por él, por Juana, por mí. Quiero creer que mi padre es capaz más que nada en este mundo. Tampoco me engaño, sé muy bien que va a ser un alcohólico por el resto de su vida. Pero a mí solo me interesa que esté sobrio, que no quiera morirse, que pueda volver a nuestras vidas.

—Increíble lo bien que te sienta no estar chupando todo el día —responde concentrado en sus cartas, esquivando mi mirada. Hace mucho eso de no mirarme. Supongo que él está recorriendo su propio camino de perdonarse a sí mismo. Yo me siento a veces más cerca, otras tantas a kilómetros de distancia de poder perdonarlo. Pero no me angustia. Ya vamos a llegar ahí. Lo sé.

—¿Quién lo hubiera dicho, no? —Le sonrío. Levanta la vista del mazo de cartas.

—Nunca me lo hubiera imaginado. —Abre mucho los ojos.

Esta vez le ofrezco una sonrisa amplia y sincera. Y tengo la suerte de poder ver a mi padre devolverme la sonrisa.

—Contame de Mati. —Coloca una carta y pude haberle ganado en ese momento, pero no quiero que termine la partida, así que pongo cualquier cosa—. Decile que las galletitas de miel que me trajo el otro día estaban riquísimas. Todos las amaron.

—Le voy a decir que traiga la próxima que venga. —Mati le pidió una receta de galletitas a Amelia y su mejor amiga le compartió la de un tal Theo. No tengo la más puta idea de quién es pero cuando probé una de esas galletitas fue como tocar el cielo con las manos—. Y respecto a como está… —Respiro, tiro otra carta—. Mejor. A veces tiene días del orto, pero está empezando a tener más días buenos que malos.

—¿Y con el local?

—Habló con un arquitecto que la va a ayudar con las refacciones y con un diseñador de interiores para ir pensando para dónde ir con el tema de la decoración. Lo bueno es que si hay algo que a Mati no le escasea son las ideas, está repleta de ellas. A veces la miro asombrado, no puedo creer a su cerebro y la forma en la que funciona. El otro día me mostró uno de sus diseños y me quedé estupefacto, sin entender cómo eso salió de su cabeza. A lo mejor es porque yo tengo la creatividad de una piedra, pero siempre quedo maravillado con la de ella.

Mi papá me mira en silencio por unos segundos que se me hicieron algo largos.

—¿Qué? —pregunto intrigado y algo incómodo de repente.

—Nada. Simplemente me hace feliz ver a mi hijo tan enamorado. —Se encoge de hombros—. Supongo que le voy a tener que agradecer a Matilda por algo más que las galletitas la próxima vez que venga al centro.

Tengo un nudo en la garganta. Extrañaba tanto tener conversaciones con mi papá que no estuvieran empapadas de alcohol, insultos, dolor. Lo estoy recuperando, de a poco, y puedo

sentir cómo una parte mía sana y respira de alivio ante la idea de que llegará el día que volveré a tenerlo por completo.

—¿Que más le tenes que agradecer? —la voz me sale sin fuerza pero mis manos están apretando de más el manojo de cartas.

—Por hacer a mi hijo feliz, que no es poco, Valen. No es poco.

Continuamos la tarde hablando. No mucho. Pero no hace falta tampoco. En estas visitas lo que más disfruto es poder simplemente existir junto a él.

Cuando llega el momento de despedirnos mi padre me abraza con todo su cuerpo. Dice las mismas palabras que pronuncia cada vez que me voy.

—Gracias y perdón.

*Gracias por esta oportunidad y perdón por todo lo que te lastime.*

—Nos vemos en unos días, pa. —No paso por alto el brillo en sus ojos cuando lo llamo así—. Portate bien y cuidate.

Me da un apretón en el hombro y me mira con tanta emoción. A veces me parece raro verlo tan lleno, cuando me acostumbré a encontrarme con su mirada vacía.

—Te quiero, hijo.

—Y yo a vos, pa.

Vuelvo manejando con la ventanilla baja, una canción de fondo, una de las favoritas de Matilda que agregó ella misma a la playlist, y la vida con una sonrisa diciéndome "¿Viste? Te dije que todo iba a mejorar, solo había que esperar un poco."

Y por primera vez en mucho pero mucho tiempo no tengo miedo de agarrar lo bueno que la vida me ofrece. Con mis brazos extendidos lo acepto y me digo que la posibilidad de perderlo nunca va a dejar de existir, pero es un riesgo para el que ahora estoy preparado.

# *Capítulo 58*

## Matilda

Estamos con buzo y pantalón largo. Una bolsa de churros descansa entre nosotros y él toma mate mientras yo le doy un sorbo al café que me traje en mi vaso térmico. Está fresco, pero no nos importa mucho. Nos gusta venir a la playa cuando encontramos un hueco en nuestra agenda.

Hace treinta minutos (o más) que estamos en un completo silencio. Solo se escucha el ruido de la bolsa cada vez que alguno de los dos agarra un churro, o cuando Valentino succiona la bombilla, o cuando Ringo ladra a lo lejos.

—No sé si me convence Lucas.

Estaba esperando que lo dijera. Lo conozco y supe desde la segunda vez que nos juntamos a cenar los cuatro que no le gustaba ni un poco para su hermana. Si soy sincera, yo tampoco soy muy devota de Lucas. Pero Juana dice que es feliz, y que la trata como una reina. Así que nos guardamos nuestras opiniones e intentamos esforzarnos porque nos caiga bien. Por ahora no estamos teniendo mucho éxito. Simplemente hay algo en él que no nos termina de cerrar.

—Dale tiempo — concedo—. Para él debe ser difícil también integrarse en nosotros. No nos damos cuenta pero somos un grupo de personas muy afianzadas. Ya se va a adaptar. —Tengo razón en lo que digo. Pero ambos sabemos que ese no es el motivo por el cual Lucas no nos termina de convencer para Juana. Hay algo más pero no podemos descifrarlo.

—No me gusta su sonrisa. No es sincera.

También lo noté.

—¿Es rara, no? —digo girando mi cabeza para mirarlo a Valentino. Está imitando esa mueca extraña que hace Lucas cada vez que intenta (sin mucho éxito) sonreír con amabilidad. Es como si le doliera la acción en sí, como si no estuviera acostumbrado.

—Pareciera que escondiera algo.

—Ella está feliz.

Tampoco podemos crucificar al pobre.

—Lo sé, lo sé.

—¿Querés ir yendo? —ofrezco.

—¿Tenés frío, no? —me dice con una sonrisa. Me conoce tan bien.

—Estoy congelada.

Juntamos las cosas y Valentino llama a Ringo.

Caminamos tomados de los brazos, como una pareja de viejitos. Sin prisa y discutiendo sobre la cena. Ringo va paseando un poco más adelante que nosotros, frenando cuando hay algo interesante para olfatear. La mano de Valentino tapa la mía, que descansa en la parte interna de su brazo. El viento vuela los mechones de su pelo, sus ojos miran sus pies caminar, me está diciendo que si queremos podemos hacer carne al horno con papa o lentejas, y si quiero quedarme a dormir o prefiero ir a mi casa, que él me alcanza más tarde, no hay problema.

Mi corazón habla solo para mí. "Gracias" me susurra.

Sé perfectamente por qué me agradece.

# *Epílogo*

## *Un año después.*

Matilda estaba agotada, pero contenta. Hoy sin lugar a dudas fue la jornada con más clientes desde que abrió el local. Si ese iba a ser el ritmo tendría que empezar a analizar la opción de contratar a alguien que la ayudara.

Con una exhalación que denotaba cansancio, cerró la caja, giró el cartel que indicaba que estaba cerrado, y salió. Aseguró haber cerrado bien porque aunque Nanai era un pueblo seguro tampoco había que pecar de confianzuda.

Tapó un bostezo con la mano y se dio cuenta que era una noche agradable. Ni mucho frío ni mucho viento. Una sonrisa ansiosa se dibujó en su cara. Ya estaba deseando que llegara su estación preferida: el verano.

Dio un paso tras otro, hasta llegar a su casa. Abrió la puerta y sus ojos actuaron como imanes, de inmediato chochando con Valentino.

Ah, destinados, predeterminados, hechos el uno para el otro. Valentino y Matilda eran algo que iba a suceder. Nadie sabía cómo, menos que menos cuándo, pero no hubo una sola persona que se sorprendiera cuando ocurrió lo inevitable. Ellos dos eran un fenómeno natural. Como al amanecer, la lluvia, el tornado, las estaciones, los truenos, las erupciones volcánicas, los ciclones. Matilda y Valentino. Valentino y Matilda. No podía ser de ninguna otra manera.

Valentino tenía un libro en la mano, que cerró apenas escuchó las llaves en la cerradura. No se paró ni salió corriendo. No. Él simplemente la esperó, con las piernas cruzadas descansando sobre la mesa ratona que había frente al sillón.

—¿Qué leías? —preguntó Matilda dejándose caer a su lado, la cabeza en el hombro de él.

—*Una breve historia de casi todo.*

—No lo conozco.

—Cuando lo termine es todo tuyo, te va a gustar —le respondió.

Matilda y Valentino tenían hábitos, una rutina y un lenguaje que era de ellos dos y de nadie más. Prestarse libros era un hábito que ocurría bastante seguido.

No vivían juntos, pero casi. Él pasaba muchas noches en la casa de Matilda y viceversa. Algunos les preguntaban por qué no se mudaban.

—Es más fácil —agregaban los otros.

Pero ellos estaban bien así. Para ambos era importante tener su espacio. A lo mejor dentro de unos meses, o el año que viene. La verdad es que no estaban apurados.

La miró. Pero no por arriba, como se suele observar a lo que nos acostumbramos. Él la miraba de verdad. La apreciaba. La disfrutaba. La respiraba. La saboreaba. La admiraba.

Valentino ya no tenía miedo de morir por las noches, tampoco de terminar perdido como su padre en caso de que ella dejara su lado. Había una paz que nacía desde su pecho y se esparcía por todo su cuerpo.

Matilda jamás se arrepintió de la decisión que tomó. Extrañaba, por supuesto que lo hacía. Pero había encontrado su lugar en el mundo. El haber perdido a Tito le enseñó a exprimir la vida en cada oportunidad, a decir mucho te amo y abrazar, abrazar, abrazar. Viajaba para ver a sus padres y mejor amigo. Hacía planes con sus amigas y amigos de Nanai. Una vez a la semana organizaba una cita con Valentino. Y sin falta tenía un tiempo con ella misma, preferentemente en la playa.

Él le dijo algo al oído que la hizo reír como cascabeles. Ella le dio un golpecito en el brazo que él recibió con gusto.

Cenaron sin hablar. Pusieron una película que no terminaron de ver. Ambos estaban exhaustos.

Valentino la llevó sobre su hombro hasta la habitación. Ella se sacudía y vibraba debido a la risa. El no podía desarmar la sonrisa.

Se exploraron con sus manos, lenguas, dientes. Imposible encontrar una porción que no hubiera sido cubierta por la boca del otro. Se hicieron gemir y sudar. Acabaron. Él en el pecho de ella y ella en la boca de él. Tuvieron sexo. Mucho. Rápido y fuerte. Lento y despacio. Hicieron el amor. Se hablaron sin hablar.

"Te amo, te amo," pensó ella.

"¿Cómo no amarte, Matilda? ¿Cómo?"

Se bañaron juntos, se lavaron los dientes con sus hombros pegados frente al espejo. Él la peinó. Ella cambió las sábanas. Apagaron las luces, corrieron las cortinas y se metieron en la cama.

—Buenas noches —susurró él, abrazándola.

—Hasta mañana, amor —respondió ella, con los párpados pesados del sueño, pero devolviendo el abrazo. Lo último que sintió antes de quedar completamente dormida, fue un beso en la sien.

Y desde entonces todos los atardeceres los encontraron juntos.

# *Agradecimientos*

Jamás pensé escribir un libro y me cuesta creer que estoy escribiendo los agradecimientos del segundo, pero acá estamos.

Voy a empezar a agradecer y pónganse cómodos porque va a ser largo. Que haya sido el segundo no significa que haya sido más fácil.

A mi mamá, mi papá y mis hermanas. Me vieron llorar y estresarme, y toda la parte fea que tiene escribir un libro. Gracias por escucharme hablar de la historia un millón de veces y por entender cuando no podía porque tenía que escribir.

A mis amigas y amigos que me tuvieron la paciencia infinita cuando les decía que no podía, que tenía que escribir. Y nunca recibí nada más que entendimiento, amor y muchos "Ya queda poco amiga, ¡vos podes!"

A Alvaro. Las palabras no parecen alcanzar lo agradecida que estoy por tenerte en mi vida. Me cambiaste por completo, y creo que todavía no sabes cuánto. Gracias.

A Julia. Gracias por tu trabajo tan dedicado y cariñoso hacía mi libro, gracias por quererlo. Es un placer trabajar con vos.

A Francisco. Pronto voy a llevarte conmigo a la firmas de libros, porque el comentario de "¡Qué hermosa es la portada!" jamás falta. ¿Y cómo no lo van a decir? Si son una obra de arte. Gracias por transmitir la esencia del libro a la perfección.

A cada persona que trabajó para que este libro pudiera llegar a tus manos. Existen muchas instancias y muchas manos que hacen posible esto. Gracias y gracias.

A vos. Y quiero que sepas que estoy intentando no llorar en este momento. No solo elegiste este libro sino que me diste una oportunidad a mí. Y eso es algo por lo que siempre voy a estar agradecida. Gracias por haber leído esta historia que es tan pero tan especial para mí.

Y por último a Nina y Nino. Gracias abuela, por inculcarme el amor por los libros desde chica, gracias por apoyarme en cada paso que doy como escritora y festejarme cada logro. Gracias abuelo, por estar y querernos a tu manera. Este libro es para ustedes, los adoro con todo el amor que me cabe en el cuerpo.

Grupo Planeta

# ¡Seguinos!

